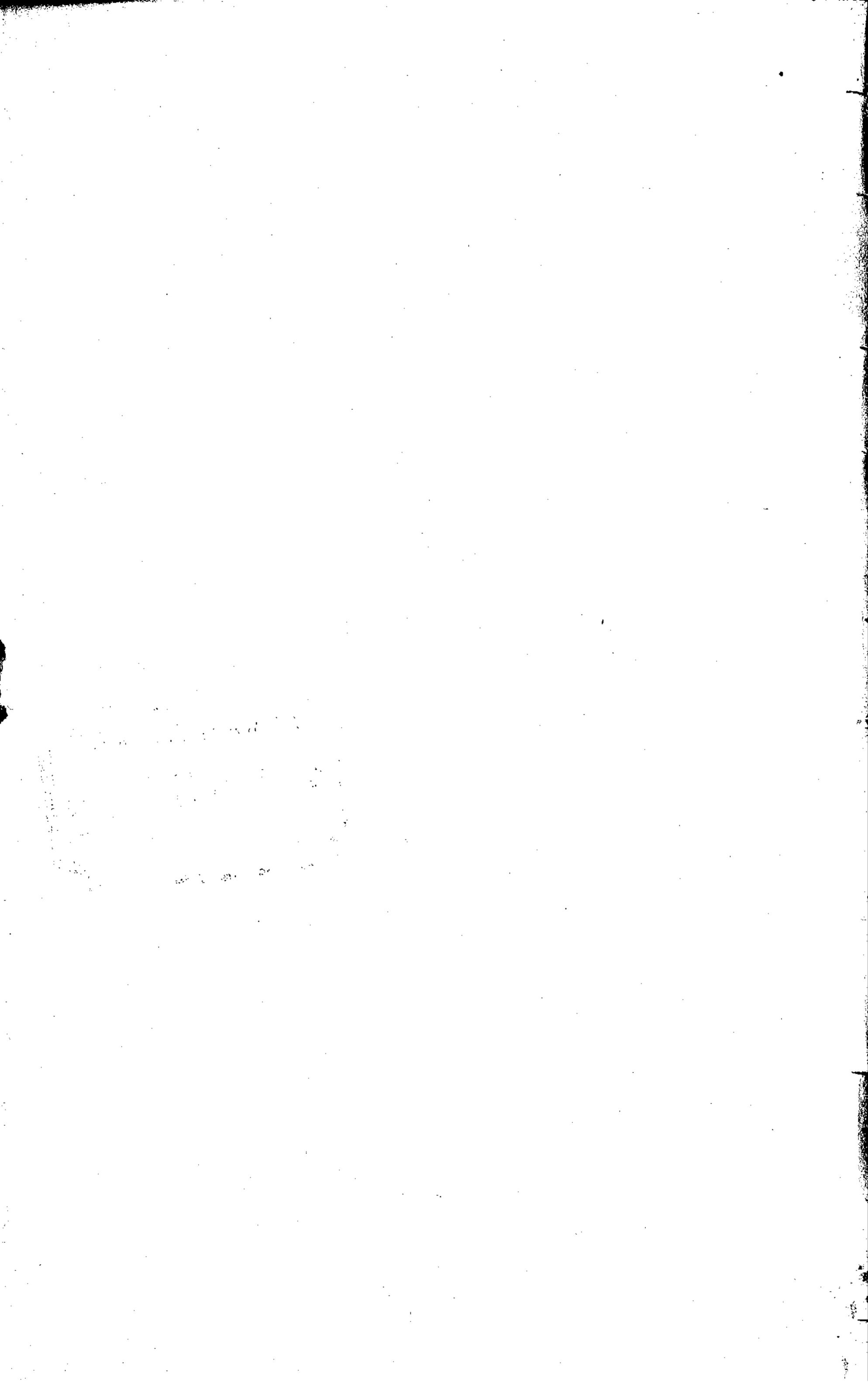


GALERÍA HISTÓRICA

DE

MUJERES CÉLEBRES



B-3124

6789

GALERIA HISTÓRICA

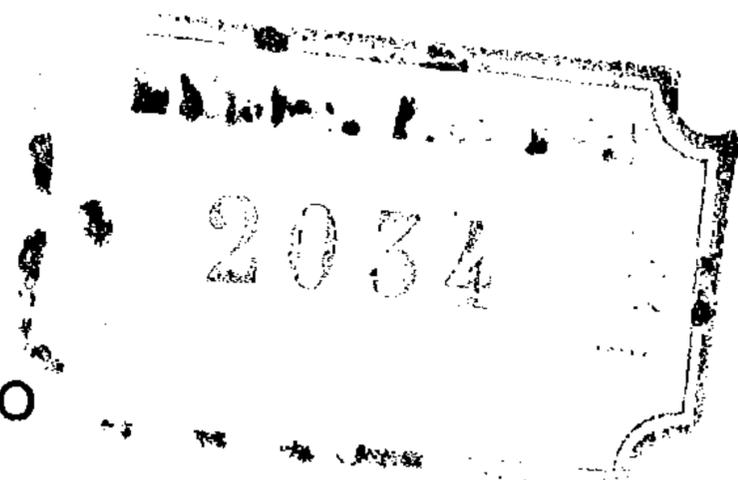
DE

MUJERES CÉLEBRES

POR

DON EMILIO CASTELAR

~~~~~  
TOMO TERCERO  
~~~~~



MADRID

ESTAB. TIPOGRÁFICO DE ÁLVAREZ HERMANOS

15 — Ronda de Atocha — 15

—
1887

Esta obra es propiedad absoluta del editor don José María Faquinetto, quien perseguirá al que la reimprima ó traduzca sin su previo consentimiento. Queda hecho el depósito que marca la ley.

URVASIA

Entramos en los bosques indios, todos inundados de vida. El desierto de los semitas, donde las figuras humanas se destacan de bulto y de relieve, truécase ahora en esta increíble aglomeración de seres, donde las figuras humanas enlazan sus piés con los animales, su frente con los dioses, y pasan, á manera de sombras, bajo las ramas y las floras de una vegetación sin ejemplo, entre las faunas de unas especies sin número, cargados los aires de animación fulgurante y vívida, los espacios henchidos de genios que alcanzan todas las encarnaciones imaginables y revisten todas las formas posibles, sumergido el universo en una divinidad inmensa é indeterminada, que lo empapa y lo compenetra, cual empapa y compenetra el agua la esponja. Allá, en el Norte, separa la India de sus estepas asiáticas el inaccesible monte Himalaya, que parece ocultar su

cabeza, coronada de nieves perpetuas, en el éter, componiendo parte del cielo; por Oriente corre aquel Ganges, llevando tanto polen y flor, y hojas, y raíces, y sustancias, que parece producir como la gelatinosa primera materia destinada en los arcanos de la naturaleza material á levadura de vida; fluye por las tierras occidentales el Indo, que da su nombre á todo el territorio; y por las lindes hacia el Mediodía hierve un mar eléctrico, que azotan tempestades continuas y ciclones horribles. Todo aquí es variedad, y en esta variedad todo color y matices de color. Montañas y cordilleras por un lado fluyendo ríos, parecidos á mares; por otro lado estepas sembradas de tales plantas, que las creeríais alfombra tejida por hilos múltiples y bordada con corolas de toques metálicos; sobre lagunas de verde oscuro, pobladas por peces múltiples, juncales de rojo subido, habitados por aves zancudas, vestidas con plumaje semejante por su brillantez, por su color, á rica sedería; dentro de selvas espesísimas, lianas y enredaderas, que cierran el paso con sus cortinas de hojas, agarradas á gruesas seculares ramas; y en el cielo esta misma variedad: nubes, á veces negras, como el humo de nuestras fábricas, y á veces amarillas, como el ámbar, las cuales llueven granizos semejantes á granos del topacio y del rubí, tiñendo todas aquellas viciosas campiñas, donde pululan y

gritan tantos seres en discorde coro, de iris y matices fantásticos. No buscará paraíso ninguno en el mundo ya quien vea una sola vez los valles de Cachemira, donde brotan todas las flores y maduran todos los frutos, ni desierto desolado y estéril quien haya recorrido aquellas soledades envueltas por el silencio y la tristeza como de un paño fúnebre. El clima de las nieves perpetuas está en las cumbres del Himalaya, y en sus raíces el clima de los trópicos. Así todo es allí discorde y todo armoniosísimo. El viejo mundo no tiene ríos como los caudales del Ganges, arrastrando islas en formación, coronadas por cocoteros. Ni en el Amazonas, ni en el Paraguay se ven selvas y bosques como aquellos índicos, donde gritan el pavo real y el papagayo, salta el mono, vuela el pájaro mosca y se pasea con majestad el elefante. Conoce la vida, en verdad, quien siente subir por sus venas aquella savia exuberantísima, y arder en sus pulmones aquel aire tempestuoso, y derramarse por su sér aquella intensidad de calor generado por aquella viva luz, la cual parece hoy mismo producir á diario en los espacios encendidos y abrasados el milagro increíble de la creación divina manifestado en aquel enjambre de seres y en aquel hervidero de vida.

Y por lo mismo que la vida es allí tan exuberante ¡cuán voraz la muerte! Por todas partes las es-

pecies carniceras mantienen su guerra cruentísima. Mientras el tigre atisba la presa tras el tronco de los árboles, maullando y relamiéndose, baja el milano, como si viniera de otro mundo, con súbito golpe, como el de un fulminante rayo, sobre las miserables avecillas. El reptil aguza los aguijones de su lengua cual agudo puñal; los insectos venenosos pululan en los vegetales más vívidos. De aquellas aguas, que nutren selvas umbrosas, pobladas de innumerables especies, despréndense pestes que llevan á bien lejanos territorios en los aires sus asoladores miasmas. No hay río sin caimanes, ni juncal sin serpiente, ni bosque sin tigre, ni átomo de la tierra sin algún animalillo encargado de oponer su instinto de verdadera destrucción á las múltiples encarnaciones del sér y á los diluvios de la vida. Por esta razón el hombre ha poblado todas aquellas especies de seres benéficos y seres maléficos que continúan, en una especie de alturas metafísicas inaccesibles, las batallas inferiores por la vida. En el mismo cáliz que oléis una esencia, oléis también una divinidad. En el vapor que se levanta de los ríos y de las lagunas veis, aunque no queráis, un Dios vestido con los brillos de aquellas multicolores nieblas, adornado con la pedrería de aquellos brillantes granizos. Donde hay tanta humedad en el suelo mezclada con tanta luz en los aires, ne-

cesariamente surge una especie de idealidad panteística que lo envuelve todo y todo lo diviniza. En el desierto de Madián se impondrá un Dios apartado de aquel mundo, un Dios solitario; pero en las selvas indias brotará una especie de idea panteística, en cuyos efluvios se bañen dioses múltiples como se bañan los peces en el agua y las aves en el aire. Judea, en el transcurso de los tiempos, aparecerá siempre como la tierra del monoteísmo espiritualista concorde con la uniformidad desoladora de aquel suelo; pero India, con sus selvas, aparecerá como la tierra del panteísmo, concorde con aquella exuberancia. Verdad que, bajo el Dios universal, volarán otros muchos dioses, constituyendo una especie de politeísmo al modo antiguo; pero también verdad que en todo este politeísmo no tendrán los dioses el carácter aislado y personalísimo de los dioses griegos. Por algún lado aparecerán unidos al universal espíritu que todo lo compenetra, en guerra como todos los seres de aquellas regiones con algún otro dios, y numerado en manadas ó especies como los animales á quienes idealizan y de quienes resultan, ó bien prototipos, ó bien compañeros. Entre todas las religiones históricas estoy por decir que ninguna tiene un tan estrecho enlace con la tierra donde brota como esta religión índica, que parece fluída, cual sus tintes brillantísi-

mos, de una tierra, donde sobrepujan á todos los elementos la luz con sus colores y el calor con sus creaciones.

No esperéis, pues, que las figuras femeninas tengan el carácter y el relieve que han tenido las figuras femeninas en los relatos bíblicos. Para encontrar una mujer que personifique aquella sociedad india necesitamos recurrir á los poemas religiosos, y, entrando en los templos, recoger algún tipo legendario, medio divino y medio humano, perteneciente por un lado á la teogonía y por otro lado á la historia. Yo no tendré inconveniente alguno en proceder de tal suerte, tratando, como trato en esta obra, de mostrar el lado femenino que tienen todas las civilizaciones humanas. Con tal que un personaje me personifique aquel especialísimo lado y fase de la civilización que yo quiera describir, no tendré inconveniente alguno en sacarlo, ya sea de las leyendas, ya de las historias. Enrique Heine trazó en corto, pero precioso volumen, copias más ó menos esbozadas de las mujeres producidas por el sublime Shakspeare, y le puso con razón este título á su libro: *Inglaterra*. Y en pocas obras veréis tan claro el genio inglés, porque allí está como su quinta esencia, desprendida de los crisoles del arte, donde la llama del ideal derrite primero y condensa y cuaja después todas las grandes y superiores sustancia-

lidades históricas. Cuando entráis en la historia india os sucede algo de lo que sucede cuando entráis en la selva india. El número de seres aquí os borra la humana figura y os dificulta para su vista y su contemplación. Y con el número de dioses os sucede allí lo mismo. Hay tantos, que los confundís con el hombre. Como apenas podéis, por lo bajo, arrancar al sér humano de las especies inferiores, apenas podéis, por lo alto, arrancarlo de las divinas especies. El hombre se os aparece allí, en la India, como ahogado en la vida. Su figura y su persona se levanta en la inmensidad de los tiempos y en los efluvios de los elementos como la cabeza de un ahogado en la inmensidad de los mares ó como el resplandor de un aereolito en la inmensidad de los cielos. No es el hombre, no, como aquellos patriarcas hebreos que se destacan en el desierto, bajo la sombra de sus palmerales, junto al borde humildísimo de sus cisternas, acompañado por sus ovejas á lo sumo, y con su camello al lado, el cual camello, si no anda, se tiende tranquilo y rumia silencioso; no es el hombre como aquellos dioses y héroes helénicos alzados en un solitario pedestal compuesto de armoniosas líneas sobre la tierra sumisa y bajo el cielo sereno; es el hombre aquí, en la India, como un brahmán inmóvil, á quien apenas se le descubre y entrevé bajo la sombra de aquellos ve-

getales cargados de flores y de frutos, y que con las rodillas puestas en el exuberante suelo y los ojos hundidos en el espacio inmenso, plegadas las manos y mudos los labios, llega en su absorción á un desprendimiento tal de su naturaleza humana, que parece un objeto, y nada más que un objeto, perteneciente á la naturaleza material. Pues si esto es el hombre, imaginaos qué será la mujer india. Para comprenderla se necesita buscarla en aquellas legiones de seres intermedios entre la divinidad y la humanidad que constituyen las grandes teogonías. No podéis comprender el tipo de la hembra humana en la India como no veáis al par de ella sus diosas y sus semidiosas.

¡Cuántos contrastes! Allí donde las emanaciones pútridas del Ganges producen el cólera y los insectos venenosos hacen pustulentas las fibras del cuerpo más sano con sus picaduras venenosas, el incienso y la mirra fluyen como natural resina de las plantas, y brotan el sándalo y la canela. Mientras los detritos corruptos de tantos despojos como esparce por doquier la muerte allí hieden hasta provocar náuseas, muchos de sus animales llevan en sí el embriagador y penetrante almizcle. Tal contradicción de las cosas trasciende á las ideas. ¿Puede haber espacio alguno de nuestro planeta que más revele en sus efluvios la vida? Exuberante allí se

parece á lavas derramadas y esparcidas en todas partes por una erupción tonante. Aquel vapor, aquel humo, tanto número de misteriosas esencias, concluyen por solidificarse como el agua congelada y por producir metamorfosis nuevas de la materia encerrada en armoniosos organismos. Y, sin embargo, la India es el punto de la tierra que ha generado aquella doctrina empeñada en reducir todas las cosas á ilusiones, y que concluye por predicar el aniquilamiento universal y señalar al hombre como único puesto la nada. Por consiguiente, no debe maravillarnos, conociendo este carácter contradictorio, representado por sus dioses Shiva y Vichnú, que la India predique aquel suicidio universal denominado Nirrana y que la India, después de haber inventado metamorfosis del sér, como la transmigración y las encarnaciones, caiga en el culto idolátrico al no sér. De aquí la contradicción entre su panteísmo, que parece la unidad suprema, y su politeísmo, que parece la multiplicidad inagotable. De aquí también las contradicciones entre sus dioses, que se resuelven luégo en la suprema trinidad. De aquí todas estas antítesis que llegan á la divinización de todos los seres y á la divinización al mismo tiempo del no sér. Su dios Shiva, el dios del mal, es una representación patente de todas estas contradicciones índicas. Mientras de un

lado aparece muy hermoso, con el círculo de la vida en sus dedos, el buey á sus plantas, la savia del campo en las venas, el agua del cielo como un rocío sobre su frente, de otro lado aparece deforme, horroroso, envuelto en tinieblas, pisoteando el universo con su hendido pie, bebiendo con sed ardorosa las lágrimas y la sangre de los humanos, ceñido con un collar de cráneos el cuello y con un cinturón de víboras el talle, como personificación divina de aquella guerra entre los bienes y los males, empeñada tristemente doquier la vida se dilata. Y como contrapuesto á tamaño genio del mal aparece Vichnú, quien ciñe estas formas: la de un pez, en los inmensos abismos del agua; la de un elefante tan gigantesco que podría soportar el mundo sobre su lomo; la de un guerrero audaz, montado en balgadura tan alba como la primera nube surgida y evaporada del seno de los mares; la de fuerte tortuga, semejante á piedra y base angular de todo lo sólido; la de un brahmán destinado á derribar con hachas áureas los árboles seculares vestidos de lianas espesas y abrir caminos al hombre por los suelos semejantes á intrincados laberintos; merced á todo lo cual perfuma su cuerpo la resina del sándalo; cubren de corpúsculos su sangre los átomos llovidos por las corolas de toda flor; abanicán el aire por sus pulmones respirado las palmeras; co-

rónanlo con círculo místico las grullas, reunidas en bandadas sobre su cabeza; síguenle á una las negras gacelas; llévanle guirnaldas en sus cuernos los corderillos; porque Vichnú teje con los hilos sacados á su incomunicable sustancia el hermoso velo de todas las formas, indispensable á la urdimbre de toda la vida. Y todos estos dioses reúnen y súmanse contentos de sí mismos en Brahma. Si el uno siembra la muerte y el otro la vida, Brahma recoge las dos simientes contrarias, y de sus oposiciones extrae la concordia y armonía del amor. Así en Brahma se identifican el sér y la nada. Sobre la cuna y el sepulcro, sobre la guerra y la caridad, sobre los odios y los amores, se levanta Brahma, que los reconcilia y los suma del todo, á manera de la serpiente que se mordía su propia cola.

Ya lo hemos dicho y jamás lo repetiremos bastante: nuestros lectores, al allegar una idea que corresponda con la India, y su estado, y su historia, y su carácter, y su ministerio en el mundo, para ponerlos, digámoslo así, como fondos en los cuadros que consagremos á pintar las mujeres de aquel antiguo é interesantísimo territorio, necesitan conocer su religión. Producense allí unas divinidades femeninas al calor de su politeísmo natural, muy semejantes á las ninfas griegas que laten por las ondulaciones, así de los campos

como de los mares helénicos. Mensajeras de las alturas sus blancos cuerpos se han formado de las espumas y sus almas de las brisas. En sus sienes ostentan diademas de algas y perlas, en sus cuerpos túnicas de niebla, en sus talles cinturones de musgo, en sus brazos pulseras de cristal, en sus hombros mantos recortados del azul de los cielos, en sus manos arpas de sándalo con cuerdas de oro. Invisibles á los ojos mortales, sus alas etéreas les permiten bajar á los abismos y subir á las alturas en descensos y ascensiones innumerables con vuelos tan rápidos como los de nuestro mismo pensamiento. Ellas destilan la miel, exhalan el aroma, encienden el centelleo de las aladas luciolas, enseñan sus escalas cromáticas al ruiseñor enamorado, ondulan en el arroyo, tiemblan sobre la trémula superficie del lago azul, y doran en la inmensidad todas las noches los armoniosos astros. Quien no haya visto un rayo de luna llena rebotando en el cáliz de una flor de loto abierta, quizás comprenda lo que sea una de las apsaras en el coro de las grandes personificaciones indias. A Urvasia, inscrita en esta familia de semidioses, debemos pintar nosotros, correspondiendo con nuestro propósito. Erguida y flexible como una palma, delicada y tierna como una rosa, circuída de respeto como la flor que los sacerdotes consagran al culto del dios

Indra, su majestuoso continente revela una hija de los genios superiores mandada por éstos á la tierra. En los tropos orientales no hay parte de su cuerpo que no pueda relacionarse con algún objeto hermoso. Negro su cabello como la noche, blanco su rostro y pálido como las azucenas, encarnados sus labios como los capullos del clavel entreabierto, blancos sus dientes como los granos de la granada cuando todavía no está madura, profundos sus ojos como abismos que provocan las pasiones y atraen las almas. Vedla. Se sienta en el borde y orilla de un arroyo, bajo árbol cargado de flores, sobre lecho de musgo; y mientras deja errar la tranquila mirada por los aires, pulsa con sus dedos el arpa de sándalo y se fija en que las avcillas han formado un hermoso nido á su vista, y los elefantes pareados han corrido gozosos recogiendo flores con sus trompas y ciñéndolas á sus cabezas en guisa de guirnaldas, y los airecillos como que se duermen ebrios de aromosas esencias en el cáliz de las rosas. Pero ella, visible á unos seres é invisible á otros, ya diosa, ya mujer, por unas facultades suyas perteneciente al cielo, por otras facultades al mundo, ha oído una especie de ¡ay! envuelto en algo que se parece así á las inspiraciones sobrehumanas como á las luces naturales, y no sabe, no, en su nativa ignorancia, qué quiere decir, y aunque lo intentara.

no podría explicarlo, pues solamente lo conoce por la tristeza dejada en su corazón, y llora.

Oírla gemir y volar las apsaras á su encuentro fué obra de un minuto. Mas apenas se han reunido para procurarle consuelo, cuando huyen cual si husmearan un feroz cazador. En efecto, el terreno donde se hallaban congregadas las hermosas ninfas se estremecía y bamboleaba cual si lo sacudiera hondísimo terremoto. Y era porque allí cerca se abría la caverna que franqueaba paso al infierno, y en el infierno su siniestro dios Iama se había enamorado perdidamente de Urvasia. Imaginaos el terror de ésta y de sus compañeras, hijas hermosas de la luz, amenazadas de caer por toda una eternidad en las telarañas de unas sombras como las sombras infernales. Urvasia, semidiosa, no amaba, no, á ningún sér de su condición, quería, en su anhelo por subir y explayarse allá en la inmensidad, amores con un dios. Sus hermanas disuadiéronla. En su cariño por la más hermosa de ellas le pintaron cómo suele castigar el cielo indio todo amor y todo enlace desigual. Y temían que un mandato de los dioses del cielo penetrara en los abismos del infierno y suscitara contra Urvasia cóleras terribles. Y si tales cóleras saliesen de las profundidades insondables á las superficies del mundo, no había para la pobre ninfa salvación posible, no. El dios de la pezuña

hendida, de la cabellera de víboras, de la negra horquilla en el puño, de las tinieblas en el hombro, la sorprendería, encontrándose la cuitada como si un volcán en erupción surgiese de pronto bajo sus piés y la envolviera en sus llamaradas. Pero no escuchaba Urvasia los presagios de sus compañeras. Mientras le decían tales augurios, contestábales cómo había visto pasar á Indra y le había tendido amorosa los brazos. Confesamos que Indra lo merecía. El resplandor albo de aurora suave lo coronaba. Alados caballos lo conducían arrastrándolo en carro de nubes que tenía centellas por ruedas é iris por bridas. Los cielos de tal modo se prendían á él, que semejaban lazos de su túnica. A su carrera todas las cosas entonaban en coro las plegarias del alba. Y Urvasia no pudo, no, decirle que le quería y que le deseaba, por haber pasado junto á ella tan de súbito como el relámpago y como la ilusión. Tras Indra vió pasar el dios de los mares. Los vientos son su cabellera que se agita, las ondas alteradas por el huracán sus plantas que se mueven, el coral y las conchas los brazaletes que le adornan, las nieblas del otoño los mantos que lo cubren, y los bramidos del mar los ecos de su voz potentísima. Urvasia le dijo que le amaba y él pasó cual pasa el soplo de un airecillo sobre las aguas. Todo esto la desesperaba con indecible desesperación. Pero sus herma-

nas le decían que no se plañiese así, pues quejándose del desamor de los dioses inmortales, exponíase la cuitada con triste seguridad al amor terrible de los dioses infernales. Urvasia, herida en su amor y en su vanidad naturales de mujer, no deploraba que la requiriese y la llamase de algún modo el dios infernal. Con el amor de éste podría verse de seguro herida, pero no se vería despreciada. No le atormentaría el asentarse al borde del camino y pasar los dioses sin convertir á ella los ojos. Y en el infierno tomaría un desquite, torturar á un dios con su amor, ya que los dioses la torturaban á ella con su desamor. En Iama infernal pensaba compensarse de los desdenes inmortales. Así es que, arrastrada por tales sentimientos, no sólo se gozó de que Iama la requiriera de amores á ella, lo requirió ella de amores á él. Sus hermanas temblaron á esta temeridad horrible de aquella demencia, pues veían al dios de los abismos, vomitado por un volcán, yendo hasta los piés de Urvasia para enredarla en sus redes, y sepultarla en sus abismos, y consumirla en sus llamas.

Había hecho mal Urvasia invocando á Iama. Este dios era un dios nefastísimo. En la cima de un volcán, entre lavas humeantes producidas por erupciones terribles, envuelto en rojizos resplandores como los de colosal incendio, saltaba en saltos vio-

lentos hasta más allá del sol y volvía de nuevo á hundirse con rebotes súbitos en los más hondos abismos de la tierra. Recostado en pardas, casi negruzcas nubes, como las exhaladas de una forja, tenía en su mano un espejo de azabache, cuya superficie se tornaba verdosa en cuanto recibía el reflejo de un pecado y con el reflejo de un pecado el reflejo de un remordimiento. ¿Cómo y por qué buscar á semejante dios? ¿Cuál comparación cabía entre aquel sitio donde se hallaba ella y el sitio en que iba por precisión á hundirse así que oyera los requerimientos de Iama y aceptara su amor? Hermoso paisaje aquel, como todo valle abierto en las hendiduras gigantes de las titánicas cordilleras indias. Junto á ventisqueros de nieves perpetuas volcanes de llamas rojizas. Por un lado la incandescente lava cayendo en remolino de fuego, y por otro lado todo un río de puras aguas rebotando en catarata de blanquísimas espumas. Y entre aquellos contrastes, jardines y bosquecillos donde los granados y los limoneros en flor parecían tomar sus colores de las sendas cataratas, y las palmeras competían con los cocoteros como los bananos de anchas hojas con los ceibos de complicados ramajes, y las adelfas con los mirtos, y los brazos de la viña que los pámpanos festonan con el tupido velo de las lianas que mil gayas flores adornan, y la violeta

con el azafrán, y el madroño con la fresa, y los peces de mil colores perdidos en los arroyos de mil trenzas cristalinas con las aves tan maravillosamente pintadas que pueblan las alturas, y los espléndidos cielos encendidos por la luz más intensa que puede imaginarse, los abismos cubiertos por sombras negrísimas: contrastes propios de tierras tan propicias al combate gigantesco entre la vida y la muerte. Perdido con seguridad había de tener el seso quien desease pasar de aquel sitio grandioso al abismo infernal. Pero como Urvasia hiciera la evocación litúrgica, no había remedio; el infierno la llamaba con grandes llamamientos. Así en cuanto formuló temeraria la invocación, huyeron como tímidas tórtolas asustadas las bellas apsaras celestiales. Intentó andar Urvasia y no pudo. Un hedor ponzoñoso le trastornaba el sentido. Corriente de negra bituminosa erupción le pegaba los pies al suelo. La cabeza se le caía sobre el pecho como se cae sobre su tallo la flor por los calores agostada. Sus alas azules, cuajadas de átomos argénteos, se le tronchaban sobre las espaldas. Todo su cuerpo se asemejaba en los estremecimientos al arbusto sacudido por los huracanes. Al sentir estas ansias precursoras de todo cuanto le aguardaba, Urvasia se arrepintió y quiso retroceder en sus invocaciones infernales. Pidió, por tanto, socorro al dios de la luz

contra el dios de las sombras. Y, en efecto, la teogonía india guardaba toda suerte de torturas horribles para los condenados á sus tradicionales infiernos. En aquel abismo hendíanles las entrañas con las horquillas del dios abrasador y encendidas en el fuego de las forjas. Los rostros más bellos se tornaban verdosos al acceso del remordimiento. Las bellas vestiduras, de que tanto los indios se pagan, cambiábanse por sucio ropaje de tinieblas. Los corazones más sensibles eran cocidos en caldera de plomo fundente y la sangre convertida en ponzoña. Tormentos eran los tales muy propios para despertar el terror, y especialmente un terror como el natural á joven apsara, cual Urvasia, pues debía saber cómo iba por aquellos andurriales diabólicos Calí, la esposa de Shiva destructor, la cual tenía dos cadáveres por zarcillos, una sarta de cráneos por collar, al cuerpo manos de gigantes colgadas de las propias tripas de éstos, garras de tigre en todos sus dedos y un pico de lechuza para extraer y apurar la sangre caliente.

Cuando Urvasia quiso detener sus conjuros ya no era tiempo. El dios infernal salió á detenerla. No podía darse contraste mayor que la fealdad de Iama con la hermosura de Urvasia. Y sér tan feo como aquél sabía decir ternezas y requiebros á guisa de cualquier enamorado experto en achaques

del corazón. Así le ofrecía cómoda barquilla en lago de olvido, por cuya superficie bogaban negros y lustrosos cisnes. «No huyas, Urvasia, la decía. El que hizo tu rostro de un bello nelumbo, no pudo hacer tu corazón de un frío canto.» Y acercándose á ella con religioso respeto, la empujaba con violencia muy dulce hacia el infierno, so pretexto de que venía la noche y necesitaba pasarla, no al aire, amenazada por las serpientes, en lecho nupcial protegido por el amor. Urvasia no sabía lo que le pasaba. Pidió el amor de los dioses luminosos, y encontró el amor de los dioses infernales. Así apartaba de su lado el genio deforme. Parecía la gacela y Iama el cazador. ¿Cómo sus labios de rosa podían dar un beso en labios que deslustrarían aquel color? Los diablos no podían abrazar á las apsaras sino para destrozarlas, como el rayo á las palmeras. Urvasia, en el infierno, era violeta en el estío. Por eso esquivaba con todo empeño el dios, y corría huyendo de sus caricias, doliente y plañidera cual una cierva herida. Pero las ramas de aquellas selvas le cerraban el paso, y las hendiduras de aquellos terrenos le abrían abismos á los piés. Anhelosa, nerviosísima, por las ramas golpeada, entre las zarzas y sus abrojos cogida, cayó en brazos de Iama cual caen los pajarillos en las trampas y en los lazos del astuto cazador. Inútil

decir cómo se quejarían las apsaras al verse por este golpe separadas para siempre de aquella hija de los bosques. Habíase desvanecido cual una tenue mariposa la que imaginaban estrella fija. Así volaban por los campos con el zumbido de las abejas en furor, demandando la hermana predilecta de sus tiernos y enamorados corazones. Y en su dolor invocaban así á los brahmanes que guardan poderes como á los penitentes que guardan secretos del cielo. Pero no respondiendo los brahmanes, invocaron á los guerreros. Si aquéllos se ven presididos por sumos sacerdotes, vense precedidos éstos por sumos héroes. Pues bien; mientras los sacerdotes callaron, los héroes se rindieron al grito de las apsaras. Un rey apareció poco después que alzarán ellas al cielo su plegaria. Iba en su carro por los aires y levantaba nieblas en el cielo, como levanta el vulgar viajero polvo por la tierra. Las cuatro ruedas que sostienen el carro son como cuatro estrellas. Sus caballos son azules como el viento. Su manto como una nube tempestuosa, orlada por greca de fuego. Así las apsaras le rogaban rendidas que fuese pronto en socorro de Urvasia. Sabido es que las cuatro castas de la India salieron de Dios: los sacerdotes de la cabeza, los guerreros de los brazos, los comerciantes y agricultores de las piernas, los siervos y obreros de los piés. Por con-

secuencia, un guerrero, que representaba la fuerza, bien podía combatir con todos los infiernos y vencer al dios Iama.

En la teogonía india el guerrero y sus jefes, los monarcas, resultaban las hechuras más perfectas del cielo después de los sacerdotes. Sus cuerpos estaban formados con partículas del oro de Indra, si bien mezclados á varios átomos del encendido carbón donde ardía Iama. Por consecuencia, se reclusían en sus palacios cual en sus templos los brahmanes, y se negaban á la vista y al escudriñamiento de las clases inferiores postradas en vasallaje. Si un mercader ó un jornalero fueran osados á mirarle frente á frente, quedarían ciegos, como nuestras retinas se fundirían ó se quebrantarían de acercarse al sol. El alma de los indios inferiores no puede subir hasta el alma de los indios superiores, como el reptil condenado á la tierra no puede ascender hasta las aves del cielo. Por consecuencia, una voz del rey hacía temblar al sutra como un aliento del huracán al árbol. Levantado en el trono á manera del cedro en la cumbre, teñida la púrpura en sangre de sus enemigos, la frente sellada con el sello de la elección divina, amaestrado en la ciencia de Brahma, el cordón prescrito por los vedas al cuello, bien podía con todas estas ventajas atreverse á un amoroso enlace con cualquiera de las divi-

nas apsaras, y especialmente con Urvasia. Estas bellas ninfas, que los mercaderes y los sutras no podían ver, pues sus ojos no penetraban en las regiones á ellas naturales, eran visibles para los reyes. Así todas ellas se aglomeraron á su paso como una bandada de aves y le dijeron poéticamente sus cuitas. Hijas de las selvas, formadas por el vapor de los nublados y el rayo de la luna, volaban entonces alrededor del rey, como las mariposas alrededor del fuego. Parecidas á los enjambres y á los hormigueros, necesitaban, como éstos de abejas y hormigas mayores, ellas de su incomparable Urvasia. Y encerrada en las cavernas del mundo inferior, del mundo infernal, se parecía en semejante situación ó estado á un ave que hubiese vuelto á su huevo y á una mariposa que hubiese vuelto á su oruga. Sólo una voz, como la voz del guerrero, podía conmover á Iama; y sólo un brazo digno del cetro podía entrar en los abismos infernales. Las pobres apsaras no podían pedirle su gracia siquiera, temerosas de que las cogiese con violencia y las encerrara en su nido, ni más ni menos que encierra el buitre á las palomas en su estómago. En cuanto escuchó tal plegaria, dió el monarca orden á su cochero para que corriese á todo correr hacia la infernal caverna, dejando atrás el rayo de las nubes, el resuello de los huracanes, el pensamiento de los

hombres. Llegado, gritó con imperiosa voz para que abriese la boca el abismo y soltara la presa. Pero muda la enorme profundidad, montó el arco y puso la flecha. Como granizos la nube llevaba dardos su carcax, y se apercibía con todo empeño á conseguir su deseado logro. Las apsaras le veían de lejos y celebraban sus heroicidades. El relámpago no anda como aquel carro que despide por todas partes chispas. El sol no sabe uncir así los caballos de luz que traen piafando el día. Y mientras las ninfas loaban las hazañas del rey, éste inquiría todo cuanto estaba en torno suyo. Pero nada determinado veía. El aire caluroso, que hace de las mansiones infernales un horno, le quemaba con sus ardores la piel. Gotas hirvientes caían de los riscos, y al tocar en las piedras calcinadas, tornábanse humo. De vez en cuando pasaba un relámpago y fosforeaba la retina de torva lechuza. Mas de pronto la cueva se ilumina del subido color rojo, como las bocas de los cráteres poco antes de las erupciones próximas á reventar por aquellas hendiduras y derramarse por aquellos espacios.

Iama esgrime la horquilla candente que le sirve de cetro, y amenaza hendir con ella sin piedad á quien turbe sus dominios ó amenace sus fronteras. El tigre hambriento no acecha su víctima como el dios indignado acechaba su enemigo. Urvasia es-

taba desmayada junto á él y parecía en sus manos como la paloma de blanca pluma entre las patas de traidor raposo. A sus gritos las arañas infernales se hinchaban y se parecían á bueyes y elefantes monstruosos por sus desmedidas estaturas y su enorme volumen. Una nube de insectos y otra nube de murciélagos amenazaban al caudillo y pretendían inútilmente intimidarlo. El rey no hacía caso, ni á las vociferaciones del dios, ni al rumor de sus sombrías y siniestras aves. Fiero en su porte, ya erguía la cabeza con soberbia, ya miraba el hervidero de odios infernales con desprecio. Como estaba seguro de sus fuerzas, no sentía recelo ninguno en su empresa. Así ajusta su dardo, y echando el pie derecho adelante y el pie izquierdo atrás, lo despide como la nube tormentosa despide su rayo asolador. Imaginaos el culebreo de una centella en negra noche y veréis cómo culebrea la flecha en la oscura caverna. Y apenas despedida cae sobre las carnes de Iama y bebe con ansia verdadera su sangre. Por más que intenta el dios arrancársela con sus propias manos, agitado por un supremo esfuerzo, no puede conseguirlo. Sus ojos arrojan llamas, cual suelen los cráteres; su pecho rugidos, cual suelen las erupciones; y á los estremecimientos de su cuerpo la tierra, donde salta, se bambolea y estremece cual á internos sacudimientos. Mas el gue-

rrero no retrocede, y le cubre con sus dardos todo el cuerpo, y en cada uno de estos dardos, adheridos á sus carnes, le salen por sus puntas un río de sangre. Sus cabellos arden como una selva por los ardores del estío abrasada. Sus venas se rasgan como las laderas de un monte sacudidas por los terremotos. Su cuerpo cae al fin desplomado como el cedro á cuyas raíces hanse aplicado las cortantes hachas. Al verlo caer el rey, entra, se arroja sobre Urvasia, la levanta en sus brazos, la echa sobre sus hombros, la saca del abismo con celeridad y la deposita sobre su carro con todas las ufanías propias del triunfador y del triunfo. El rostro de Urvasia, que se había descolorido como se descolora la luna en los resplandores del sol, recobra poco á poco su brillo. Las apsaras agradecidas tejen con adelfas, laureles y palmas, gloriosa diadema y la cuelgan del carro, á fin de que pueda transmitirla el triunfador á sus hijos. Y bien podían hacerlo, pues en las incidencias del combate las cuitadas se estremecieran como la sensible avecilla madre al ver el nido de sus polluelos amenazado por el áspid venenoso de una serpiente. Después de haber huído al terror de la guerra, como el jilguero á la presencia del buho, cantaban ahora un himno de alabanzas muy semejante al que despiden las alondras regocijadas al nacer la mañana y sumergirse raudas

en el inmaculado azul de las alturas celestiales. La caverna infernal calló, como si todos sus habitantes hubieran desaparecido; mas, en cambio, los seres naturales y humanos levantaron en aquel minuto solemne una oda triunfal de alegría.

El rey, á la vez que las ninfas cantaban, pedía-les fuesen á contemplar la rescatada Urvasia. Sus sienes agitadas levantan á los latidos suyos la guirnalda que las ciñe. Su seno palpita bajo la blanca vestimenta. Salta de su pecho el corazón. A sus párpados se pende una lágrima tan luminosa como la gota de rocío prendida en la flor del sacro loto. Su cuerpo está yerto, pero no acabado. Aun la luz del espíritu no se ha extinguido en aquel seno, aunque vacile, como vacila también la llama del sacrificio al azote de los vientos. Las apsaras circundaron á Urvasia para socorrerla con solicitud y llamarla con clamores á la verdadera vida. «Abre tus ojos, le decían, como el sacro loto se abre al venir la noche y sus sombras. Respira como los vientos del mar tras la tempestad. Colora tus mejillas con el rubor virginal, como se colora el cielo con su aurora.» Cual aguardan las avecillas bajo las ramas el amanecer para cantar su alegría, las apsaras aguardaban el despertar aquel para darse á todos sus naturales júbilos. Urvasia comenzó por fin á respirar. Sus ojos se abrieron, y la impresión que

causaron sólo puede compararse á la producida por el sol tras un eclipse. ¡Cuán hermosa estaba! Sus negros cabellos destrenzados caían sobre su seno y aumentaban su blancura, como la sombra que dilata el astro de la noche, cual un pliegue de su vestidura, en el mar, abrillanta más el rielar de sus rayos en las aguas. Las cejas pintadas por los tilakas del amor ocultan dos ojos negros como una noche del estío. Su frente pálida, sus labios entreabiertos, su seno palpitante, sus sonrosadas mejillas le dan el aspecto de una diosa. En efecto, las apsaras llevan su hermana predilecta y la interrogan sobre las cavernas donde ha yacido. Ella les dice cómo el tiempo no corre allí en aquel antro de los remordimientos. Parado en la eternidad, no mueve ni metamorfosea los objetos ni los pensamientos. Mares de nieve cubren su entrada, que apenas iluminan algunas pavesas de mundos malditos, arrastrados sobre su soledad inmensa, mucho más horrorosa que la soledad de los sepulcros. Sombras fatídicas despiden lamentos de sus negras bocas y corrompida sangre de sus laceradísimos costados. Doquier ponéis la planta, dejáis huellas de amarillo azufre. Por las sendas, sin otra luz que la despedida tristemente de siniestras y nocturnas retinas, vense cabezas amontonadas, cuya sonrisa, en la cual se mezclan el dolor y el sar-

casmo, á la verdad, os hielan de petrificador espanto. Entre las calderas, donde cuecen pedazos disyectos de infelices condenados, que conservan la sensibilidad en su cuerpo y en su organismo para padecer más; pisando las serpientes que muerden á sus víctimas sin rematarlas nunca; á las orillas de mares formados por ríos de sangre; llenos los ojos con vapores de lágrimas y los oídos con ecos de lamentos, pedís al cielo, si es que desde allí podéis invocarlo, que os robe la sensibilidad y el pensamiento para no ver ni considerar de modo ninguno todo lo que allí sucede y pasa. Baste decir que del abismo aquel surgen y se derraman por los espacios todos los males que amargan nuestra vida y todos los errores que oscurecen nuestra conciencia.

En la India tiene por atributo la divinidad protectora del amor un pez de cien colores, colgado de un bambú, que lleva en el puño á guisa de viejo pescador. Y este Dios acababa de traspasar al monarca en el corazón é infundirle una pasión ciega por Urvasia. Desde aquel punto nada podía consolarle ya en esta vida. El amor suscita muchos dolores en el corazón, y sumadas las penas del más feliz y satisfecho exceden á las satisfacciones y á los goces en mucho. Así, desde la hora y punto en que aquel guerrero, á quien los dioses infernales no pudieron amedrentar, sentía deslizarse la pasión

amorosa en su alma, tornábase tan trémulo como pobre niño, y de una timidez cuasi femenil. Mientras combatió, todas las fuerzas de su viril compleción se le aglomeraron á una en el pecho; pero vencedor sobre las divinidades infernales, sintióse por la pasión herido y aquejado también de las enfermedades que aquejan á todas las almas enamoradas verdaderamente aquí en el mundo. Así no podía contener su pena rebosante del pecho ni aliviarla con lenitivo ninguno. Resistíase tanto ardor á la sombra del bosque, al agua del arroyo. Una lágrima, sólo una lágrima de Urvasia podía verter océanos infinitos é insondables de consuelos eternos en su despedazado corazón. Los indios creían que unas flores avivaban y otras disminuían el amor. Así el rey enamorado buscaba para su alivio la kururaca teñida de violeta y carmín, la campanilla de color celeste, cuyos pistilos se parecen á perlas, y las lianas más vistosas que las colas del pavón, las cuales apenas calmaban sus dolores ni vertían bálsamo ninguno en su pecho, ellas, nacidas á consolar los verdaderos amantes. Pero el cielo se mezclaba en todos los hechos de la India muchísimo, y, por tanto, se confundían los dioses, no sólo con los hombres, sino también con los animales y hasta con los árboles. En cuanto vió Indra el amor de aquel monarca por la misma Urvasia

de él despreciada, resolvió atraerla con atracción imperiosa é incontrastable hacia sí y subirla consigo al cielo. En efecto, acababa el rey de hincar su rodilla en el mullido césped para pedir á Urvasia la natural correspondencia con su cariño, cuando el mandato de Indra descendió de lo alto, llamando á las apsaras y á Urvasia con imperioso llamamiento. No hubo remedio sino escucharlo y atenderlo. Volaron todas en tropel, y á la cabeza de todas, y primero que todas, voló Urvasia. Mas como quiera que la retenía en el suelo una propensión invencible á su salvador, enredáronse los piés en la hiedra y aun pudo solícita dirigirle una mirada suprema.

En efecto, Urvasia no podía responder á los reclamos del rey como no hablase antes con Indra. Solitario ya el monarca, tuvo que retirarse á su gran ciudad. Era ésta de tales dimensiones que se necesitaban doce jornadas en rápido carro para circuir-la. Todo es allí animación. Sus muros están pintados por manera tan maravillosa que los creeríais hechos de rica pedrería. Por sus calles se cruzan los elefantes agobiados de mercancías con los caballos cargados de hierro y de guerreros. Ahora se ven por ellas, bajo los palanquines, de púrpura los príncipes vestidos de tisú, y sobre los carros plateados como la luna llena las vírgenes tendidas en cojines azules y envueltas en gasas argénteas. Dan-

zan por un lado las bayaderas al eco de religiosos instrumentos; corren por otro las procesiones bendiciendo y saludando á numerosos ídolos; el hidromiel y la soma fluyen de banquetes parecidos por su esplendor á los celebrados en las inaccesibles alturas por los inmortales; y del suelo al empíreo suben, como espirales de una tromba música y armoniosísima, las cadencias de coros y de sinfonías sin fin, á cuyos compases hasta los astros podrían danzar con movimientos concertados en el espacio profundo é insondable. ¿Quién se resistiría en esta vida cruel á las tentaciones de tales placeres como no fuese un enamorado, por cuyo corazón y por cuya memoria pasan, desde que lo sojuzgó el amor, los mismos afectos siempre y las mismas remembranzas?

Sólo el rey estaba triste allí, donde todos estaban gozosos y rientes. Redimió á Urvasia del infierno, y Urvasia, en cambio, encerró ese infierno en su corazón. La rosa de sus jardines, la serenata de sus ruiseñores, la melodía del aura entre las fuentes y las ramas, sólo daban el acrecentamiento de su dolor. ¡Con qué furia maldecía del rayo de la luna que rielaba en los lagos y sonreía en la floresta, como en aquellas noches tranquilas de un correspondido y feliz amor! El rey no podía conformarse con que la naturaleza indiferente sonriera mientras

él estaba horriblemente atormentado. Bajo el cielo clarísimo y luminoso, cargado en lo alto de astros y en lo bajo de luciérnagas, una tempestad enorme tronaba en su corazón. Mil veces pidió á zumos adormecedores, á beleños casi asesinos, el indispensable descanso, y no pudo conseguirlo, desvelado por sus inquietudes, y, si lo conseguía, no pudo recabarle, no, el necesario saludable olvido. En el sueño, en su fondo, estaba también la ninfa Urvasia, como en el fondo de su retina y como en el fondo de su pecho. Y soñaba, con placentero sueño, que la conducía solícito á los altares, abrazando la esbelta cintura con su fuerte brazo. Pero luégo se despertaba y veía que sólo abrazó á una fantástica sombra. Veíala cuando todos los seres estaban envueltos en tinieblas, oía cuando todo el universo estaba sumido en silencio. Desesperábase, pues, de tal estado, y no podía en tanta pena renunciar á él. Y muchas veces el cuitado, sin darse cuenta de lo que le sucedía, lloraba, y lloraba con indecible amargura, en fuertes y penetrantísimos sollozos. Inútilmente las bayaderas danzaban en torno suyo, para provocarle al amor por otra mujer; los bufones le decían toda suerte de gracias, para ver de arrancarle alguna risa; quedábase á cada nuevo asomo de divertirle más triste, y aseveraba que todo aquello solamente le producía un doloroso hastío.

En su dolor mandaba que se apagara la lumbre del hogar, pues no quería comer; que se cerraran las fuentes del jardín, pues no quería beber; que se diese libertad á las fieras, pues no quería jugar; que se rompieran las flautas y las arpas de sus conciertos, pues tan sólo quería oír el eterno quejido de sus dolores acerbos. Aunque rey, hubiera cambiado su condición altísima por la horrible de cualquier paria, con tal de verse preferido por Urvasia.

Sin embargo, una noche sintió melodiosas cadencias, que llovían del cielo sobre su alma. Y era Urvasia, la cual, invisible aun á sus ojos, cantaba para consolarle y para decirle cómo el cielo mismo le había parecido tan triste cual el infierno sin su presencia y sin su amor. Como Urvasia tenía la condición de no ser vista, cuando á ella le placía, por los ojos mortales, también tenía la condición de no ser oída sino en el grado que á ella le pluguiese. Y á pesar de haber dicho que no le satisfacían las alturas celestiales, ni al paladar las mieles fluidas por los árboles del Narana hermoso, ni al oído la concertada música de los astros, ni á la vanidad las joyas forjadas con reflejos de la blanca luna por mano de Indra, pues solamente le satisfacía el amor correspondido y verdadero, el rey no pudo distinguir bien la letra de aquellos himnos amorosos ni la voz suave que iba produciéndolos, y

tomaba tanta melodía por espejismos de su oído, fantaseados al resplandor de su deseo, y por ilusiones de su alma, desprendidas al sacudimiento de su amor. Para prepararlo Urvasia con cauteloso cuidado al tránsito feliz que le aguardaba, lejos de tomar la forma visible y aparecer así á su vista, mandóle una misiva por medio de una hoja de boj, en la cual escribiera y grabara todo su pensamiento. Al verla caer creyó ver una piel de serpiente; mas remirándola, como advirtiera la hoja baladí, quiso apartarla con su propia mano, y cuando bajaba para cogerla, notó que tenía grabados algunos signos. El rey se frotó varias veces los ojos, pues apenas podía dar crédito á su mirada, que le transmitiera estos misteriosísimos renglones: «Consagrada muy de antiguo al culto del sol, sus rayos no tienen fuerza bastante á vivificar mi corazón. En mi lecho de olorosas hierbas sembradas de flores de Pariyata no encuentro reposo. Las brisas del Narana me parecen huracanes ardorosos, porque yo no quiero ni el cielo ni la tierra sin tu amor.» Inútil decir, conociendo la pasión del rey por Urvasia, cómo recibiría este mensaje de amor. Tendiéronse instintivamente sus brazos á las alturas, y estrechó, en efecto, contra su corazón, el aire aquel de donde había bajado la música sonora y el mensaje amorosísimo.

Por fin Urvasia tomó la forma visible y natural á los ojos del rey. Y todas cuantas especies indeterminadas é indefinidas dijera en los oídos del monarca desde las alturas, tradújolas el humano y comprensible lenguaje para que pudiese oirlas con verdad y con certidumbre aquel á quien iban desde su íntimo pecho consagradas. Díjole, pues, cómo abandonara la mansión de los inmortales, rompiera contra su pavimento la copa hecha de un astro en que los dioses le regalaban su néctar, todo para irse con él y gozar del amor suyo bajo el inmenso manto de una tranquila soledad. Herido el rey por aquellas palabras, comenzó á decir que fueran sus guardas, sus sacerdotes, sus ministros, á rodearle, y entonaran himno sin término ni fin, y trocaran la ciudad santa en continuo banquete, y enseñasen á todos los papagayos del reino á decir el nombre de Urvasia, y esparcieran el oro de sus arcas por el suelo para que lo recogiesen sus vasallos y se regocijase todo el mundo como se regocijaba su propio corazón. Ochenta mil sacrificios dispuso en honor de Brahma con el fin de hacerle aceptar su boda. Así los pajes del rey sacaban el toro y la vaca, coronando sus astas áureas con guirnaldas celestes y rosas blancas. Tras los pajes danzan las bayaderas al son de las liras, que acompañan himnos voluptuosos, cuyas cadencias expresan todas cuantas sen-

saciones presiden al amor y á sus goces en el universo. Millares de áureas jaulas, conteniendo coros de melodiosas aves y suspendidas de los arcos de triunfo, cantan, como si fueran á estallar, en competencia con los músicos regios que tañen trompas y flautas. Los guerreros, montados en caballos y elefantes, suenan con estrépito á los golpes de sus lanzas los escudos vibrantes. Los vasias ó mercaderes cubren las calles con telas de mil colores para dulcificar los rayos del ardiente sol índico. Los neófitos y los brahmanes forman vistosas procesiones. Éstos van delante rogando por los esposos, mientras aquéllos detrás, vestidos con túnicas blancas y mantos de gacela negra, el cuello adornado con el cordón sacro, resplandecientes de juventud espléndida y diciendo versos armoniosos acompañados por himnos de suaves y deliciosas cadencias. Las labradoras arrojan por el suelo con profusión las balsámicas esencias indias. Inútil, pues, decir que huelen por modo penetrante así los vasos llenos de mirra como los vasos llenos de almizcle. Las rosas y los claveles resaltan entre las ramas de los bambúes que componen á modo de alfombras. El azahar, el jazmín, las azucenas, el azafrán, la pimienta, la canela, el nelumbo, despiden aromas tales que producen embriagueces y ardores como si el sol penetrara por vuestras venas y se subiese por me-

dio de vapores embriagantes á las cabezas trastornadas hasta tocar en los límites de una insensata demencia. Así las enfermedades nerviosas, tan frecuentes en las pagodas y en las ceremonias indias, que dan al cántico, al baile, al verso, aspectos y formas de un desarreglo nervioso, sobreexcitado por un delirio espiritual.

Lo más hermoso de toda la ceremonia era su lado femenino, las mujeres que componían el acompañamiento y lo adornaban. Ceñidas de flores, pintadas al gusto indio, envueltas en gasas de todos matices, gorjean y danzan á una sin fatigarse ni rendirse. Las ventanas, que pueblan y embellecen con sus gracias, seméjense á brillantes pajareras, donde alegra la vista el color de aquellas plumas y alegra el oído las cadencias de aquellas canturias. Urvasia se presenta vestida de blanco, envuelta en su manto celeste, ceñidas las sienes de guirnaldas, la garganta ornada de gruesas perlas, brazaletes áureos en los torneados brazos, estremecida por el sentimiento de placer que sacude todo su cuerpo, realzada por el rubor que colora y enciende sus mejillas. El poeta, cantor de sus nupcias en gracioso epitalamio, compara los ojos negros de aquella belleza increíble, resaltando en su alba y sonrosada faz, á dos abejas lucientes, ocultas en las corolas de dos suaves rosas. El rey viene á buscarla. Una

túnica, bordada con todos los colores del Paraíso, lo envuelve; un manto carmesí de sus hombros pende y se arrastra por el suelo; áurea corona brilla en su espaciosa frente; sandalias de plata encierran sus piés; y á un tahalí, compuesto de ricas piedras, van ceñidas las insignias de su mando, los atributos de su regia soberanía. Siéntanse los dos novios en su carro de oro, que compara el poeta epitalámico al mar cuando baja por uno de sus bordes el astro del día, mientras por otro de sus bordes sube á su vez el astro de la noche. Por fin llegan al pie del ara. Un venerable brahmán atiza la llama del sacrificio, que centellea, como naciente aurora, y en esa llama esparce granos de trigo y manteca derretida, que levantan á los aires una indecisa nube, como las ilusiones del primer amor. Los dos amantes toman el fuego que arde sobre las aras por testigo del fuego que arde á su vez en los dos corazones. En seguida se dan las manos, y al tocarse una con otra, visible sacudimiento de placer agita sus cuerpos y enardece sus almas. Después de haberse dado las manos, ruedan en torno de aquel sacrificio como el círculo que forman la noche con sus estrellas y el día con su sol rueda en torno del Merú, centro de la tierra. Y acercándose al fuego Urvasia, vierte manteca fresca y arroja granos nuevos que, alimentando las llamas, le dan forma y

figura de purpurino loto. Y con esto el sacrificio concluye. Cuantos los ven pasar tan hermosos, compáranlos al amor y á la felicidad unidos. Así deben estar destinados á producir seres felices que ornén y pulan el mundo. «Id, gritan las gentes, id reyes á vuestro lecho; gozad en paz de vuestros santos amores. Que os ilumine nuestro sol y os bese nuestra luna. Que os unáis como el fruto á la flor, como la flor al tallo, como el tallo á la rama, como la rama al tronco, como el tronco á la raíz, como la raíz al suelo. Que seáis felices, felicísimos.»

Estas festividades tenían todos los caracteres del suelo indio, y lo compendiaban de un modo maravillosísimo. Aquellas altas mesetas centrales del Asia, que podríamos, por las nieves perpetuas aglomeradas en sus cumbres, llamar cristalinas rotundas del viejo mundo, fluyen ríos, á cuyos riegos y filtraciones las tierras más áridas se tornan fecundas. Así el Ganges y el Indo aparecen como dioses, y sus aguas, especialmente las del primero, están consideradas y bendecidas como sacras. Así los bueyes que pastan en sus praderas, los elefantes que por sus selvas y bosques vagan, hasta las serpientes y demás reptiles que laten por la viciosa hojarasca, si no dioses, aparecen como cooperadores de los dioses y como atributos indispensables á las varias y múltiples divinidades. Lo mismo suce-

de con las flores, de cuyos matices copian los indios el vistoso colorido de sus chales, de sus gasas, de sus cachemiras, de sus velos, de sus tisúes, de sus ropas todas parecidas á los arreboles compuestos por el rebote de la luz en aires y en aguas. Dos afectos caracterizan perfectamente al indio: su afecto por las joyerías y su afecto por las esencias. En sus casas ricas arden á la continua pebeteros que llenan los aires de perfumes, como en sus personas, hasta en las pobres, toda suerte de pedrería cortada por deslumbradoras facetas, donde los rayos del sol chispean y las chispas se parecen á multicolores aereolitos. Bien es verdad que á todo convida un territorio en cuyos campos se cogen desde canela hasta cochinilla y añil, en cuyos montes se cuajan desde los rubiés hasta los záfiro, en cuyos mares abundan las ricas madreperlas. El indio adorna como nadie desde los pectorales hasta las sandalias, y desde un pebetero hasta un puñal. En parte alguna consigue la vida el carácter de volcánica erupción que alcanza en la India, donde parecen multiplicarse las formas de los objetos, el organismo de la materia, el número de las especies, los hilos y urdimbre de la universal sustancia. Un gigante de aquellos tiene cien brazos, una vaca mil tetas, una serpiente innumerables áspides, un árbol forma y dimensión de colina, una colina estatura

de monte, un monte algo celeste perdido allá en el éter y manando de sus piés ó raíces ríos que suben y crecen hasta tomar los caudales y la extensión de verdaderos Océanos. Y no hablemos de sus templos. En una gran montaña, vaciada por dentro y concluída por fuera en forma de pirámide, han tallado estas divinas mansiones, huecos inmensos, á los cuales tan sólo parece haber contribuído el fuego creador de que los mundos se han formado y no el tan débil como fugaz esfuerzo nuestro. Las gruesas paredes, las planas techumbres, los sacros pavimentos, las columnas de un grandor desmesurado y con formas así de árboles como de flores, las capillas por doquier abiertas, los grandes animales allí tallados recordando las edades prehistóricas, los idolillos esculpidos entre cinceladuras exquisitas en piedras de un arte y de un gusto delicadísimo, todo corresponde con la idea fundamental de una religión, en que divinidades, arraigadas por sus raíces en el suelo y coronadas en sus frentes con ideas metafísicas, luchan entre sí como representantes del mal y del bien, tan diversamente distribuídos sobre la tierra, para confundirse luégo é identificarse por modo maravillosísimo en el gran seno de Brahma.

Hay en el arte arquitectónico indio igual disparidad, pero igual riqueza que hay en su inmenso te-

rritorio. Como en todos los pueblos orientales la pagoda no representa un templo tan sólo, representa palacios, fuertes, monasterios, terrazas sobrepuestas que, partiendo muchas veces del seno de las aguas, bien reunidas en lagos, bien corrientes en ríos, ascienden á increíbles alturas, bellamente rematadas por diademas de sonoros palmerales y por guirnaldas múltiples de multicolores lianas. Pórticos pintados, ojivas desmesuradas, mosaicos parecidos á joyas cargadas de pedrería, bajos relieves donde la flora y la fauna se manifiestan como en el seno de aquellos campos, rotondas gigantescas, torres que vuelan á las alturas, todo esto da indudablemente á los templos índicos un carácter muy propio suyo y muy separado por rasgos diversos de los demás templos asiáticos. Fingíos una de tales pagodas en el día de las nupcias celebradas entre Urvasia y el monarca, fingíosla con todos los aditamentos que una fiesta de tal clase lleva consigo, y la creeríais, en verdad, no tanto un objeto real como un fantástico ensueño. Poned allí, entre los ladrillos del color de la rosa, entre las porcelanas entalladas en las paredes, bajo los velos de gasas vistosísimas repitiendo todos los colores y todos los matices, al sol abrasador de la India, el suelo mullido por la humedad y cortados por enormes arrozales, plantas parásitas en número increíble mecidas por un viento fuerte

que las trueca en refrigeradores abanicos, los ídolos cubiertos de pedrería, las bayaderas enlazadas unas á otras con cintas y flores danzando en bailes vertiginosos, el elefante con sus torres de oro y sus palanquines de púrpura sobre las espaldas, millares de áureos pebeteros que componen nubes de aromas, las vestimentas bordadas con realces de perlas, escudos y armas brillando como astros, sandalias relucientes, tiaras más relucientes todavía, plumajes de raras aves, reptiles brillantísimos encantados por fórmulas y miradas mágicas, el tambor, y el crótalo, y el arpa, y la cítara, y tantos instrumentos, coros de vírgenes, legiones de guerreros, nubes de cortesanos, divinidades en muchedumbres, sacrificios sin fin, ceremonias compuestas por bailes y cánticos, y decidme si todo aquello que alcanza la vista no revela el monstruoso grandor, la majestad enorme, la vida exuberante, las formas múltiples del panteísmo materialista, todo él compenetrado por el espíritu de Brahma y concluído con la corona espiritual de una sublime y centelleante trinidad.

Nada tan molesto para los amantes verdaderos como la numerosa compañía. Entre tantos objetos y tal muchedumbre de pueblos y personas debían estar muy contrariados el orgulloso monarca y su amada novia. Así el rey le anunciaba por lo bajo y al oído que bien pronto iba la completa soledad á

envolverlos en sus pliegues. Aquella tonante pasión que, á guisa de tempestad, les había calcinado los huesos y consumido la sangre, debía trocarse pronto en felicidad tranquila y satisfecha. El rey precipitaba todas las ceremonias, deseoso de acabar aquella fiesta y redimirse allá en el seno de los palacios y en el fondo de las alcobas con la predilecta de su corazón. El infeliz no había contado con los dioses. Aquel espectáculo de la corte ardiendo en fiestas alcanzó tanta solemnidad y hermosura tanta, que los inmortales se sintieron heridos, allá dentro, de rencorosa envidia, pues entraba el centelleo de tanto resplandor y el eco de tantas armonías en el mismo cielo. Y como Urvasia, la bella y gentil, á fuer de apsara, pertenecía por algún lado y por alguna facultad á los inmortales, conviniéronse todos éstos, y especialmente Indra, el bello y luminoso, en arrancársela, siquier fuese violentamente, al envanecido y ufano monarca. En efecto, nada podía en aquellos jerárquicos círculos de la vieja India el hombre, siquier se llamase rey, contra los mandatos divinos, siquier apareciesen tan caprichosos cual aquel que una vez requería por celos y por envidias á Urvasia tras haberla muy poco antes desdeñado con verdadero menosprecio. No habían menester mostrarse las divinidades indias para conseguir obediencia; bastábales con leve indicación de su di-

vina voluntad. Hiciéronla en aquel momento mismo de la ceremonia en que las fórmulas de la liturgia se iban concluyendo, y esta indicación bastó para que todo concluyera y el rey probara cuán grandes penas infligen las divinidades indias á quienes desde baja condición suben por escala de orgullo á las alturas inaccesibles. En cuanto los dioses atrajeron á Urvasia, comenzaron sus alas á sacudirse sobre sus espaldas, los piés á levantarse del pavimento, la túnica nupcial á convertirse poco á poco en una especie de nube animada é impelida por el viento, y todo su sér á perderse, como los aromas de los pebeteros y como las llamas de los sacrificios, en las alturas. Urvasia volvió, pues, merced á esta índica transfiguración, volvió á perderse allá entre sus inmortales compañeros los dioses de la India.

Inútil encarecer cómo quedaría el rey tras este rapto divino. Una felicidad que ya tocaba con las manos desvanecíase cual se desvanece feliz ensueño á los ojos recién abiertos de un sér desgraciado. Así llevóse la mano á la frente para contener la razón, que se le huía, y se frotó los ojos para indagar si concertaba ó no lo que había visto con la realidad, pues todo, alrededor suyo, tomaba el aspecto extrañísimo de funesta pesadilla. Invocó desesperado, con grandes voces, á Urvasia. Y convencido por el vacío y por el silencio de que sola-

mente le contestaba el eco, retorcióse con verdadero furor, entregándose á súbita desesperación. Desde tal momento, el rey odiaba, no sólo el trono, sino también la vida. Púrpura, túnica, manto, diadema, báculo, espada, todo le parecía ya como ajena cosa y todo le abrumaba. De monarca, el infeliz, quería pasar á penitente. Recluído en espeso bosque, al pie de árbol sagrado, sin beber más que agua, sin vestir más que palmas, sin comer más que raíces, maceraría su cuerpo á ver cómo estas maceraciones de la carne atormentada podían servirle para burlar un poco los dolores acerbos de su corazón herido y de su amor desengañado. Lo primero que hizo fué despedir los sacerdotes, guerreros, cortesanos, y encerrándose, como en fúnebre sudario, dentro de su palanquín, irse al palacio, para quedarse sólo con su pena en el sitio mismo donde había querido antes quedarse sólo con su amada. Para morir, su deseo único desde tal amargo trance, bastábale beberse sus lágrimas él mismo, porque las lágrimas, envenenadas por el dolor, debían á su vez envenenarle. La hoguera nupcial se convirtió en hoguera funeraria. Los banquetes nupciales pasaron á banquetes fúnebres. El epitafio se trocó en elegía, y el rey, que soñara con tálamo bendecido y feliz, tendióse, á guisa de mísero cadáver, en su lecho, cual pudiera en el sepul-

cro, y hasta invocó, para ver si lo consolaban de algún modo, las voraces llamas del infierno.

Ningún tipo representa ni puede representar con tal verdad la idealización de la mujer y del amor en la India como este tipo de Urvasia. Observadlo bien, y veréis cómo la pasión de las pasiones penetra en todos los círculos la vida, y cómo una mujer celestial, semihumana y semidivina, impera en todos los dominios de la naturaleza y del espíritu. En la religión índica, junto al dios padre, se halla la diosa madre. La cuna forma en sus dogmas una especie de sacro altar, y la familia compone una trinidad ó triada como la que reina en lo alto de los cielos. No está el amor vedado al infierno indio como al infierno católico. El Satanás de aquella religión ama con exaltadísimo amor y sale de sus antros hondos y de sus llamas voraces para cazar las ninfas celestiales y enredarlas en sus espesas redes. Compitiendo con Iama, un rey de la tierra combate por la posesión de Urvasia, y la consigue. Pero la ninfa celestial, que siente al par de la gratitud amor, como puesta por su naturaleza excepcional sobre todo lo humano y confundida con el cielo, necesita pedir permiso á los dioses para entrar en la familia de los hombres. Los dioses conceden este permiso, ya que las apsaras poseen una doble naturaleza y son, miradas por uno de sus aspectos,

diosas, y por otro de sus aspectos, mujeres, todas ellas mortales é inmortales á un mismo tiempo. Pero el rey ha cobrado tal amor á Urvasia que todo le parece poco en su obsequio y convierte la corte suya en una especie de cielo para merecer aquel su amor divino. La gran festividad con que celebra este suceso compite con cualquiera de las festividades celestiales. Su belicosa corte, donde á la continua blandieran armas los guerreros, se trueca en una corte divina, donde las bayaderas danzan en sus litúrgicos bailes como pudieran danzar los astros en sus luminosas elipses. Aquellas nubes de aromas, que han llegado hasta las narices de los dioses, y aquellas cadencias de himnos que han ensordecido hasta las divinas alturas, conmueven el corazón de los inmortales y les arrastran á desear la felicidad misma que un mortal ha creído, en sus arrebatos de amor, verdaderamente divina. Como se ve por toda esta leyenda maravillosa, la mujer india de los tiempos védicos alcanza una consideración que demuestra cómo la península pendiente del Himalaya, medio circuída por el Océano y regada por esa especie de dos mares interiores denominados Ganges é Indo, es verdaderamente la cuna de los arios que han fundado con su casta monogamia de los tiempos védicos la familia en el mundo.

Pero continuemos la historia de tan célebres

amores. El rey no llegó á suicida, pero sí á penitente. No se despojó de su vida, pero lanzó de sí el mundo y se fué á la soledad, como lanza el ave la corteza del huevo donde se hallaba contenida. Crecidos el cabello y la barba, desnudos los piés, desnudos los brazos, unas cuantas palmas le vestían como al salvaje confundido con la madre naturaleza y pegado, en guisa de vegetal, á la tierra. Su penitencia de tal modo y con tanto imperio domaba los ímpetus de aquella voluntad regia; é impedía los vuelos de aquella inteligencia soberana, que le diríais descendido del mundo animado y superior en que antes brillaba con tan vívido esplendor al mundo frío de los inertes minerales. Cualquiera hubiese creído, cuando se ponía de rodillas bajo los tamarindos que, no solamente toda facultad humana, toda función animal, se había en su cuerpo suspendido al vigor de sus maceraciones y al peso de sus dolores. Abiertos los párpados é inmóviles, fijos y abillantados los ojos, rígida la faz, los brazos alzados por una fuerza de suma tensión al cielo, pegadas las rodillas al polvo, diríase que desde las pulsaciones hasta la respiracion, y desde la respiración hasta los latidos del pecho, se habían acabado en aquel cuerpo asaltado por una especie de fría petrificación. Puesto que Urvasia no vivía, su amante desdeñaba la propia vida. Puesto que no estaba

Urvasia en el mundo, maldecía su amante al mundo. Y cuidado que había menester fuerza de concentración maravillosísima para encastillarse dentro de sí mismo, en su propio soberbio espíritu, entre la inundación de aquella vida semejante á un diluvio de savias y de aromas. Compréndese la inmovilidad y el silencio en los desiertos arenales, donde no brota una planta ni gorgea un pájaro. Mas entre las ramas de tantos vegetales floridos y fructíferos, sobre un suelo animado por innumerables insectos, junto á los reptiles por doquier deslizándose y corriendo al borde umbroso de lagos que despiden vapores y miasmas, bajo aquella grande sinfonía de voces cuyos acordes llenan los aires enardecidos de colores y de aromas, saltando junto al perro el papagayo, junto al papagayo la cotorra, por los sorgos altísimos, y los cañaverales de azúcar, y los espesos arroces, las zancudas vestidas con sus brillantes plumajes, todo abrasado y encendido como en una llama de vida voraz, abstraerse á tantos espectáculos, huir del reclamo de tales sensaciones, flotar en espíritu sobre tanta vida material, sólo podemos explicarlo por un dominio absoluto de la conciencia sobre la voluntad, y otro dominio absoluto de la voluntad sobre los rebeldes nervios y sobre las imposiciones incontrastables de la compleción fisiológica. Lo cierto es que aquel rey, acos-

tumbrado á los empeños de las guerras, y á las competencias de la corte, y á los trabajos del mando, y á la grande actividad que llevan siempre consigo y en todas partes las altísimas dignidades sociales, recogió su alma dentro de su cuerpo con egoísta recogimiento, y, abstrayéndose por un suicidio de la voluntad y del pensamiento al mundo, se sumergió en el cielo donde se hallaba Urvasia.

Pero Urvasia, una vez en el cielo, no sintió satisfecho su corazón de diosa ni calmados sus infinitos deseos. Perteneciente al cielo por unas facultades de su sér y perteneciente al mundo por otras, así como en la tierra deseaba el amor de un dios, deseaba en el cielo el amor de un rey. Y como desde allí todo lo veía con clarísima visión, el espectáculo de los sacrificios hechos á su amor en aquellos instantes excitábala más y más á suspirar por la tierra y á pedir con grandes instancias el goce de los placeres que aquí había tras de sí dejado. Imposible que las divinidades varias del cielo indio dejaran de conmoverse al llanto de aquellas ninfas. Las apsaras habíanles servido en la obra maravillosa de su creación, dulces y melodiosísimas mensajeras, para dorar los mundos, encender los soles, platear las lunas, cubrir con sus matices el arco iris, aromar las flores y extender melodías sin fin en las auras y brisas. Por consecuencia, las apsaras apa-

recían por su carácter comunicativo como lazos de flores que ligaban el cielo con la tierra y el hombre con la divinidad. Entre todas ellas, la preferida y amada era Urvasia. Por tanto, al verla padecer, compadeciéronse los dioses de su dolor y juzgaron indispensable calmarla. En el mundo, su naturaleza divina le hacía levantar los brazos al cielo en demanda del socorro y del auxilio de los dioses, á cuyo coro pertenecía. Pero una vez colocada en las alturas celestiales, volvía con amor los ojos á la contemplación del suelo, como vuelve la juventud, á pesar de su robustez, y de sus goces, y de su exuberante vida, los ojos también á la pobre y débil infancia. Con las exaltaciones propias de su compleción, Urvasia tuvo por Indra un amor místico en la tierra, y luégo en el cielo tuvo un amor exaltado y casi sensual por el rey, con quien había dividido un momento la diadema, después de haber andado en torno del fuego nupcial y bebídose con ansia verdadera el vaso de soma embriagante. No podía, pues, la corte de los dioses tolerar aquella pena de su apsara preferida sin hacer algo por consolarla. Preguntáronle, después de reunidos los dioses, á su gentil apsara, cómo se consolaría, y ella les dijo que sólo de una manera, ó bien convirtiendo al rey en dios, ó bien convirtiéndola en mujer, y sólo en mujer, á ella. Por medio de la penitencia

su amante había subido hasta la divinidad, y por medio del amor había ella bajado hasta la humanidad. Los éxtasis del uno y las sensaciones de la otra, pues, acababan de juntarlos y hacerlos casi de la misma naturaleza. Mientras él, por la meditación y las inspiraciones á esta meditación consiguientes, tomaba complexión divina, ella, por los impulsos y las voluptuosidades múltiples de su enardecida naturaleza, tomaba complexión humana. Y era preciso juntarlos si no querían los dioses inmortales tener una muerta en su armonioso coro. ¿Qué divinidad podía resistir á estas demandas envueltas en suspiros y en lloros? El rey fué divinizado por los dioses, y al seno del Narana subido, feliz con su bella Urvasia una eternidad.



NATALIKIA

El anciano Adgigarta veía blanquear en parte y en parte caerse los cabellos, surcársele de arrugas el rostro, de sombras oscurecérsele poco á poco la vista, y sentía grande necesidad moral de no morir todo entero en su muerte y participar de lo futuro, de los tiempos y edades por venir, como participan los ancianos, con la mediación de su descendencia, la cual, á manera de un luminoso rayo, penetra en las jóvenes generaciones y vence y sojuzga la muerte: Adgigarta podía fácilmente lograr su deseo por tener un hijo llamado Visahagana en quien librar las esperanzas de su corazón y vincular las transmisiones de su vida. Este hijo había crecido en la casa paterna, cooperando á los sacrificios del padre y aprendiendo los signos y los cantares védicos. Pero, hermano mayor y único de jóvenes hermanas, huérfano de madre, necesitaba enlazarse con her-

mosa doncella, no solamente para granjear al padre la querida familia futura, sino para dirigir y cultivar la familia presente. Los arias, es decir, las razas que han dado al mundo así el arte como la ciencia en sus ideas progresivas, fueron desde su aparición monógamos y levantaron en los hogares suyos otros tantos templos á la mujer allá en las edades que podemos llamar evangélicas, por haberse los vedas escrito en su transcurso, antes de que la teocracia corrompiese ¡oh! esta pureza del alma humana y de la humana vida. Separados los arios del semita y del semitismo por la monogamia, exentos de aquellas propensiones poligámicas manifiestas en los primeros patriarcas bíblicos, tenían de común, por su parte, con la raza israelita, el empeño de celebrar matrimonios entre parientes. Ya podían éstos hallarse lejos; el padre de familia, que necesitaba casar un hijo, expedíalo en busca de sus allegados y deudos, con el fin de conservar así más pura y más encendida la sangre de sus abuelos en las venas de todos. Ningún dolor tan terrible para un ario de los establecidos en la India como caer de unas razas superiores en otras inferiores, y ninguna precaución tan conducente á evitar esta desgracia como el matrimonio entre afines.

Así, el anciano de quien hablamos, conjuró á su hijo para que tomase dos elefantes blan-

cos, de los más hermosos producidos por la comarca, y cargándolos con aquellos tapices que desafiaban en sus bordaduras las colas del pavo real, con aquellos argénteos y áureos vasos parecidos á lunas los unos y los otros á estrellas, con aquellas sederías y aquellas gasas de cachemira tan blandas como lucientes, con aquellos perfumes transportados á la India desde los pueblos iranios, con todas las riquezas habidas á mano, se partiese para la región de Mitila, y buscase allí la prima suya, que debía réquerir primero como novia y desposar luégo como única y perdurable mujer. El mancebo, conocedor de que la prima designada por su padre tenía otras hermanas tan hermosas como ella, le preguntó qué iba él á contestar, en caso de turbarse la paz de aquella familia por sus preferencias, si le convenía de algún modo brusco y duro su tío, quien pudiera decir que había ido allí á llevar, no la tranquilidad y el amor, el odio y la guerra. Aconsejóle al mancebo su padre para conjurar tal peligro que multiplicase los presentes según el número de las primas, quienes, á la sazón, eran cuatro, y consiguiese con esta igualdad en sus regalos conjurar el peligro. Pero el joven le contestó que, deseosas las mujeres de casarse, tomando estado y teniendo la dirección de su hogar, iban á molestarse las desahuciadas, tanto más cuanto que debía preferir, según

los mandatos de su padre, á todas, la menor ó más joven. Entonces el padre, cediendo á esta observación y dejando á los dioses una parte principalísima en el matrimonio de su hijo, convino con que no tomara por esposa la que designó él, sino la primera entre sus primas encontrada en su camino y vista por sus ojos, á cuyo cuello debía, en cuanto la viese, arrojar el tahalí de las desposadas. El novio prefirió este método, aunque más incierto, á la concreta designación anterior. Y cargando en los elefantes los perfumes, las sederías, los metales dados por su padre, tomó el camino en busca de la mujer que debía dirigir la familia, hermostear la casa y hacer feliz, completamente feliz, aquel su corazón, obediente siempre á los mandatos de Brahma y sujeto á la superior autoridad y ley de su padre idolatrado.

Emprendió Visahagana su peregrinación desde la casa del padre á la casa del tío, y allí donde ponía la planta iba viendo y observando todo cuanto pasara. Y no sólo viendo, sino también preguntando á los viandantes con suma insistencia sobre lo que ocurría, para cerciorarse del país y de las costumbres en el país arraigadas. Llegado cerca del sitio adonde sus pasos dirigía, llamóle por extremo la despierta y natural atención largo trecho de lustrósísimos arrozales que levantaban y erguían sus

tiernas cañas de las aguas, muy bien dispuestas para su nutrición y para su cultivo. Y habiendo preguntado al cultivador, que acompañaba los esfuerzos y los instrumentos del trabajo con alegres canciones, á quién pertenecían aquellos campos, díjole á Nimi, es decir, al padre de la novia por él requerida, su ya mencionado tío. Luégo, más lejos, encontró un ganado hermosísimo y numeroso de jóvenes, despiertas y gozosas terneras. Nada que halague la vista como un ganado joven y robusto de tales animalejos, cuya estampa, piel, cornamenta, leche, carne y faena, tanto sirve al hombre y contribuye tanto al común trabajo. Regocijado el joven peregrino á la vista de aquellos animales que pacían con descuido, sin dejar por eso de mirarle con atención, clavándole sus ojos profundísimos, también preguntó al pastor de quién eran, y también le dijeron cómo eran de su futuro suegro. Luégo encontró elefantes cargados con las más ricas frutas y hasta las más preciosas telas. Llevaban los unos cargas de sandías, más verdes que las esmeraldas por fuera, y por dentro más rojas que los rubíes. Llevaban otros cargas de higos frescos y rayados, con la leche de la higuera en sus pezones y en sus coronas la miel. No faltaban tampoco, en aquella especie de gran frutería movable, frutos tan gustosos como la rica granada, que refresca el pa-

ladar y los labios con su rojo refrigerante zumo. Además, algunos elefantes llevaban cargas de aquellas lanerías de Cabul que desafiaban en delicadeza, en color y en finura, la más preciada sedería. Llá-mase padial en sanscrito al conductor de elefantes. Y el novio preguntó al padial de aquellas bestias á quién pertenecía tanto rico producto. Igual respuesta que las anteriores siguió á su pregunta. Así no era mucho que Viashagana, confundido por lo que iba de su propia familia viendo, se preguntase con empeño dentro de sí qué hacía él en vista de tanta y tan copiosa riqueza con llevar aquellos mezquinos presentes.

Siguió su camino el viandante, maravillado por todo lo que había visto, y confuso en la comparación de su pobreza con los innumerables, y copiosísimos, y múltiples bienes de su futuro suegro. Al pasar un arroyo dió de manos á boca, en la orilla opuesta de la que hollaba él, con un grupo de muchachas, las cuales gorjeaban á porfía, diciéndose mutuamente gracias y contándose, mezclados con las gracias, sabrosísimos cuentos. A pesar de su riqueza, como por estos tiempos védicos todo era sencillez y alegría en la fecundísima India, lavaban aquellas muchachas nada menos que la vajilla de su hogar en el agua clara y corriente. Destacábase con fuerza y vigor entre todas la bella Natalikia,

requerida por el joven, á cuyo amor la señalara su padre. Y como viera los elefantes que traía y los regalos puestos sobre estos elefantes, adivinó, sin mucho esfuerzo, quién era él, y, para con regocijo agasajarle y con hospitalidad recibirle también, le dijo quién era ella. Oirlo el joven y quedarse absorto, como si algo sobrenatural pasase por sí, fué obra de un minuto. El amor no sentido hasta entonces, ese amor que todo lo transforma, y todo lo engrandece, y todo lo purifica, sobrecogióle en aquel momento y le hizo por completo su vasallo. Así es que le faltó tiempo al joven peregrino para sacar el tahalí que se destina en las Indias para las novias y colgárselo al cuello, como yugo que debía juntarlos y uncirlos en el gobierno y dirección de la misma casa. Natalikia, no solamente llevaba este su nombre propio, llevaba también el nombre de la madre de su novio, por haber sido su madrina en el bautizo indio, que daba tres abluciones á los niños con agua pura y fresca. Sobre la mu-llida hierba, bajo los árboles floridos que llovían su polen regenerador, arrullados por las palomas de las cercanías que buscaban su comida en el hueco de las manos puesta por aquellas vírgenes, iban los dos novios, y eran por tal modo gallardos, y se miraban el uno al otro con tan extraño éxtasis, y se decían al oído mutuamente palabras tan sono-

ras y tan dulces, que Nimi, su padre, al ver y descubrir la feliz hermosa pareja, quedóse como estático en su presencia, y presintió los bellos y venideros capullos prometidos en sus ramas por aquellos dos aromados rosales en cuanto el amor los fecundase. Rodeaban á Nimi sus otras hijas, las cuales debían quedar por más tiempo doncellas en su hogar, y á causa de tal estado y situación, veían muy doloridas y muy celosas el bellísimo espectáculo de los sendos y mutuos amores entre aquellos felices jóvenes de su propia familia. El novio, cuando vió á los suyos, á todos aquellos que buscaba en peregrinación tan por extremo larga y penosa, bien que coronada por una salida tan feliz y por un resultado tan próspero, cumplió todos los ritos de su culto y saludó á todos, inclinando el cuerpo hasta tierra y poniéndose la mano con respeto religiosísimo en la frente. No hay para qué decir la satisfacción interna y el gozoso júbilo con que vería Nimi el enlace de su hija Natalikia, la menor entre todas, á sobrino suyo tan amado como el joven y apuesto Visahagana, en todas aquellas comarcas muy querido por sus altas prendas y por sus numerosísimas virtudes.

El joven distribuyó los presentes, conforme las prescripciones de su padre Adgigarta, entre las hermanas de su mujer. Y hecho esto pidió la novia,

que le fué concedida, pudiendo, merced á esta concesión de Nimi, el suegro, llevarla consigo á la propia casa. En blanco elefante veíase la joven Natalikia, tan apuesta como erguida, y tan satisfecha como enamorada. Avisado en sueños Adgigarta de su arribo, salió á la puerta del hogar y los bendijo con sus manos y con sus palabras trémulas, pronunciando las antiguas fórmulas contenidas en los sacros ritos. Aquella religión india era el culto de las trilogías. Aire, tierra y agua se confundían en la unidad superior del fuego, alma del universo. Vichnú y Shiva se confundían en Brahma, también alma de la divinidad, mientras el esposo, la mujer y el hijo se confundían en la familia, en esa familia que también puede llamarse vida y espíritu de las modernas sociedades. El padre les dijo cómo debían unirse por un amor indisoluble si no querían degradarse hasta entrar en cuerpos inferiores. Todo matrimonio, según los consejos de la religión védica, debe huir al triste olvido, y superar cualquier causa de disgusto. Marido desdeñoso de su mujer, y mujer desdeñosa de su marido, bajo las maldiciones de Brahma caerán á una en el infierno. Nada destruye tanto la posteridad como el exceso en los goces del amor. Por eso les aconsejaba la continencia y la castidad, como el freno mejor á todos los desarreglos y á todos los apetitos. Y

para que el cielo permaneciera propicio y favorable á sus amores les conjuró á que prometiesen una consagración del primero de sus hijos al Señor de las criaturas, porque los hijos cumplen sobre las sepulturas de sus padres las ceremonias fúnebres y enlazan por medio de holocaustos el cielo con la tierra y la muerte con la vida. Después que hubo acabado esta especie de místico sermón, por el padre de familia dicho, procedióse á las demás ceremonias de rito y de liturgia. Comió Natalikia un arroz tostado al fuego sacro, tomó un cabrito de áureos cuernos y piel roja, dió libertad á varias palomas prisioneras que llevaba en sus brazos, y jurada su virginidad, invocó á los dioses infernales para que la dejaran ciega si mirara otro rostro que no fuera el rostro de su marido, y la dejaran muda si dijese alguna palabra no consagrada por los labios á sus oídos, y la hiriesen de muerte hasta sepultarla en los abismos si cualquier ajena mano la desceñía y desligaba de sus femeniles vestiduras.

Adgigarta degolló el cabrito y fué repartiéndolo entre todos los convidados á la boda, en memoria de aquella festividad. Después dió á cada uno de sus parientes un anillo de oro, con el signo característico de la familia, y como uno de tantos eslabones destinados á juntarlos y unirlos. La familia védica se halla tan identificada en

sus individuos como la trinidad ó trimurti en sus personas. Así han merecido los indios el que los nombres puestos por ellos al padre y á la madre se hayan transmitido á todas las lenguas cultas, lo mismo á las helenas que á las latinas, lo mismo á las germánicas que á las eslavas. Entran como factores componentes de aquellas familias seres apenas mentados en la constitución familiar de otros pueblos, como los niños ó como las jóvenes. Todo himno veda pone la casa con el cielo en parangón, los esposos con los dioses, la familia entera con la Trinidad divina. El nombre padre significa nutridor de la familia, como el nombre madre lleva consigo una idea de gobierno dentro de la casa. Y el nombre de hijo no quiere decir tan sólo el engendrado, sino también el discípulo. Nadie podrá quitar, pues, á los arios el privilegio histórico de haber unido á su nombre la fundación del tipo verdadero de la familia, tanto en el moderno como en el antiguo mundo. La virgen, la doncella, la joven aparece por todos los esplendores de la poesía circundada, como una especie de musa, que sugiere las ideas más bellas y los afectos más tiernos. Pocas artes llegarán á competir con la poesía védica en esto de pintar los primeros amores, las auroras y alboradas de un alma donde la pasión comienza por doblar la vida y concluye por unir

los seres, hasta llevarlos juntos é identificados al seno de la muerte. Los ensueños de felicidad que dimanen del corazón amante, los deseos intensísimos, las admiraciones desinteresadas, los cultos religiosos, el eco repercutido de la voz proferida en las orejas amantes, el incienso embriagador de un suspiro que nos rodea de aromas, las alegrías de los encuentros y las tristezas de las ausencias, todo cuanto constituye la serie de dolores y placeres que caracterizan al primer amor, todo ha trascendido á las estancias y estrofas de una poesía, la cual parece como un epitalamio continuo y puede llamarse con razón y fundamento la poesía de los primeros amores y de las nupcias primeras.

La vivificadora luz anima, como si fuera una especie de material espíritu, la India entera. El poema de los vedas puede llamarse poema de los soles. Así dice cómo el dios bendecido por los indios es aquel que ha dado su brillo á las alturas y su gran solidez á la tierra, el que ha batido los mares con sus vientos y encrespado los oleajes, poniendo en los abismos de las aguas su agitación y en las nieves de los altos montes su incommovible solidez. Él está en aquel sublime lado altísimo donde se forman las nubes, se animan los vientos, se guardan las llamas, se doran las estrellas y se avivan ó encienden los soles. Él y sólo él destruyó los com-

bates del caos é iluminó sus abismos. Él y sólo él se revela con amor á los internos sentidos, mientras se oculta con recelo á los ojos de la carne. Así vertió la felicidad sin mancha en el mundo por medio de su creación, conjunto de sus puras emanaciones, y vertió la luz espiritual en el alma por medio de sus vedas ó revelación. Asemejóse á un árbol florido el universo y á un lago que retrata los objetos celestiales el espíritu. Y este sublimado espíritu, que nos dió, jamás se hallará, como los demás seres de nuestro bajo mundo, sujeto por su fatalidad á la muerte; antes bien ascenderá, como el fuego de las hogueras, al cielo infinito. Muchas de sus grandes aspiraciones jamás podrán satisfacerse aquí en lo limitado y en lo contingente. Lo más oscuro y misterioso es el mundo que vemos encendido en colores y delineado de relieve, mientras lo más claro el doble misterio que se oculta en las profundidades, así del espíritu como del espacio. La luz todo lo esclarece y el fuego todo lo anima. Con aquélla todos los seres se distinguen unos de otros; con éste, que de aquélla proviene, todos se animan á una en el mismo calor. Pero Dios toma por sus encarnaciones muchas formas, como el alma tiene muchos estados y muchos cuerpos en el mundo y en el cielo por sus transmigraciones. Una encarnación célebre, muy célebre, del

dios Vichnú es Krichna. Así como para producir el fruto se necesitan los términos de una simiente, una raíz, un tallo, un tronco, una rama, una yema, un capullo, una flor, para producir un sér como Krichna exígense los individuos varios de una verdadera genealogía secular entre sí enlazados aunque no confundidos. Pues el patriarca de quien venimos hablando, y sus hijos, á cuyo matrimonio acabamos de asistir, ambos á dos entran en la genealogía de Krichna, el redentor, como Abraham y Jacob entran en la genealogía de Cristo. Mirando á sus últimas descendencias los vemos en ella, porque su sangre ha vivificado por su parte otra sangre purísima, y su alma encendido, con prestar su luz propia, otras soberanas almas. Natalikia, esta bella Natalikia, conocida en las teogonías antiguas con el nombre de la Virgen modesta, debió componer por su pureza espiritual y su virtud efficacísima la raíz del árbol cuyas ramas mejores dieron al fin, como el máspreciado y precioso de los frutos, ese nombre de Krichna, que tantas relaciones debía tener, descontadas las diferencias de pueblo y tiempo, con el nombre santo de Cristo.

En la hora misma de surgir el mal aquí en la tierra surge allá en el cielo una esperanza de redención segurísima. Iama, el demonio, se ríe por un lado con su instinto cazador de las piezas á coger;

y Vichnú, el redentor, se goza por otro lado con su instinto misericordioso en las almas que deberá redimir y rescatar al dominio de Iama. Así, el que todo lo puede, y todo lo adivina, y todo lo abrillanta ó esclarece, promete que Vichnú tomará forma de humano en vientre de mujer, y vendrá en los futuros siglos á traer el debido rescate. Adgigarta es el patriarca de cuya familia provendrá Krichna. Una profecía, mil veces repetida, lo dice así. Por manera que Natalikia está destinada en los libros indios á representar un papel como el representado en los libros evangélicos por Santa Isabel y Santa Ana. Krichna encarnaráse por divino decreto en las entrañas de una virgen. Esta virgen, llamada Deranagny, es hermana de un déspota llamado Kansa. Este déspota, como todos cuantos oprimen y veján al humano linaje, no puede, no, dormir tranquilo. Y en los ensueños que á la continua lo asaltan y lo atenacean, sugiérole cualquier genio malo, de los muy abundantes en el aire nocturno, la idea de que habrá él de morir á manos del hijo engendrado misteriosamente por su predilecta sobrina. Desde tal sueño no faltaron asechanzas contra ella; pero todas las burló y de todas salió completamente ile-sa. Por fin encerróla en una torre para que así encastillada y solitaria, ni ella, ni su generación mucho menos, pudieran dañarle. Pues en aquella torre

Vichnú se apareció á la doncella, y bastó tan espiritual aparición para que la muy casta concibiera su hijo por operaciones tan espirituales como las que conciben la idea en el espíritu y la encierran luégo en el lenguaje. Krichna quiere decir hombre consagrado. Al sentirse la madre con el parto, cogióla milagrosamente Vichnú y la condujo á un establo, en el cual se juntaron muchos pastores henchidos de gozo y entonando sencillas pero melodiosas canciones. Herido Kansa de que la reclusa mujer rompiera su recelosa reclusión, ordenó el sacrificio de cuantos niños hubieran seguramente nacido á la misma hora que su odiado sobrino. Pero el redentor creció hasta la estatura de un infante de diez años, y con este milagroso crecimiento pudo burlar á sus perseguidores. Tres lustros cumplió el joven cuando comenzó á devorarle noble impaciencia por la predicación de una doctrina milagrosamente inspirada á su alma y contenedora de la más pura moral religiosa. Las gentes acuden á oírle presurosas, porque su corazón late con amor y sus labios fluyen mieles aromadas por las más vívidas ideas. Mas no se contenta con la palabra; reúne á ella su acción. El milagro acompaña de suyo á la idea como al Criador la creación. Y los leprosos quedan limpios, y los paralíticos vuelven al movimiento, y los muertos á la vida, con

imposiciones de sus manos, con ecos de sus labios, con rayos de sus miradas, con ideas provenientes de su esclarecido é inspirado espíritu.

Pero no es solamente Krichna un taumaturgo y un profeta; es también un guerrero. El anuncio dado á Kansa en sueños, y que procuró evitar éste con tantas maniobras, cúmplase al pie de la letra, entrando el redentor en sus dominios y deponiéndolo de su alto trono en oscura tumba. Tras tamaña victoria, Krichna llegó á edad avanzadísima. Fúese un día, después de largas oraciones, á tomar la indispensable ablución en el Ganges, y, bañado tres veces dentro de aquellas aguas, púsose á la orilla desnudo en mística oración. Venenosa flecha, despedida por un su enemigo, se le pegó á las carnes y le bebió la sangre, inmolándolo en una inmolación que coronaba con el sacrificio y con el holocausto sacrosanto la vida del redentor. Colgado su cuerpo en las ramas de aquellos bosques, por donde revolotean tantos buitres, respetaron estos voraces pájaros aquellas santas carnes, dando así tiempo á que muchedumbres piadosas corrieran y las descolgaran para prestarles el consuelo de un sacro sepulcro. Fueron, en efecto, los vecinos de la comarca en su busca para procurarle tierra, y había desaparecido. Bien es verdad que, dada su naturaleza divina, el redentor solía transfigurarse. Y más de una vez

deslumbró á sus discípulos con estas transfiguraciones, que los derribaron por tierra y les suspendieron en algunos instantes la vista. Un día que se hallaba conversando con los suyos, dos mujeres del pueblo se le acercaron y vertieron sobre su cabeza regaladísimos perfumes. Indignése á tal profusión aquel apostolado indio, y Krichna explicó el impulso que las había movido y la santidad indudable de aquella grande acción. El redentor no traía consigo ninguna religión nueva; esclarecía y comentaba las antiguas, alteradas unas veces por ignorancia y otras veces por malicia del hombre. Según la usanza oriental hablaba en sencillas parábolas, y dentro de su sencillez incluía los más sublimes principios. La existencia de Dios, la emanación divina del alma, el arbitrio libre por cuya virtud nos poseemos todos y somos responsables, así de nuestras palabras como de nuestras acciones, una vida futura que sirva de sanción á la obediencia ó desobediencia de las leyes morales, la caridad con el pobre, los socorros y consuelos al afligido, la rectitud en los intentos, la pureza en los actos, el empeño de buscar las semillas del bien hasta en los residuos del mal, el apoyo á los débiles y la resistencia invencible á los tiranos: he ahí los cánones de aquella gran doctrina, por la cual se renovaba el vedismo, deduciendo de sus principios

abstractos bienes reales y tangibles. Natalikia, la doncella modestísima, cuyo casamiento acabamos de contar en este breve relato, y cuya vida hemos visto correr serena, representa en la genealogía de Krichna un luminoso punto, alrededor del cual indudablemente ha de dilatarse la grande admiración debida por todos á las santas bienhechoras del humano linaje.





DAMAYANTIA

Había en tiempos muy posteriores á los personificados por Urvasia y Natalikia un guerrero en la India de incontrastable fuerza. Llamábase Nala este guerrero. El arco era en sus manos como la centella en manos de los dioses. Bélica cólera iluminaba su rostro á la continua y encendía en rojizo fuego sus negras pupilas. Flotaba su cabello como la guedeja del león y su apostura tenía la majestad del elefante. Si alguna vez bajaba de su carro triunfal ó de su airosa cabalgadura, parecía un águila descendiendo desde lo alto á la tierra. Él desgajaba los árboles seculares del bosque primitivo cual pudiera tronchar un niño las cañas del delicado arroz. Él ahuyentaba, cuando quería, los tigres, y cuando quería fascinaba las serpientes. El trueno de las nubes no domina tanto los bramidos del Océano como su voz de imperio dominaba el ruido de las

armas. Este caudillo, que sólo había pensado en el odio y en sus tormentas, un día sintióse de súbito por el amor asaltado. Pasaba un extranjero por su tienda y le detuvo en obediencia fiel al código de la hospitalidad. Y después de haberle agasajado dándole pan bendecido por sus brahmanes, leche de las vacas, miel de las abejas, despidiólo con donativo de unas sandalias para que no se hiriese los piés, de un báculo para que apoyase las manos y de una capa ó manto para que se preservase del frío y de aquella nociva humedad en el suelo índico naturales por el follaje, por las raíces, por los ríos, por los lagos. Al despedirse aquel viajero, profundamente agradecido á tales muestras de afecto, díjole cómo allá en el ocaso, por amplio reino sembrado de palmas, entre los bosques oculta como dentro de su nido la paloma, una princesa de altísima extirpe habitaba, muy bella por su cuerpo y más aún por sus virtudes. El viajero habíala visto, coronada la frente de azules enredaderas, vestido el cuerpo de gasas albísimas, una tórtola en las manos, un corderillo á los piés, y alrededor suyo las sacras cigüeñas puras é inocentes. Pero aquella hermosa joven ignoraba el amor. Inútilmente las flores se besaban en su presencia, inútilmente las aves unas á otras delante de ella se decían con mutuo regocijo amorosas endechas. La virgen, ignorante del

amor, pasaba la vida en el campo, como una diosa en el templo, presentando á todos los dioses las plegarias de todos los seres.

La descripción hecha por el viajero de las prendas que adornaban á la hermosísima princesa penetró en el corazón de Nala, y lo sojuzgó con verdadero imperio. Desde que supo cómo había tal prenda escondida, y dónde se hallaba, sólo pensó en buscarla y en haberla. Desde aquel punto la soledad fué su compañera, los bosques su habitación, y el coloquio consigo mismo todo el placer de su alma. Pero ni la menuda grama que cubre un suelo campestre, ni los corpulentos entrelazados árboles, ni las guirnaldas de flores que trenzan las lianas, ni los lagos con sus lotos sobre su verde superficie, ni las gacelas que corren, ni las avecillas que vuelan y gorjean, bastaban á contrastar las tristes angustias de su corazón alimentadas por los intensísimos ensueños exhalados de su pensamiento. Prefiriera el guerrero combatir con tigres y leones, derribar huestes de gigantescos elefantes, meter en cadenas por él forjadas á todos sus enemigos, correr la tierra y llegar hasta la negra boca del antro donde se guarecen los demonios por Iama presididos á sostener aquella viva lucha con sus arrebatadas pasiones, temibles, muy temibles, por lo mismo que nacidas y brotadas á una de un vago é

incertísimo deseo. En vano, á veces, para contrastar sus invencibles propensiones y distraer sus acerbísimas penas, dábase á la caza el incansable guerrero. No sabiendo á quién perseguir y matar, mataba, por ejemplo, las cigüeñas, benéficas aves, necesarias al voraz clima de los trópicos, tan rebosantes de vida, que metiendo su largo pico en la corola de las flores, sacaban los insectos venenosos tan voraces en las batallas y en los empeños de aquella vida exuberante con aquella muerte implacable ¡Cuántas veces, en los dolores causados por sus amorosas angustias, después de haber herido las aves, arrepentíase Nala, y les demandaba perdón á guisa de inquieto niño y de furioso demente! Su amor era tanto más intenso cuanto que nacía de afectos no bien seguros y de ideas no bien fijas. Consumida su existencia en el odio que anima las guerras eternas, habíase dado al amor de súbito, y en este amor exaltadísimo no sabía bien ni el origen ni el objeto. Una mera narración le bastó para perder el seso, y con sólo haber oído la pintura de una bella mujer trazada por viejo peregrino, sentía pasiones que hubieran parecido en otro tiempo incompatibles con su feroz temperamento.

A la verdad que Damayantia lo merecía todo. Si Nala, con sólo saber que vivía, estaba por ella tan loco y tan desatinado, ¿qué le sucedería en cuanto

llegase á verla y á cerciorarse por sus propios ojos de aquella incomparable belleza? El estado moral de la hermosa Damayantia se asemejaba mucho al estado moral del guerrero Nala. Si éste la quería sin haberla visto, Damayantia, por su parte, amaba sin saber á quién. En su interior aleteaban mil ilusiones, las cuales corrían raudas hasta perderse á su vista y disiparse por los aires. Su alegría única era oír el canto continuo de las aves. Este concierto sin fin le sonaba como la voz de Brahma. Nada tan armonioso cual esa correspondencia misteriosísima entre las ideas y las cosas concertada como los metros de un verso y como las armonías de un cántico. Por poco atentos que nos hallemos al concierto de los áureos astros y al himno de los pájaros, siempre parece que doquier hay proporción y armonía: late una idea y que sube arriba esta idea con alas de plegaria. ¡Cuánta correspondencia entre las palmas de mil colores y los cometas de mil luces; entre los nidos poblados de gorjeos y las estrellas centelleantes de resplandores! En la naturaleza todo sugiere como un sentimiento de amor. El nido y suavecilla, el bosque y su aura, el cáliz y su aroma, el agua y su canto, el fuego y su llama, todo esto quiere decir enlace ó nupcia, todo esto quiere significar intensísimas pasiones. Mientras Damayantia quería sin conocer á ciencia cierta el objeto de su cariño,

divulgábase por todas partes el renombre de Nala. Bueno por naturaleza, según la fama, correspondíase tan sólo con quienes observaban los códigos religiosos: Obediente á los sacerdotes, respetuosísimo con los ancianos; pronto en bendecir, tardo en imprecicar, más cuidadoso de su alma que de su corona, caritativo con todos los seres vivientes, desde las águilas hasta los insectos, soberano más de sus pasiones que de sus súbditos, diestro en el arco, certero para fijar la flecha, gran cabalgador de caballos y elefantes, Nala era la más pura gloria de cuantas habían resplandecido en el suelo indio. Su consagración como rey se conservaba en la retina de todos los que la vieran, prontos á transmitirla como un legado á la más remota posteridad y á las más lejanas generaciones. Brillaba en aquel día la ciudad como un lago cubierto de lotos, sobre cuyos cálices aletean mil aves embriagadas de amor. Una vez puesta en el sacro fuego la manteca clarificada que subía en columna de humo á la mansión de los inmortales, recostóse, para pensar en Narayana, sobre su lecho de verbena y darse á la oración. Al consagrarlo sus vasallos entonaban inmenso coro, los sacerdotes leían sus incommunicables libros, urnas de plata coronadas de hiedra y madreselva y henchidas con aguas dulces de la confluencia del Ganges con el Yamuna se levantaban por todas partes.

El cetro cubierto de pedrería brillaba como la porción de cielo esmaltado por los más bellos astros. Un quitasol tan verde como esas grutas formadas por las ondas que pueblan las ninfas de los mares, procuraba grata sombra. Toros blancos, caballos negros, elefantes majestuosos, ligerísimas gacelas, discurrían por doquier. Y allá, en apartado santuario, escuchábase inmenso coro de innumerables voces entonando himnos sin fin. Tal era el guerrero á quien Damayantia prefería sin formarse idea del estado de su corazón y sin saber otra cosa en tal estado que la viva inquietud compañera de su delirio. Y mientras Damayantia se había enamorado de Nala sin saber por qué, Nala se había enamorado de Damayantia sin saber cómo, y sus dos almas se correspondían en vagos afectos mucho antes de que se hubiesen visto sus dos cuerpos. En tal situación de aquellos dos corazones, cosa naturalísima, en verdad, que buscase á Damayantia Nala. Así, mientras ella en su palacio aguardaba, sin tener á tal esperanza otro motivo y otra justificación que su deseo, escribía Nala el nombre de una mujer, á quien jamás viera, en las hojas de los árboles. Y por tan extraños medios, y por tan maravillosa manera, los dos corazones amantes se acercaban con mutuo amor y se confundían en la misma vida, sin que ni Damayantia hubiese visto á

Nala, ni por su parte Nala hubiese visto á Damayantia de lejos.

Esta no sabía lo que le pasaba. Inexperta en materia de amor, tenía más el sentimiento que la conciencia de su pasión. Pero, á manera de las aves que pronuncian palabras enseñadas y no conocidas, ella decía instintivamente, amor, amor, y siempre amor. Y según las supersticiones propias de su pueblo y de su tiempo, creía Damayantia en el milagroso efecto de las palabras sobre las cosas y parecía que las flores abrían mejor sus cálices y que las aves gorjeaban mejor con sus gargantas cuando acababan de oír aquella palabra. El corazón de la mujer detesta de suyo la soledad. No le parece que vive si no se completa con otro corazón. Así, desde que vagamente había entrevisto Damayantia la posibilidad más ó menos probable de amar, parecía su vida inmortal, y no sólo inmortal, sino superior al olvido ingrato. Sabedora de que alguien la quería en el mundo, brillaba la más pura felicidad en sus ojos, que descendía suave y tranquilamente sobre su pecho. Sin conocerlo, sentía la enamorada joven al hermoso guerrero junto á sí. Los dos se asemejaban, á las gasas áureas del sol él y á las gasas argénteas de la luna ella. Naturalmente habían de buscarse ambos seres, porque naturaleza puso en ellos afinidades mutuas

que los acercaban y que los confundían. Tocábale á Nala buscar la destinada para su esposa, y la buscó desde que la narración del peregrino le despertara el amor. Así, mientras el cochero suyo conducía presuroso hacia Occidente aquel áureo carro, donde iba en su busca, saltábale ansioso el corazón en su pecho y ardíale también la sangre viva en sus venas. Mientras el cochero hería la espalda de los caballos apresurándolos, él se clavaba en las entrañas los agujones de su impaciencia. Parecíale imposible llegar á verla. Creía que su ardiente pupila iba con el contacto de aquella imagen á fundirse, y que su cuerpo, bajo el peso de la felicidad, á caerse. De buen grado pasara el camino que le dividía y separaba de su amor con la rapidez de una golondrina montada sobre las nubes y sobre las brisas. ¡Quién le hubiera dado por conductores en aquella su vertiginosa marcha lo que más corre quizá en el mundo, más que la luz, el pensamiento y el deseo!

Ya lo hemos dicho: en la vida india los dioses se mezclan con los hombres y el cielo se confunde con la tierra. Envidiosas las viejas divinidades al ver la felicidad cuasi divina de aquellos dos seres, propusieronse impedirle por todos los medios que tienen y usan esos altísimos sublimados poderes. En cumplimiento de su propósito, lo primero que hicie-

ran fué detener invisibles en los aires el carro de Nala. Éste se irritó con irritación inenarrable. Ciego de cólera, púsose primero airado con el conductor de su carro, amenazándole con asestar sus dardos á pechos como el suyo, tan enemigo de la satisfacción de sus deseos. Apenas había logrado que marchara el coche, intercepta su camino terrible serpiente. Nueva irritación de Nala por aquella tardanza. En vano el reptil abre sus rojas fauces, asesta su agudo aguijón y chasquea y vibra su flexible cola. El guerrero lo mata. Y aun la serpiente no ha muerto á sus piés, cuando ya ordena otra vertiginosísima carrera. Pero los dioses invisibles la interceptan ahora, como antes la interceptaran los visibles reptiles. Nada en el cielo podía trastornar y hasta enfurecer á las divinidades celestiales como que los hombres, siquier tuviesen la virtud y pujanza de Nala, creyeran para ellos solos y de ellos solos toda la tierra, sin pensar que aires, aguas, cuantos vapores hay en las alturas, cuantos átomos en los abismos, hállanse poblados de genios y espíritus cuya voluntad supera en mucho á la voluntad humana. Bien pronto revelaron á Nala cómo ellos, y sólo ellos, se interponían en su camino y le vedaban la vertiginosa carrera. El soldado rey, de rodillas, imploró la divina misericordia, diciéndoles cómo sabía que no respiraban mortales é inmorta-

les el mismo aire, pues mientras los unos habitan los picos superiores del Himalaya, los otros no pasan de míseros gusanos en la tierra. Ya les dijo que si respiraba era porque le infundían ellos su aliento, y si en el polvo se arrastraba porque lo creían ellos digno de conservar la vida. Su cetro, sembrado de diamantes, no podía compararse á cetros sembrados de astros. Sus carros de oro estaban muy lejos de los carros compuestos por relámpagos. Quien lleva una mísera corona de metal, no puede compararse con quien ciñe, allá en el cielo, una corona de volcanes. A estas palabras y á estos rendimientos sintiéronse conmovidos los dioses. Entablado tras tal conmoción coloquios amistosísimos con el poderoso guerrero, dijeronle á una las siguientes palabras: «Puesto que reconoces nuestra omnipotencia, no podrás revolverte contra quienes jamás lograrían tus deseos y tus fuerzas mortales desceñir de sus inmortales coronas. Ya que tan ufano corres en pos de Damayantia, dile que los dioses del Himalaya la idolatran y cómo han decidido, en superiores consejos, elija y designe uno entre ellos por esposo.»

Nala plegó las manos y se dirigió atribulado y suplicante á los dioses. La orden que le habían dado trastornaba todos sus proyectos y hería todos sus sentimientos. Podían mandarle que detuviera

las ondas del mar, y se anegaría en sus aguas; que luchara con el tigre de las selvas, y arrancaría su lengua con esfuerzo á las fauces de bruto tan feroz; que apagase los volcanes, y se dejaría consumir en las erupciones y en las llamas; pero no podían mandarle que disipase la esperanza de su vida, que extinguiese la luz de su entendimiento, que deslustrara la esencia de su alma. Tal respuesta indignó á los inmortales, quienes apenas comprendían cómo después de haberse ofrecido á prestar su obediencia, y obediencia servil, se resistía entonces á los divinos mandatos. ¡Y llamábase á sí mismo virtuoso mortal, fidelísimo á Brahma, sujeto á las leyes védicas, tenaz en seguir el camino de la virtud y de la verdad! Por las mentes divinas pasó como un relámpago la idea de castigar al protervo y hundirlo en el infierno de Iama. Al verlos así airados, Nala conoció que no tenía esperanza ninguna de prevalecer y sugerir á lo alto el deseo guardado en las entrañas y latente allá en lo profundo de su alma. Así los conjuró á que desistieran de su empeño, y les dijo cómo diría su pensamiento á la hermosa joven, siquier al decírselo hubiera de rasgarse las entrañas con sus propias manos y hubiera de caer acabado y destruído por el golpe de su intenso dolor. Y dicho esto apartóse inmediatamente de todos ellos, rogándoles que no

fuese á otros hombres tan terrible y nefasto como á él un encuentro con los dioses. Y mandó al cochero que siguiese; pero lejos de añadirle que á prisa, le añadió: «despacio, muy despacio.» Mientras tanto la requerida joven se levantaba sobre los terrados altísimos de su regio palacio, y veía llegar á su amado. Ya se lo había dicho su corazón antes de que sus ojos se lo dijesen. Aquel que iba tan rápido hacia su palacio era Nala el guerrero. La frente le resplandecía como un cielo. Veíase con claridad que sus ojos buscaban ávidos la imagen adorada. Ella le aguardaba sin poder contener el impulso de su corazón, que le saltaba del pecho y se abría camino á los ojos y á los labios, encargados principalmente de manifestar su pasión. Columbraba en los lejos al sér predilecto y lo veía tal como lo soñara. Su ilusión acababa de tomar una realidad viva. Su esperanza se hacía hombre de carne y hueso en aquella figura que avanzaba con lentitud hacia su encuentro. Ella, que lo había visto pasar en las nubes, resplandecer en el relámpago, herir y porfiar en los combates de nuevo, tornábalo en aquel minuto supremo á ver, cual si la realidad y la vida no fuesen más que una verdadera continuación de su idea y de su alma.

Hija de un rey, Damayantia necesitaba enlazarse con un mortal, no sólo por el ciego ímpetu de sus

afectos, sino por múltiples razones superiores de política y Estado. Consultó con el que dirigía su pueblo y personificaba su Estado, con el regio padre, la elección de su alma. Esta fué con tal intensidad aprobada que, adelantándose á los deseos suyos, cogió el rey á su hija de la mano para conducirla donde, según los ritos, debía esperar al deseado novio. En efecto, llega éste y se postra en adoración ante su amada. Ella no comprende la pasión que allá dentro siente al ver al amado de su pecho; con tal exceso vence y supera todo lo que había en otro tiempo sentido. Estática veía la figura y escuchaba la palabra de su predilecto, quien desahogó su corazón y dijo cómo á ella, y sólo á ella prefería, y cómo con su amor soñara desde la vez primera que oyó resonar en los oídos su dulce y adorado nombre. Pero infeliz, quizá por haber precedido á su natalicio nefasta estrella, los dioses del Himalaya se habían encelado de él é impuestóle una obligación muy dura, decirle á la hermosa de su corazón el amor que por ella sentían y la obligación á que la sujetaban de indicar uno entre todos para esposo. El rey se ufanó mucho con aquella noticia. Como buen padre, prefería para su hija el amor que pudiera llevarle mayores ventajas. Así la veía con el Himalaya por trono, el cielo por dosel, todo el universo por palacio, las estrellas en sus piés á

guisa de sandalias, los arreboles del ocaso por túnica y vestimenta, por lecho las flores, por espejo los mares, por compañeras las apsaras, todos los jugos del campo en sus venas, todos los resplandores del cielo en sus ojos y la eternidad por vida en brazos de los inmortales soberanos y serenos. Pero Damayantia, como buena enamorada, no podía participar de las creencias del padre ni de sus ilusiones. El rey se movía por ambición, ella por amor. Y donde había él de ver tan sólo provecho, ella necesariamente había de ver tan sólo dolores. El universo entero no podía llenar un corazón vacío. Para la mujer-amante no hay Dios como su amado. No le importaba el Himalaya entero si había de hallar allí la desolación de insufrible ausencia. Ninguna grandeza puede tentar á quien ama cuando no está en el amor establecida. Los ojos enamorados creen mayor la diminuta lágrima pendida de los párpados por el amor que la inmensidad del Océano. Fugaz como un pistilo de rosa el cielo en comparación de un pensamiento de amor. Todas las estrellas engarzadas en un collar no valen lo que valen unos brazos amantes. El espacio entero parecerá más chico en su infinidad que un corazón grande. No hay armonías comparables en el concierto de los mundos y en el coro de las aves á una serenata de amor. La paz del cielo no sería con quien tuviese

una guerra y guerra implacable dentro de su propio sér á causa del amor. En todas estas observaciones afectivas se fundaba la joven para contestar que tuviese necesidad ninguna, cual creía su padre, de optar, entre un inmortal y un mortal, por un inmortal. Pero si no bastaba con esto, aun tenía razones encaminadas al corazón del rey. En la perpetuidad del orden social estriba la ventura de un pueblo bien organizado como la India. Pues para la continuación de tan concertado movimiento importa que se recluya cada clase dentro de sí misma. Y, por consecuencia, como no podía la hija de un rey enlazarse con un paria, tampoco podía enlazarse con un dios. De antiguo se ha dicho que no debe romperse la esfera donde se ha encerrado cada clase por mandato expreso del Criador. Tal era la resistencia que Damayantia oponía de suyo al mandato de los dioses y al consejo de su padre.

Nala bendijo á la mujer amada después de haberla escuchado tales palabras, pero el rey, deseoso de divinizar y exaltar á su hija, notificóles cómo necesitaba una elección pública y una revista inmediata de todos los príncipes indios para designar en última instancia quién debía llamarse marido de su hija. En efecto, los cortesanos, á són de trompeta, dijeron por los cuatro vientos cómo la princesa Damayantia, hija de un rey poderoso, de-

bía elegir marido entre los príncipes indios. Pero la princesa en su corazón había elegido ya. Viéronlo así las divinidades altísimas y no lo toleraron. Dotadas de un poder omnímodo, convinieron en usarlo y esgrimirlo á su arbitrio. Así pensaron en arrastrarla por fuerza ó de grado á sus palacios de estrellas. Y para persuadirla resolvieron revestir todos á una la forma de Nala. Merced á esta industria vería la cuitada en ellos á su amado, y siguiéndolo, engañada por aquella engañosísima forma, subiría de seguro al pico del Himalaya, de donde no descendería nuevamente jamás. Las ninfas cantaban en lo alto del monte. Sobre sus frentes despedía el sol mares de luz y bajo sus piés volaban las nubes como águilas. Los altos niveos picos del Himalaya esmaltábanse con esmaltes violetas. Aleteaban las gigantescas aves de los montes. Los lagos se dormían á trechos entre las armoniosas colinas. Murmuraban los cedros al borde oscuro de los abismos sus melancólicas canciones y extendían los volcanes en las cumbres sus abanicos de fuego. La serpiente se ponía sobre su cola para morder junto á la catarata que raudamente descendía para vivificarlo. Allí las fuentes de donde mana la vida en las altas cumbres reservadas á los dioses. Allí, pues, para gloria de éstos, reúnen-se los competidores que aguardan la designación

de Damayantia, guerreros todos que han peleado en cien combates y que vivirán más de cien años. Entre todos se distingue Nala, como los cedros en los riscos y como las palmeras en los valles. Pero Nala tiene á su alrededor seis como él, con su misma figura, su mismo rostro y su mismo traje. Imposible saber, pues, cuál sea el verdadero Nala. ¡Desdichada joven! Irá con el corazón rebosante de amor, los ojos despidiendo fuego, y al querer elegir á su esposo, al único á quien ha preferido en la vida, encontraráse con que habiendo muchos otros iguales é idénticos no podrá de ninguna manera distinguirlo y conocerlo. ¿Quién sabe si en vez de elegir á Nala elegirá un dios enemigo de Nala que ha tomado su forma? La grande asamblea está conmovida esperando la indispensable aparición de aquella virgen que reina como soberana en todos los corazones.

En efecto, llegó tan hermosa como la gloria que baja sobre la frente del guerrero, como la diosa que sube al empíreo, como un rayo de luna que riela en el mar, como un ara para los sacrificios apercebida, como un lago cubierto de lotos, como un río corriendo entre florestas, como una noche cargada de astros. Su frente resplandece con la lumbre de una idea. Las negras trenzas, cayendo sobre sus desnudas espaldas, aumentan el blancor de aquellas

carnes. Las joyas le sirven como el follaje á la flor. Apoyada en su padre, que lleva una tiara de pedrería, y seguida de sus ninfas, no parece la corte aquella cuya viva y real, parece una de las constelaciones del cielo. Sordo rumor de admiración se levanta cuando entra deslumbradora. Tras el rumor suena deliciosa música, y apoyado en la música un coro de mil voces. Despréndese la joven del brazo de su padre y se pasea en torno de la muchedumbre con el rostro afanosísimo que ilumina el rubor y la mirada en tierra. Los príncipes tiemblan, pues todos á una quisieran ser los escogidos. Y ella los contempla con el interés y la fijeza de quien debe librar á una elección toda la ventura de su vida y todo el regocijo de su alma. Pero ¡ah! que hay seis príncipes, todo sellos revestidos con la forma de Nala. Damayantia llega frente á ellos, y conforme va llegando, muestra que allí, en aquel sitio, está fija su elección. Mas de pronto se suspende y duda con un gesto tal de maravilla y extrañeza, que no admite definición en el humano lenguaje ni hay término alguno con qué compararlo. A la extrañeza natural sigue intensa desesperación, y esta desesperación se revela con gritos semejantes á los del náufrago en el mar ó á los del infeliz sorprendido por un incendio á quien las llamas circundan y amenazan. Mientras ella se queja de tal suerte, riense los dioses to-

dos en las alturas invisibles muy á su sabor del manifiesto engaño. Los seis Nalas allí reunidos ponen gesto idéntico y tienen idéntica postura. Imposible, por tanto, averiguar cuál de todos ellos era el verdadero Nala.

La joven había fijado su elección, como fijara su pensamiento. No quería las perlas ofrecidas por tantos príncipes de las regiones indias; no las quería. Los tesoros del mundo, sumados unos á otros, no sumaban cosa para su sentimiento y para su amor. Lo que deseaba era una correspondencia entre su afecto y el afecto de su elegido. Ni la juventud, ni la riqueza de muchos competidores le importaban. Lo que le importaba era la felicidad interior de su corazón. Y bien pronto echó de ver que los dioses, por atormentar á su amado y á ella engañarla, se habían ceñido la forma misma de su predilecto. ¿Cómo conocerle, cómo elegirle? Arriesgándose á la elección, podría sucederle optar por el indiferente y prescindir del preferido. Damayantia no tuvo más remedio sino apelar al recurso propio de los mortales cuando á los inmortales se dirigen, apelar al recurso del ruego en forma de plegaria ú oración. Efectivamente, aquellos que tenían todos los seres ¿para qué necesitaban de una pobre mujer? Mientras las cataratas que forman el Ganges con el Indo se despeñaban bramando á sus piés,

iban ellos presurosos tras humilde gota de rocío. Un amor desdichado en la tierra parecía preferible á un amor satisfecho en el cielo, porque aquel primero estaría en consonancia con su naturaleza y en disonancia de su naturaleza el segundo. Como no quería un amor ínfimo y desproporcionado con su sér por lo bajo y sincero, tampoco quería un amor divino y en desproporción extrema con su íntimo sér y con la complexión de este sér. Y movida por todas estas reflexiones insistía en todos sus ruegos. Mas los dioses permanecían mudos. En tal estado recurrió la joven á su instinto de mujer, y la salvó este instinto. Cansada de preguntar y obtener siempre la misma respuesta, decidióse por elegir á uno entre los que tenían igual forma. Y para no engañarse, resolvió entrar con su atención en el fondo inmenso de aquellas sus miradas, cual entran los buzos en el fondo inmenso de los mares. Y, efectivamente, no podía marrar esta observación. Por mucho que un inmortal quisiese fingirse mortal no estaba, no, capacitado para llegar hasta lo que constituye la quinta esencia de nuestra mortalidad, hasta llegar á lo que hay de más profundamente humano en nosotros, hasta llegar al dolor. Poco se necesita mirar para no ver en qué ojos ha vivido y en qué ojos no ha vivido el dolor. La mirada serena de los dioses parece á ciertos cielos del plane-

ta, pues como éstos en algunos puntos nunca pudieron producir una gota de lluvia, tampoco aquéllos pudieron producir la gota de una lágrima.

Así es que, mirando y remirando la joven el fondo inmenso de aquellas retinas, encontró las dos únicas que habían visto pasar por sus cristales el humano dolor. Atisbándolo, sorprendiéndolo, conoció quién ¡ay!, entre todos aquellos idénticos seres, pertenecía de suyo á la divina especie y quién á la especie humana. Sabedora de tal diferencia y distinción, bien pronto llegó á distinguir el Nala verdadero de los Nalas falsos. Y echándose con resolución en sus brazos, dióle con amor el dulcísimo nombre de su esposo. Al verla dotada por ellos mismos de tanto acierto y de tan soberana ciencia, los dioses volvieron á su antigua forma. La astucia femenil venció á la sabiduría divina. Corridos, tornaron á sus respectivos propios organismos. Cada cual volvióse á su pristino sér. Ganesa tomó sus dos rostros y miró á las dos corrientes del tiempo. Surya subió á su carro de fuego y azotó á sus siete caballos verdes. Indra se tendió en sus nubes y se fué por las alturas. Madeva empuñó su tridente y se entró por las grutas oceánicas. Todos volvieron á comer aquella natural ambrosía que sostiene siempre jóvenes sus cuerpos y encendida su sangre, tanto más de gustar cuanto que había costado una

guerra divina. Pero entre los dioses indios, como entre los dioses griegos, llamábase á la venganza un divino placer. Y viéndose burlados por los humanos resolvieron de los humanos vengarse. Así demandaron á Vichnú que remitiese la más venenosa de sus serpientes á vomitar veneno en el amplio tálamo donde iban á dormir Nala y Damayantia. Esto urgía tanto más cuanto que comenzaban los aprestos para la boda. Ya los genealogistas de ambas cortes habían entroncado sus ascendencias respectivas. Ya los vasallos de una y otro habían convenido en tenerlos igualmente por monarcas en su reino. Sus criados habían apercebido las gordas vacas ceñidas de verde hiedra. Las rojas pieles de éstas lucían como el ocaso, y sus blancas tetas no podían retener la leche como no pueden retener el agua las nubes condensadas por las evaporaciones del Ganges y del Indo. Ya Nala y Damayantia, ricamente vestidos y tomados de las diestras, ruedan en torno del fuego sacro mirándose con éxtasis cual se miran dos ruiñeños sobre su recién formado nido. Los brahmanes elevan cánticos de bendición, las arpas acordes de armonía, mientras las ninfas de los bosques arrojan sobre sus cabezas granos benditos y flores aromosas. Así las horas no pasaban para ellos. La única frase que vibraba en sus labios era esta frase: «te amo.» Todo el aire que

les circuía estaba impregnado de suspiros. Diríase que no podían por el mundo andar, sino apoyados los dos uno en otro. Tal felicidad encelaba más y más á los inmortales. Y para desahogar estos celos y hacer mucho mal á los infelices novios, arrojaron sobre su frente, sin que pudieran verla, una de las flechas prendidas á las escamas de la serpiente Vasugui, á fin de que tal flecha despertara en el corazón de Nala otras pasiones que no fueran la soberana y exclusiva pasión de Damayantia.

Durante los primeros días de la boda no hizo los terribles efectos naturales el veneno de la serpiente ingerido en la sangre de Nala por haberlo desparramado sobre su lecho los dioses. Los novios vivían felices en el período que nuestra lengua vulgar designa con el nombre de luna de miel. Del palacio pasaban al templo, del templo al jardín, del jardín volvían al palacio, siempre solos, como si hubieran mutuamente olvidado el mundo entero y la humanidad toda para encerrarse dentro del egoísmo de su amor. Hasta el deseo, que parece compañero inseparable de la vida, se había en ellos dormido y no levantaba sus aspiraciones inquietas por ningún resquicio, ni del corazón, ni del pensamiento. Flor y rocío,avecilla en celo y nido en calor, onda y playa, árbol y savia, tronco y hiedra, esto eran Nala y Damayantia en los primeros días

de su mutuo amor. Pero ¡ah! que vino pronto el embote de la pasión, por eficacia del veneno cuya sustancia se mezcló con la insensibilidad producida en todos por la costumbre ó hábito. Nala se dolía interiormente de tal estado de su ánimo, pero no daba con medio ninguno de mejorarlo. ¿Cómo no le causaba Damayantia los efectos de antes? Volvíase con el recuerdo á los días en que el rayo de su mirada, el crujir de su vestido, el aparecer de su sombra, le daban escalofríos de sublime amor y le transportaban á un mundo superior de verdaderas delicias. Y quería volver á tal estado, sin conseguirlo. Aun admiraba la belleza de aquella mujer incomparable, sí, pero como podemos admirar una estatua. El antiguo respeto, el antiguo culto, la consideración á su persona quedaban, pero no el ardor antiguo, no la exaltación delirante. Natural que la posesión trajese la calma, pero no que la posesión trajese la indiferencia. Y habíala traído. Nala no pensaba en separarse de su esposa, pero tampoco en idolatrarla como la idolatró durante la risueña y feliz aurora de su amor. En cambio Damayantia estaba cada vez más poseída de su pasión. Y apenas la infeliz notaba el cambio de su amante, más interno que externo, pues aun le quedaban fuerzas, aunque pocas, para salvar las apariencias y fingir alguna pasión. Estas mudanzas

diarias, que recorren sus líneas de puntos en el espacio y sus líneas de minutos en el tiempo, apenas se conocen por aquellos mismos que las sienten. Para conocer una total renovación, se necesita mirar desde lejanas perspectivas y desde términos distantes. Un día notó la mujer que su marido bostezaba de hastío, y como el cielo propicio le concediera un bondadoso natural, comprendió que no podía pasar la vida en éxtasis de amor y que necesitaba otras ocupaciones, y le conjuró para que pudiese distraerse con algún honesto pasatiempo. No lo dejó él decir dos veces. Y apenas se había conformado Damayantia con que diese algún tiempo á otras ocupaciones que no fueran su amor, las buscó y las encontró naturalmente. Allá por otros días el odio de la guerra hubiese ocupado la terrible actividad que no se saciaba con las satisfacciones del amor. Pero en paz todas las comarcas por razón de su mismo matrimonio, el guerrero Nala no tenía ocupación posible allí donde obedecer constituía un hábito tal que no daba encanto ninguno al derecho de mandar. Nala pidió permiso á Damayantia para divertir los ocios naturales á su vida en algún entretenimiento que lo libertase del hastío, y Damayantia consintió sin vacilación, pero con dolor. Y se fué su marido al juego. Una gran muchedumbre de jóvenes aristócratas jugaba, y no

se satisfacía con ejercitar tal pasión; la comentaba en comentarios tan perversos como el vicio mismo. Según ellos, la vida humana resulta un juego perpetuo. El destino de los hombres se resuelve por combinaciones de astros, que ruedan sobre los espacios como pueden jugar los dados sobre los tableros. Si el aire juega con las plantas, el mar con las arenas, el Criador con los mundos, ¿por qué no ha de jugar el hombre á los dados?

Nala creyó, como aquellos atolondrados jóvenes, que su vida necesitaba para ser placentera y alegre del juego como de una indispensable ocupación. Un arroyo se vuelve turbio, un astro eclipsado. ¿Qué mucho si una vida se puede volver viciosa? El ser siempre resultará vario y múltiple. Por consecuencia, el corazón y el pensamiento necesitarán de varias y múltiples emociones, de varias y múltiples ideas. En parte alguna se halla la rica variedad del juego, y Nala jugaba con el pretexto, decía, de arrojarse ó enloquecerse. Ignorando los jóvenes cómo le perseguía el celo de los dioses, extrañaban mucho aquel vértigo de perdición increíble. ¡Un príncipe feliz y amado jugando! Aunque, precavidos y corteses, usaran los compañeros moderado lenguaje, á la postre dijeron lo conveniente para que cayese Nala en la cuenta de lo mal que su conducta parecía en el juego aun á los mismos en ella

coopartícipes. Nala respondía con prontitud á sus observaciones hablando sin rebozo de lo mucho que le gustaba el juego, cuyo gusto ignoraban las gentes á causa de lo muy poco que lo ejerciera en otros tiempos y en otras ocasiones. El ruido de los dados, la mirada curiosa de los jugadores, los sentimientos que se cruzan por todas partes, el temor y la alegría que subsiguen á los caprichos de la suerte y á los golpes de la fortuna, suspenden mucho el ánimo, interesándolo en sus bruscas alternativas. Por esta razón prefería Nala el juego á todos los demás entretenimientos en aquella hora de procelosa inquietud interior, traída por la saciedad completa de su corazón. Y jugó todo el oro que llevaba en el amplio bolsón. Lo jugó, y lo perdió. «¡Mala suerte!,» dijo. Y continuó jugando. Pero como hubiese perdido todo su oro, necesitó arriesgar cualquier otra riqueza. Y jugó todo cuanto le había dado su padre contra todos los patrimonios de aquellos jugadores que allí había. Y lo perdió. «Pues juego, dijo, mi palacio y sus jardines.» Los perdió. Después jugó las armas suyas, y las perdió; las alhajas suyas, y las perdió; el ajuar suyo, y lo perdió. Tras esto, no sabiendo qué jugar, jugó las joyas de su mujer. Y las perdió también. Los jugadores llegaron á decirle, con esa insolencia propia de los gari- tos, que se jugara la mujer. Pero él contestóles

imponiéndoles silencio y asegurándoles cómo palacio, jardín, propiedades, joyas, todo les sería entregado fielmente. Y se volvió despavorido á su casa y sin acertar á saber lo que había pasado por él en un vértigo del que saliera completamente otro, pobre y desnudo como á la hora, bien de su nacimiento, bien de su muerte.

Durante la triste ausencia de Nala en el juego, Damayantia se había entretenido en adornarse para esperar y recibir á su esposo. Sin saber que aquellas riquezas no le pertenecían ya, vistió su manto celeste sembrado con estrellas de plata, sus brazaletes de oro parecidos á luminosas serpientes, sus perlas cogidas en los más hermosos nácares, las esmeraldas que daban á sus sandalias el precio y el valor de dos reinos, el cinturón de rubíes que resaltaba sobre su túnica de lino como el arrebol de un ocaso deslumbrador sobre las aguas lechosas de un mar sereno. Al llegar Nala encontróla en este trabajo de adornarse para divertirle y agradarle. Al verla, sintióse deslumbrado por su hermosura propia y por la hermosura que le prestaba su adorno, cual si aquella fuese la noche misma de su boda. Pero una vez repuesto de tan lógica y natural impresión, al acordar que todas aquellas riquezas ni le pertenecían á él ya, ni pertenecían á su mujer, sintióse golpeado y herido por un dolor sin igual.

Así es que medio loco, en desordenadas frases, seguidas por gestos más desordenados todavía, dijóle que dejara las perlas, que se descñera de los corales, que se despojara pronto de su túnica y que arrancara de sus sienes la diadema, porque nada era ya suyo. Y añadió cómo todo lo había perdido al juego, la tierra donde sus predecesores dormían, la casa en que lo engendraran sus padres, el nido amoroso en que nació, las armas esgrimidas en cien victorias, el cetro de oro, la tiara de diamantes, hasta el traje que vestían, pues de haber podido se jugara la sangre de sus venas y el aire que respiraba su pecho.

Damanyantia le dijo cómo no le importaba que se jugase todas aquellas riquezas con tal de que conservara suyo el corazón. El amor privaba para ella; lo demás le parecía baladí. Pronto se arrancó sus joyas, pues ningún diamante le gustaba cual una lágrima de su predilecto. En vano les arrancarían el palacio; para ellos dos bastaba con humilde gruta. Las palomas sólo necesitan un nido en una rama, y menos habían de necesitar ellos. Quien viste á las plantas los vestiría, quien alimenta en el bosque á los míseros reptiles mejor alimentaría y más pródigo á los amantes. La joven prometió seguir á su esposo por montes y por valles, desafiando todas las inclemencias del aire. La muerte

misma les debía parecer agradable con tal de que muriesen juntos. Nala no podía conformarse con que sus vicios hubieran precipitado á Damayantia, tan virtuosa, en el seno de los bosques. Estos tenían en el sanscrito antiguo una sinonimia nefasta, que significaba la suma de numerosos males. Pasar de los palacios á las selvas era, en sentir de Nala, cosa más para dicha en la exaltación de un amor que para hecha en las prácticas y realidades múltiples de una ordinaria existencia. Desesperábase una consideración terrible: la consideración de volver desde una vida culta y feliz á una vida salvaje y bravía. ¿En qué madriguera podrían penetrar donde no les aguardase un tigre? ¿Por qué soledad podrían ir que no estuviese poblada de animales dañinos? Por la noche ¡qué frío! Por el día ¡qué calor! El hambre y la sed, con todos sus afanes, los azotarían á la continua. Levantarían los escorpiones sus áspides entre las hojas para envenenarles con su ponzoña las plantas. Las serpientes, enroscadas á los árboles, chasquearían las colas para herir sus rostros. Las zarzas entrelazadas, los abrojos punzantes, los árboles sobrecargados con el peso de sus parásitas, las sábanas de arenas candentes, los lagos corrompidos, los lodazales inmundos harían de aquellos dos jóvenes como dos esqueletos de los dejados por las inclemencias del

aire y por los furores del cielo en las encrucijadas del camino. Damayantia le respondió que, unida con él ante los cielos, debía seguir su fortuna y acompañarle á todas partes. El juramento prestado ante la llama sacra del holocausto nupcial, ese juramento dicho con tanta solemnidad, no podía revocarse. De ser Nala feliz, hubiérale acompañado en el trono; siendo infeliz, debía también acompañarle al destierro. Y no podían, ni las tormentas del mundo, ni los dolores del alma, oponerse á esta su decisión. «No busqué, decía Damayantia, tu poder ni tus tesoros al llamarte mi esposo; busqué tu corazón, y éste, ni lo has perdido en el juego ni ha de faltarme á mí en la inmensidad del desierto.»

Cuando acababa de pronunciar tales palabras la infeliz, entró la turba de jugadores en el palacio, requiriendo y reclamando todo aquello que les pertenecía. Los abanicos de cisne, los mantos de seda celeste, los vestidos de amarillas gasas, las diademas de perlas, las sandalias de oro, los collares de esmeraldas, todo les cuadraba. Los muros purpúreos, las torres parecidas á montañas, los arcos de marfil y oro, los vasos de ámbar aromados y rebosantes, todo, todo era suyo y todo lo reclamaban. Damayantia se quitó sin vacilar desde sus sandalias hasta sus diademas, entregándolas á los que habían ganado todas aquellas riquezas en grandes porfías

con su esposo. Dejó, pues, su aposento incrustado de corales, las ventanas cubiertas de lapislázuli por donde se asomaba con orgullo al pueblo, las macetas de cristal en que ponía sus flores, los reclinatorios de marfil donde se arrodillaba para interceder con Indra, los tapices de mil colores en que se hallaban bordadas de realce las leyendas referentes á sus dominios, las mil jaulas de oro desde cuyos centros la saludaban mil parleras avecillas, el tálamo de bambú en que recibió el primer beso de amor, las lámparas vaciadas en piedras preciosas y que despedían por la noche dentro de las alcobas y entre las celosías una luz tan suave como la luz de la luna. Llevaron los jugadores tan lejos el acaparamiento, que no les consintieron en aquel trance ni guardar siquiera sus vestidos. Quisieron echarlos desnudos á la calle. Los infelices esposos pidieron que les permitiesen guardar aquellas vestimentas, pero no quisieron tolerarlo, y tras muchas súplicas les mandaron que salieran vestidos mientras en la población se hallaran y temieran la vergüenza de su desnudez; pero que ya fuera, en el campo, dejaran sus vestiduras colgadas en los sauces del camino.

Los dos esposos ¡ay! se perdieron en el desierto, donde la naturaleza toda parecía sublevada contra ellos. La inmensa fecundidad y riqueza de aquel

clima borra los caminos y á las praderas presta el aspecto de un Océano sin límites, en el cual con dificultad se orientan la ignorancia y la zozobra. ¡Cómo los insectos del aire se congregan para cebarse á una en la indefensa desnudez! ¡Cómo las zarzas, y espinos, y abrojos se clavan en los piés al fijarse sobre aquel inhospitalario suelo! ¡Cómo las plantas parásitas parecen látigos que os azotan las espaldas! Tras un voraz y abrasador día pasaban á una, ora glacial, ora tormentosa noche. Aquí los aguardaba un lago para hundirlos en sus lodazales; allá un volcán para devorarlos en sus erupciones. El terremoto allí trocaba la tierra en algo tan zozobroso como el Océano mismo, y la tempestad encendía los cielos en el centelleo de sus relámpagos. Al estallido de la erupción, al trueno de la nube, al bramar del aire mezclábanse los silbos de las serpientes y los aullidos de las fieras. Todo el alimento de aquellos cuitados eran raíces, toda la vestidura palmas y otras hojas, cual si hubiesen vuelto á los tiempos donde se hallaban encerrados los hombres en las entrañas del planeta y confundidos con las especies inferiores. ¿En qué caverna se refugiarían donde no topasen con un tigre? ¿A qué cañaveral pedirían frescor y sombra sin riesgo de despertar un cocodrilo? ¿Qué tronco de árbol no llevaba en aquel edén indio ceñida y enroscada su ser-

piente? Nala juntaba su voz á todas estas plagas, maldiciendo el día de su nacimiento y renegando de aquellos que para tales dolores lo engendraran. Pero Damayantia no veía sino que su esposo estaba con ella. Lo demás parecíale de todo en todo indiferente. Contra la desnudez veía los palmerales, contra el hambre las frutas llovidas sobre sus cabezas por aquellos pródidos árboles. A lo mejor cogía campánulas celestes y se trenzaba una corona hermosísima, ó rojas y lucientes semillas para un collar que vistosamente adornaba su cuello. No desesperaba de tener un asilo seguro á pesar del embravecimiento de toda la vida contra ellos, como tienen madrigueras y nidos los más débiles y más desarmados animales. Con tal de que á su lado se hallase aquel á quien había unido su vida, parecíale despreciable la muerte. Pero el príncipe todo lo echaba de menos y á cada paso instintivamente ponía en parangón su anterior con su presente situación. Al ver un tigre invocaba su legión oficial de diestros cazadores; al ver una serpiente amenazadora, el fascinador dispuesto siempre á sujetar y adormecer con sus fascinaciones tan tremendos reptiles. ¿Dónde se hallaba el arco aquel que le diera una especie de dominación sobre las criaturas? ¿Dónde los domadores de su corte que le llevaban sometido y amansado el elefante? En vez de los lagos celestes

con sus blancos cisnes, el río con sus amenazadores cocodrilos. En vez de sus áureas sandalias sembradas de perlas, los zarzales sembrados de agudas espinas. En vez de aquel airecillo que sacudía las hojas del rosal y del azahar sobre sus cabellos, el huracán que los azotaba. En vez de las brillantes iluminaciones en los palacios y de las llamaradas sacratísimas en los holocaustos, el volcán abrasador con sus terremotos y su continua erupción. Bajo aquel cielo abrasador en que los rayos asoladores y las tempestades intensas lo devastaban todo, el rey echaba de menos desde la sombra de su solio hasta la sombra de su paraguas. Y no había palabra de Damayantia que procurase consuelo á su alma desgarrada por la desesperación, ni cuidado que le trajese alivio á la enfermedad, lenitivo al dolor. Un sombrío anhelo de la muerte se le había entrado en el corazón.

Damayantia se ocupaba tan sólo en conjurar el dolor de su marido y en socorrerle, como si el mal fuese únicamente para él y no para ella. Una ráfaga de viento fuerte levantó un montón de hojas secas, bajo las cuales apareció la capa de un pobre. Tal hallazgo pródigo le consideró la mujer como un alivio enviado del cielo, mientras lo consideró el marido prueba de que ayer los brutos carniceros habían devorado allí un infeliz, como indudable-

mente mañana los devorarían á ellos. La pobre y valerosa mujer le recordó con tal motivo que siempre le quedaban al amante los brazos de su amada, y Nala movía triste la cabeza sin columbrar esperanza ninguna en aquella desolación, asidero en aquel naufragio. En vano le proponía la esposa irse á los dominios patrimoniales suyos, mover al rey su padre, y, demandando y obteniendo perdón, quedarse allí, do al cabo tendrían que reinar un día; resistíase con invencible resistencia el príncipe por no hallarse con fuerzas para mostrarle ¡ay! la indigencia en que había precipitado á su hija. La contradicción entre aquellos dos seres no podía ser más patente. Mientras ella casi bendecía el dolor que le diera medios de mostrar al marido su infinita pasión, él se laceraba cuerpo y alma en las penas de su remordimiento. Ni siquiera el recurso de un sueño beato le quedaba. Esa diaria tregua del dolor no tenía cabida en su ánimo. Damayantia dormía más y mejor. Su seno palpitaba con el movimiento de la vida; su respiración era como la de un pequeñuelo en la cuna; sus párpados apenas podían encubrir el resplandor de sus ardientes ojos, y en el descanso, hasta sus carnes amoratadas por la inclemencia del aire ó por la rudeza del clima tomaban toda su virginal delicadeza y transparencia como en sus días mejores. Al verla tan her-

mosa, con esa hermosura exterior que revelaba su cuerpo, y con esa hermosura interior que revelaba su tranquilo sueño, debía sentirse Nala más asaltado por sus crueles remordimientos. Ella le había hecho feliz á él, y él, en reciprocidad y pago, infeliz á ella. Pero, en su desvarío, sólo alcanzaba conceptos conducentes á endurecer más aún su ya duro natural y á infligir nuevos tormentos á quien le había dado tan sólo amor y felicidad. Su corazón le decía lo peor, su corazón le decía que aquella su virtuosa y bella mujer iba indudablemente á perpetuar su infelicidad mientras él extendiese la sombra nefasta suya sobre aquel cuerpo, sobre aquel espíritu, sobre aquel nombre; y precisaba una inmediata separación. Mientras estuviese con su marido todo en derredor suyo se tornaría mal y ponzoña. Pero separados, renacería para ella la perdida bienandanza. Las apsaras la bajarían del cielo ricas vestiduras, los dioses la tomarían por esposa, el duro suelo se trocaría en lecho de flores bajo su cuerpo, y aquella capa de pobre, toda remendada y con agujeros, en manto celeste sembrado de argénteas estrellas, como el que ceñía en su boda. Tras todas estas consideraciones, un solo pensamiento se imponía con imperio al ánimo de Nala: el de abandonar á Damayantia y abandonarla sin vacilación á causa del amor inmenso que hacia ella sentía. ¡Terrible sofisma! No

alcanzaba en su ceguera todos los crímenes que había dentro de su seno contenidos. Abandonándola en aquel desierto, adonde la impeliera él mismo, exponíala, con seguridad, á inevitable muerte. Las fieras habían de atreverse más á ella sola que á los dos juntos. Bastaba el terror de la soledad con la pena traída por su ausencia para concluir con la bella joven y allí mismo enterrarla. Contra el hombre todo en la tierra se alza. Puede reposar el ave sin más lecho que la hoja suspendida sobre su cabeza, y el hombre necesita separarse mucho de los elementos en casas muy preservadas de la temperatura exterior, si llevase disuelta ésta en sí la muerte. ¿Cómo aquel bárbaro no comprendía que dejar una mujer abandonada en el universo equivalía seguramente á dejarla en el sepulcro, mas sin la quietud que trae consigo aparejada la muerte? En verdad algunas veces vacilaba. Poníase á mirar en el abismo, y helábale de terror su ancha boca, en la cual aparecía inmolada y herida la bella figura de su esposa.

Pero pocos estados en el mundo tan graves y difíciles como el estado moral en que se hallaba el joven príncipe, combatido entre su deseo de permanecer junto á la esposa virtuosísima y su deseo de quitarle aquella sombra nefasta de fatalidad que creía perpetuamente acompañarle, proyectán-

dose como una maldición terrible sobre todos los suyos, y especialmente sobre quien le pertenecía más de cerca. Si él se iba, temía con razón que, al despertarse Damayantia y verse completamente sola, no pudiese resistir á la pena y angustia de su corazón, ni á la tristeza y soledad de su abandono, ni mucho menos al terror que debían inspirarle todos los elementos desencadenados y subvertidos en su contra. Cuando pensaba en esto, en las aflicciones que debían subseguir necesariamente á la viudez, en cuyo seno dejaba el infeliz á la princesa, tan digna de otra suerte, resolvíase por quedarse fijo é inmóvil en aquel suelo donde al fin y al cabo podían los dos en paz dormir el sueño inacabable. Pero si Damayantia había pasado desde su gran ciudad al desierto, caído desde su trono al abismo, vístose perseguida por todos los elementos que otras veces la solían seguir y acariciar, debíase principalmente cambio tal á la mezcla de desgracia que había puesto en su vida y en su persona el amor de Nala. Cuando esta idea le asaltaba y se le imponía con verdadero vigor, el príncipe se cegaba, y sin comprender todas las amarguras que su ausencia derramaría en aquel generoso y enamorado pecho, decidíase, con cruel decisión, por inmediato apartamiento. Pero luégo, apenas tal idea se fijaba con solidez en su mente, sobrevéniale,

como inmediata consecuencia, el espectáculo de la pena que iba en aquella terrible situación á herir el alma de su amada, la cual había querido pasar por todos los dolores más acerbos menos por el dolor de una separación perdurable. Todo lo había sufrido en calma y con serenidad aquella heroína del amor, modelo de santas esposas, todo cuanto puede sufrirse, pues el infortunio se había presentado á ella en todas las formas imaginables, menos la separación de Nala. Si le hubieran propuesto arrancarle su esposo ó arrancarle su corazón, prefiriera que le arrancaran el corazón, por creer más fácil vivir sin éste que vivir sin su idolatrado Nala. ¡Y aun creía posible que Damayantia sufriese la pena de su ausencia!

Pero se fué. La idea de que los dioses pudieran protegerla el día en que la encontraran dividida por completo de él, rotos los lazos por cuyo enlace habían vivido juntos, esta idea le subyugó hasta conducirle al temerario golpe descargado con su separación y ausencia sobre quien tanto lo amara, prefiriéndole á todos los dioses del cielo indio. Así, al irse, dijo en sus adentros que sus perseguidores quizás se tornaran sus amigos, impeliendo los huracanes á trocarse por encanto en brisas y las alimañas feroces en corderos, si él se iba con su maldición y con su castigo después de dejarla en aquel

momento supremo sola con su inocencia. Y en efecto, se fué, matándola por no matarla. Nunca estuviera tan hermosa. La inocencia de su alma se transparentaba en su faz y hasta en todo su cuerpo. Aquellos labios entreabiertos, como para recoger un casto beso; aquel pecho que apenas, á impulsos de dulce respiración, se levantaba; los entornados párpados tras los cuales una dulcísima serenidad se veía; el velo de sus formas, semejantes al tejido hermoso de las albas azucenas, todo atraía y fijaba la voluntad y el pensamiento en torno de aquella incomparable joven. Los dioses, al perseguirla por su matrimonio, como la persiguieron, habían aumentado su hermosura. Diríase, al verla en las selvas, que una estrella se había caído del cielo y que la luna pálida se había bajado á la tierra. Solamente las ilusiones, las esperanzas, la inspiración, todas esas formas del alma feliz podían ponerse junto á una mujer como aquella, y podían con su encanto y su prestigio compararse. Nala echó de menos el reino, el poder, el trono; pero ella sólo podía echar de menos á Nala. Si éste la hubiera creído y escuchara su voz, desaparecieran de todo el mundo habitado y se fijaran en su fecunda soledad. Los magnolios podían ofrecerles aún ramas tan olientes para coronar y abrigar sus cabezas cual aquellos sándalos con bellas incrustaciones

de marfil y oro puestos en las techumbres de sus palacios. No hay trono tan alto como un monte por cuyas faldas corren las nubes ofreciendo blancas alfombras á los piés. La hermosura de aquella mujer encontraba por todas partes cristalinos lagos que la sirvieran de claros espejos. Con hojas de cedro, con mirtos, con palmas, con flores de azahar puede mullirse un lecho donde reposen tranquilos dos amantes. ¿Para qué se necesita el dominio de los demás? Feliz quien logra el dominio sobre sí mismo. Por consecuencia, Nala cometía un inútil delito abandonando aquella mujer, que se creía feliz sin trono, sin fortuna, sin cortesanos, sin sociedad, con tal de hallarse junto al esposo á quien había entregado toda su alma.

Dada tal situación, imaginaos el despertar de Damayantia. Nunca se considerara tan feliz. Había soñado hallarse allá en los jardines por donde corriera su infancia, cerca de un fresco arroyo que relucía y cantaba, junto á un granado que desprendía purpurinas hojas sobre su cabeza, oyendo el cántico de las avecillas, apoyada en su esposo como la hiedra en el tronco, absorta en la melodía de todas las cosas y el coro de todos los seres sobre cuyos acordes se levantaba el gorjeo bendito de un ruiseñor enamorado. Tras tal sueño, imaginaos cómo se presentaría la realidad á ella. Al vol-

verse y no encontrar á Nala, ninguna sospecha ni presentimiento tuvo de lo que hiciera. Esperó un momento aguardando su inmediata presencia. «¡Nala!, ¡Nala!», gritó serena después de haber esperado unos instantes. Y como no apareciese, volvió á gritar, atendiendo con oído muy abierto á la respuesta. Repercutida la voz en cercano montecillo, creyó la cuitada que le respondía su amante, y no le respondía. Respondióle un eco cruel complaciéndose con triste complacencia en remedar su voz y su palabra. Y como sus dos voces, la suya y la de su marido, se habían identificado, cual sus acentos, cual sus almas, cual sus ideas, el eco, repitiendo los dichos de Damayantia, parecía repetir y remedar al mismo Nala. Cansada la infeliz de gritar púsose á recorrer todo aquel recinto en busca de su esposo. Creyó que se habría escondido, no tanto para burlarla como para experimentar en su pena y en su tristeza testimonios nuevos de su amor. Inútilmente Damayantia daba vuelta en torno de los cedros; sólo veía el águila que se levantaba de su copa gigantesca, y el frío lagarto que se deslizaba por su tronco. De los árboles íbase á las grutas, pero en las grutas solamente se oía el maullido de las panteras. Miraba de nuevo á los árboles, tendiéndoles afanosa los brazos, y en los árboles sólo veía bien el papayayo, que saltaba, bien el

colibrí, que se perdía como una estrella en el éter, bien el mono, que se burlaba de aquella mujer infeliz. Entonces ya le asaltó, tras tanto buscar y rebuscar en vano, la convicción de verse tristemente abandonada. Y un dolor intenso la sobrecogió, no de miedo á los elementos que la circuían y acechaban, de horror á la triste ausencia de aquel esposo por cuyo amor despreciara el amor mismo de los dioses. Entonces dirigíase á éstos para que la socorriesen. Y, en efecto, si no han hecho el mundo como un potro inmenso de tormento, si no han querido gozarse y divertirse desde lo alto en ver cómo los humanos representan una eterna tragedia, si no han arrojado los mundos en los espacios como el jugador arroja los dados en los tableros, debían oír á la víctima de su juramento, á la mártir de su fidelidad y de su amor. Pero la desoía el cielo. En vano alzaba los brazos en su naufragio á las playas celestes. Todas á una se habían cerrado para ella. En tal estado, la fiebre de su retina le dibujaba el anheladísimo esposo, por el cual, en aquella especie de locura generada en su dolor, sentía unas veces propensiones incontrastables y otras veces hasta odios y repugnancias invencibles. Así, reconcentrábase atónita en pensar lo que hiciera si lo hallara. En unos momentos asegurábase á sí misma que, al verlo, se lanzaría sobre su cuerpo como una

hiena, y abriéndole con ambas manos el pecho, arrancaríale de allí el duro corazón, exprimiendo su negra sangre sobre la tierra para que no volviese á latir una vida como aquella, terrible ponzoña del infierno. Y otras veces asegurábase que si le viera enlazaría sus brazos al cuello, suspendería los labios de sus labios, secaría con su propia cabellera los piés ensangrentados de recorrer el camino por donde había huído á su mujer, y le mulliría un lecho de flores donde reposara su cansado cuerpo. De todas suertes, Damayantia no pensaba tanto en los horrores que la circuían como en el descastado y cruel que la traicionaba.

Por fin Damayantia decide peregrinar en busca de su esposo mientras le queden fuerzas. Con su propio cuerpo debe abrirse camino; con su propia voz, que ora imita el plañido de la corneja, ora el clamor de la gaviota, debe conjurar las voces de amenaza que por todas partes se oyen. Y, sin embargo, los espectáculos terribles no la entristecen y apenas tanto como los espectáculos tiernos. Ha pasado junto á un tigre sin asustarse; pero al ver dos tórtolas requiriéndose y arrullándose, ha creído perecer de dolor. Y anda, y anda siempre desolada tras su esposo. Pero, de súbito, entre los juncos y espadañas que crecen á la orilla de los torrentes, sale un reptil amenazador, el cual ¡ay! le muestra

sus áspides y amenaza herirla. ¿Qué hará para defenderse? Corre, grita, reza, ofrece á los dioses holocaustos, demanda socorro á las cosas inanimadas, y por doquier la circuye una soledad, en cada una de cuyas particulillas está encerrada la muerte. Después de haber luchado días y días, noches y noches sin dar en ninguna parte con su esposo, persuádese Damayantia de que se halla por su mal abandonada para siempre, y á tal persuasión concibe una idea terrible, la idea de que, si volviese nuevamente al regazo de Nala, no podría quererlo y estimarlo como antes lo había querido y estimado. Á tal convicción horrible no queda más que un supremo recurso; el recurso de morir y de morir pronto, porque no tiene la vida humana para ella ni precio, ni horizonte, ni perspectiva, ni halago, ni seducción ninguna. Y con aquel valor que le había servido para desafiar todas las desgracias y para correr la terrible tormenta en que la sumergieran todos los furores del cielo y del mundo, se arroja por una sima, y cae despedazada en su fondo. ¿Y cuándo? Cuando Nala volvía con sus guerreros, á quienes encontrara en el camino, dispuestos por superior mandato de su padre á devolverle su corona. El guerrero se retornó entonces para buscar á su amada y reintegrarla en su palacio. Mas en el punto mismo de su aparición, ella caía

ensangrentada por las laderas y herida por la flecha del desengaño. Nala vió ya que su abandono le había quitado la vida y se proclamó al frente de su ejército el sacrificador, ó más bien, el asesino de su esposa. Y no pudiendo ya ofrecerle ningún holocausto, sino su propia vida, se despeñó por los riscos y fué á buscar allá en las insondables honduras el tálamo frío y único en que podían unirse para siempre dos destrozados cadáveres.



KUMARITA

En varias ocasiones hemos hablado ya de las metamorfosis porque la mujer ha pasado en las sociedades arias, y con especialidad en las sociedades indias. Hemos dicho que la monogamia se debe al ario en la civilización, y que sin monogamia resultaría la familia de todo punto imposible. Nuestra religión monoteísta, nuestra moral severa, brotaron allá en los desiertos de Madián y en las orillas del mar Rojo; pero nuestra familia y su organización, el arte nuestro y sus inspiraciones, la filosofía y sus ciencias anejas, la política y sus múltiples organismos, débense principalmente á las razas arias. En la India el cielo está poblado por una trinidad metafísica y el mundo poblado por una trinidad moral. Es la trinidad metafísica de los indios aquella Trimurti en cuyos términos capitales se contienen todos los aspectos del Sér divi-

no, y es la trinidad moral aquella familia en que padre, madre, hijo, se identifican y se confunden hasta componer y formar la unidad esencial, base y cúspide quizá de toda sociedad. El pueblo indio divinizó á la mujer en sus teogonías, y no contento con haberla divinizado en sus teogonías, divinizóla también dentro del templo, de su casa y sobre los puros altares domésticos. Pero no siempre tuvo la mujer esta misma condición. En los pueblos indios existe un período llamado de los vedas, comparable á nuestro período evangélico, en el cual todo lo esclarece la santa luz divina y todo lo depura un culto verdaderamente religioso al fuego creador. Entonces la mujer tiene una influencia social en armonía con la pureza que reina en los altísimos altares de los dioses. Pero más tarde cambia todo esto. La teocracia con sus castas se sobrepone á la religión pura del espíritu; las clases sacerdotales quieren predominar y sojuzgan á las clases inferiores, explotando en su contra y para su opresión á los dioses convertidos en fórmulas generadoras de un brutal despotismo. Y como no sea posible tiranizar sin corromper, y no sea posible corromper sin pudrir primero y principalmente á las mujeres, tiende á esta corrupción el brahmán, en cuanto añade á sus caracteres sacerdotales caracteres políticos, y á su dominación religiosa una dominación material.

El brahmanismo degenerado, merced á esta dominación material, en cuanto hubo constituído las castas tiránicas, también constituyó á su lado ciertas instituciones corruptoras, como las esposas de los dioses. Nada más contrario á la naturaleza de las razas arianas que semejante harén espiritual, donde, ofrecidas las mujeres á un dios, resultan explotadas por un mortal, tanto más merecedor de castigo cuanto que acaba cohonestando todas estas faltas humanas con divinos y celestiales pretextos. Así concluyeron las familias por admitir como una honra lo que realmente sólo hedía de suyo á degeneración. El templo indio concluyó, en la decadencia general de aquella sociedad y en la degeneración de aquellas costumbres, por tener una especie de complemento en este monasterio de mujeres adscritas á la divinidad. Nada tan puro y santificante como que la mujer forme parte de la divinidad, cual forma parte de la humanidad, y nada tan puro y santificante como que la sacerdotisa participe del culto consagrado á los dioses como participa el sacerdote. Pero si esto sirve á sostener una casta y á exacerbar la corrupción, verdaderamente hay motivo para que la historia se indigne y lance airada sobre quienes así alteran las fuentes más puras de la vida sus anatemas, equivalentes al rayo de los dioses. ¡Cuántas veces, al llegar ellas á la triste an-

cianidad, aquellos sacerdocios tan por extremo poderosos y ricos dejaban sin amparo á tales pobres mujeres, dándoles por todo recurso un pase ó permiso que las autorizase á pedir limosna en las puertas de las casas y en las encrucijadas de los caminos! Por manera que, después de haber participado casi de la divinidad en las alturas sociales, rodaban á los más hondos abismos y se confundían con los más tristes mendigos. Tal es la funesta historia de todas las degeneraciones, y por tan ásperos y tortuosos caminos llegan á su decadencia los institutos más altos, los seres más extraordinarios, los dioses más sagrados, porque todo está sujeto en los círculos misteriosos de la vida y del sér á metamorfosis y transformaciones continuas.

Junto á estas esposas de los dioses había en la India otra orden sacra de mujeres indispensables al culto. Me refiero á las bayaderas. Nadie ignora cuánto los antiguos estimaban ciertos nerviosos desórdenes, en los cuales notaban, no lo que nosotros notamos, una especie de verdadera enfermedad, notaban una visita celeste. Los extravíos de la mirada, los temblores de la carne, los saltos impelidos por una fuerte musculatura, los sacudimientos nerviosos, los ataques epilépticos, la confusión en el pensar y hasta la incoherencia en el decir, lejos de aparecérseles como un achaque ma-

terial, aparecíaseles como un privilegio. Nosotros no tenemos que ir muy lejos para conocer y apreciar estas supersticiones terribles. Nosotros hemos visto en pueblos por donde han pasado varias civilizaciones seguidas, cuyas huellas no han podido borrarse, formando vetas indudables de cultura, nosotros hemos visto considerados como predilectos del cielo á los que carecían en el mundo hasta de aquella inteligencia indispensable para significar la racionalidad superior que distingue al hombre de los demás animales. Un estúpido ó imbecil de nacimiento es considerado en algunas regiones meridionales como preferido de la divinidad y como señalado por marcas celestiales. ¡Cuánto más no sucederá en aquellos primitivos pueblos del Oriente, donde la superstición se respira en los aires y se absorbe como una especie de vital sustancia por los poros! Así el magnetizador de la serpiente que fascina estos temibles reptiles ó con su mirada ó con su voz; la pitonisa, que dice fórmulas oraculares entre los sacudimientos de su cuerpo, agitado por una convulsión ó encendido por una fiebre; los poseídos de cualquier espíritu, que por su boca espumarajan y vibran en sus labios agitados aquellos extraños y originales conceptos, tan propios de su alma en demencia ó en delirio, tienen alguna indudable relación misteriosa con sus divinidades.

En todos estos pueblos el baile se confunde ó se confunde ó se identifica con una ceremonia religiosa. Por consiguiente, había en las sociedades antiguas especiales clases de danzas, y mucho más especiales todavía clases de bailarinas, que representaban un lado verdadero del culto y una faceta brillantísima del espíritu. Así como ahora mismo, en las mezquitas orientales, el faquir danza, y danza de un modo delirante, hasta caer abrumado y rendido sobre los pavimentos, cual si estuviera exánime por completo, en los templos indios había la bayadera, que danzaba y danzaba en alas de su fe y de su deseo, como si recibiera un soberano impulso incontrastable y no pudiese por una fatalidad eximirse de un movimiento parecido al que tienen los átomos en el universo.

Las fiestas del culto, cuando los brahmanes constituyeron su teocracia increíble, tomaban un aspecto muy extraño. Algunas pagodas parecían volcanes de fuego sacro. Algunas peregrinaciones reunían millares de hombres, los cuales tomaban aspectos de sombras espirituales por la maceración y por el ayuno. Éstos venían cargados á una de religiosos escapularios; aquéllos hincaban tan profundamente la rodilla en tierra que parecían vegetales faltos de toda locomoción; muchos ponían contentos la cabeza bajo las ruedas del carro donde iba la divini-

dad asentada y morían satisfechos de su bienhadada suerte, creyéndose los elegidos de la divinidad; varios imponíanse tormentos crueles como el de arrancarse con tenazas enrojecidas pedazos de sus carnes sin murmurar una palabra; desafiaban otros á las serpientes y ejercían sobre sus cuerpos fascinaciones poderosísimas; en tanto que las bayaderas cuidaban unas del fuego sacro para que jamás pudiera extinguirse, mientras otras en torno de ese fuego sacro danzaban epilépticas, nerviosísimas, fuera de sí, hasta caer como rendidas y exhaustas en una embriaguez exaltadísima, gran borrachera de ideas y gran extravío de sentimientos, sobre aquella tierra del templo, á cuyo alrededor se movían las esferas celestes y las divinidades indias. Y esto se repetía en las innumerables fiestas recordatorias de las lunas nuevas, de los dioses viejos, de las trinidades diversas, de las fechas célebres, de los aniversarios religiosos, de las conmemoraciones santas, de los natalicios, de mil diversos casos, en los que, desde la fascinación de la serpiente hasta la magia de los adivinadores, y desde la magia de los adiyinadores hasta la danza de las bayaderas, se ponía todo en juego para obtener una especie de festividad múltiple y gigantesca, muy propia, por su grandor, de aquel panteísmo materialista que todo lo absorbía, en que todos se anegaban, y

de aquellas divinidades infinitas que resultaban otras tantas manifestaciones y otros tantos atributos del Supremo eterno Sér.

La virgen divina ó el tipo de la mujer santa era en la India como una especie de sér femenino superior, ejerciendo un sacro ministerio de maternidad. El germen, que ha fecundado á esta divina virgen, se llama espíritu, se llama verbo, especie de soplo creador y de genio fecundante. Todas las divinidades primitivas nacieron á una de tal maternidad. Más tarde Brahma lo absorbió todo en su panteísmo, pero no pudo quitar jamás el recuerdo de la virgen inmortal que flotaba tan bella como una ilusión ó como una esperanza bendita sobre las cumbres del universo. El fuego ha creado al mundo, según los vedas, y de tal fuego la virgen sacra india es como luz etérea y como llama vivificadora. De aquí el culto que le dedicaban en los templos, y de aquí también la consagración de tantas y tantas vírgenes á guardar la luz encendida sobre las aras de los altares. El calor y la luz, el fuego y la llama representaban dos principios divinos, generadores de un tercer principio que se llamaba la vida. Luz, calor, vida: he ahí la verdadera trinidad merecedora del culto que le decerían y le dedicaban las bayaderas en sus danzas y en sus cantares. Así todos los días iban coronadas

de flores litúrgicas á libar en vasos religiosos la embriagante y cuasi divina soma, que representaba lo que la savia en los árboles y lo que representa en los animales y en los organismos más ó menos animados la sangre y la vida. Por eso la llamaban madre del mundo á la virgen védica, y por eso le ofrecían los mayores sacrificios y las oraciones mayores á la hora del alba, cuando todos los objetos y todos los seres á una sacudían su pesado sueño y á una entonaban el himno de la mañana, propio á todos los antiguos cultos. Necesitóse, pues, que las costumbres se pervirtieran mucho bajo el peso de absorbente y opresora teocracia para que desapareciesen todas estas primitivas adoraciones á la mujer, consagradas tan de antiguo en el culto indio. La diferencia entre las edades primitivas de los vedas y las subsiguientes de los brahmanes, esas diferencias radicalísimas, conócense principalmente por la condición que alcanzan las mujeres entre los indios. Respetadas, muy respetadas, mientras el culto de la luz espiritual á todo se sobrepone allí; pero decaídas, muy decaídas, en cuanto la religión se materializa y las castas ejercen una tiranía que no puede mantenerse jamás ni en ninguna parte sino por medio de una terrible corrupción.

En los diversos tipos de mujeres indias presentados aquí, hemos puesto el empeño de caracterizar

las diversas épocas de su historia. Urvasia pertenece á los tiempos exclusivamente mitológicos y entra en el seno de las divinas estirpes. Su vida está enlazada con la vida celestial, como el humo de un sacro incensario y como la llama de un santo sacrificio. Natalikia está entre los tiempos mitológicos y los tiempos humanos. Descendiente de los patriarcas y abuela ó progenitora de Krichna, resplandece allá en las líneas donde se mezclan la teología y la historia. Damayantia, heroína tanto de la poesía épica como de la poesía dramática, pertenece pura y exclusivamente al arte, donde los elementos más duraderos de cada civilización suelen fijarse. Y la reina que vamos á describir pertenece, por su parte, á la historia. En todas ellas absolutamente se confirman las observaciones expresadas ya respecto del desarrollo histórico y social que ha tenido la mujer durante las fases capitales de un pueblo como el indio. Pura y adorada cuando las ideas védicas prevalecían sobre todo, y decaída cuando las castas extendieron allí un despotismo teocrático tan fuerte como corruptor, en estas alternativas se forma la madre de toda nuestra raza. Por eso tenemos que contemplarla en alguna de sus personificaciones primeras, si deseamos ver por nuestros ojos todos los panoramas del tiempo y todos los cambios del espíritu. Y la observación capital, desprendida de

nuestros estudios, resúmese ahora en estas breves consideraciones, en que dentro de la libertad, y de una época pura y santa, como la libertad y la época de los vedas, ejerce la mujer soberano influjo, perdido, por lo menos rebajado, en cuanto el afán de dominación entra en el ánimo de los poderosos y la toman y la esgrimen como un arma ó como un instrumento de tiranía. Muchos de aquellos que miran la historia con ojos superficiales, ó que predicán el egoísmo á ciencia cierta, suelen alejar el corazón femenino de los intereses políticos y preservarlo de tal contacto. Nosotros no gustamos de que tome papel y oficio de hombre la mujer ni en el Estado ni en la Sociedad. En sus condiciones propias y naturales, dentro de su ministerio, para el orden y cumplimiento de sus fines, la mujer puede alcanzar un influjo que le procure aquella participación en todo correspondiente con su hermoso y privilegiado sexo. Pero especialmente deben saber las mujeres que todo cambio en las corrientes y en las ideas sociales implica un cambio en su condición, y que la cultura particular de cada pueblo se caracteriza por el sitio que ocupan, y el ministerio que desempeñan ellas, y el influjo que tienen. De consiguiente, no puede, no, desasirse del interés político, en el cual van otros muchos intereses contenidos. Si el club ruidosísimo, la tribuna en calles y

plazas, el combate, ya sea cruento, ya incruento, no cuadran de modo alguno con su compleción y con su ministerio, en cambio aquel influjo ejercido desde los santuarios del hogar sobre los corazones de su esposo, de sus hijos, está en el orden natural de las cosas, y como todo cuanto está en el orden natural de las cosas, resulta en último término muy saludable al procomún y muy beneficioso para impulsar á la humanidad por el progreso hacia los grandes ideales.

Espléndida, multicolor, calurosa, oliente, la India subyuga ojos, olfato y oído con sus fuertes matices, con sus aromas penetrantísimos, con sus rumores fragorosos, con su vida extraordinaria, rebosante, aquejada de una plétora, la cual, por todas partes, á guisa de gigantesca erupción, estalla en fulguraciones volcánicas, dentro de cuyas vivas llamaradas y de cuyos ardientes hervideros se contienen seres innumerables parecidos al polvo de átomos encerrados en las emanaciones del sol. Aquellos fuertes aromas de la canela y del sándalo, mezclados con las evaporaciones miasmáticas del juncal espeso y rojo; aquellos jugos, que ahora os dan latidos tales como si la sangre se doblara en vuestras venas y ahora os emponzoñan como un veneno sutil; aquellas palmas, bajo las cuales penden los cocos y los dátiles, así como aquellas lianas cargadas con rami-

lletes y guirnaldas de gayos colores junto á molestos insectillos de voraces aguijones; tantas bellezas unidas con los miasmas coléricos que se difunden desde los pantanosos ríos á los aires, con las víboras y las serpientes que alzan sus áspides para clavarlos, con los tigres que despiden del centelleo de sus ojos y del maullido de sus gargantas reflejos pálidos y fúnebres de muerte segura sobre aquella gestación infinita de seres, todos embriagados por el exceso de su ardiente vida; estos contrastes, tan lejanos del desierto semita como de la serenidad clásica, forman uno de los más extraños conjuntos que jamás hayan podido verse bajo el cielo, cual si en vez de pertenecer tal región á nuestro planeta perteneciese á otros espacios más encendidos y más animados por el éter. Poned en aquel teatro las amplias piscinas religiosas sombreadas por sacros árboles, á cuya sombra los fieles se bañan; las capillas cargadas de amuletos y exvotos, donde los brahmanes se dan á sus múltiples devociones; las pagodas de mármoles y oro, parecidas por su brillo á edificios construídos con brillante pedrería; las plantas litúrgicas á la universal adoración señaladas por los dioses y que muestran varias de sus ramas teñidas en púrpura y otras varias plateadas, prestando á la vegetación tonos metálicos; las rocas por cuyos boquetes creen los fieles pasar de un estado de su

sér á otro estado, y decidme si puede la naturaleza prestarse más con sus recursos al descubrimiento y desarrollo de una religión. Entre la naturaleza en que la gente india se nutre y su espíritu existe una relación tan misteriosa, pero tan estrecha, que no puede caber, ni cabrá, ningún género de divorcio.

Naturalmente, aquel cielo henchido por completo de vapores arrebolados al resplandor solar, que desata lluvias parecidas á diluvios, que genera tempestades verdaderamente apocalípticas, aquel cielo está hecho como para mansión y vivienda propia de innumerables dioses, animados á tanto calor y esparcidos en los mismos espacios que animan. Y si esto sucede con el cielo poblado naturalmente de dioses, con la tierra y con la vida exuberante que la tierra contiene, sucede con la inmensa profusión de animales como ningún otro clima los produce y como ninguna otra región los nutre y soporta. La India es naturalmente una tierra de gigantescas y enormes cacerías. A tanta luz corresponde sumo calor, á este calor suma vida también, á esta vida innumerables organismos, y en estos organismos se contienen las fuerzas todas propias de aquella universal animación y las especies consiguientes. Allí la caza del tigre prendido en trampas y lazos innumerables. Y en estas cazas tan peligrosas y múltiples empléanse unas especies para exterminar

otras especies y pugnan unos animales con otros animales feroces. No hay ni asomo de piedad en el humano corazón por aquellos seres que parecen más delicados, más nerviosos, más tiernos. El cazador coge, por ejemplo, una pantera, la guarda en los fríos hierros de jaula segura, y la condena con crueldad á una espantosa y terrible hambre, para luégo soltarla contra las tímidas y nerviosas gacelas, cogidas en aquellos dientes acerados y en aquellas garras afiladísimas, como la paloma en el pico y en las uñas de un águila. Esa literatura india, donde los animales representan un papel principalísimo, pues las batallas de sus monos encuentran en ella cánticos muy semejantes á los entonados por la *Iliada* para describir las batallas de sus guerreros, esa literatura india nos representa con vivísimos colores la impulsión que arrastra unos animales contra otros en aquellas feroces competencias del trópico, las cuales ¡ah! los llevan como arrastrados por un instinto incontrastable de asoladora destrucción á holgarse con la muerte y sus despojos dentro de aquella universal carnicería.

Un árbol, por ejemplo, con su follaje lustrosísimo, con sus gomas, y resinas, y mieles continuas, que fluyen como arroyos, con sus flores que invitan á vivir, con sus frutos indispensables al gene-

ral sustento, con su oxígeno vital, contiene por cada uno de sus átomos latentes y encierra en sus troncos, ya insectos, ya reptiles, que dan con terrible facilidad el sueño de la muerte. Nada más fácil, pues, entre aquellas espirales de combates sobrepuestos, entre aquellos torbellinos donde luchan desde las electricidades contrarias hasta las especies enemigas, que hallar siempre un hálito de muerte desparrramado en cada ebullición de la vida. Así acostumbran aquellas gentes á presenciar combates que comienzan en las especies más inofensivas, excitadas artificiosamente á la guerra, y concluyen allá en las especies más fuertes, gustando todos los indios á una, tanto del combate entre los gallos como del combate entre los elefantes. Desconocerá estas tierras, sin poder nunca fijarse con acierto en su naturaleza intrínseca é íntima, quien desconozca los contrastes de muerte y vida encerrados en su seno, y que así provocan á las exaltaciones del amor como á las exaltaciones del odio, y que así producen especies vivificadoras y auxiliares del hombre cual especies destructivas y carnívoras, en tal número y en tal intensidad, como no se conocen por ninguna otra parte. El sol vivificante lo anima todo, pero también lo abrasa ó lo pudre. Aquellos mares indios relucen como petos divinos á la luz diurna, pero también se levantan subleva-

dos al azote de los ciclones. Lleva mucha vida un aire cargado con el oxígeno de tantos vegetales y con la evaporación de tantos ríos, pero también mucha electricidad asoladora. Del Himalaya, y sus estribaciones, y sus cordilleras, fluyen las venas que prestan humedad á los campos y á los árboles savia, pero también las lavas humeantes y asoladoras que todo lo devastan cual nubes de fuego caídas sobre la tierra. Inmenso el Ganges, de aguas amarillas como ámbar líquido, y de arenales como la nieve blancos, y de bambúes en cuya comparación parecen juncos nuestras cañas, y de árboles en que las flores amarillas alternan con flores, ya celestes, ya purpúreas, y de aves acuáticas, las cuales tiñen sus sedosos plumajes con zumos que parecen destilados del iris, y entre tanta y tan múltiple vida, los miasmas pestíferos que corrompen las atmósferas más lejanas y llevan diseminados en sus particulillas hálitos de muerte.

¿Y quién podrá pintar un monte de la India? Sus poetas y sus teólogos han puesto allí los dioses. Y han hecho bien, porque difícilmente podrían darles un trono mayor y más digno. ¡Qué selvas se dilatan por sus raíces! ¡Qué cascadas argénteas caen entre sus riscos azules! ¡Qué ríos corren desde allí sin pararse jamás ni rendirse á su eterno movimiento hasta entrar por los mares! ¡Cuánta sereni-

dad y paz en la producción de aquella vida que, al alejarse de sus plantas, arde intensa en guerras y combates! Luégo ¡qué praderas todas sembradas de rosas, sobre las cuales juguetean los más hermosos insectos, los que llevan iris en sus alas y mieles en sus bocas! A un lado los ventisqueros albos y relucientes, á otro lado los volcanes rojos y devastadores. Luégo bandadas innumerables de águilas gigantes, cuyas alas se confunden con bandadas de nubes teñidas unas veces de arboles, inflamadas otras veces de relámpagos, como ventisqueros indecisos, volcanes aéreos, figuras extrañas, vapores que se cuajan por las reverberaciones ya del sol, ya de la luna, ya del volcán, ya del día reflejado en las nieves eternas, ya de los espejismos varios, en una especie de joyas cortadas por facetas de gran relieve y compuestas por riquísima pedrería. No alabaremos perpetuamente montañas como éstas, las cuales diríais que llegan á hendir el cielo tan sólo para traer á nuestro seno desde sus alturas la copiosa vida celestial. Así no debemos extrañarnos de que las literaturas hayan puesto en los montes los inspiradores con las inspiraciones de su poesía, cual tampoco de que hayan puesto allí todos los creyentes el coro de sus inmortales dioses. Suprimid estos montes, sus alturas inaccesibles, sus ventisqueros eternos, sus volcanes humeantes, y habéis, en ver-

dad, suprimido la India, porque de allí desciende sin duda esa humedad á la cual podríamos llamar hembra ó madre, como al calor padre ó macho, cuyos amores incansables é inextinguibles producen la fauna y la flora indias.

Nos hemos detenido en la contemplación de todos estos paisajes porque ellos y sólo ellos explican ciertas escenas de la historia que vamos á evocar ahora. Bajando el Ganges, en dirección de Benares, la ciudad santa, dilátase un espacio habitado en otros siglos por Asgartha, vieja población de los brahmanes. Todo cuanto la imaginación podía soñar congregábase allí como en homenaje á sus sacros habitantes. Las piscinas inmensas y sombreadas por florestas dilatábanse al pie de titánicas escalinatas de tales dimensiones que las diríais talladas para ofrecer ascenso á razas de gigantes. El titánico trabajo que ha erigido estas escalinatas, ha tallado en las colinas y en las montañas también elefantes colosales con diademas en sus cabezas y guirnaldas enredadas entre sus plantas, interrumpiendo las perspectivas compuestas por largos intercolumnios sobre los cuales descansan techumbres hechas de sándalo y embutidas con ramajes de oro y de marfil.

Un ilustre nombre llena todos aquellos espacios y se levanta sobre todas aquellas ruinas. Es Kuma-

rita, la reina del llano, que defendiera ciudad tan grande contra las irrupciones devastadoras de aquellos montañeses descendidos, á guisa de ruidosas cataratas, desde los altos picos del Himalaya y sus enriscamientos al espacioso llano. Habían salido los reyes y sacerdotes de Asgartha en busca de feroces enemigos y dejádose la ciudad santa en manos de Kumarita. Esta ciudad se hallaba de antiguo en la liturgia india y en sus tradicionales ritos consagrada, como si toda ella fuese un solo templo, al sol, á ese foco de fuego creador que pone aroma en las corolas, mieles en los aguijones, azúcar en las frutas, colores en los objetos, armonías en las gargantas, calor en los planetas, vida y vida exuberante por doquier, allí donde su rayo penetra, pero mucho más en esta fecundísima India. El culto al sol había en aquel recinto aglomerado riquezas innumerables, las cuales, á manera de cebo, provocaban la codicia de los montañeses. ¡En cuántas ocasiones los hijos de aquellas enriscadas cumbres, acostumbrados á las inclemencias de las alturas, con las nubes á los piés, con los ventisqueros al lado, ya entre aludes, ya entre lavas, mirarían la ciudad lejana, y viéndola tan hermosa y relumbrante anhelarían codiciosos un saco provechosísimo en sus palacios y en sus templos! Y efectivamente, ciudad tan bella y poderosa no podía subsistir sin reinar.

Para extenderse y acostarse tranquila en su mullido lecho de flores, necesitaba circundarse tanto de fortalezas como de guarniciones que diesen fianzas verdaderamente sólidas á su desarrollo y á su paz. Por consecuencia, las tribus circunvecinas, muy especialmente aquellas levantadas en las alturas que podían caer sobre su cuerpo como el milano sobre la paloma y como el tigre sobre la gacela, debían estar completamente subyugadas y sujetas al poder y autoridad indispensable de aquellas poblaciones presididas y comandadas por un absoluto monarca. ¡Qué mucho si por las alturas, de vez en cuando, se levantaban jefes dispuestos á romper la coyunda y saquear la ciudad y su corte después de haberla desacatado! Yodla se decía ó llamaba el jefe que reuniera y congregara todas estas gentes armadas para ir contra la ciudad magna del sol, acusándola de tomar las lanas de sus ganados para los tejidos, la miel de las colmenas para los platos, las vírgenes del hogar para los lechos, en nombre de una dominación verdaderamente insufrible por lo exagerada y por lo tiránica. En consecuencia de tales pensamientos, anidados entre aquellos hombres tan carnívoros como las águilas de sus cumbres ó como los leopardos de sus cavernas, requirieron las armas con furor y alumbraron las vías conducentes al llano con voraces hogueras. Estas fogatas,

puestas en ciertos sitios, indicaban el indispensable requerimiento de armas y la congregación de lanceros y de lanzas que se necesitaban para una cualquiera de sus frecuentes y temerarias empresas. En cuanto las nefastas señales del odio relucían por aquellas cumbres y se reflejaban en aquellos horizontes, veíanse acudir en grandes tropes muchedumbres armadas husmeando la guerra. Cuanto alcanzaba la vista desde los picachos más eminentes por espacios que pedían tres días de camino para ser atravesados ó recorridos, juntábanse legiones, unas tendidas en carros de guerra, otras montadas en caballos rápidos como el viento y cubiertos con pieles de fieras, muchos erguidos sobre altos elefantes. El fragor de tales muchedumbres armadas se dilató desde los riscos del Himalaya hasta las riberas del mar.

Imaginaos cómo codiciarían los techos embutidos de marfil y oro todos aquellos montañeses acostumbrados á tener las ramas de los cedros por techumbre; cómo los mantos de púrpura y los trajes de tisú aquellos que vivían en primitiva desnudez; cómo las perlas del mar índico y las esmeraldas de Golconda y sus minas aquellos que por toda pedrería guardaban las gotas del rocío en las florestas del valle y el argenteo de la escarcha en los abetos del monte. ¿Veis el instinto que ha puesto

naturaleza en los tigres de las selvas, en los chacales de las cuevas, en los leones de las soledades, en las águilas del aire? Pues ese mismo instinto impele todas estas razas del Norte hacia la irrupción y la conquista. Sus ojuelos, parecidos á los del ave nocturna en la oscuridad, amarillean como los fuegos fatuos en los campos sembrados de cadáveres. Sus anchos pechos hierven y resuellan á guisa de ardiente fragua. Sobre sus espaldas podría levantarse un edificio. Los nervudos brazos parecen hechos para soportar y esgrimir instrumentos de guerra. Su aliento, como si estuviera cargado de miasmas, difunde la muerte, y sus piés, como las raíces de ciertas plantas parietarias, solamente se extienden sobre las ruinas. Quien haya visto campo fértil tras diluvio de langostas, ciudad erguida y populosa tras terremoto y erupción, comarcas en cuyos aires se haya diluído la peste, podrá concebir un suelo atravesado por aquellas hordas, parduscas como el murciélago, crueles como el chacal, y que parecen tan distantes del indio culto y civilizado que ha leído los vedas y ha escuchado los brahmas como el mono. Europa no ha menester mucho esfuerzo para concebir legiones como estas que amenazan la ciudad santa donde reina Kumarita y que descenden como especies devastadoras desde los desiertos helados y las mesetas altísimas á los

hondos paradisíacos valles regados por el Ganges, de sacras aguas, y cubiertos de una vegetación en la cual están como condensados mares de savia, de aroma, de vida. Mil veces nuestras hermosas ciudades, lo mismo Atenas que Roma, lo mismo Roma que Niza ó Marsella, lo mismo Niza ó Marsella que Barcelona ó que Sevilla, se han visto asaltadas por estas tribus guerreras de las mesetas centrales del Asia, que dejaban tras sí con el saco, el incendio, la matanza, el exterminio, un desolado desierto. Así como en las alturas se condensa con la lluvia benéfica y suave, que todo lo fecundiza, el rayo que azota y hiere, ¡oh!, en estas mesetas centrales del Asia extendidas entre las cumbres del Himalaya y las cumbres del Cáucaso brotarán aquellos que construyeran el Partenón y aquellos que lo derribaran; los que levantaron el Capitolio y los que lo destruyeron; el navegante griego, diseminador de colonias por las orillas del Mediterráneo, y los tártaros, y los hunos, y los mongoles, con sus ojos de buho, y sus rostros de tortuga, y sus labios de monos, y sus brazos de tigre, y su instinto de ave carnífera, tendidos en los carros como el trueno en la nube, y que tanto ignoran de dónde vienen como adónde van, verdadera peste social encargada de cumplir su terrible obra de asolador exterminio.

Pues bien, frente á estos hombres se levanta Kumarita, una débil mujer. ¿Habéis visto la encina derribada por el huracán y la caña indemne? Pues de los seres que piden á la debilidad fuerza es Kumarita. No la creáis de primera estirpe, aunque la veis en altísimo trono. Fácil de suyo la grandeza en quienes suelen heredarla recibiendo el ahorro de cien generaciones y acumulando en sus senos innumerables centurias de lucha y de trabajo. Los verdaderamente grandes suben, cual los árboles seculares de una bellota invisible caída y encerrada entre pedruscos á encina que resistió así el huracán como el tiempo. Kumarita nació en la casta de los sudras, es decir, en la casta de los trabajadores. Su padre recogía los filamentos del bómbox, las lanas del valle Cachemira, los pelos de la cabra del Hibet, y tejiéndolos con arte urdía preciosa urdimbre, que teñida luégo en zumos como la cochinilla ó el añil, y bordadas en realces de oro, llegaban á componer, ó bien esas gasas, ó bien esos tapices que adornan los palacios del edén índico y extienden grata sombra sobre los poderosos del mundo. A pesar de haber nacido en los sitios verdaderamente predilectos de los dioses, como aquellos donde confluyen las aguas del Ganges con las aguas del Yamuna ¡oh! aquel respetabilísimo padre de Kumarita no se había exentado á la común ley que

divide á los hombres en castas y designa los unos para el mando, los otros para la servidumbre, según el órgano de Brahma que ha dado vida y sér á sus progenitores en el día supremo de la gestación universal. Así pasaba la primer parte del día en la obra de sus tejidos, que otros vendían, y la parte segunda en los servicios de la pagoda y del Dios, á los cuales hallábase inscrito como cualquier inerte y pasivo instrumento. El haber nacido en clases inferiores no suele obstar á las grandes ascensiones, y menos que á las grandes ascensiones, á los impulsos de subir y de llegar arriba. El buen sudra, que veía los altares, los dioses, los brahmanes, los sacrificios, el humo de las ofrendas presentadas á las divinidades múltiples, el culto divino, concebía grandes ideas, las mezclaba con toda su vida, y especialmente con los ensueños y las satisfacciones de su amor. No debe, pues, extrañarnos que su mujer sintiera durante sus embarazos aspiraciones múltiples á las grandezas inaccesibles. Pero cuando concibió á Kumarita multiplicáronse con multiplicación incalculable tamañas fantasías. Soñaba que los dioses la seguían y la contemplaban, tomando por el fruto de sus entrañas cuidados de padres. Soñaba que había engendrado un sér extraordinario con signos claros de predilecciones divinas. Soñaba que paría una hija, pero que tal hija, bro-

tada en clase inferior, subía en alas de los vientos al disco del sol y se quedaba en aquellas alturas entre los inmortales. Como toda mujer amante, la madre de Kumarita, en sus amores, había transfundido á su alma el alma de su esposo y tomádole toda la grandeza y toda la exaltación de sus ensueños. Imposible allá en los pueblos indios que la superstición propia de las fantasías primitivas renuncie á relacionar los ensueños con las realidades y á establecer una especie de armonía entre las estrellas del cielo y las almas del hombre. A virtud y por obra de tal estado interior, los sortilegios, las adivinanzas, las evocaciones, las quiromancias y las nigromancias, el anunciar lo porvenir en la palma de una mano y la interpretación de los sueños

En todos estos pueblos, uno de los signos que distinguen al sacerdote de los demás humanos y le prestan ascendiente sobrenatural es el conocimiento y competencia en la interpretación de los ensueños. Consultado el que tenía por oficio la interpretación en aquella pagoda sacra de los viejos brahmanes, aconsejó consagrar la criatura que traería consigo el venidero parto á la virgen madre Nari. La religión fundamental india es una especie de panteísmo materialista. Dios para los indios antiguos es como la luz para ciertos físicos modernos. Y así como éstos creen que todas

las cosas, desde las mayores á los menores, deben llamarse condensaciones del éter, aunque sean oscuras y estén frías en el grado último de frialdad, creen los indios que todos los seres, aun los más humildes, resultan á la postre manifestaciones brillantísimas del Dios universal. Y los objetos pertenecen á Dios, no solamente porque graviten alrededor suyo como en nuestra moderna astronomía los planetas alrededor del sol, sino porque á modo de los planetas mismos han brotado del sol, del sol se han desprendido, hallándose compuestos de su propia sustancia por tal emanación. Y como en el hombre se hallan compenetrados alma con cuerpo, en el Verbo idea con palabra, en el sol calor con luz, en el universo extendido por la inmensidad todo lo real forma como un cuerpo que se denomina la materia, y todo lo ideal forma como un alma que se denomina la divinidad. Sobre tal sér absoluto pasan todos los seres varios, en movimiento vertiginoso y en cambio continuo, quedando él, sólo y mismo, á sí completamente idéntico, cual pasan sobre los mares en espumas y embravecimientos las ondas más ó menos alteradas sin alterar la profunda serenidad majestuosa de su quieto y cristalino fondo. El espacio donde todo se dilata, el tiempo en que sucede todo, los soles animados por el fuego creador y animando tierras y criaturas de la tierra en lo infi-

nito, desde las estrellas centelleando en el cielo hasta la flor oliendo en el campo, las serpientes de lustrosas reverberaciones y los cometas etéreos, el hielo silencioso en las altas cumbres y el hervor de vida en los hondos valles, todo se anima con el soplo divino y todo vive de la vida misma del Criador. Esta doctrina de la unidad y de la variedad no excluye los múltiples dioses como los principios semíticos en los que la divinidad y la naturaleza se hallan divididos por incalculable apartamiento. Entre los indios, la divinidad está lo mismo en las fuerzas cósmicas que en las voluntades individuales, y lo mismo en la luz que en la idea, y lo mismo en el sér que en las propiedades del sér, y lo mismo en la vida que en las organizaciones y especies de la vida, y lo mismo en el espíritu que en las facultades espirituales, motor que todo lo impele, y éter que todo lo esclarece, y soplo y alma que todo lo anima, y aliento que todo lo vivifica, y supremo pensamiento que á todo provee, dispensando y difundiendo la vida sin perderla él, como la luminaria donde tantas otras luminarias suelen á una encenderse y avivarse sin que pierda ella su propio natural color y lumbre.

Por una razón bien explicable y natural, bajo la divinidad panteísta y en la divinidad panteísta caben muchos dioses y muchas diosas, puesto que la

religión védica no se reduce á divinizar los seres animados solamente, sino también las cosas inanimadas. La trinidad, ó trimurti, entra en los dogmas indios también; pero compuesta de diosas, y no de dioses solamente. Nari, á quien dedicaron la recién nacida sus religiosos padres, representa la divinización ó apoteosis del sexo femenino. Ella es como una cadencia indispensable á las armonías universales, como una generatriz que todo lo fecunda, como un amor que todo lo enciende y aviva, como una belleza que reviste de sus formas á los objetos, especie de musa que suspira y de diosa que saca sentimientos religiosos y hasta oraciones del seno de lo inanimado y de lo mudo. La Isis misteriosa de las orillas del Nilo, envuelta en sus velos de sombras realzados con estrellas de oro; la Cibele griega, ó madre tierra, donde todas las simientes brotan y todos los organismos se armonizan y enlazan unos con otros; la Vesta, de aspecto severísimo que guarda, como una estatua inmóvil, coronada por su diadema egipcia, el sacro fuego eterno, la llama vivificadora de todos los hogares romanos; desde la Militta, salvada de las ruinas en que Babilonia se ha convertido, hasta la druidesa que corta con su hoz áurea los árboles sagrados, todas estas divinidades provienen de aquella surgida de los lotos del Ganges á quien los sudras

piadosos, después de haber consultado las estrellas, consagraran su preciosa y amada Kumarita. Veis la palma que aguarda el polen fecundante, y la paloma que oye los arrullos amorosos, y la filomena recluída sobre su nido caliente, y la corola bañada por efluvios miles vivísimos, y la luna pálida en pos de su planeta idolatrado, y la serenata en el cántico, pues eso mismo representa Nari en el cielo, como su esposo Nara, por su parte, representa el principio masculino, y los dos juntos el génesis ó la generación universal. Así en los conventos de Nara sólo se admitían los hombres, cual aquí en nuestros conventos de frailes, y en los conventos de Nari sólo se admitían mujeres, como aquí en los conventos de monjas. Pero el culto pedía una sensualidad que nosotros, nacidos en la madurez de nuestra tierra y de nuestra humanidad, sólo acertamos á comprender y á explicar por el rebosamiento de la vida en los tiempos y en los pueblos primitivos, á causa del gran calor vital que todo lo abrasaba y en cuyas vivaces llamas caían desnudas las especies sin acertar á sentir ni nuestros pudores ni nuestros escrúpulos. En templo donde componía el sándalo techumbres y suelos, cuyos respiraderos daban á selvas paradisiacas y á ríos edénicos, dentro de un aire perfumado por canela, y almizcle, y mirra; después de haber bebido néctares

embriagadores y haber devorado especies excitantes, aquellos sacerdotes medio desnudos ó mal envueltos en gasas ligeras, ante dioses que resaltaban como símbolos de la generación, forzosamente habían de llegar á excitarse sin remedio, y en términos tales, que caerían rendidos en brazos de un placer ardoroso derramado por los átomos y las fibras de sus carnes, por las gotas de su sangre, desde los latidos de sus corazones hasta los latidos de sus sienes, y desde las uñas de sus piés hasta las ideas de sus cerebros. Imposible, sin explicarla de esta suerte, comprender tanta y tan extraordinaria sensualidad.

Apenas Kumarita naciera cuando ya entrara en el convento de la diosa Nari. Los sacerdotes la recibieron á una con agrado y le grabaron en el pecho los signos de su nueva religión. Como en todas las tierras tropicales resulta la precocidad tan fácil y viene tras la infancia la juventud, y tras la juventud la vejez tan pronto, á los siete años la dispusieron ya de suerte que pudiese aguardar bien apercebida y dispuesta las señales de nubil. Llegado este momento, un deliquio se apoderó de tantas gentes sensuales como discurren por aquellos territorios de la sensualidad. Los amores más materiales parécense allí á los éxtasis más místicos, y el alma vuela por un lado mientras el cuerpo se

arrastra por otro. Las imágenes más groseras con las imágenes más idealistas se mezclaban en aquellos cánticos que parecían explicar el placer en todo su vigor y en toda su abundancia, como lo provocan allí desde los árboles del bosque hasta los dioses del altar. En las teogonías indias existen, como sabemos, las apsaras, quienes volaron del mar al cielo después de haber batido las aguas á fin de verlas producir aquel alimento de la suave ambrosía con que las divinidades á una se nutren y sustentan. Pues con las apsaras ponían los indios en parangón á Kumarita. Y amigos de la comparación y de la hipérbole, no sabiendo hablar sino en figurado lenguaje y con tropos de muy desmesuradas proporciones, comparaban su rostro al disco de los astros, su aliento al aroma de las flores, su voz al cántico del ruiseñor, sus coloquios á las estancias del libro de los vedas, la lumbré de sus ojos á la lumbré de los días y las sombras de sus párpados á las sombras, ora del crepúsculo en la tarde, ora también á la noche profundísima y silenciosa. ¿Quién sería el primero en gustar sus amores? Para explicar esto conviene un recuerdo: el de que Nari en persona representaba la generación. Y como representaba la generación, ofrecíanla en los templos una de aquellas fiestas semirreligiosas, las cuales se distinguían por su grande sensua-

lidad. Allí podían coger los sacerdotes y aun los profanos el primer favor de las jóvenes consagradas á los dioses. Imaginaos cómo contarían los instantes y cómo se apercibirían los mancebos á un goce tan verdaderamente sobrehumano. En algunos pueblos asiáticos estíbase besar en los labios á las jóvenes el sábado santo, cuando los popes de la misa griega se vuelven al pueblo para decirle cómo Cristo ha resucitado. Naturalmente los jóvenes van á la iglesia y se colocan cerca de la mujer preferida para libar en sus labios un beso verdaderamente místico y sensual á un mismo tiempo. Imaginaos cómo esperarían los jóvenes indios placeres mayores en aquellas fiestas sensuales consagradas á la diosa que genera y mantiene las especies. Por consiguiente, había grandes competencias para oler primero aquel capullo virginal en cuya corola de hojas brillantísimas se contenían las más puras y suaves esencias. ¿Quién sería el mortal afortunado? Sujeta por el destino y sus decretos en aquellos monasterios sensuales á quien primero se presentase para poseerla, su virginidad hermosísima se perdería en el horrible pandemonium de un amor anónimo, puramente animado por la superstición y la borrachera.

Kumarita era casta por instinto y no podía resignarse á que fáciles y fugaces sensaciones hicie-

ran de su bello cuerpo y de su alma purísima un pobre y mísero juguete. La superstición general no había entrado en el fondo misteriosísimo de sus creencias ni en las vivaces partículas de su sangre. Levantada por las fuertes alas de sus afectos y de sus ideas sobre las gentes de su tiempo, no transigía con ciertas costumbres teocráticas, y aislaba su virtud serena de todo aquello que la circuía. Así resolvió, allá en su interior, con resolución suprema é irrevocable, morir antes que ceder á la corriente, dejándose arrastrar por sus ímpetus á la pérdida de su pureza corporal y de su virtud espiritual. Con la proximidad de las fiestas equinocciales, donde se inmolaba como un holocausto propicio á los dioses la virginidad de aquellas jóvenes sagradas, coincidía la coronación del rey de aquellas comarcas, para la cual se preparaban toda suerte de ceremonias y de solemnidades conducentes á deslumbrar un pueblo y sujetarlo en la obediencia. El rey Agastya, pues, tuvo carros de sándalo y marfil, mantos teñidos en los colores más bellos dados por aquellos jugos que parecían luz líquida, legiones de maravillosos elefantes donde iban sus cortesanos, y hasta un ejército de sudras puestos en torno suyo para sembrar de flores los espacios que recorría y cargar de aromas el aire que respirara. Aquel inmenso cortejo debía pasar por la

puerta del templo de Nari, donde se hallaba Kumarita, designada ya por la liturgia de los indios á la pérdida inmediata de su pureza en medio de una orgía sacrosanta. Ningún espectáculo de los que ha dado la civilización después podría compararse con estos espectáculos de la India. En parte alguna se mezclan factores de ornato como los metales preciosos y los tintes brillantísimos. En parte alguna con tanta pedrería el suelo y con tantas flores el campo. En parte alguna gasas como aquellas que parecían aleteos de aves mágicas bajadas de otros cielos. Al són de música fragorosa, y á veces discordante, las bayaderas bailan, los coros de jóvenes sacerdotes cantan, los pelotones de luchadores juegan á batallas á veces cruentísimas, los cómicos representan farsas risibles, los fakires hacen milagros innumerables, los fascinadores llevan suspensas de sus miradas serpientes ó águilas, mientras los fanáticos, para mostrar su devoción, ya se arrojan bajo las ruedas de los carros y quedan aplastados, ya entran en colosales encendidas hogueras hasta que sus cuerpos se hayan desvanecido y disipado por la inmensidad de los aires. La extraña procesión llegó á la puerta del templo donde se hallaba Kumarita, y el rey se detuvo constreñido por las leyes y por las costumbres al homenaje indispensable. Aquel momento era supremo. En cuanto pasara la

procesión comenzaba la orgía religiosa. Y en cuanto la orgía religiosa comenzase Kumarita perdía su pureza. Así la joven salió y se prosternó ante su monarca. Éste, al verla tan hermosa, quedó como deslumbrado. De buena gana quedárase con ella en aquel sitio, cambiando la felicidad segura de querer por la segura tristeza de reinar. ¡Oh! No hay que dudarlo. Avasallaba el candor de joven tan pura y tan hermosa todos los ánimos. Pues bien, ya enfrente del monarca y al pie de su carro levantó su melodiosa voz, fuerte y dulce á un mismo tiempo, para decir que, deseando permanecer virgen, por declaración solemne se consagraba muy de grado al culto del fuego. Apenas había dicho esto cuando un clamor espantoso llenó los aires y ensordeció á los circunstantes, como si toda la muchedumbre reunida en el sitio donde la escena pasaba se hubiera sentido sobrecogida de un delirio. ¿Por qué tanta exclamación de verdadera pena? ¿Por qué tanto gesto de dolor? Aquellas gentes llegadas al templo con tal solemnidad y silencio, ¿qué habían visto y oído para estremecer así con tal estremecimiento y lanzar por los aires aquella estruendosa tempestad horrible de vociferaciones, todas ellas con aires y artes de lamentos? Vamos á verlo, pues para conseguir una idea de todo ello se necesita saber un poco de costumbres indias.

En los pueblos asentados sobre las castas no hay amenaza tan temible á todo el orden social como la perturbación de semejantes organismos que arreglan y determinan toda la sociedad. Formadas y compuestas por el nacimiento, en esta formación y composición vense desde luégo designaciones divinas á las cuales nadie debe atreverse por fuerte y grande que parezca. Únese para sostener las castas en el seno de las sociedades antiguas á una designación religiosa la fuerza incontrastable de los sentimientos animados por las tradiciones y por las costumbres. El que ha nacido en casta superior, antes se mezclaría con los animales más inmundos que con las castas inferiores. Y el que ha nacido en una casta inferior, no sueña con ascender á las clases superiores, tan inaccesibles como el cielo puesto fuera del alcance de su mano. Por estas razones recibíase del cielo con el nacimiento la designación para ingresar en una clase ó casta, y cuando ya se había ingresado, necesitábase quedar en ella sin subir los de abajo, sin bajar los de arriba, pues no procediendo así perturbábase tanto el orden natural como el orden político, y tanto el orden político como el orden religioso. El rey engendraba reyes, el sacerdote ó brahmán sacerdotes ó brahmanes, el soldado á su vez soldados, el comerciante ó vasia comerciantes, el trabajador ó sudra trabaja-

dores ó sudras, el paria parias. Y la religión revelada con sus dogmas y liturgias, la moral con sus cánones, la política con sus leyes, el arte con sus inspiraciones, la costumbre con sus fuerzas, la tradición entera con sus prestigios mantenían el mutuo aislamiento entre las clases y encerraban á cada cual de ellas en sus espacios respectivos. El sacerdote había nacido de la cabeza de Dios, é imposible de toda imposibilidad que decayese ó degenerase viniendo de órgano tan alto y sublime de suyo en la divinidad como entre nosotros los humanos. Venía el guerrero de los brazos como para indicar que si todo sacerdote representa la idea, todo rey ó guerrero representa por su parte la eficaz acción. En el vientre generábanse aquellas clases como el comerciante, que representan en la sociedad el curso de los productos equivalente al curso de nuestros humores. Y luégo, aquellos que trabajan como el sudra, empapando en el sudor de su frente la tierra y fecundándola, provienen de los muslos y de los piés de Dios. Imaginaos que se subiera el vientre á la cabeza ó se bajarán los brazos á los piés. Todo sería perturbación en nuestro pobre cuerpo. Pues una perturbación idéntica traería en el cuerpo social indio que un sudra se subiese á vasia ó un vasia se subiese á brahmán. El sacerdote ha nacido para comunicarse con los dioses, y este ministerio

le han infundido sus predecesores, y este ministerio infundirá él á sus descendientes. Han los guerreros nacido para el gobierno civil y para la defensa material del mundo indio, por lo que brotarán de su seno tanto los generales como los reyes. El vasia ó mercader comerciará perpetuamente cambiando unos por otros los productos. Y el inferior, el sudra, no hará sino trabajar, y trabajar en todos los trabajos serviles que piden una especie de inclinación hacia la tierra, y con empleo constante de la fuerza material. En esta concepción el mundo social se asemeja mucho al mundo material. Nacen los hombres en él como pudieran las especies con un fin predeterminado y dentro de un organismo, sobre cuyas esenciales condiciones ó íntima naturaleza nada pueden la inteligencia y la libertad. Esta fuerza de transformación que nos presta el sentimiento de nuestra responsabilidad mezclado con el impulso al progreso, esta fuerza, decía, por la que salimos los pueblos colocados en otras condiciones de derecho á las inaccesibles alturas, no existe de ningún modo entre los indios, imposibilitados de saber por qué los aplasta la fatalidad increíble de su generación y de su nacimiento.

Lo que había hecho Kumarita con su declaración de consagrarse al culto del fuego y permanecer virgen había sido pura y simplemente anunciar su

decisión de subir desde su inferior clase á otra más alta y sublime. Vasia de nacimiento, se había sublevado contra esta ley divina de la herencia y pretendido burlarla. En las supersticiones y costumbres de los indios no podía cometerse un crimen mayor. Y como no podía cometerse un crimen mayor, llevaba el acto cometido por Kumarita en aquel momento aparejada la muerte. No tenía, pues, más remedio que morir. Las clases superiores no perdonaban á las clases inferiores tales agresiones á su inmovible constitución, y habíanlas penado con penas inenarrables. Sabíase por todos que quien se subiese á mayores, desconcertando la esfera de su nacimiento para sustituirla por otra, se atraía la pena de muerte sin remedio. La muchedumbre no pudo menos de gritar con clamores fragorosos al ver una tan bella joven herida de muerte por su propio mano, y á muerte condenada por sus propios labios en suicidio verdaderamente incomprensible. Pero la resolución de Kumarita por tal manera tenía carácter de firme y completa, que levantaba la frente con orgullo y dirigía doquier la vista con tranquilidad, como si, en vez de asomarse al sepulcro, recibiera centuplicada la vida. Todo el mundo estaba horrorizado menos ella, completamente tranquila. Las castas pueden explicarse por el estado social de un pueblo; pero no pueden explicarse

por la pura y alta razón humana. El sentimiento de igualdad está en el fondo de nuestra naturaleza. Se prueba esta vulgar aserción pensando cómo los abismos abiertos por las leyes entre clases diversas suelen cegarlas el amor. En todos los tiempos y en todos los pueblos hanse los reyes enamorado con frecuencia de sus vasallas, y los amos de sus siervas. Por muchas precauciones que contra la mezcla de razas tomara el pueblo indio, y por muy arraigada que la razón de su existencia y la costumbre de respetarlas estuviera en los espíritus y en los ánimos, no podía impedirse que por el amor subieran las clases inferiores á las alturas y bajarán á los abismos las clases superiores. Nadie puede sublevarse, nadie, contra la igualdad santa establecida por el amor entre las clases y las castas sociales. Muchos seres inferiores habrán muerto sin poder decir á una persona, en esfera superior puesta por el destino, la pasión que les inspirara. Tal desgracia resultará siempre lote natural é inevitable de los desheredados. Pero no sucederá lo mismo de ningún modo con las clases superiores, quienes podrán manifestar su amor á las personas de clase inferior, siempre que á ello su voluntad las impela. Por esta causa el sér inferior sube siempre á las alturas sociales llevado en brazos del sér superior que lo ha designado y elegido. En este instante supremo de la declara-

ción de Kumarita, ¿no había entre los que la rodeaban por todos lados ninguno bastante osado á saltar los abismos sociales y colmarlos con aquella pasión que todo lo iguala, colmarlos con el amor? No podía menos que suceder así. La belleza de tal mujer aparecía deslumbradora en tanto grado, que de suyo debía cautivar lo mismo á los superiores que á los inferiores en aquella sociedad.

Las leyes naturales, contra las que nada puede la sociedad, se cumplieron. El abismo que separaba la hija del sudra de los hijos del rey se colmó con el amor. Dos nobles de primera calidad, aparte los brahmanes, había en el concurso que miraba el sacrificio de la virgen india. Era uno el rey Agastya, era otro el guerrero Iodlah. En la constitución india ejercía el primero autoridad suprema sobre muchos territorios y sus gentes, mientras constituía el segundo un poder y autoridad política de inferior grado; mas los dos reinaban, los dos se decían monarcas. El feudalismo, revestido por nuestras naciones de la Edad Media, debe corresponder á ciertos estados sociales, cuando lo vemos en estos reyes de orden secundario que tenía la India, y en los sátrapas tanto del Nilo como del Éufrates. El dominio eminente de los reyes superiores y el dominio subrogado de los reyes inferiores constituía una especie de conciliación sobrevenida tras los comba-

tes cruentos y las victorias definitivas, un premio al caudillo fiel y al héroe sobrehumano. Colocábase á la cabeza de aquel estado secundario, bien el enemigo roto, con quien se quería una conciliación indispensable después de sus humillaciones, bien el capitán animoso que había cooperado al común triunfo de los suyos y al exterminio de los contrarios. Por cualquier camino que se llegase á esta condición de príncipe sometido, se cogían, como una enfermedad necesaria, desapoderadas ambiciones. El derrotado soñaba constantemente con vengarse de sus vencedores más ó menos implacables, y el amigo con subir á costa y sobre las espaldas del superior. De aquí provenían fatalmente aquellas sirtes de guerras entre las esferas superiores y las esferas inferiores de una sociedad bélica y belicosa, que ha constituído el perpetuo irremediable mal de los tiempos y de los pueblos feudales. Tal pasión reinaba en el ánimo de Iodlah. Guerrero, sus victorias habían cedido en provecho de otros; monarca, su corona solamente le recordaba la inferioridad. Los territorios por él poseídos estaban á merced siempre de aquel que le dominaba y ponía sobre sus espaldas parte principalísima de la peculiar y propia monarquía. Los celos y las envidias permanentes brotaban á una en Iodlah el soberbio. De los celos y de las envidias su guerra constante á los vecinos

para ensanchar el propio dominio y su conjuración permanente desde tal dominio contra el superior para derribarlo. Extendidos sus dominios entre las altas corrientes del Ganges y las raíces del Himalaya, unas veces combatía y otras veces trataba con las tribus cercanas, imponiéndose á ellas, bien por el triunfo, bien por el pacto. Y en tal proceder guiábalo solamente un deseo, el de imponer, si no miedo, respeto, al superior, ó cuando menos, una de las amistades forzosas y difíciles que consolidaban la jerarquía en aquella compenetración terrible de poderes más ó menos políticos y de estados más ó menos orgánicos. Iodlah era el vasallo y el enemigo á un tiempo de Agastya. En tal situación tocábale un estado intermedio entre la obediencia y la guerra. Obedecía cuando no estaba en el caso de pasar por otro punto. Y si guerreaba con sus comarcanos á veces, odiábalos á estos indirectamente, pues el odio principal suyo era contra quien tenía encima, y que le molestaba, no tanto con su imperio como con su sombra. Entre aquellas dos almas rivales por razón del estado social en que vivía cada una sustentábase naturalmente una guerra sin tregua ni descanso. Imaginaos lo que sucedería cuando pasión tal como los celos rabiosos llegase á mezclarse con todas las demás pasiones airadas.

Los dos se habían enamorado á una de Kumarita. Para comprender el sendo y respectivo estado de aquellas dos almas precisa recordar las costumbres indias. Iodlah vió á la hermosa doncella mucho antes de que la viese Agastya. Y si, al verla, concibió una grande pasión, este afecto de su ánimo no aumentó con lo que aumentan los afectos intensos, con la contrariedad, porque tenía en los ritos tradicionales y en las fiestas litúrgicas de su religión asegurado el necesario triunfo. Con ir al templo en la próxima noche del otoñal equinoccio, arrancaba de su tallo aquella intacta rosa y absorbía por vez primera su embriagador aroma. El amor de su monarca, de Agastya, llegó por bien diversa manera, y por otro bien diferente camino. Vióla y amóla. Pero en cuanto habíala visto y amado la desesperación entró en su pecho, porque no tenía medio fácil de adquirirla y poseerla. Hija de sudra, consagrada por sus padres á la virgen Nari, en convento de sacerdotisas puesta para componer parte de una comunidad litúrgica y religiosa, desvariando, y sin saber á qué moral obedecía en su interior, acababa de proclamarse resuelta con resolución irrevocable á entrar en los templos del fuego creador, lo cual equivalía de suyo á un verdadero suicidio. Kumarita estaba por sus propios labios condenada sin remisión á muerte. Había querido romper el es-

trecho límite donde la encerrara su nacimiento, y no tenía otra salida para tales intentos en pueblo tan férreamente organizado como aquel que la salida inmediatamente hacia el otro mundo. Pero aun quedaba un recurso en la intrincadísima liturgia del paganismo. Y el recurso era entrar en las castas superiores por cualquiera de los caminos legales que para ello habían tantas y tan diversas tradiciones abierto. El mejor camino era un casamiento. Si Kumarita subía por nupcias al trono y al tálamo de un rey, el sacerdocio que había querido invadir, y por cuya invasión merecía la muerte, penetraba en su nuevo estado por un derecho reconocido y proclamado en las leyes. Pero ¡ay! que las leyes no concordaban en esto con las costumbres. Por jurisprudencia más ó menos consuetudinaria en la India, el hijo de un rey podía muy bien casarse con la hija de un sudra; ningún delito cometía por ello, ninguna responsabilidad aceptaba; pero ¡ay! que sus vasallos lo mirarían siempre de mal ojo, y tememos aquí en este mundo más, pero mucho más, á los rigores de la opinión que á los rigores de la ley. Por consiguiente, los dos monarcas, tanto el inferior como el superior, heridos de la misma pasión, del amor á Kumarita, estaban obligados á idéntico sacrificio, teniendo, no solamente que renunciar á tanta felicidad, sino que ver la preferida quemarse y consu-

mirse por disposiciones litúrgicas en las llamas de una voraz hoguera. El rey, apenas vió á Kumarita, la quiso. Iodlah, que la viera mucho antes, experimentara inclinación análoga, menos íntima y pura, más intensa y fuerte. Kumarita, con la observación profunda é instintiva de su sexo, adivinó bien pronto la pasión inspirada por ella en el respectivo pecho de aquellos dos seres. Agastya de seguro amábala para mujer; Iodlah de seguro amábala para querida. El uno había sentido por ella la pasión violentísima que busca un minuto de placer, el otro la pasión serena que no se sacia ni con toda la vida ni con toda la eternidad.

El cuadro que formaba la escena ponía de manifiesto las pasiones allí levantadas por los diversos personajes. El rey se había quedado como fuera de sí al ver la increíble aparición de aquella hermosísima virgen. Sus ojos estáticos, su rostro absorto, su cuerpo rígido como el cuerpo de una estatua, indicaban la concentración completa en una sola idea, nacida de un solo sentimiento: del amor que le sobrecogiera en aquel minuto supremo. Kumarita, de pie frente al regio carro, envuelta en gasas, coronada de flores, con su cortejo de compañeras parecidas á turba de apsaras, ofrecía serenísimo aspecto y actitud, como de quien ha consumado, sin jactancia ni envanecimiento, indispen-

sable sacrificio. Junto á ella, crispados los nervios, convulsas las manos, relampagueantes los ojos, vibrándole sobre su cuerpo la fuerte armadura, el incendio de su pasión sensual repetido en el color de su piel, veíase á Iodlah, en quien podían sorprenderse todas las señales del apetito y del apetito frustrado. Los circunstantes, brahmanes, guerreros, vasias, artesanos, sacerdotisas, expresaban diversas pasiones, consonantes con su diversa respectiva compleción. Todos se asombraron; pero al asombro siguieron otros efectos. En los fanáticos veíase la ira causada por la profanación hecha con las pretensiones de joven modesta á subir hacia clases superiores, vedadas por el cielo á su origen y sangre. Pero como la sociedad no puede componerse tan sólo de fanáticos, en otras más dulces compleciones veíase aquella compasión encerrada por el Criador en el seno de nuestra naturaleza, que no pueden extinguir las más inhumanas supersticiones. A seguir los impulsos generales, aparte algunos sacerdotes aquejados de las enfermedades nativas en su jerarquía y conformadas por su educación, salvaran á la infeliz joven todos en aquel momento, quién por amor, como el rey; quién por apetito, como el caudillo; quién por compasión, como los cortejos de la regia corte; quién por amistad, como las jóvenes vírgenes consagradas en el

convento al culto de Nari, todas ellas muy devotas de la que había tomado, tanto por su prestancia como por su inteligencia, el primer sitio á la cabeza de su comunidad y de su clase. Pero las costumbres, fuertes en todo, lo son mucho más en materia de religión y de culto. Por consecuencia, imponen un rito en circunstancias como aquellas que ha de cumplirse fatalmente, siquier se alcen y subleven los más poderosos instintos. Un criminal no verá la luz del día. Degradación inmediata debe seguir al crimen, siquier aparezca tan artificioso como el cometido por Kumarita. Tras la degradación del oficio y puesto que ocupaba debía venir un encarcelamiento. Tras el encarcelamiento un juicio. Tras el juicio un patíbulo. En aquellas sociedades tiranizadas, bajo el peso de las castas, entre los oleajes de una guerra continua, perteneciendo el cuerpo á los reyes, el alma de suyo á los brahmanes, un derecho penal terrible reinaba necesariamente, y este derecho penal no se satisfacía con menos que con penas muy bárbaras, agravadísimas por los refinamientos de crueldad tan naturales á tiempos atrasados y á corazones endurecidos. Una mujer que aspirase á entrar del seno de unas clases en el seno de otras, cometía tal desorden religioso y moral que no lo pagaba sino con su vida. Por consecuencia, Kumarita se disponía seguramente á morir, y

á morir abrasada en aquellos holocaustos, donde por un resto de barbarie aun se ofrecían á los dioses víctimas humanas, cual en las edades más bárbaras. Estaba, pues, apercebido todo al horrible sacrificio.

Desde aquel momento ya no hubo reposo para el ánimo de tan joven como apasionado monarca. En el acto de coronarse y tomar posesión de un trono habia caído como siervo bajo la pesadumbre de abrumadora cadena, la cadena del amor. Salió de su palacio llevando cautivos atados á su coche, y volvía cautivo de una tirana beldad. Así es que, desde la pagoda de Nari hasta el palacio de sus padres, aceleraba el rey la procesión que había ido con pausa tan solemne desde el palacio de sus padres á la pagoda de Nari. Deseaba entrar en el palacio, quedarse allí solo, á fin de recluirse dentro del propio pensamiento, y separado por entero de cuanto le rodeaba, decidirse á una suprema resolución. De haberse dejado llevar por sus primeros impulsos, saltara sobre todo y corriera desalado desde su coche á los brazos de aquella mujer idolatrada. Pero el temor natural á comprometer, por un acto contrario á todas las tradiciones, donde se alzaba el trono, un poder muy recientemente adquirido, lo detuvo, y le sugirió la idea de librar á resoluciones tomadas con mayor calma la salvación de aquella hermosa

joven y las indispensables satisfacciones á su ya, desde el nacer, exacerbada pasión. Análogo estado el de su caudillo y rey vasallo, el duro Iodlah. También él sentía por Kumarita, sino amor, deseo. Y estos deseos de un momento, por menos vivideros, resultan á la postre más intensos, como necesitados sobre todo de una satisfacción inmediata, y aguijoneadísimos por la impaciencia. Los dos reyes se recluyeron en sus respectivos apartamientos, y los dos acariciaron la idea de poseer á Kumarita. Esta idea nacía intensa en el rey mayor; pero con aquella intensidad propia de quien, columbrando en lo porvenir mucho tiempo, trata de una resolución suprema ligada con la vida toda. El rey menor, Iodlah, sentía mayores ímpetus. Como pasara un día entero pensando en la noche próxima de sus satisfacciones múltiples, no podía conformarse con haber en un solo momento perdido el codiciado logro de su apremiante apetito. Además, con esta sensual impaciencia sumábanse los celos. Había creído ver en la manera como su rey mirara desde su carro á la hermosa figura de Kumarita, en los suspiros escapados á su pecho, en la manera de volver la cabeza cuando la perdió de vista, un amor naciente. Y esto faltaba para enconar todavía más el odio de aquel vasallo con diadema y cetro al rey ó supremo imperante. Si después de haberle arre-

batado, según la cuenta de sus celos, el poder allá en las cimas de aquella sociedad, le arrebatava también la ventura en el tálamo, no había remedio, uno de los dos sobraba en el mundo, pues imposible que coexistieran sus personas y sus vidas sobre la tierra y bajo el cielo. Las diversas condiciones jerárquicas no les consentían un desafío, pero sí una guerra. Y Iodlah estaba resuelto, si el rey le quitaba su predilecta de algún modo, á quitar, por su parte, al rey vida ó corona.

¡Kumarita infeliz! Había subido al cielo casta y dulce paloma en pos de una estrella, y sólo había encontrado un milano. Tres días con tres noches duró lo que llamamos en la lengua vulgar capilla, tratándose de reos, y lo que resultaba realmente una preparación indispensable al holocausto en aquellas comarcas. La virgen aria nació con la castidad innata en los pueblos de su raza, donde los hombres no habían jamás conocido la poligamia ni las mujeres la poliandria. Si en vez de vivir bajo la dominación de los reyes conquistadores y de los brahmanes teócratas, viviera en los siglos védicos, madre de familia, ó sacerdotisa virgen, aquellas apartadas y purísimas costumbres no le hubieran dado jamás ocasión al arrepentimiento. Pero el dominio de las aristocracias y de las monarquías alterólas al extremo de pudrir las en una terrible co-

rrupción. Y esta corrupción trajo las fiestas lascivas, en cuyas incidencias soltábase todo freno á los apetitos y se trasmutaban los templos de los dioses en orgías de la prostitución. Su virginal y casta naturaleza sentíase como herida por tal afrenta, que las costumbres pudieron convertir en santidad, pero no su conciencia, sobrepuesta por su vigor y por su luz á tales supersticiones. Digna hija de los arios, resto sublime de las mujeres védicas, opuesta del todo al orgiástico culto en que degenerara la religión brahmánica, moría satisfecha con tal de no cometer acto ninguno contrario á las leyes grabadas en su alma y á los impulsos sobrenaturales de su casto temperamento. En la celda ó calabozo donde la sepultara su delito, veía los preparativos del holocausto á que se hallaba sujeta por haberlo así querido su voluntad y su pensamiento; pero los veía con la calma natural que sugieren á todos cuantos se sacrifican estos sus voluntarios suicidios.

Pero los brahmanes habían tramado, allá en sus confabulaciones, una terrible agravación á la pena del fuego. No les bastaba con lanzar la pobre virgen á la terrible hoguera; necesitaban atormentarla en lo que más ella quería, en su pureza y castidad. Ya que, repulsiva por temperamento á las orgiásticas ceremonias del culto, había violado la liturgia

por salvar su virginidad y preferido la muerte á una mancha ó una sombra en lo que llamaba ella su pureza, ¡crueles!, habían decretado inmolar también todo cuanto ella más amaba, entregándola bárbaramente á un paria, con ánimo de que padeciesen á un mismo tiempo sus altos instintos nativos y sus supersticiones sociales. Uno de los mayores daños que la casta engendra es la enemiga suscitada por su existencia entre todas las clases. Y sucede que mientras más inferiores son mayor odio profesan á las clases que yacen bajo ellas. El sudra, el último entre los indios, odiaba, como podían el sacerdote y el guerrero, á los infelices denominados parias, puestos fuera de la sociedad en régimen de suyo tan cruel y bárbaro como las castas. Por consecuencia, el decreto teocrático á cuya virtud Kumarita sería, en presencia del holocausto mismo profanada por los parias, agravaba la triste situación de aquella virgen animosa y le imponía, como supremo recurso, un violento suicidio. Los enemigos, airados con su doble crimen, el de haber pretendido romper y desconcertar el régimen de las castas, tan de suyo concertado como las esferas celestes, y el haber querido suspender las grandes fiestas litúrgicas del otoño equinoccial, preparábanse á un desquite, dando la mayor solemnidad posible al apercibido suplicio y ofreciendo así un ejemplo

terrible y un escármiento eficaz á todos los que intentaran desconocer las leyes religiosas y violar los poderes antiguos. No se perdonó medio de realzar, como un gran espectáculo, aquel extraordinario crimen de lesa humanidad. El campo tomó aspecto de templo, las piedras puestas para sostener el voraz brasero aspecto de ara, y la hoguera, por sándalo y otras maderas olorosas alimentada, verdadero aspecto sacro.

Mientras pasaba todo esto en la pagoda que los indios consagraran á Nari, dos hombres se consumían á una en el cuidado y en el insomnio, presos por las gracias de la hermosa y desdichada sacerdotisa. El uno, Agastya, sentíase conmovido por amor espiritual, y por amor carnal el otro. En estas sus dos pasiones, aunque análogas, diversas, reconocíanse igualmente doloridos: con dolor más intenso y profundo, el rey superior; con dolor más violento, dolor impacientísimo, el rey vasallo. ¿Cómo habían de consentir, ni uno ni otro, que infame paria, proscripto de la sociedad, sombra de la vida, ludibrio de las gentes, gozase un amor como el que apetecía Iodlah en el delirio de sus sentidos, ó como el que su rival experimentaba en los hondos afectos de su espíritu, sin oponerse á tan tremendo acto, durante cuya perpetración, mientras ella se moriría de vergüenza, ellos se morirían de celos.

y desesperados? Mas para redimir á Kumarita necesitaban los dos, por llevar corona, recordarse á sí lo vivo de las supersticiones populares y la sublevación de los ánimos, á cuyas nefastas consecuencias ambos se hallaban expuestos, de colocar en el trono y en el tálamo propios á la hija de un maldito sudra. El temor natural á los ciegos fanatismos de las muchedumbres tenía tal intensidad en ellos, que recelaban perder la corona de sus sienes por llevar la paz á sus corazones. Los dioses habían puesto insuperables obstáculos á la confusión de las castas; los brahmanes habíanla maldecido por tal modo, que sus rigores iban allende la cólera divina, y la superstición popular, sobreexcitada por todas las otras clases, y especialmente por los sacerdotes y por los reyes, mantenía el aislamiento entre las jerarquías y las estirpes, hasta el punto de temerse con razón una caída en el abismo, si audaz príncipe saltaba por encima de todos estos obstáculos y caía entre los escándalos de su pueblo al pie de inferior y desgraciada sudra. Sin embargo, no había más remedio, no lo había, que la terrible alternativa, ó bien de lanzarla en brazos del paria y en las llamas de una hoguera, ó bien elegirla para regia esposa, con el fin de que, perteneciendo á superior casta, no resultase crimen su deseo de subir hasta sacerdotisa del sol. En tal

perplejo estado, tanto de conciencia como de ánimo, se hallaban por aquellas terribles circunstancias los dos preclaros monarcas de la India.

Noche terrible para el poderoso Agastya la noche precedente al sacrificio de Kumarita. En vano se había recluso dentro del cubículo más oculto; la idea que le asediaba continuamente iba con él, y no podía desasirse de su imperio y de sus imposiciones. Febril, nervioso, demente, los ojos fuera de las órbitas, los latidos resonantes de su corazón ahogándolo, paseaba en las altas horas nocturnas aquel su pesar por las terrazas de su palacio, y no sabía qué genio invocar ni á qué fuerza mágica recurrir en pos de un consuelo para lo presente y de una esperanza para lo futuro. ¡Ah! Los dioses del cielo y las sombras del mundo, desde los astros deslumbradores en aquellas horas terribles hasta los templos envueltos en sombras, todo parecía volverse así contra sus propósitos como contra sus pensamientos, y todo indicarle ruina cierta y muerte infelicísima si levantaba la hija de un sudra pobre y desgraciado á las alturas de un trono espléndido y potente. ¡Con qué sentida envidia miraba el rey á los igualados en clase y estirpe con la predilecta de su corazón, y cómo hubiera querido pertenecer á ellos para encontrar en su oscuridad las venturas negadas á esas eminencias donde se con-

densan las tempestades y se fulminan los rayos! En su dolor, como buen hijo de aquella sociedad poseída por el sentimiento religioso, apeló Agastya naturalmente á lo que apelaban todos los de aquel tiempo y de aquel pueblo, á interrogar los astros y oír su respuesta, observando, á pesar del doble sentido con que las aducían siempre, por cuál camino le señalaban alguna salida en su perplejidad. Destacábase á la vista, entre las espesas sombras de aquella noche, agrandada al par de oscurecida, la pagoda enorme de la virgen diosa, en cuyos calabozos plañía su amada lo triste de su destino y lo cercano de su muerte, cuando creyó columbrar sobre mole tanta un astro esplendidísimo, el cual, á guisa de ave gigantesca, en aquellos espacios centelleaba, enviando con el resplandor de sus rayos el resplandor también de sus revelaciones. Y preguntado al astrólogo de su corte qué significaba y quería decir aquella predilección de un astro luminoso por el sitio donde la pagoda se levantaba y erguía, díjole que una paloma cándida, puesta por los sacerdotes entre los seres escogidos para el sacrificio, se levantaba tanto del ara como del fuego, y en rápidos y majestuosos aleteos ascendía por las alturas celestiales hasta penetrar en el sol.

Amanecía. ¡Cuán hermoso el amanecer en la India! Verdad que carecen las regiones tropicales

del melancólico crepúsculo á cuyos perlados albo-reos comienza la mañana entre nosotros con suave luz, de suyo semejante á una melodía; pero verdad también que se animan y encienden los días nuevos con inopinado esplendor y brillo, el cual así deslumbra vuestros ojos como subyuga vuestro ánimo. Aquellos grandiosos árboles, cuyos ramajes entrelazados prestan á las selvas apariencias de verdes macizos monumentos; aquellas sombras, que se caen, como desvestidas por mágico arte y devoradas instantáneamente por los profundos abismos; aquellas diáfanas evaporaciones surgidas al beso de la luz y que recuerdan nubarrones transparentes ú Océanos cristalinos; aquel cambio súbito de la noche al día, en que un rumor fragoroso de notas estalla y en que una catarata de vida nueva cae por doquier y lo inunda todo en diluvio de calor y electricidad; los esperezamientos de numerosas especies; el despertar de insectos cuyas alas multicolores forman volanderos y cambiantes iris; las bandadas múltiples de aves, por plumajes increíbles como de pedrerías y de sedas varias ceñidas y adornadas; los innumerables reptiles, de un brillo indefinible, arrastrándose por los sorgos y por los cañaverales, ciñéndose á los troncos de las palmeras y de los cocoteros, mientras las águilas revolotean por sus coronas y por sus cogollos; todo

cuanto allí se patentiza y descubre con la primera lumbré, muestra de súbito la exuberancia de vida revelada luégo en sus colosales templos y en su hiperbólica poesía. Entre tanta vida, la muerte abría sus alas de murciélago, preparándose, ave carnífera y feroz, á devorar la víctima santa, especie de azucena purísima que se había ofrecido en las aras de sus altares y en los templos de sus dioses por no manchar su nítida pureza. El Ganges corría con mayor majestad, si cabe, y brillaba la lumbré diurna con esplendores más deslumbrantes, tras el súbito amanecer tropical. Hoguera compuesta de leños olorosos, de sándalo, de cedro, de limonero y rociada de purísimas esencias apercebidas por sacras manos aguardaba la víctima preciosa conforme ya con el holocausto y aguardando la señal y la hora de consumarlo con perfecta resignación, como si la muerte fuera tan sólo á sus ojos un cambio nuevo y una metamorfosis de la vida. Grande y numerosa procesión acompañaba naturalmente á la que perecía y acababa por un mandato sobrenatural directamente caído del cielo. Al fin de la procesión iba Kumarita deslumbradora, en traje nupcial envuelta, como si la tumba hubiera de ser un tálamo de amor, ceñida con flores, realzada con sacros signos, puesta en áureas andas y acatada, como si en lugar de pertenecer á

los mortales perteneciese á los dioses y la hoguera preparada para recibirla resultase al cabo como nube muy hermosa en cuyos senos subía de un vuelo al empíreo.

La juventud no suele creer en la muerte. Como la sangre circula con tanto ímpetu por sus venas, como el ardor de la combustión vital se mantiene tan intenso en sus cuerpos, como el corazón late con tanta fuerza en sus pechos, como la pasión centuplica su sér y le impele con vertiginoso movimiento á las múltiples y grandes acciones, como cada idea toma brillantísimas alas de ilusión á sus ojos y en todos los espacios oye una especie de sinfonía formada por el concierto de los seres y de las cosas así como los creadores ósculos del amor y de la generación universales, créense los jóvenes dotados por el cielo de indudable inmortalidad y no columbran en torno suyo, por ninguna parte, la muerte, cual si desconocieran ó ignoraran la fragilidad y la brevedad de todos los seres arrastrados en el torbellino inmenso de las transformaciones cósmicas en que naturaleza conserva bajo una superior y suprema unidad sus múltiples y necesarias variedades. Todo se aviva en el grande hogar de los seres, y todo se metamorfosea, y todo muere, y todo renace; pero aquello que menos dura, la flor, la esperanza, la mocedad, se cree lo más vivo y per-

durable. La juventud no puede, no, dar asenso á la muerte. Y no se lo había dado Kumarita. Los suspiros de Iodlah, que resonaban como ardiente fragua en sus orejas, y la turbación de Agastya, que había mostrado al verla todas las perturbaciones reveladoras de un grande amor, animábalan con presagios felices á creer en su próxima y suprema salvación. Pero, aun suponiendo que no sucediese así, que las ilusiones y las esperanzas de su juventud se frustrasen, que le fuese necesario morir en la hoguera litúrgica, por mandato de sus sacerdotes abrasada, preferíalo á vivir, esposa de todos, entre aquella prostitución arraigada en las perversiones de costumbres traídas por la teocracia. Durante las tres noches de lo que podíamos llamar su capilla la virgen india no desconfió un minuto de su salvación. Desconocía el camino por donde podría venir, pero esperaba en ella con firmísima esperanza. Imaginaba que así como los dioses crearan pareadas ciertasavecillas, habíanle dado también, desde los altos montes donde habitan, un alma purísima pareada con otra, igual de todo en todo á la suya. Y buscaba con ahinco esa grande alma, la cual debía venir á salvarla ó morir con ella, quedándose con seguridad en la tierra ó de la tierra saliéndose al par de su alma. Podía estar muy lejos, pero más lejos están las estrellas amantes, los

planetas de sus lunas, la tierra de sus soles, y se inundan en los espacios infinitos con sus mutuos vagos besos, y se buscan, y se miran, y se sustentan, y se mantienen unas á otras en la cerúlea inmensidad. ¿Quién le había dado fuerzas para, en su debilidad, arrestarse á desafiar la muerte antes que aceptar un descenso á sus propios ojos desde su pureza nativa y natural á los hondos abismos de las litúrgicas orgías? Pues quien le diera tal fuerza estaba indudablemente predestinado en los consejos celestiales á salvarla de aquel trance y concederle con amor la vida indispensable al cumplimiento de sus maravillosos destinos.

Pero al salir y ver que del oleaje de la muchedumbre ninguna mano salvadora salía en su auxilio, comenzó á creerse condenada ya inapelablemente á un suplicio cierto. Los cantos funerarios de los sacerdotes, que anunciaban su próximo paso desde su vida joven á su muerte perdurable, sonaban en los oídos siniestramente. Las humaredas de las fogatas de sándalo trepaban como nubes á las alturas, y su aroma trascendía por todas partes. No le quedaba más remedio que morir, y como no le quedaba más remedio que morir, cerró Kumarita los ojos como para hundirse desesperada en los abismos de la eternidad y en el no sér borrarse á la manera que se borra la gota de rocío

en la inmensidad insondable de los mares. Kumarita no tomó á la ligera su resolución en los días anteriores á la festividad litúrgica donde había de perder su pureza; la tomó con resolución de llevarla debidamente á término. Pero, joven y bella, el instinto de vivir se había sobrepuesto á todos sus instintos, impeliéndola en soberano impulso á esperanzas naturales en el ardor de su sangre y en la florecencia de sus ilusiones. Pero si la hora del suplicio á más andar venía, y el camino conducente á tan horroroso término se acortaba, no podía ella retroceder ni arrojarse por un retroceso nacido del miedo, como cayéndose de espaldas en brazos de una prostitución á cuyos horrores huyera por la puerta misma del sepulcro; definitivamente condenada por el hado, resolvíase á morir con heroísmo en una resignación suprema, siquier pareciése incompatible con sus ilusiones y con sus esperanzas juveniles. El cántico fúnebre redoblaba, subía el humo sacro, lloraban á todo llorar en torno suyo las jóvenes consagradas á Nari como ella, y no lucía por parte alguna en tal estruendo de sollozos y en tal estado de inevitable desesperación un asidero. Por consecuencia, Kumarita cerraba los ojos y se dirigía resueltamente al holocausto como quien se arroja desde grande altura en honda sima. Los brazos de sus compañeras la cercaban como para

detenerla, y los sollozos esparcidos en los aires le decían cuántos afectos dejaba en este al irse para el otro mundo. Pero no había remedio, y un gesto de vacilación en su actitud, un paso atrás, un arrepentimiento tardío, cualquier síntoma de cobardía ó de recelo hubiéranla perdido en el concepto y en el ánimo de aquellos que la rodeaban, y hubiéranla hecho pasar por una especie de mentirosa, muy resuelta de suyo á morir cuando veía la muerte lejos y muy cobarde al acercarse á sus huesosos brazos. Impelida por tal pensamiento, lanzóse la virgen india con resolución al sitio donde la hoguera se levantaba, y salvó las escaleras conducentes á la pira con una resolución como no la mostrara igual jamás al subir las gradas del altar para ofrecer á sus diosas los incruentos sacrificios.

El grito de las muchedumbres mientras Kumari subía las gradas espaciosas del horrible patíbulo ensordeció los aires con sus tonantes fragores. Diríase que había sacudido las plantas, según el número de aves alzadas á una de sus follajes, las cuales formaron pasajeras más espesísima nube que puso algún paño de sombras en el suelo. No podía cumplirse con más repugnancia el horror de una liturgia implacable. No podía mostrarse mayor afecto á una jóven, criminal á los ojos de una religión cruel, y á los ojos de la conciencia y al espí-

ritu de sus leyes eternas purísima de toda pureza. Ya estaba cerca del fuego cuando una voz imperiosa del jefe de los brahmanes la detuvo. En efecto, habíase á la consumación de aquella terrible ceremonia suscitado un reto verdaderamente formidable. Iodlah, el rey vasallo, acababa de surgir, como por milagro, pidiendo en fórmulas sacras, concordantes con los ritos, la mano de Kumarita, virgen á Neri consagrada, que siendo esposa del rey, podía también ser sacerdotisa del sol sin perturbar las leyes litúrgicas ni contraer aquella tremenda responsabilidad por la cual iban á infligirle con tan tremendo castigo su pena irreparable. Tanto como fuera de siniestra la exclamación anterior del pueblo fué de alegre la subsiguiente á este resplandor de verdadera esperanza. Los brahmanes mismos, aquellos á quienes más importaba un cumplimiento severo de las costumbres litúrgicas, quedaron como petrificados en su puesto y no supieron qué hacer para empujar el sacrificio á su término, reconociendo superior á todo su poder y á todo su antiguo influjo la soberana hermosura de Kumari-ta. El momento aquel fué de una indecible ansiedad para los concurrentes. Ardían con fragor y con viveza las leñas olorosas. Los atizadores sacros continuaban aderezando con largas horquillas el fuego litúrgico para que aguardase y recibiese la

víctima. El cortejo de vírgenes, que acompañaban á ésta en su procesión doliente, acababan de postrarse todas á una en tierra bajo la pesadumbre de numerosas emociones, muy superiores á sus fuerzas. Los brahmanes, que, á pesar de su admiración por Kumarita, estimaban en más el guardar su propio culto y las supersticiones á él consiguientes que acorrer á tan hermosa joven, parecían como fuera de sí por absortos en la contemplación de tal escena. Y, en medio de ellos, levantando como un trofeo su cabeza real sobre todos, veíase al rey, vestido con las vestiduras indicativas de su dignidad, tendiendo la mano á la joven para sacarla del abismo y unirla consigo en eternas amorosas empresas. ¿Qué haría la doncella? Todo el mundo la miraba y seguía con anhelo creciente las fases presentadas por su rostro, en cuya hermosa y franca expresión se traslucían todas las interiores emociones de su alma. No hay que dudarlo; en el primer ímpetu de aquel corazón generoso predominó el más tierno y sincero agradecimiento. En el borde mismo de la muerte le alargaban una mano piadosa y salvadora; no había más remedio que bendecirla. Kumarita cumplió este deber primero como cumplía todos sus deberes.

Pero el rey vasallo no podía ofrecer á la sacerdotisa de Nari un amor tal como el por ella soñado

en los primeros despertamientos de su corazón y en las primeras albas de su inteligencia. Las muestras que de su pasión diera en el acto de proclamar Kumarita su resuelto suicidio, lejos de atraerle aquel amor purísimo de la casta doncella, le atrajo su desprecio. Aria, profundamente aria, profesaba Kumarita por instinto el culto á un solo amor, y no comprendía la unión de su vida con otra vida por el tosco lazo de sensualidades groseras, sino por el espiritual de afectos puros y tiernos, en los cuales el fuego de los sentidos se apagase á los soplos del alma. Firme, firmísima en tal resolución, el matrimonio con quien la demandaba en aquel momento parecía continuidad tristísima de las prostituciones rechazadas por su conciencia en los senos del templo, aunque prescritas por la liturgia y sancionadas por la costumbre. Así es que rechazó la oferta, después de haberla profundamente agradecido, y subió las gradas que al patíbulo conducían sin volver de nuevo la cabeza. Terrible clamor llenó los aires otra vez lanzado por las compañeras de Kumarita, que acababan de saludarla rediviva y la veían ya en aquel instante muerta dentro de la voraz hoguera. Pero, al tocar las llamas, un clarín sonó, y en sus acentos debía contenerse tal voz de imperioso mando, que los brahmanes arrancaron la joven al ara, salvándola instantá-

neamente de una muerte segura y próxima. En efecto, apenas el clarín había sonado cuando apareció albo y sacro elefante, llevando en su lomo deslumbrador palanquín, parecido á un áureo santuario. Y apenas el animal reservado á los dioses habíase hecho lugar entre tantas muchedumbres como rodeaban la pira, cuando apareció el rey Agastya y designó á Kumarita por su esposa. Esta designación realizaba el sueño de su vida, porque la joven había leído en los ojos del monarca una pasión bien pura y bien distante de la que centelleaba en los ojos torvos y siniestros de su rival. Aquellos presentimientos dulcísimos, que asaltarán el corazón de la virgen hermosa en varias ocasiones, acababan de cumplirse por completo, y un amor puro y santo surgía del terrible sacrificio.

Inútil decir cuán felices fueron los esposos. Kumarita siempre apareció como una reina verdadera en el trono, como una diosa en el hogar. Conociendo cuánto su origen humilde la dañara, y cómo debía obtener de las viejas supersticiones un difícilísimo perdón, allá en las alturas no sintió nunca los fáciles vértigos de la soberbia, sino los dulces llamamientos de la caridad. Gobernaron los dos reyes como si fueran una sola personalidad en los consejos, y combatieron juntos y confundidos en los campos. Kumarita pareció un monarca de regia

cuna y de no menos regia educación en el mando, y fuerte amazona de larga lanza y soberanos ímpetus en el combate. Sus vasallos sintieron bien pronto el alivio á todas las pesadas cargas transmitidas por añejos abusos, y sus dominios se dilataron en mayores y más preciadas conquistas. Pero, cual todos cuantos alcanzan un premio á su mérito, rodeáronla en grande muchedumbre terribles enemigos. Las tres fuerzas mayores de aquella sociedad, los brahmanes, los guerreros, los comerciantes, suscitábanle toda suerte de obstáculos, porque había saltado sobre los abismos y puestóse á la cabeza de clases muy superiores á la ínfima en que naciera. Necesítase combatir con las viejas supersticiones de algún modo para saber todas las asechanzas que os ponen y todas las heridas que os abren si llegan á creeros sus contrarios. De tal situación dimanó el principal mérito en aquella mujer extraordinaria. La primera en subir desde los hondos abismos sociales á cimas inaccesibles para ella y para su estirpe, no se ufanó á tal milagro, procediendo con toda la circunspección propia de su alta dignidad, pero también con toda la modestia exigida por su origen y sangre. Mucha debió ser su hermosura cuando queda todavía el recuerdo y el nombre tras siglos de siglos en los desiertos que han devorado su ciudad y escondido bajo las zarzas y las raíces

hasta su más enormes ruinas. Pero si alcanzó la hermosura de tal mujer poderío bastante para que los reyes se vieran obligados á bajar hasta los sudras, la inteligencia debió en ella ser mayor todavía, cuando pudo salir ilesa de tantas supersticiones tendidas como serpientes á sus piés y sublevadas en contra de su virtud y de su fortuna.

Pero una venganza terrible la esperaba. Iodlah no pudo jamás olvidar, ni la inferioridad en que se hallaba constituido bajo el rey superior, ni los desaires de que le había hecho la reina víctima despreciando su nombre y huyendo ante todo aquel pueblo de su amor y de sus nupcias. Kumarita se había impuesto á los enemigos interiores, fácilmente subyugados por la suma de sus prendas; pero no había podido imponerse, no, al enemigo exterior, que soñaba con su desquite, y lo apercibía minuto tras minuto, año tras año, sin idear ninguna otra cosa, sin tener ningún otro propósito, concentrando toda su actividad en este solo punto. No pertenecía la pasión del monarca desairado á esas intensísimas, pero fugaces, que relampaguean un minuto y luego desaparecen; pertenecía más bien á las porfiadas y tenacísimas que tienden su telaraña instante por instante, con labor diminuta pero tenaz, y sin llegar á comprender nunca ni el retroceso ni el cansancio. Así había, poco á poco, forma-

do una federación en armas de los montañeses próximos á sus dominios, apercibiéndolos con prolijas enseñanzas y largos preparativos á una guerra en sentir suyo inevitable. Sumados los celos con las ambiciones en aquella naturaleza de rey primitivo y bárbaro debían generar cóleras tan terribles como cualquier plaga natural de las que guardan tierras y aires en sus respectivos abismos. Como Iodlah reunía con ímpetu de guerrero precauciones de político, aguardaba la suya sin retraerse ni mucho menos cansarse por la tardanza. Lo que, allá en sus propósitos y en sus planes, buscaba él con mayor ahinco, era la seguridad infalible y la exactitud matemática de su desquite. Por tal razón, había logrado establecer confederaciones de pueblos tan á la callada y en sigilo como si fueran una conjuración de individuos. Sus mensajeros y correos atravesaban leguas y leguas conduciendo múltiples órdenes. Sus embajadores y ministros se constituían como secretos esbirros ó como escuchas fáciles junto á los jefes de las tribus guerreras. Sus trabajos en la confederación de fuerzas seguían y perseveraban todos á una grandísima constancia; pero nada trascendía de todo ello, profundamente oculto por aquel carácter, al mismo tiempo que fuerte y valeroso, precavido y sagaz, en una conspiración taimada sin precedentes y sin ejemplo.

Dióle Agastya pretexto al caudillo y facilidades con una expedición emprendida cuando él se imaginaba más poderoso y más fuerte. Con motivo de haberse una región, conocida con el nombre de Lauka, sublevado, partióse con gran golpe de gentes hacia ella, dejando el gobierno de la corte á Kumarita, pero con escasa guarnición y defensa. Tal momento escogió su enemigo vasallo para expedir contra la ciudad predilecta del sol todas las fuerzas bárbaras y cuasi salvajes que había reunido su odio. Aquella invasión terrible no era tanto el ingreso de un ejército en campaña como la irrupción de un pueblo ansioso por acabar con otro pueblo y sustituirlo y reemplazarlo sobre su antiguo territorio, después de haberlo, no solamente vencido, extirpado también. Familias enteras iban á una con sacos apercebidos á guardar el botín y las cabezas de sus enemigas gentes; sobre carros de guerra amontonábanse los ídolos con los pertrechos y con los armamentos; corrían los caballos como si fuesen los cuervos que siguen á todas las legiones en guerra, según lo voladores y feroces, pues no pasaban todos aquellos combatientes por ninguna parte sin dejar tras sí una siembra de ruinas enormes, sobre las cuales hedía la matanza y flameaba el incendio. Imaginaos cómo se acercaría tal tromba de muerte á la desguarnecida capital donde rei-

naba Kumarita, sin la compañía de su esposo en aquel momento, sin guarnición y sin defensa. Los instintos sensuales habíanse al cabo de tantos lustros en él sobrepuesto á los instintos ambiciosos, y no pensaba tanto en ganarse la corona del rey como el cuerpo de la reina. La vergüenza pasada en el pie de la pira, sus impaciencias un día por el goce de su amor en los templos orgiásticos, la rabia de verse pospuesto á un rival afortunado, los celos que le habían hecho morderse á sí mismo como un tigre hidrófobo, todo cuanto había padecido con los desdenes de aquella mujer ingrata para él y á su enemigo rendida, todo se le apareció como cebo natural á la venganza que perpetraba frente á tan terrible irrupción, tras la cual no debía quedar en los suelos ni el pueblo de Kumarita.

Así la primera intimación del soldado feroz no se dirigió á la reina, se dirigió á la mujer. Acampado ante los muros altísimos de la ciudad del Sol, envióle numerosos heraldos con reclamos de paz y de armonía. Todo aquel aluvión de gentes feroces volveríase atrás con tal que la esposa de reyes, madre de príncipes, concediese, al fin de tantos lustros, aquel amor que no había querido conceder la sacerdotisa de Nari en la primavera de su existencia. El caudillo había concitado tales iras, y reunido tantas muchedumbres, y puesto la tea incendiaria

en manos tan exterminadoras, no por conseguir más poderes, que nada importaban á su hastío, ni por agrandar territorios, que nada pesaban en su ánimo, desligado ya de las juveniles ambiciones, sino por sed hidrópica de amor que deseaba extinguir en sus labios. Cediendo Kumarita, la irrupción se acabaría como fugaz tempestad del estío. Las pasiones humanas jamás llegan á desengañarse cual se muestra por Iodlah, quien pretendía conseguir de reina, esposa y madre, lo no conseguido en otro tiempo de la pobre y modesta doncella, consagrada por los vicios de una liturgia corrompida y por las supersticiones de un sacerdocio degradado al amor de todo el mundo. En cuanto recibió la reina el mensaje convocó á sus generales para que le dijese si cabía resistencia. Bajando éstos la cabeza con desesperación, le anunciaron que sólo cabía ó la entrega ó la muerte. Y entonces Kumarita reunió sus ídolos en el regio palacio, con sus ídolos toda su prole, y pegando fuego al edificio por los cuatro costados, llevó al mensaje audaz la debida respuesta con los relampagueos y con las cenizas del incendio. Así acabó aquella gloriosa heroína de la castidad y del honor.



KOUANYIN

Faltaría en este museo un retrato si faltara un ejemplar, á lo menos, de cuánto significa la mujer en el imperio chino. Como tal raza y tal pueblo hanse de antiguo empeñado en quedarse aparte y solitarios en el mundo, la historia humana, de cuyo seno han huído, el espíritu universal, á cuyo vivificador aire han renunciado, los tienen todavía en grande menosprecio y no saben considerarlos cual suelen á otras naciones de menos importancia social. Con decir que libros históricos dedicados á presentar los desarrollos principales de nuestro espíritu en la tierra prescinden del pueblo é imperio chinos, omitiéndolos por completo cual si estuviera su espacio fuera del planeta, su nombre fuera del género humano, con decir esto hase dicho todo. La muralla levantada en derredor de lo que denominan ellos la tierra de en medio, esa muralla colosal, titá-

nica, larga, los ha emparedado dentro de su territorio, hasta que su encuentro, especie de hallazgo milagroso, debido, no tanto al valor heroico de los descubridores como al entendimiento astuto de los eclesiásticos, su hallazgo, á pesar de topar con ellos vivos y animados, se pareció á lo que más tarde fuera el célebre hallazgo de las ciudades enterradas bajo las cenizas del Vesubio. ¡Qué diferencia entre tal pueblo y el pueblo indio! Mientras á este último se le atribuyen por la historia moderna los orígenes de nuestra religión, de nuestra ciencia, de nuestra familia, de nuestra raza y hasta de nuestra compleción progresiva, sucede con el chino todo lo contrario, se le deja como un ejemplar singularísimo, puesto por su alma y por su historia fuera casi del humano linaje. Mongol por su origen, de piel amarilla, de lenguaje monosilábico, de letra ó escritura cuasi jeroglífica, de instintos utilitarios, de caracter egoísta, poco religioso, nada metafísico, sujeto á la conquista y á un imperio de tal conquista representante, extravagantísimo en verdad más que original, de un brillo que se parece al barniz y al externo lustre, de una incurable fragilidad, el chino, todavía hoy, á pesar de la grande imparcialidad que distingue á nuestra ciencia y á nuestra historia, no ha conseguido la universal amnistía por los pueblos modernos acordada sin restricciones á

todos los otros asiáticos, á todos, considerados antes, en edades no muy lejanas, cual verdaderos bárbaros. En el mismo pueblo americano, donde la libertad abre sus puertas á todos los hombres del mundo sin preguntarles por su nación y por su origen, se han hecho excepciones varias con los chinos, expulsándolos de un territorio adonde parecen converger y donde parecen concentrarse los rayos diversos de la civilización universal.

Realmente un territorio que ocupa en el Asia parte tan principal, que tiene cuatrocientos millones de seres humanos, que por un lado confina con las mesetas donde ha nacido la humanidad y por otro lado confina con los mares donde se cruzan los principales productos del humano comercio, no puede á nuestra curiosidad exentarse mucho sin que despreciemos con este desprecio inferido á él una faceta más ó menos hermosa del espíritu nuestro y una raza más ó menos importante de nuestra humanidad. Por tal razón hemos de presentar nosotros el aspecto femenino de la China en esta especie de pinacoteca erigida por nuestro corazón á la mujer y á su historia. En la raza mongólica no ha tenido nunca el bello sexo la influencia que alcanzara en los pueblos arios y en los mismos pueblos semitas. Por consiguiente, difícil, muy difícil de hallar entre los chinos aquellos ejemplares de mu-

jeres ilustres encontrados por nosotros, de acuerdo con el sentimiento universal, en los primeros capítulos de la Biblia y en los dramas y en los poemas indios. Por eso vamos á seguir aquí un proceder distinto del proceder seguido en los retratos de mujeres que al sol de Judea ó Egipto hemos trazado. Los chinos poseen libros á los cuales debemos llamar antes de moral que de religión ó de metafísica. Y entre los libros morales de China, el más vulgarizado y de mayor valimiento popular es el conocido con la denominación de *Nenúfar Blanco*, flor á cuyo cáliz y aroma atribuyen los chinos virtudes varias de consuelo, santas promesas de amor. Y en este libro se contiene un rito consagrado á Kouayin, mujer de quien se hacen lenguas los budhistas, por haber sido la única de su sexo aceptada en el apostolado célebre de Budha, quien tuviera discípulos, cual Cristo, pero todos ellos hombres. La singular mujer admitida en el cenáculo budhista debía naturalmente atraerse muchas bendiciones y brillar con esplendoroso brillo entre las hembras históricas. Mas no busquéis aquí, porque imposible hallarla de ningún modo, aquella gran fuerza de apoteosis, aquella virtud antigua de pura divinización que tuvieron los indios, habilísimos en rodear con aureolas mitológicas las sienes de sus mujeres, cuyos piés se mezclaban con los piés de las especies

inferiores y hasta con las raíces de los vegetales, pero cuyas frentes frisaban á una con las diademas de los dioses. El chino carece de inventiva y de imaginación. Él no sabe sembrar de genios y de dioses los espacios inmensos como supieron los arios. Toman sus ídolos un aspecto menos que humano, un aspecto vulgar, y toma su religión un aspecto moral. Por consiguiente, la discípula budhista, bajo cuya célebre advocación ponemos los tipos de mujeres divinas, queda muy lejos de las diosas, tan abundantes en las cumbres del Himalaya y del Olimpo. Verdad que representa la misericordia y la compasión, por lo cual oye una letanía exhalada de las bocas affigidas; verdad que tiende su manto sobre las espaldas de los náufragos y ampara con sus consuelos á las esposas estériles; verdad que su apostolado y su misticismo no empecen á presentarse con su hijo en los brazos como llamando también á los huérfanos; pero verdad las imposibilidades múltiples que se ofrecen para confundirla con aquellas mujeres divinas que antes hemos visto, las cuales representan la más hermosa é increíble apoteosis que hayan de la mujer hecho los antiguos tiempos y los antiguos pueblos. Aquí, en la China, todo tiene un carácter positivo, todo toma proporciones regulares, todo se presenta más por su lado moral y útil que por su lado reli-

gioso y estético; la historia pierde todas sus perspectivas y los personajes parecen vivir fuera del ambiente.

Imposible de toda imposibilidad estudiar la mujer china sin estudiar el medio donde nace, vive y muere, después de haberse transmitido á las generaciones venideras por su descendencia, y á la historia por sus acciones ó por sus obras, y al suelo por su cadáver. Las mujeres históricas no están en el tiempo y en el espacio inmóviles como estatuas bajo el cielo y sobre el pedestal. De los campos extraen jugo y sangre, como el árbol savia; en el aire verifican las combustiones de su respiración; el agua natal se mezcla con sus humores y constituye parte de su naturaleza fisiológica, tan influyente sobre la naturaleza psicológica; nótrese, no sólo de los alimentos pedidos á su fauna y á su flora, sino de los átomos circulantes en torbellinos invisibles por doquier, y hasta existe una relación misteriosa entre su espíritu y los horizontes que la iluminan y el suelo que la sobrelleva, pues nuestra organización se hunde por sus raíces en la materia, como por su alma se dilata, cual hermosísima copa de árbol misterioso, en la inmensidad y en la infinidad de los cielos. Inútil estudiar el carácter moral de los individuos sin estudiar el carácter fisiológico, é inútil estudiar el carácter fisiológico sin

estudiar el medio ambiente de donde han brotado y donde se han, digámoslo así, nutrido. China se halla en relación armoniosísima, cual ninguna otra de las diversas regiones, con aquella raza que la puebla y la cultiva. Sus uniformes planicies, la dirección de sus montañas, el paralelismo de sus dos mayores ríos, llamados uno Azul y otro Amarillo, hacen que la inmensa tierra, extendida desde las mesetas del Thíbet hasta las orillas del Pacífico, tenga en sus inviernos temperatura, por término medio, semejante á la temperatura de París y en sus veranos temperatura, por término medio, semejante á la temperatura de Andalucía. Y no obstante dulcedumbre tal, muchas veces llegan sus inviernos á la temperatura del polo y sus veranos á la temperatura del trópico. Mas, como suceda esto en regiones restrictas y por excepción, realmente no imprime carácter al temperamento chino y no determina en él una variedad apreciable. El medio geográfico en que las gentes del Celeste Imperio se mueven, parécese mucho á las regiones occidentales de nuestra Europa y á las regiones varias del Norte de América. Si bien por el Thíbet y la Tartaria entra territorio tanto en las zonas boreales, mientras por la región llamada Indo-China entra en las zonas tropicales, aquella uniforme planicie del centro presta por su parte también mono-

tonía y uniformidad indecibles, así al imperio como al pueblo. En medio de su exuberante naturaleza, la fantasía del indio estalla como una fulguración volcánica, enviando en las rojizas nubes de humo, y en los aereolitos de piedras encendidas, y en los ríos de lava, y en las columnas de fuego, y en las cataratas candentes, por los espacios cerúleos y por los abismos profundísimos, dioses y diosas sin número. En China, la planicie uniformemente verde, la cordillera tirada en líneas regulares, los ríos de llanas orillas y de comunicación facilísima entre sí, convidan á la proporción, á la medida y al cálculo, por lo cual acaso este pueblo extraño haya hecho de las matemáticas como una teología, de los números como unos dioses y de las medidas como unas leyes morales.

Aunque de origen mongólico, han variado muchísimo al curso del tiempo eterno y al influjo del medio ambiente. Su estatura es mediana, más bien chica que alta. Las formas tiran en ellos al círculo, no á la elipse. Los miembros adolecen de una debilidad incurable, pues los diríais frágiles como sus porcelanas. La complexión propende á linfa y á paciencia. Bien pronto la obesidad se sobrepone, y acaba por darles forma repulsiva, pues, á causa de su color pajizo, diríase que no tienen sangre roja en las venas, y á causa de sus ojos claros y de sus

retinas rectilíneas diríase que tienen parentesco cercano con las aves nocturnas. Aquel rostro amarillo y redondo muestra una impasibilidad que nos desesperaría de seguro en todo trato frecuente con ellos á nosotros los móviles y nerviosos occidentales. ¡Qué quijadas tan extrañas y tan diversas del concepto general en que se fundan nuestras nociones anatómicas! ¡Cuál contraste brusco entre los pómulos salientes y la nariz tan hundida como chata! Aquella mirada oblicua, y aquellos párpados caídos, les dan aspectos tan extraños que, á veces, les tomamos, no como individuos pertenecientes á una especie viva, como figuras impulsadas por movimientos mecánicos. Su cabeza grande, aunque poco esférica, se halla cubierta por abundantísimo aunque cerdoso cabello. Sus movimientos tienen un balanceo como el de sus barcos en el río, y todo su sér diferencias capitales con las demás razas. Apártanse mucho entre sí las gentes del Norte y las gentes del Mediodía. También se diferencian los que profesan hoy la religión mahometana de los que profesan la religión budhista, ó las demás creencias indio é iranio-chinas. Como dividen los puntos cardinales en cinco, á diferencia de nosotros, que los dividimos en cuatro, dividen las razas fundamentales chinas en cinco también, y á cada una de ellas les asignan caracteres diversos.

Lo que realmente podemos dar por averiguado en esta división es que los chinos del Norte se distinguen por su fuerza y por su vigor, mientras los chinos del Mediodía por su industria y su prudencia, constituyendo los unos el nervio militar de aquellas razas é imperio, mientras constituyen los otros el grande organismo mercantil. Realmente nada prueba tanto cómo se impone la unidad á las mayores contradicciones, y cómo el espíritu domina la materia, cual esa uniforme civilización extendida por el imperio sobre familias de pueblos, no solamente diversas, sino hasta contradictorias y opuestas. Tibetanos, mongoles, malayos, birmanos, y omitimos dos ó tres variantes, entran, merced á una gran burocracia mantenida por una especie de sacerdocio científico y subrogada por completo á un emperador absoluto, en creencias, en costumbres, en hábitos, en pensamientos, en dogmas tan uniformes, que llegan á predominar sobre cuantas contradicciones puedan producir los temperamentos y los humores enemigos, aun después de haber batallado abiertamente y en guerras perdurables por siglos de siglos.

Para caracterizar la civilización china encontramos rasgos bien propios de tal pueblo y bien diversos de los que á otros pueblos distinguen. La inmovilidad patente de su estado político y social se co-

noce por ciertas instituciones, las cuales son privativas suyas, y si no privativas suyas, determinadas por su carácter especial con una determinación clarísima y selladas con un sello indeleble. Su escritura está muy lejos de la escritura que nosotros recibiéramos del pueblo fenicio y muy cerca de la escritura jeroglífica. No puede calcularse cuánto ha servido á la cultura humana la invención del alfabeto, permitiéndole con las combinaciones varias de letras el expresar numerosas y universales ideas. Por consiguiente, no puede tampoco decirse cuánto y cómo los progresos humanos llegan á detenerse, trabados por los caracteres jeroglíficos, especie de símbolo, dentro de los cuales caben muy pocas ideas, y sobre todo muy pocas síntesis, de aquellas que dan al pensamiento su incondicionalidad y que formulan leyes universales de la humana razón. Con decir que los primeros signos figurativos dispuestos por China se reducían á nudos puestos en cuerdas tejidas por sus burócratas, hemos dicho bastante sobre la inopia de aquella escritura y sobre las escasas ideas que podía expresar. Diecisiete siglos antes de nuestra era comenzó la escritura china, componiéndose de quinientas cuarenta figuras simbólicas, y que, á pesar de su número, no podían corresponder al número de los objetos y al número de las ideas en las mismas edades primiti-

vas y en los mismos pueblos bárbaros. Recuerda esta escasez de símbolos en la escritura china la numeración de las razas autóctonas europeas, las cuales, durante muchos siglos, no pudieron pasar nunca del número diez. Imaginaos que para los cielos inmensos y las miríadas infinitas de sus astros solamente usaban siete signos; para las eminencias, las colinas, las fuentes, las aguas, las piedras y todas las manifestaciones del fuego, diecisiete; veintitrés para caracterizar al hombre con todas sus facultades propias y con todas sus relaciones políticas; seis para los trajes; treinta y cinco para los utensilios; para todos los pájaros once; para todos los cuadrúpedos cinco, y dos para los peces, careciendo de toda escritura para significar palacios, jardines, pedrería, música, moneda, vidrio, porcelana y ni siquiera metal. Entre las plantas apenas se pinta el arroz, el trigo, la morera, el té y el bambú. Ninguna demostración tan evidente de lo imperfecta que apareció tal civilización en sus primeras edades. Una escritura tan escasa correspondía con un primitivo espíritu.

Todavía resulta más característica de la civilización descrita su lengua que su escritura. Sabida es la evolución del idioma universal, que se divide por los filólogos modernos en monosílabo, aglutinante y flexivo. La lengua monosílaba se halla

muy cerca del instinto. Y que se halla muy cerca del instinto está demostrado por su semejanza con el grito de los animales. Así los sustantivos en ella tienen caracteres de verbo, las raíces permanecen inflexibles, y el significado de éstas, muy complejo, varía, según el sitio que ocupan en la frase. El número de monosílabos resulta muy escaso y muy semejante al número de símbolos en la escritura, como si quisiéramos anotar por medio de letras ó por medio de palabras la diversa expresión de los animales. El tono y los acentos, cuyo menor cambio suele originar otro nombre, representan un gran papel y cumplen un gran ministerio en las lenguas monosilábicas. Mas en realidad ¡qué atraso esta especie de lenguaje, sólo explicable por una parvedad en las ideas, la cual no podemos comprender nosotros los pueblos romanos, servidos por analogías copiosas, por diccionarios riquísimos, por construcciones y sintaxis de una verdadera maravilla! Con estas lenguas monosilábicas y con estas escrituras jeroglíficas, nada tan fácil como tener cierto número de ideas vinculadas en una casta y no dejarlas percibir por las otras castas enemigas é inferiores. Con decir que no hay nombre para Dios en la lengua china, cual no hay signo de Dios en su escritura, dícese harto cómo las castas allí no tomaban el carácter sacerdotal de las castas indias.

y no tenían, por ende, su aspecto religioso. Eran castas de burócratas, dirigidas por verdaderos mandarines, denominación muy adecuada con su ministerio y con su carácter. Mas, á pesar de todo esto, á pesar de no tener una metafísica, mejor dicho, una teología donde fundar castas duraderas, lenguaje y escritura contribuían de consuno á establecer diferencias muy señaladas entre unas y otras jerarquías de chinos, porque nada tan fácil como esconder á las ajenas miradas toda escritura jero-glífica, y como sacar de unas lenguas monosílabas otras lenguas monosílabas sin relaciones entre sí, por lo cual se ha llamado á esta manera de lenguaje aisladora é incomunicativa.

Un pueblo donde las castas se constituyen por medio de la burocracia debe aparecer como un pueblo esencialmente calculador y matemático. En efecto, su religión merece aquel nombre con que un pensador profundo la designara, merece llamarse religión de la medida. Las líneas y los números ocupan un término medio entre las realidades y las abstracciones. Por un lado pertenecen al espíritu como el tiempo que cuentan y como el espacio que limitan, mientras por otro lado pertenecen á la viva realidad, pues los cuerpos toman la forma esférica, recorren elipses y parábolas, componen álgebras, geometrías, aritmética, trazados de líneas,

suma de números, por modos más ó menos inconscientes. La línea y el número: he ahí los verdaderos dioses de la China. La cuenta y la medida: he ahí el verdadero culto. Lo universal resulta una suma en el Cosmos para los chinos. Y la unidad es adorada en la persona del emperador. Thián, la suma de todos los números y el punto generador de todas las líneas, representa los seres en el universo, mientras el emperador, la suma de todos los derechos, el promulgador de todas las leyes, representa todos los ciudadanos en la sociedad. Por eso el sublime Thián y el celestial emperador se corresponden. El cielo chino está completamente vacío. Aunque las almas se disipan y evaporan en él, no dejan por eso á los cuerpos, formando desde los senos de la muerte genios verdaderos en los organismos de la naturaleza. El cielo y la tierra no se hallan separados en su teología como los separamos nosotros; correspondense á una entre sí como se corresponden los horizontes y los lagos. La medida del universo está en Thián, y de la sociedad en el emperador. Uno y otro dan leyes, á las cuales todo debe ajustarse, y que por lo mismo toman el nombre de medidas en el doble lenguaje del estadista y del matemático. La línea casi es y no es al mismo tiempo. Una recta horizontal significa la afirmación y el uno, pero truncada la negación y el no. Igno-

rando los chinos cómo han tomado las líneas en su propia conciencia, dicen haberlas visto por vez primera sobre un caparazón de tortuga. Todo en ellos se regula por el número. La tierra tiene cuatro regiones y el centro, cuatro montañas y el centro, cuatro elementos y el centro. Todo está regulado por el círculo y en todo entra el número cinco. Así los colores fundamentales cinco; los sonidos fundamentales cinco, y cinco los cánones fundamentales. Por manera que cielos y tierra se hallan regidos según una especie de matemáticas en las cuales hay una conjunción misteriosa entre lo real y lo ideal, entre los pensamientos y los seres, entre las dos formas naturales del universo, entre las dos revelaciones eternas de Dios.

Tres religiones hay en China: religión de Lao-Tseu, religión de Confucio y religión de Budha. Un pueblo tan poco teológico proclamaba tres teologías juntamente, aplicándolas á todos, siquier no las creyeran en sus conciencias ni las practicaran en sus vidas. Por tal concepto de la religión dábase un caso bien original, que á la muerte de cualquier chino tres categorías diversas de sacerdotes, adscritos á tres cultos distintos, celebraban tres clases de funerales sobre un mismo cadáver. En los primeros tiempos de la religión de los chinos se contuvo en simple culto á las cosas creadas. Ado-

raron cielo y tierra, juzgándolos como una especie de matrimonio, cuyo amor engendra todos los seres. De tal sencilla religión materialista se pasó á una religión más metafísica, fundada en el principio de contradicción. Tal fué la religión de Lao-Tseu. Para este gran revelador el sér y no sér mutuamente se producen y mutuamente se completan. Las cosas todas son comprensibles por las sombras de sus opuestas. No habría hermosura sin fealdad, ni grande sin pequeño. Suprimid lo vacío y suprimiréis la plenitud. Suprimid la muerte y habréis suprimido la vida. El mundo viene del no sér, y se dilata en lo vacío. Por eso lo santo en tal reformador metafísico resulta la nada ó el no sér. La ley del humano proceder se contiene por completo en la inacción, y su moral se reduce á la indiferencia. Un hombre perfecto, en esta metafísica extraña, se tapará los oídos con una sordera incurable; bajará sobre sus ojos el telón de sus párpados, si no quiere arrancárselos para procurarse una ceguera irremisible; se castrará de su voluntad; extinguirá el resplandor de su inteligencia; tapiará todas sus percepciones para incomunicarse con todos los pensamientos y con todos los objetos; sellará sus labios como las piedras de los sepulcros, y así podrá esperar sin fatiga la muerte. El espacio infinito se parece á un cero en esta doctrina, la inmensidad á un

piélago sin límites, pero también sin agua, porque todo se halla circuido por lo vacío. El Sér Supremo se acerca en estos principios á la nada. Miráis, y no le veis, por incoloro; escucháis, y no le oís, por afono; palpáis, y no le sentís, por incórpóreo. De consiguiente, parecerse á él es como no parecerse á nada. Así en esta doctrina el cuerpo cae sobre la tierra y forma parte de sus átomos; el alma se disipa en los cielos y forma parte de su éter. Por consecuencia, bien puede asegurarse que su religión resulta, en último término, la religión del vacío, la religión del no ser, la religión del suicidio universal.

Hemos dado estas nociones sobre las fases diversas del espíritu religioso en China para llegar por ellas, y merced á ellas, hasta explicar todos los conceptos que de lo femenino tiene, y todo el aprecio que de la mujer hace un dogma semejante. Si así estima el sér, ¿cómo estimará su determinación en el hombre? La estimará en muy poco. Y si así estima la determinación del sér en los hombres ¿cómo estimará la determinación del sér en las mujeres? Estimarála mucho menos. Y, sin embargo, para los chinos todos los hombres superiores han de generarse por fuerza en virginales entrañas. Una virgen madre debe parirlos sin concurso alguno de varón. Así fué Confucio, así Lao-Tseu. En el diccio-

nario de las encarnaciones chinas terminantemente se dice que los hombres beatos y divinos recibían las denominaciones de generación celeste ó hijos del cielo á causa de haberlos engendrado sus madres por obra misteriosa de lo invisible. El carácter jeroglífico, mejor diré, figurativo de la doncella (*sing*), representa la virginidad y la generación. Unas madres de los hombres divinos engendran por virtud exclusiva del pensamiento, y otras por el soplo de un espíritu, quiénes al centelleo de un relámpago, quiénes al rayo de una estrella. Por consecuencia, la idea de la Virgen Madre es como auro-
ra que raya donde raya la primera luz del espíritu y alborea con el primer albor de la religión. Confucio desarrolla todas las ideas de sus predecesores y les da un verdadero sentido moral. Así el amor á la humanidad, el perfeccionamiento de sí mismo y de los demás, la perseverancia en seguir las vías rectas para llegar á los objetos santos constituyen su moral contenida en esta fórmula suprema, la cual se reduce á este supremo mandamiento: amad al prójimo como á vosotros mismos. Así Confucio mira solamente á la vida y á la perfección del hombre aquí en la vida. Distingue, más que su predecesor, al cuerpo del alma; pero lo distingue por convenir así á su moral humana é inmanente. Nada de sacerdotes en su doctrina, sabios. Nada de metafí-

cas en sus ideas, moral. Aquellos profundos ojos de su entendimiento no querrán ver allende lo mundano; reduciránse á señalar caminos derechos para la vida de un día por estos abruptos planetas nuestros. Como uno de sus discípulos cierto día le preguntara noticias de la muerte, respondióle con humildad: ¿cómo quieres que sepamos algo de la muerte, cuando apenas sabemos cosa ninguna de la vida? Tal fué la doctrina de Confucio.

Ninguna de las religiones mencionadas tuvo sacerdocio. Los conventos de hombres y mujeres que hay en China, débense á Budha y los budhistas. Esta religión provenía de los indios. Pero se diferenciaba tanto del brahmanismo politeísta como pudiera diferenciarse un judío monoteo del persa ó iranio pagano. El budhismo no era tanto la religión de Dios como la religión del alma. Su dogma capitalísimo y primero estaba reducido á la espiritualidad é inmortalidad del sér invisible que nos anima. Y después de haber proclamado estas dos ideas tan acordes con todo cuanto nosotros creemos, proclamaba la transmigración de las almas, ó séase, una especie de sucesivo paso desde uno á otros cuerpos en progresión ó retrogradación perpetua, según el mérito de sus acciones y de sus obras. Mas ¿para qué proclamaba el budhismo esta esencialidad y esta superior fuerza del alma humana? Para luégo murmu-

rar en sus oídos el suicidio. La suprema felicidad para Budha está en la nirvana, que quiere decir en último término tanto como la nada. Huyendo los hombres del dolor siempre, han de tener por fuerza una seguridad, la de que solamente hay dolor en la existencia y en la vida. El que no vive no padece. De aquí la fuga inconsciente que todos los seres toman desde las cumbres del sér y de la vida por necesidad hacia los abismos de la muerte. Extinguirse por completo, suicidarse, buscar la no existencia, dormir en la nada, por el aniquilamiento despeñarse hasta el no sér, llegar á un abismo y á un silencio mayores que todos los contenidos en el sepulcro: he ahí la verdadera religión; he ahí la verdadera moral. Creedlo, una doctrina de tal suerte contraria con el sér, una doctrina propagadora del suicidio, no podía, no, dar, ni al hombre ni á la mujer aquella dignidad indispensable para que sea el alma humana un resumen del alma universal y para que la dignidad humana, tanto en el hombre como en la mujer, se alce á sus esenciales derechos. Libros que se llaman á sí mismos vehículos, para con mas ó menos precipitación ir al no sér, no podían dar leyes de vida muy aceptables y sabias. Budha sólo piensa en transportar los seres del Océano de dolores donde han caído á la nirvana, ó sea, desde la vida con todas sus manifestacio-

nes á la muerte, y á la muerte completa y eterna. Subir, pensar, estaxiarse por medio de la idea en los arquetipos eternos, conocer la santa verdad y de la santa verdad virgen y madre sacar el bien para esparcirlo en todos los mundos y avivar en su esencia todos los seres: he ahí la ley moral verdadera, por lo mismo que se halla tan apartada y distante del suicidio prescrito en las religiones chinas como supremo fin de nuestra existencia.

No entra en el plan este nuestro la idea de apreciar en sí tales religiones, pero debemos realmente apreciarlas en sus consecuencias y ver cómo trascienden á la vida. Desde luego la mucha importancia dada en ellas al número y á la medida concluye por hacer de los hombres más espontáneos y más libres figuras puramente mecánicas. Esta unidad material, que todo lo domina y de la que todas las leyes provienen á una, encárnase para los chinos en sér intermediario entre la tierra y el cielo, á quien dan ó entregan la custodia de todo el territorio, con el cuidado de todas sus gentes, por lo cual ha de alcanzar por fuerza una especie de poder sobrehumano. Así poca ó ninguna iniciativa individual en ellos. Trabajadores cual ningún otro pueblo, se uniforman como los soldados; obedecen á una consigna superior, como los siervos; hacen siempre lo mismo, y cuando se quiere alte-

rar su habitual proceder y su vida ordinaria, resítese, abrazados á la rutina, como se abraza el animal al instinto. La nirvana, ó sea el aniquilamiento suicida, no devora tanto los cuerpos como las almas. El instinto de conservación salva siempre, por regla general, nuestra vida; pero ese instinto no sube hasta las eminencias del espíritu. Así pocos deseos, escasa curiosidad, ambición casi nula, renunciás á los combates de la vida, horror á los cambios bruscos de fortuna, poco espíritu militar, apego al terruño, vida vegetal más que animada, escasísima individualidad, mucha sujeción á las leyes externas, mucha obediencia. El inmenso imperio parece una sola familia, y el patriarcado prehistórico lo dirige y lo guía. Obedecer á toda costa, subordinarse á un extraño, colocar sobre sí poderosa y grande autoridad: he ahí todo cuanto desean los chinos. El amigo se somete al amigo, como el vasallo al emperador. Nuestra independencia personal no se conoce allí. El individuo no cuenta para nada, cuenta la familia. Las grandes acciones entre los chinos jamás ennoblecen á sus descendientes como entre nosotros, ennoblecen á sus predecesores. El crimen allí de un padre no deshonorará de ningún modo á sus hijos vivos; deshonorará siempre á sus abuelos muertos. Existen ciertas costumbres, apenas comprensibles por nosotros, y que les

dan un carácter de originalidad extravagante. Así como en las sociedades europeas hay la sustitución militar, hay en China la sustitución criminal. Un rico, á la última pena condenado, puede comprar un pobre, que, por dinero, se coloca en su situación y lo descabezan.

Realmente las teorías metafísicas y religiosas influyen mucho sobre la vida moral. Un pueblo que oye todos los días encarecer los placeres de la nada, forzosamente ha de pugnar por volver á la nada. El pueblo chino es esencialmente suicida. Los protervos, que mercadean horriblemente con esta carne humana, ponen solícitos en sus cálculos egoístas las probabilidades ó certidumbres de irremediabiles suicidios. ¡Cuántas veces un propietario de tales siervos se ha levantado por la mañana y ha visto sus chinos todos pendientes de los árboles, donde se han colgado, después de inmolar á sus capataces blancos, sin mover el más leve ruido! Los muertos encuentran en esta raza un culto verdaderamente religioso. Las familias más pobres guardan los nombres de sus antepasados, y con los nombres los hechos en tablillas, mediante las cuales conocen su genealogía natural y toda la historia de los suyos. Duran los duelos años y años. Y es piadosa costumbre tener por lo menos el cadáver de un padre diecisiete meses al lado, cuidándolo como si, en

vez de muerto, sólo estuviera enfermo. Al entrar en una casa, el mueble mejor con que topáis es el ataúd, apercebido y preparado de larga fecha para recibir y encerrar al jefe de la familia. Hijo hay que se vende por esclavo tan sólo para comprar un rico ataúd á su padre. De aquí muchas otras costumbres, como esa propensión al infanticidio, verdaderamente criminal. Deshácese los padres con la mayor facilidad en toda China de sus pequeñuelos cuando le resultan demasiado gravosos, coonestando tal proceder con su miseria y con la imposibilidad completa de sustentarlos. Algunos los exponen y los dejan á merced y arbitrio del acaso, pero muchos otros los matan. ¡Cuántas veces cogen al reciénnacido y lo sumergen dentro de un cubo ahogándolo en su agua! El padre, que no puede materialmente dotar á sus hijas, difícilmente conforme con la idea de las miserias y de las desgracias que van anejas á la falta segura de un buen matrimonio, las matan, creyéndose á sí mismos mucho mejores por razón de tal sacrificio que si las guardaran vivas en la exposición de un seguro deshonor y de una irremediable miseria. Así todos los viajeros notan cómo supera en la China el número de hombres al número de mujeres. Una parte de éstas perece al nacer por mandato de sus padres, los cuales se creen allá en sus supersticiones con

derecho á darles muerte porque antes les dieran vida. Y eso que tienen una salida segura, la venta. En casi toda China, el servicio está en manos de mujeres. Y las mujeres que sirven están en condición de esclavas.

La familia china se instituyó tres mil cuatrocientos sesenta y un años antes de Jesucristo, y fué su autor Fou-hi, quien instituyó el matrimonio, combatiendo así la poligamia como la poliandria, es decir, la terrible promiscuidad, imperante por costumbre allá en edades prehistóricas. Pero también se dice que había entre los chinos una institución, muy propia de su originalidad y extravagancia, llamada el matriarcado. Con decir su nombre se dice también la naturaleza de tal institución, que significa jefatura del sexo femenino en las familias. Antes de Fou-hi, dicen las antiguas historias chinas, los hombres conocían á sus madres, pero desconocían á sus padres por completo. Esta revelación indica bien claramente la diferencia entre los tiempos que tenían una familia constituída y los tiempos en que los hombres se hallaban tan bajo por las gradas del mundo animal, que admitían para la difusión de su especie hábitos propios de las especies inferiores. Al constituir el Imperio la familia, constituyóla sobre bases imperiales; y como en estas bases no podía entrar de manera ninguna la igual-

dad, quedó la mujer sujeta de suyo al hombre, cual quedó el hombre sujeto de suyo al emperador. Los proverbios chinos declaraban que así como la hembra del ave suele volar con su macho, la hembra del hombre debe vivir inseparablemente con su marido. No le queda en esta dura ley al sexo débil ningún recurso, ni las instituciones ni las magistraturas lo defienden. El esposo puede proceder como quiera con su esposa. Y si procede mal, ésta debe dirigirse al cielo, invocar á los espíritus, refugiarse allá en sus capillas y en sus santuarios, hacer ofrendas, colocar exvotos, recurrir á sacrificios y librarlo todo en manos de la diosa misericordia, porque las leyes no tienen fórmulas en su favor y la sociedad entrañas para ella desde la hora en que la entrega por casamiento á merced y arbitrio del marido. En los símbolos chinos, la mujer está representada por una teja y por un ladrillo, á causa de que á un ladrillo todo el mundo lo pisa y de que una teja se halla expuesta por completo á las injurias de los elementos. Si el hombre piensa, la esposa debe ser afirmación de su pensamiento; si cree, áncora de su fe; si habla, eco de su palabra; si anda, sombra de su cuerpo; si reza, repetición de sus oraciones, y hasta si muere, muerta, porque, no existiendo aquellas hogueras en las cuales solían las viudas indias desaparecer abrasadas, existen

otros muchos medios de seguir hasta más allá del sepulcro, y en los senos de la eternidad, á su marido, emperador y dios en las costumbres chinas. /

Todos sabemos que sus costumbres impiden á las chinas el salir de casa y el comunicarse frecuentemente, no sólo con la sociedad exterior, sino con el mundo exterior también. Por todo cuanto nosotros tenemos de orientales, guardamos frases y modos de decir cual este que sigue: «la mujer honrada, la pierna quebrada y en casa.» Así los chinos, para cumplir mejor con la supersticiosa creencia de que la mujer no puede á sí guardarse y necesita estar guardada por grande vigilancia, que oponga obstáculos materiales á su libertad, mutilan sus piés hasta reducirlas á triste inmovilidad, aunque sirvan oficios los cuales necesiten ó pidan agitación y movimiento. Lirio de oro llaman á las extremidades inferiores así mutiladas los que se dejan tiranizar en los pueblos orientales por la costumbre, cosa no extraña ciertamente para los tiranizados hoy mismo por la moda en los pueblos modernos. A la edad de seis años las pobres niñas ven el desarrollo de sus piés enteramente suspendido por ligaduras que los aprietan de un modo extraordinario y que los disponen á manera de arco, estropeándolos y reduciéndolos á una terrible atrofia, mediante la cual ni pueden caminar rápi-

damente, ni estar de pie, ni sostener ningún peso, ni entregarse á ningún trabajo, teniendo que servirse de los brazos como de un balancín para no caerse, y que sacudir su cuerpo en bruscos y contrarios movimientos que le dan aire de ave más ó menos herida cuyas alas se arrastran por el suelo, y de vela más ó menos agitada por el viento. Dígase lo que se quiera por los apologistas, que hoy el pueblo chino encuentra en todas las literaturas europeas, aquejadas por extravagantes retrogradaciones á lo pasado, si bien es cierto que la mujer toma parte muy activa en los oficios familiares hasta el punto de no emprenderse trabajos manuales sin su concurso ni celebrarse ceremonias religiosas sin su cooparticipación, la inferioridad respecto del hombre por tal manera se patentiza, que vive y muere la infeliz en perpetua tutela, no asentándose á la mesa nunca jamás en los días solemnes y en las fiestas mayores, no mostrándose al huésped y al extraño, encerrada, como un instrumento de trabajo, en los almacenes, ó como un ave canora en las jaulas, en aquella parte del hogar que le pertenece, la más apartada y recóndita, más bien cárcel que verdadero santuario.

Imaginaos la sociedad china muy uniforme con su naturaleza. Como quiera que la población sea numerosísima, el cultivo está en grande valimiento,

y por todas partes que volváis los ojos descubris tierra cultivada. No hay un manantial ni una fuente que no se vea matemáticamente dirigida por aquellos extraordinarios ingenieros al riego y á la fecundación. El agua, como el aire, pertenece á todos, y así, mancomunadamente, por todos se aprovechan. ¡Parece imposible! Aunque los ríos se dirijan en todas direcciones por las arterias de los canales y por las venas de los riegos, el chino posee norias y máquinas hidráulicas á la puerta de su casa que le procuren agua. Y es tan cierto esto, los hemos en tal manera unido con la humedad del suelo y con la extensión del agua, que no podemos separarlos de sus barcas, y donde quiera que los veamos, ya en las ricas porcelanas puestas en los aparadores, ya en los biombos de nuestras puertas, los vemos como con sus borceguíes negros y sus trenzas largas, con sus barquichuelos aparejados, á manera de los órganos puestos por naturaleza en las aves acuáticas ó en los peces mismos. Del agua se alimentan los bambúes indispensables á sus habitaciones; en el agua crecen los arroces indispensables á su nutrición; del agua se aroman sus tés, que os perfuman el aliento y os dan fuerzas digestivas. Por eso, cuando veis un paisaje chino, tenéis que ver precisamente canales, acequias, norias, las altas torres de varios cuerpos, áureas y rojas, cu-

biertas todas de campanillas, que suenan armoniosamente, y las habitaciones en formas circulares ó triangulares, hechas de bambúes y sostenidas por troncos deformes ó por extraordinarias y colosales raíces. No puede, no, la imaginación separarse de tal teatro, que, si bien parezca convencional en los relatos europeos, está mucho más cortado en la realidad viviente de lo que á primera vista creeríamos, y nos da idea muy justa y muy exacta de aquel extraño pueblo, que forma una muy considerable parte de la humanidad, y que, á pesar de haberse metido en sí, como la tortuga en su concha, erigiendo una muralla que lo aislase del mundo, ha sido puesto en examen con gran prolijidad y examinado profundamente por la cultura europea, solicitada unas veces por la injusticia del vejamen excesivo y otras veces por la injusticia del excesivo loor.

Hay en China institución muy peculiar de aquel pueblo, que presta indudable vigor á su familia. Esta institución se llama el culto á los progenitores y constituye, con una teología, una liturgia. Si ahondando en el origen de las ideas vemos desde luégo el fetichismo, esa especie de adhesión intelectual y moral á un ídolo, en cuyo seno apenas algo superior á su cuerpo y á su materialidad se descubre; si al fetichismo se le puede llamar como

término primero en la evolución religiosa, debe llamársele al animismo el término segundo. Así como entendemos por fetichismo una especie de culto material á los ídolos siempre corpóreos, entendemos por animismo el culto espiritual á las almas desprendidas del cuerpo y colocadas por la viva fe allá en mundos invisibles. Apenas el hombre concibe la idea de un sér superior cuando une á esta idea otra que le parece correlativa con ella, la inmortalidad y perennidad sacras de su íntimo sér interior. Lo mismo el celta en los primitivos tiempos de la historia europea que el indio americano invenido tan tarde, lo mismo uno que otro, á pesar de hallarse tan separados en el tiempo y en el espacio, sobre los dolmenes tintos en sangre y sobre los ídolos adorados con tan excesivas supersticiones, oyen la voz de sus padres muertos en el susurro de los follajes y en el bramido de los vientos. Y si esto es verdad certificada por la historia de todos los pueblos primitivos, también es verdad que ninguno llegó á constituir un culto á sus abuelos como el culto imaginado por los chinos. Penetrad en cualquiera de aquellas habitaciones, y después de haberlas visto, quedará siempre un lugar apartado, un sitio recóndito, un santuario donde se guarda para todos los que componen la familia cierto vínculo espiritual que une los vivos con los muertos. Y

este vínculo espiritual, bien examinado, resulta la especie de mostrador conocido con el nombre de altar, donde cuelgan, ora en tablillas de madera oliente, ora en hojas de litúrgico árbol, el nombre de los predecesores, con la indicación, así de su nacimiento como de su muerte, y el resumen y compendio de los hechos que han acometido en su vida y que forman como el tejido maravilloso de su historia. Por esta especie de institución verdaderamente singular, cada chino sabe todo cuanto los suyos hicieron en la vida, y su propio sér no se reduce á lo presente, como el sér de los animales, sino que sube á lo pasado y entra por una especie de maravillosa recordación, guardada en fórmulas que todos aprenden de memoria, dentro de un hogar convertido así en cementerio de los cuerpos y cielo de las almas, que funda y establece á perpetuidad íntimas y saludables comunicaciones entre aquellos que se han ido del mundo y aquellos que al mundo volverán.

No puede negarse que la concepción de la Virgen Madre, adorada por los indios, presta un gran carácter á la mujer aria; y no puede negarse que la concepción del culto de los progenitores presta un gran carácter á la familia china. Todos esos tipos de mujer encontrados en los recuerdos indios, lo mismo en su poesía épica que en su poesía dramá-

tica, todos se deben á la trascendental idea contenida en la estirpe y jerarquía de sus diosas, las cuales llevan como una especie de llama en sus frentes, que irradian calor espiritual, y con el calor espiritual dan vida indudable á ciertos prototipos extraordinarios de mujeres. Pues bien; dos instituciones de China, la una general ó política, la otra particular ó doméstica, sirven para explicarnos el culto de los chinos á la tradición y á la costumbre. La una institución es el tribunal de los historiadores, que desempeña una especie de ministerio judicial y desempeña una especie de juicio para decretar coronas ó anatemas á los muertos. Y la otra institución es aquesta, el culto á los antepasados, en la cual vemos persistir y perdurar por siglos de siglos vinculado en las generaciones, que anima y sostiene con su virtud el espíritu inmortal de una familia. Dentro del hogar chino, los difuntos y los vivos confunden tanto sus creencias como su historia, y las generaciones subsiguientes quieren perpetuar á las generaciones pasadas, confundiéndose así unas y otras en comunión espiritual y corporal, que habrá de operar sobre todas las ideas y habrá de trascender á todos los tiempos. Indudablemente la permanencia de los afectos, el culto á los recuerdos, las grandes aspiraciones á lo porvenir, el amor á lo ideal, constituyen la superioridad evidente del

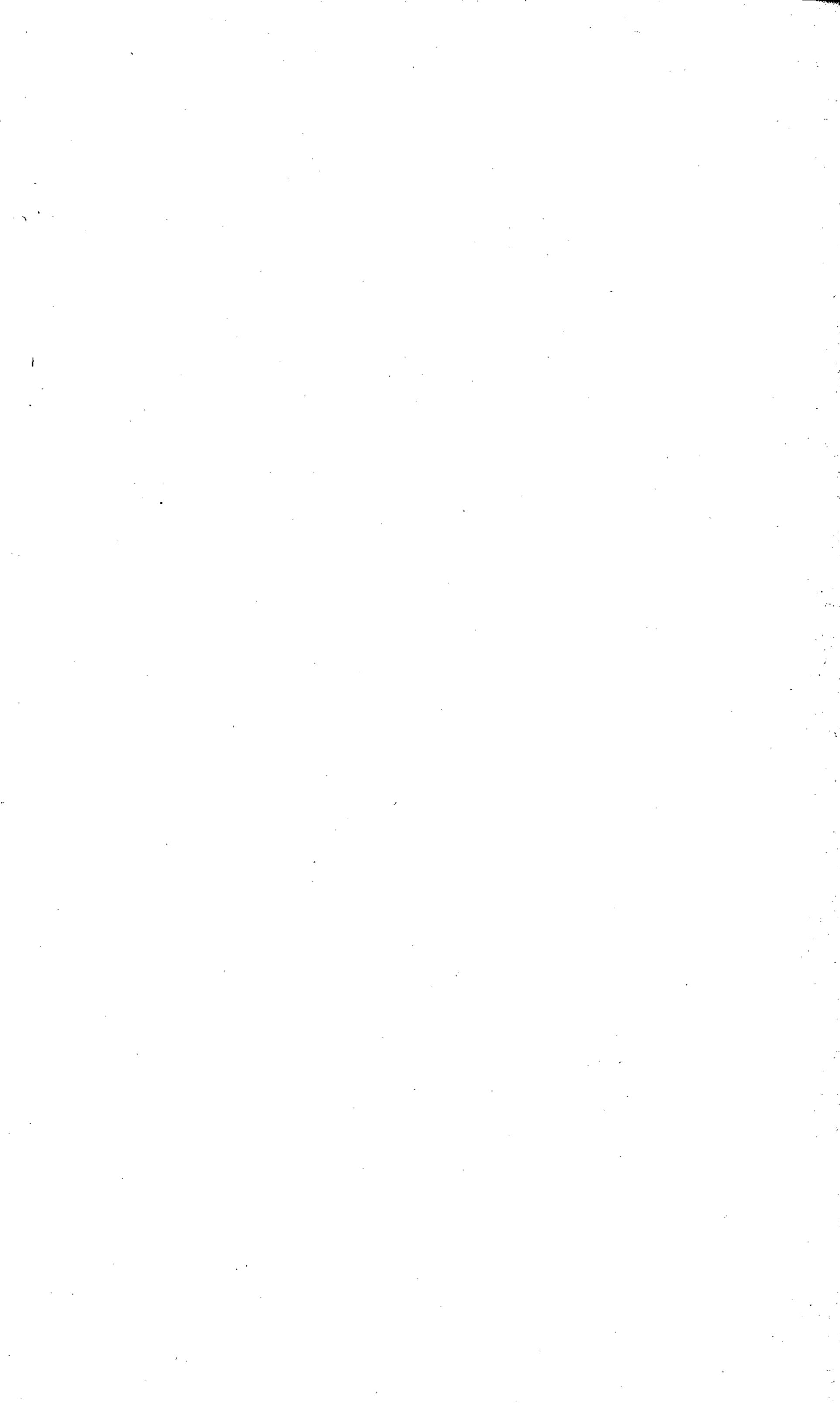
hombre sobre las especies inferiores. Y una familia que se asocia con tanta espiritualidad á las generaciones muertas, recibiendo de todas ellas, no meros auxilios materiales, sino la inmaterial asistencia de sus ideas y de sus recuerdos, tiene por fuerza una virtualidad que no podríamos reconocer en familias desligadas de lo pasado y reducidas á vivir la vida de un día en lo presente. Donde quiera que se hallen instituciones así, aunque no hayan producido todos los efectos que podrían esperarse de su virtualidad intrínseca, debemos alabarlas, pues ignoramos qué hubieran sido en el tiempo y en el espacio los pueblos á quienes sirvieran de no haberlas alguna vez tenido.

Así es que la mujer cuyo nombre colocamos al frente de todas estas consideraciones acerca de las mujeres chinas, ha tenido, en verdad, otros ejemplares en aquella historia. No es poco notable la mujer en torno de la cual aquella fantasía del pueblo ha urdido la leyenda tradicional del nacimiento de Confucio. Yenché se llama esta mujer, hija menor de un altísimo jefe, casada con mandarín muy entrado en edad y llena por el cielo con la plenitud de todos los dones imaginables. Por su matrimonio con un viejo creyó no tener descendencia. Y, sin embargo, misteriosos avisos, engendrados por sobrenaturales presentimientos, le decían cómo ha-

bíanla destinado los cielos á engendrar un sér supremo. En efecto, después de mucho aguardar, como viera que no aparecía en sus entrañas el deseado, emprendió piadosa peregrinación á monte sacratísimo, y tras esta peregrinación sintióse madre. Durante su embarazo, visitóla varias veces el *ki-liu*, cuadrúpedo sobrenatural y maravilloso, conocido en China por nuncio de buenos augurios. Este cuadrúpedo llevaba una piedra preciosa en los dientes, de tal modo apretados, que nadie podía quitársela. Intentáronlo así una y otra vez los domésticos de Yenche y no pudieron conseguirlo. Pero en cuanto la joven embarazada se dirigió á él, depositó en sus manos la piedra finísima, desapareciendo como quien cumple un cometido misterioso y oye un mandato celestial. En efecto, recogida la piedra de aquella boca, leyóse una inscripción que decía: «tendrás un hijo, puro como el cristal, y le verás de ilustre dominador sin tener en el mundo ningún dominio.» En efecto, la joven se dirigió á su padre y le dijo cómo sentía en su seno las palpitations de un sér tan extraordinario, que, sin llevar corona ni tener reino material ninguno, dominaría sobre las almas. Y, en efecto, á los nueve meses nació Confucio, no monarca ciertamente, simple ciudadano, el cual, por haber sabido con sobrehumano acierto dictar leyes morales á su pue-

blo, alcanzó un culto que dura veinticinco siglos y que lo coloca entre las más altas eminencias del humano linaje. Invocamos la historia de tal mujer para que pueda verse cómo los chinos jamás creyeron que nacieran grandes hombres si no los engendraban puras y cuasi divinas mujeres.





SEMÍRAMIS

Entramos en Caldea. Dios fué revelado por los hebreos á la historia; el hombre por los indios; el cielo por los caldeos. Estos oasis perdidos en los grandes arenales del Asia y alimentados por las aguas del Tigris y del Éufrates, parecen como un Egipto alzado en el más viejo, y más histórico, y más hierático de todos los continentes. Y así como el Egipto nos ha revelado el sepulcro y la muerte, nos ha revelado Caldea lo que hay allende nuestro sepulcro, el cielo y su perenne luz. Imposible imaginarnos en estos climas templadísimos nuestros lo que vale salir de un desolado y triste desierto, donde no brota una flor ni se da un solo fruto, abrazados por el sol, perseguidos por los animales feroces, expuestos á las tormentas súbitas, después de haber pisado el suelo encendido que rechaza vuestras plantas y haber llevado sobre la cabeza un

horizonte tal como plancha enrojecida, y entrar en el seno de grata tierra, bajo los ramajes propicios de los altos palmerales, en jardines donde todo el terruño huele y todo el aire canta, con los frutos más ricos á los alcances de vuestra mano y entre las mansas alimañas que os constituyen para vuestro alimento y recreo numerosos rebaños, múltiples atractivos aumentados por los contrastes que atraen allí las razas, y después de atraerlas con sus reclamos las fijan, y después de fijarlas hácenlas propias y aptas para una civilización superior, la cual, á modo y manera de planta, se aviva y se nutre con felicidad en tan pródidas humedades. Las altiplanicies del Irán piden al cielo lejano y al monte vecino sus aguas, y forman como una especie de territorio, desde donde invisiblemente se filtran aquéllas y buscan hacia abajo, fluyendo y deslizándose las orillas del mar. La Mesopotamia se parece al estanque de Asia, que retiene las aguas pródidas para esparcirlas en todas direcciones y regar terrenos abrasados. Los habitantes de aquellas montañas turanias, que han producido en sus laderas tantos pueblos, debían sentirse llamados por una vocación sobrenatural á dejar sus áridos pedregales é ir adonde una voz traída por los vientos les prometía pan y abundancia. Lo mismo pasaba con los montañeses del Tauro. Por consecuencia, triples

vertientes inclinadas desde las mesetas centrales del Asia interior al golfo pérsico, así como reunían los caudales de aguas en las cuencas del Tigris y del Éufrates, debían reunir las familias de razas y de pueblos en las riberas de ambos ríos, constituyendo naciones que han ornado el espacio, y han concentrado durante siglos la vida superior humana, y han contribuído luégo á la vida universal de todos.

Los contrastes entre los desiertos y los ríos en África y en Asia explican muchos secretos de la historia y señalan muchos derroteros al movimiento y camino de las razas. Nosotros no tenemos que ir muy lejos para ver y explicar esto. Comparad la despoblación de una meseta de la Mancha con la población de Valencia. El territorio manchego fluye una gran parte del agua con que se riega el territorio valenciano. Pero como el agua va escasa y honda por esta planicie, sin los abundantísimos caudales allegados, al avvicinarse á la mar no puede servir como sirve luégo, más abajo, en las florestas de Játiva, Carcagente y Alcira, á población feliz y numerosa. El Júcar valenciano podrá explicaros la grande atracción ejercida por el Tigris y por el Éufrates sobre los habitantes del Irán y sobre los montañeses del Tauro. ¡Qué diferencia entre un camino de arena y un camino de agua! ¡Cómo en aquél por todas partes se tropieza

con dificultades y en este último todo es facilidad y contento! ¡Cuán tarda la caravana en el arenal abrasador y cuán rápida la barca en el agua corriente! ¡Cómo el camello, y el avestruz, y el elefante, los barcos del desierto, concluyen por fatigar á los más habituados al movimiento, mientras la barquilla corre al impulso del agua y desciende al desemboque del río sin esfuerzo, permitiendo los esparcimientos del alma y dando tiempo y lugar para que las operaciones del trabajo intelectual se unan con las operaciones del trabajo material! Por reflexiones como estas se comprende que la posesión de las líneas fluviales haya sido el gran incentivo para los viajes en el período nómada de la historia y el gran incentivo para la conquista en el período guerrero. Los más pacíficos se arraigaban en sus orillas como los grandes palmerales, y los más arriesgados se dejaban conducir por sus corrientes en pos de cielos y de territorios nuevos. Así una explicación bien sencilla y natural á las peregrinaciones y á los encuentros de las razas varias en las orillas del Tigris y del Éufrates bajo los cielos de la Caldea. Por un lado, estos ríos facilitaban el paso al Mediterráneo europeo, y por otro lado el paso al golfo pérsico. De consiguiente, aquí debían encontrarse arios y semitas; aquí debían reunirse, para formar una civilización supe-

rior, razas que parecían desde su nacimiento contrarias y enemigas.

La Caldea es como el centro verdaderamente homogéneo de donde sale la heterogeneidad de tantas razas diversas. Todas tocan por algún lado al seno suyo. En las mesetas del Irán se han criado los arios, que luégo poblaran las orillas del Ganges y del Indo, los arios, denominados también iranios. De Caldea sale Abraham para ser como la raíz de todas las razas semitas. Del caldeo se derivan tarde ó temprano el medo y el persa. Con las raíces del pueblo caldeo se juntan las raíces del pueblo egipcio. Esos símbolos chinos, que parecen completamente aparte del movimiento general humano, se asemejan á los símbolos ó signos cuneiformes grabados en los ladrillos asirios. Del cielo de Caldea descenden las primeras revelaciones astronómicas. En las tierras de Caldea surgen los poemas cosmogónicos. De las aguas de Caldea se alzan y evaporan todas las tradiciones relativas al diluvio universal. Aquellos cuarenta días de lluvia que anegan todos los territorios hasta levantarse siete codos sobre los montes más altos, y aquella arca de Noé derivanse de los libros caldeos, cuyo lenguaje reproducen los libros santos. Y lo que decimos del diluvio también lo decimos del edén. Todas las tradiciones han convenido en colocar el Paraíso terrenal habi-

tado por nuestros padres en el sitio donde se acercan al mar el Tigris y el Éufrates. Naturalmente, las emanaciones marinas, mezcladas con la evaporación de los ríos, bajo aquel cielo tan claro y sobre aquella tierra tan pródiga, debían dar faunas y flores que apareciesen á los ojos de la humanidad como exentas de todo mal y revestidas de una inocencia en armonía con la vegetación de aquellos campos y con las estrellas de aquellos horizontes. Lo cierto es que todos conservamos en la memoria el Paraíso perdido como un lejano recuerdo generador de una verdadera nostalgia, y que todos convenimos en colocarlo allí donde las flores alzan sus corolas desafiando el aliento asolador de los desiertos y donde las estrellas dibujadas en el espejo de las aguas parecen referir misterios de lo infinito y alumbrar las vías triunfales del humano progreso. La gran extensión territorial, por un lado limitada con las mesetas iránias, y por otro lado limitada con el golfo pérsico, al beso de su sol y á la fecundidad maravillosa de sus aguas, se presenta en la idea humana como el espacio apropiado á poner en ella el sitio de nuestra inocencia y el recuerdo de nuestro Paraíso. Aunque no hubiera otros prestigios, bastaría con seguridad éste para que nosotros intentáramos estudiar en uno de sus personajes más célebres cómo se ha dado el tipo de la

mujer histórica en aquellos espacios tan maravillosos.

Como quiera que Caldea se relaciona tanto con los conceptos cosmológicos al género humano comunes, imposible hablar de su geografía y de su historia sin hablar al mismo tiempo de aquello que constituye su carácter esencialísimo, sin hablar al mismo tiempo de su cosmogonía. Beroso, adscrito al templo de Belo, habíala conservado en una obra, perdida casi, cuyos fragmentos se han reunido por citas más ó menos fieles de autores conservados en la memoria humana. Según esta cosmología, durante muchos siglos, en las alturas sólo hubo tinieblas y en los abismos aguas. Pero los abismos y las alturas comenzaron á sentirse mutuamente atraídos por el amor, y en este amor á engendrar seres semirreales y semifantásticos, esbozos de las creaciones futuras, ensueños de la incipiente vida. Las alas, privativas hoy de unas especies, uniánse á los cuernos privativos de otras. Las garras, que parecen adheridas á las aves carniceras, se mezclaban con las colas abigarradísimas de los pavones, como los pechos de mujer con el vientre de los pescados. Tenían muchos hombres sus cabezas terminadas por testuces de toro y su hendido pie de cabra. Los reptiles volaban por los aires y las aves se sumergían en los Océanos. De pronto pa-

saba un caballo con guedeja y un león, á su vez, con pezuña. El unicornio tenía de los mamíferos, de los insectos, de los reptiles, de los peces y de las aves algo. Nadaba el hipocentauro por las aguas, y corría por los arenales, y volaba por los cielos. Las transformaciones no estaban reducidas, como las de hoy, á unos solos animales, que se truecan de larvas en gusanos y de gusanos en mariposas; cambiábanse los organismos como se cambian ahora las armaduras, y se vestían y se desvestían las formas todos los seres en una especie de universal metamorfosis, como ahora nos vestimos y nos desvestimos los trajes. Diríase la creación el estudio, bien de un pintor, ó bien de un escultor, de un artista plástico, donde junto á un esbozo medio comenzado hay un cuadro concluído; en el caballete cartones borrosísimos y en los tableros cabezas, y troncos, y miembros desligados de sus cuerpos respectivos; por el suelo alfombras y tapices multicolores; aquí una piedra donde se muelen iris, y allí una paleta donde se juntan matices; el traje vistoso por un lado y el esqueleto mondadísimo por otro; junto á un vaso de flores un montón de huesos; el modelo viviente y el maniquí recién vestido; todos los elementos necesarios para esas esferas superiores del arte, donde comienza otro universo espiritual muy superior á este bajo

y grosero en que nosotros habitamos confundidos con las especies inferiores. Tal era la cosmogonía del Beroso.

Reinaba sobre todo aquel caos una mujer. Esta superioridad concedida en la creación al bello sexo nos da como la clave del matriarcado propio á los tiempos primitivos. Una mujer era la mar llamada Thalatha, y una mujer la luna llamada Selene. Cuando la creación se hallaba en este período crítico y creador de las transformaciones sucesivas, apareció Belo, armado con larguísima espada, y cortó en dos grandes pedazos á la mujer primitiva. De una mitad sobrevino la tierra y de la otra mitad sobrevino el cielo. Entonces el período anterior acabó. Y vino la desaparición total de las especies anteriores, del todo ya extintas.

Aquellos hijos de la noche no pudieron soportar la luz y desaparecieron. Parecían aves nocturnas sorprendidas en sus cavernas de perdurables noches por un vivificador rayo de sol. Quedó, pues, la creación desprovista de seres orgánicos. Los árboles crecían y á nadie prestaban sombra. Olían las flores y no eran recogidas sus partículas por ningún olfato. Las frutas destilaban sus mieles, que se perdían tristemente. Aquello era un hogar sin dueño y un templo sin Dios. Belo quería poblarlo, henchirlo. Y para cumplir tal fin necesitaba un gran

sacrificio, pues sabida es la eficaz virtud que daban todos los antiguos, y entre los antiguos los asiáticos, al sacrificio. Mas Belo no quiso, no, sacrificar á nadie, y se ofreció él mismo en holocausto. Pidió á un dios que le cortara la cabeza, y en la sangre vertida con su completa separación del tronco empapó la tierra. Bien pronto sintióse fecunda ésta. El hombre, disgregado en lo posible del animal, surgió como una gran estatua sobre su peculiar ara. En la frente del hombre resplandeció el cielo de nuestro espíritu. Y sobre aquel cielo de nuestro espíritu brilló la humana inteligencia. Esta inteligencia se llenó de ideas casi al mismo tiempo que se llenaba el cielo de astros. Los hombres produjeron otros hombres y se mezclaron las razas. Tal mezcla trajo consigo muchos vicios y tales vicios muchos castigos. La nueva creación se vió entonces empujada con furor atrás y produciendo seres indicativos de fuertes reacciones hacia las edades anteriores. Una especie de monstruo, como los acabados al rayo de la luz, vino con cola de pescado y cabeza de mujer, anfibio, que pasaba sus días en la tierra y sus noches en la mar. Hubo en tal estado sus patriarcas, y estos patriarcas vivieron de un modo análogo á los bíblicos. La carne se corrompió como en las edades patriarcales bíblicas, y el Noé caldeo pasó por un diluvio idéntico al del Noé

sagrado y se salvó por los mismos procedimientos y con idénticos medios.

El arca del Noé caldeo se detuvo en el mismo sitio que se detiene para nosotros el arca del Noé bíblico, se detuvo en las cordilleras de Armenia y en el monte Ararat. Los hombres salvados del diluvio bajaron á las orillas del Éufrates y constituyeron aquellas sociedades primeras, especies de tribus primitivas, á las orillas del Tigris y del Éufrates. En cuanto estas tribus se relacionaron entre sí, constituyendo una grande sociedad, vino el imperio, y este imperio se personificó en diversas y sucesivas dinastías. Por la sucesión de tales distancias descúbrese la sucesión de los tiempos caldeos. Párecense á esas zonas de terrenos, de las cuales inducen los geólogos la historia de nuestro planeta. Más de dos mil años antes que Cristo viniese al mundo reinaba ya una dinastía meda en Caldea; tras la dinastía meda vino una dinastía turania; tras la dinastía turania una dinastía caldea; tras la dinastía caldea una dinastía semítica; tras la dinastía semítica una dinastía puramente asiria, y estas dinastías se detuvieron al advenimiento de Phul, á quien sucedió Sardanápalo setecientos años antes de la venida de Cristo. Beroso dice que todas estas dinastías contaron treinta y cuatro mil años de duración; pero mi amigo, el gran Oppert,

uno de los primeros reveladeros de Caldea en nuestro siglo, reduce toda esta cifra increíble á otra mucho menor que no llega de ningún modo á dos mil quinientos años. Por todo cuanto acabamos ahora mismo de indicar, descúbrese bien claramente cómo la tierra ésta es una tierra esencialmente sintética. Hemos visto pueblos reclusos en sus desiertos y en sus dogmas como el pueblo hebreo; hemos visto pueblos componiendo una gran familia con caracteres idénticos y con los mismos dioses desde las cumbres del Himalaya, ese monte sublime, hasta la desembocadura del Indo y del Ganges; hemos visto un pueblo aparte, tras su altísima muralla, aislado, como el pueblo chino, cada cual con su respectiva índole y con su respectiva denominación; pero ninguno alcanza el carácter sintético de Caldea, colocada en el cruce de tantos caminos, compuesta por la mezcla de tantas razas, vecina de Armenia y del Caspio por un lado, y vecina del mar Mediterráneo y del Tauro por otro, llamada por la confluencia de sus dos grandes ríos á ejercer su soberano influjo sobre los senos del Océano pérsico, y que podrá detener así, bajo la sombra de sus jardines y al pie de sus esfinges, las caravanas del desierto y las escuadras del mar.

Nínive y Babilonia representan el comercio facilitado y sostenido por la conquista. Mientras tama-

ña función social estuvo reducida de suyo á los cambios sencillos que permitía la vida nómada, no necesitó el auxilio de los ejércitos; bastábale aquel báculo de patriarca semejante á un cetro y aquellas armas defensivas de los jóvenes peregrinos para comandarse y defenderse como tribu mercantil errante. Pero así que la vida comercial se dilatara, pasando á los caudalosos ríos y á los inmensos mares, pidió primero un depósito en las encrucijadas mayores de sus caminos y después un ejército resuelto á romper por todo, abriendo plazas al comercio, y una vez abiertas, más resuelto aún á defenderlas contra la sumisión forzosa que las niega, contra la rivalidad que las ofende, contra la competencia que las ataca, contra la sublevación que las saltea, contra la conquista que las rinde y somete.

Allá, por los tiempos primitivos, creíase muy de veras mejor, mucho mejor, guardar que vender. Para conseguir amplios mercados necesitábase llamar á ellos con la espada y convertir los cambiantes de productos en vasallos del Imperio. Para que pudiese prevalecer el comercio sobre la guerra precisaba un agujijoneo intenso de la necesidad y un espacio fácil al cambio. Las colonias antiguas aparecen al pensamiento como mercados forzosos, abiertos por aquellas expediciones á lo Jasón y á lo

Ulises, semiguerreras y semicomerciales. Pero estas colonias vendrán más tarde y serán obra de griegos y fenicios: el período caldeo se distingue por la conquista fuera, por el imperio dentro. Aquellos emperadores en último resultado son generales que guardan y vigilan un gran mercado con las vías inmensas á ese mercado conducentes. Aquella línea del Éufrates, que tocaba en el Asia Menor y en Siria, fluía de Armenia, pasaba desde Armenia en descenso á los desiertos asiocaldeos hasta convertirse como en una especie de Océano interior y entrar en el golfo pérsico por desembocaduras muy atractivas á la navegación, debía suscitar ciudades como Babilonia, y en Babilonia reunir productos como los que llegaban allí de los cuatro puntos cardinales por las fáciles vías fluviales y por esas dos inmensidades tan fecundas como el mar y como el desierto. Así comenzó el comercio en grande; no pudo comenzar de otra suerte. Los pueblos apartados jamás salieron de su quietud, contentándose, á lo sumo, con expedir alguna modesta caravana, de no penetrar en ellos la conquista con todos sus furros para constreñirlos rotos en sus fuerzas y despojados de su independencia y expulsos de su ciudad, á llevar lejos los productos del trabajo y cambiarlos por otros productos análogos, indispensables todos ellos al crecimiento y centuplicación de la

vida humana, quien, por virtud de tales medios, se agranda y hermosea.

Hase ya el desierto voraz tragado las capitales caldeas como si fueran sus arenas oleajes y abismos oceánicos. Después de asombrar al mundo han desaparecido hasta sus huellas, cual desaparecen los pasos de las caravanas en los infinitos arenales. Aquellos varios escombros, esparcidos aquí ó allá, semejantes á los esqueletos de tantos vivos como salen, cual petrificados, so las montañas promovidas en minutos por el simoún impetuoso; aquellos escombros parecen, cuando no colinas naturales, túmulos de huesos, montones de cadáveres, cementerios de razas, despojos y nada más que despojos del tiempo, fragmentos de un planeta derruido, carbones de un sol apagado, apocalípticos ceniceros. Quien, al ver una montaña en el desierto, cuyas aristas se dibujan como arboladuras y velámenes en la soledad inmensa de alta mar, una montaña que las plantas parietarias cubren bajo un frío cendal, nido de milanos sus cúspides, madrigueras de tigres sus bases, créela, ó bien aquella torre de Babel detenida en su ascensión al furor del cielo, provocado por la soberbia del hombre, ó bien aquellos jardines de Semíramis y de Nabucodonosor, á cuya sombra se guarecían los camellos con sus caravanas y los barcos con sus tripulaciones,

adorando unos la paloma que les anunciaba próximo seguro y otros el pez que los seguía por las aguas. Mas lo cierto es que Babilonia se ha trocado en una especie de cantera donde se proveen los aduares árabes de ladrillos para sus chozas ó para sus sepulcros. Ya no brilla el palacio inmenso parecido á una fortaleza; los canales se han cegado y ni siquiera podéis seguir sus líneas; las piedras de sus muelles han parado á una, ó en las mezquitas de Alá, ó en los hogares donde cualquier beduino enciende la llama de un instante; se han hundido los toros con alas y diademas; se han callado las esfinges que murmuraban con sus labios de pórfido secretos del cielo; en la cúspide altísima donde antes las estrellas descendían, agujereada por todas partes, se congregan ahora los buhos; no hay en tal desolación ni fragmentos de las tiaras que coronaban el Asia; no centellean por aquellos horizontes clarísimos ni relámpagos del genio que sojuzgara tantos mundos; al coro de cantares voluptuosos y de besos ardientes ha sustituido el siniestro ruido que producen con sus quijadas hambrientas las hienas y con sus maullidos siniestros los tigres; la muerte se ha enseñoreado con su silencio y con su soledad de aquellos lugares, y sus colosos, que parecían eternos, á cuyos piés las olas del tiempo iban á estrellarse sin hacerles mella, son

ahora menos que cadáveres, menos que sombras.

Afortunadamente algo dejaron escrito en sus tierras cocidas, en sus mármoles hieráticos, al pie de sus ídolos, en los cilindros de sus templos, en los troncos de sus columnas. Aquellos ladrillos que flotan, como restos de un naufragio, por los Océanos del tiempo, se han prestado á la interrogación de los grandes buzos descendidos á los abismos de las edades y han respondido á sus preguntas. Una escritura de gran dificultad, medio silábica y medio jeroglífica, muy análoga de suyo con la egipcia y con la china, se ha revelado á ojos verdaderamente sabios, de los que, diestros microscopios, saben sorprender en las líneas de un trazo los secretos de un siglo. Y estos hombres, que unos se llaman Nieburh, otros Layard, otros Oppert, han reconstituido la historia de Caldea y de Asiria por completo, sin más que deletrear los signos encontrados en aquellos inmensos ladrillares desprendidos de los viejos y gastados monumentos. Hasta una débil mujer ha desafiado los ardores de aquellos climas y las cóleras de aquellas alimañas para sacudir el polvo de sus ruinas y cerner y entresacar las perlas de sus ideas y de sus recuerdos. Yo he visto los arqueros de Nabucodonosor, con su veste de seda y su sobreveste de tisú, las sandalias ceñidas por cintas y lazos multicolores, su armadura de mil re-

lumbrantes reflejos al cuerpo, su escudo de acero al brazo izquierdo y sus armas de combate al derecho, rizadas las barbas por el modo litúrgico y cubiertos con sus cascos de guerra; pero de tal manera erguidos y vivientes, que iríase de grado á pedirles noticias en la seguridad completa de hallarlos como si aun estuvieran en el cuerpo de guardia. Seis lustros han cambiado la historia caldea como no recuerdo que cambiara ninguna otra historia. El desarrollo de su vida se ha extendido á nuestra vista con claror no usual en tan difíciles investigaciones, y las dinastías de sus reyes hanse completado por maravillosa manera. Y se ha visto por la identidad completa de sus tradiciones propias con las tradiciones peculiares á los demás pueblos asiáticos y aun africanos, cómo les prestara su lenguaje á los judíos, sus teogonías á los egipcios, muchas de sus ideas á los sirios, y á los chinos mismos su escritura cuneiforme y los signos con que trazan los pensamientos de sus almas y los objetos de sus tierras.

Esta renovación de viejas historias ha permitido cambiar por completo la biografía de Semíramis que vamos á trazar. Así como los grandes reveladores de la historia romana en el pasado siglo descubrieron que los tiempos anteriores á los decenviros estaban apoyados en bases deleznales para la

certeza histórica, cual esos cánticos de la vieja poesía épica, los reveladores de la historia caldea y asiria nos han dicho cómo Nino y Semíramis pertenecen á los tiempos legendarios. Con ver solamente que Nino fuera generado por dioses como Belo, y que la historia de Semíramis se correspondía con la historia de varias diosas caldeas, debió bastar para sugerir esta creencia de que la teogonía, y la leyenda, y la simbólica, y la liturgia se apoderaran á una de tal personaje y, revistiéndolo con las cerúleas reverberaciones tomadas en la fantasía universal, hácenlo de todo en todo épico y cuasi hierático. La leyenda es el alba de la historia. Conforme subís en el tiempo, crecen los oráculos, crecen los horóscopos, crece el mago, crece la quiromancia, crece la universal astrología y se considera que todos los seres creados é increados gravitan por su propio peso en torno de un pueblo personificado por un rey, por un sacerdote, por un profeta, por un sabio por una sibila. Pero ¿quiere decir esto que una grande personificación legendaria no represente mejor un pueblo, una edad, una historia, que todas las personas reales? Yo lo creo así. Yo he visto el Cid nuestro crecer desde que la crítica histórica del pasado siglo y de comienzos de éste, crítica muy estrecha, negó su existencia, y crecer dentro de la realidad en armonía y consonancia con todo cuanto

dijeran de él nuestro *Romancero* y nuestro teatro. Pues bien, yo digo ahora que si resulta Semíramis un ideal, y sólo un ideal, formado tarde por los espejismos que la imaginación encuentra en lo pasado cuando lo mira de muy lejos, este ideal corresponde á conceptos cuya realidad metafísica y cuya vida fantaseada servirá más para darnos á conocer un prototipo universal que todos los personajes históricos. En este sentido explica mucho mejor Semíramis Babilonia y la mujer en Babilonia que todos los personajes históricos, pues en esta ecuación de lo real con lo ideal se halla todo lo que hay de permanente, así en el espíritu como en el mundo.

¿Cómo nació esta leyenda cíclica de Semíramis? A no dudarlo nació de una tradición y de una tradición secular. Depositados sus gérmenes en la memoria pública, el espíritu quiso en su desarrollo, la fantasía en sus fulguraciones, torcer esta leyenda en tal ó cual sentido y poblarla de flores ideales más ó menos fantásticas. Naturalmente, tras toda leyenda se resguarda, ó una religión, ó una poesía, á veces indispensables á casta de sacerdotes, otras veces indispensables á familias de pueblos, otras veces indispensables á dinastías de reyes para los fines peculiares y privativos propios. Sobre los imperios antiguos de Babilonia y de Nínive, allá por el siglo quinto de nuestra era, se había levantado

un imperio pérsico y una familia real extraña. Imposible que á las orillas del Tigris y del Éufrates radicase una dominación fuerte, si esta dominación robusta no extendía sus raíces desde las bases del Tauro y las costas del Mediterráneo hasta las orillas del golfo pérsico, cuando no se dilataba por un lado hasta los desiertos de Abisinia y por otro lado hasta los desiertos de Mongolia, encerrando el Indo y el Oxo en sus senos inconmensurables. La dominación persa que, á principios del siglo quinto anterior á nuestra cristiana era, se había de todos este gran territorio apoderado, necesitaba títulos en el tiempo y en la tradición para cohonestar su imperio sobre tantas razas y tantos espacios. En pueblos asiáticos, de temperamento nervioso, de compleción exaltada, fáciles á todas las impresiones, movibles y ondulantes, nada podía en el mundo atraerles hacia la religión de una dinastía conquistadora como que tal dinastía se subiese, allá en los siglos, á unir sus ramas frondosas con las frondosísimas de otros príncipes legendarios, conquistadores de las tierras por ellos poseídas y después transmisores fieles, bien por transmisiones directas, bien por transmisiones milagrosas, de su vasto vínculo á lo porvenir. Así nació, según los doctores principales de la historia caldea, esta leyenda misteriosísima de Nino y de Semíramis.

Pero es el caso que la reina caldea vive así en Occidente como en Oriente y pertenece á las literaturas nuestras, representando el arquetipo de las ambiciones femeniles. ¿Cómo ha pasado hasta nosotros? Muy fácilmente. Los griegos no se contentaban de ningún modo con rechazar á los persas y á los medas en Maráthon, Platea y Salamina. Su audacia y su heroísmo llegaron al extremo de buscarlos en el inmenso imperio donde vivían y arremeter con ellos. De aquí aquella expedición suya con la maravillosa retirada por Jenofonte referida, la retirada de los diez mil, permanece todavía hoy en la memoria humana. Entre los griegos que acompañaban á Jenofonte, veíase aquel médico Aesias, descendiente de Asclepiades y nacido en el Asia Menor, á quien sus compatriotas diputaron como plenipotenciario para que allá en la corte de Susa moviese con la doble autoridad de su palabra y de su ciencia el ánimo de Artagerjes á una paz honrosa. Herido el tirano en una de tantas batallas como debió sostener, halló alivio á sus dolores en profesor tan experto, y no quiso, ya curado, separar de su palacio á quien le acorriera con su saber providísimo, reteniéndole como acostumbraban estos déspotas hacer con todos cuantos les placían y colmándolo de honores y riquezas. Allí hizo lo mismo que habían hecho todos los sabios griegos,

Heródoto respecto del Egipto, Pitágoras respecto del Asia Menor y de Sicilia, enterarse con cuidado atentísimo de todo lo que sucedía en derredor suyo y transmitirlo á sus compatriotas para que lo supiesen y lo aprovecharen. Naturalmente, Artagerjes, mantenedor del imperio fundado por Ciro y por Dario, extendía su autoridad inmensa desde las puertas orientales del Mediterráneo hasta las bocas del Indo, y había menester para disciplinar y regir pueblos tan diversos como los asirios, como los turanios, como los semitas, como los negros, como ciertas razas amarillas mismas, reunirlos á todos en una tradición común que subiese hasta sus apartados orígenes y les diera una histórica universal religión, si no en dogmas teológicos, en gloriosos é inextinguibles recuerdos.

Extender á los tiempos pasados la dominación común sobre tantas gentes y tantas razas para perdurarla en los siglos por venir: he ahí lo que hicieron aquellos reyes persas con Nino y con Semíramis, cuyos nombres guardaba indudablemente la memoria popular merced á una tradición derivada de misteriosas edades, más ó menos poéticas, más ó menos legendarias. Siguiendo el mismo método, ya conocido en los retratos anteriores, veamos la escena donde Semíramis representa su extraordinario papel y cumple su providencialísimo y peculiar

ministerio. En la mar llamada pérsica, cerca del estrecho conocido bajo el nombre de Ormuz, dilatánse riberas planas y cenicientas con colores de horno, cortadas por dunas sombrías cuyos picos blancos, levantándose sobre cenicientas sombras, sugieren melancólica tristeza, pues nadie diría que tras aquel telón se oculta Caldea con sus palmeras, las cuales forman inacabables galerías de columnas rematadas por cogollos verdes que resaltan en el cielo azul y ceñidas por dátiles de ámbar, maravillosos vegetales con cuyas raíces puédenlo arraigar las moreras de claro verdor, los granados de purpúreas flores, los almendros de ricas frutas, regados todos por aquellas aguas tranquilas donde rebotan los resplandores del día y donde duermen los búfalos negros junto á los blanquísimos cisnes que gallardean en todas direcciones entre guirnaldas de flores, tan hermosas á la vista como suaves al olfato, y entre coros de aves que pueblan los aires ambientes de armonías y los oídos humanos de verdaderos hechizos. En tierras así nacen gramíneas en abundancia, y estas gramíneas varias producen harinas con las cuales se amasa un pan parecido por los ingredientes múltiples que lo componen á las muchas familias de pueblos que componen aquel imperio. Ezequiel nos ha guardado en sus maravillosas visiones el concepto que le merecía este pan, forma-

do de mijo, cebada, lentejas, habas, trigo, como de curdos, negros, amarillos, arios, semitas, iranos, mongoles, tártaros y sirios estaba compuesto aquel pueblo. Naturalmente, bajo tal cielo, sobre aquella tierra, los vegetales, desde los cedros y los cipreses hasta los limoneros; las aves, desde los canoros ruiseñores hasta los mirlos rosa; los cuadrúpedos, desde los leones hasta los antílopes, y las cabras, las ovejas, debían crecer en grande número, formando la tierra, la planta, la fauna, el hombre, como una sola familia, sostenida entre la luz y el agua, creadoras y fecundísimas.

Nino descendía de Belo, porque todos estos grandes reyes deben descender de viejos dioses. Y Nino fué sin duda el primero en constituir aquel gigantesco imperio de Asiria. Nacido y criado para los combates, como digno de Belo, dios de la guerra, propúsose adiestrar en ejercicios guerreros todos cuantos jóvenes hubiese á mano, conducirlos al combate y recabar con su auxilio y con su esfuerzo las indispensables conquistas. El territorio caldeo-asirio no formaba entonces el país compacto que más tarde, ni tenía la unidad superior de cuyo seno surgiera el inmenso imperio. Por consiguiente, para su obra hubo menester Nino de auxiliares, de alianzas, de combinaciones varias, y firmando pactos y recogiendo reclutas en Arabia por medio de sus di-

versos reyecillos, domó poco á poco á caldeos, á medos, á mongoles, á indios, á sirios, á fenicios, á frigios, hasta llegar por el Ponto Eurino al seno de nuestra Europa. Sólo un afecto podía retenerlo dentro de su hogar, en el seno de una vida ordinaria, entre las costumbres vulgares: el amor de una mujer que le ofreciese compensaciones á su ambición desapoderada y á su inquietud extrema en los placeres y en los esparcimientos de la familia. Mas si esta mujer era Semíramis, una grande ambición sumándose á otra grande ambición, la guerra junta con la guerra, no había otro remedio sino extenderse y dilatarse cada vez más en bélicas empresas que diesen por resultado la conquista universal. Semíramis, unida con Nino, lejos de moderarle y atraerle al goce tranquilo de lo que había en sus empeños alcanzado con tan extraordinario trabajo, mantúvolo en su exaltación guerrera, conduciéndolo sobre su caballo de batalla por las más arriesgadas aventuras al increíble logro de las mayores grandezas y á la saciedad y á la satisfacción de las mayores ambiciones en los más vertiginosos triunfos. No puede, no, decirse, ni apenas creerse, cómo esta mujer, en vez de contrastar el temperamento y alma de Nino con su femenil dulcedumbre, la excitó y sobreexcitó así á una guerra perpetua como á una conquista interminable.

Veamos dónde nació Semíramis. En Siria, tierra por el Mediterráneo bañada, fértil en marinos audaces, donde solían mezclarse á los cálculos más egoístas del comercio los atrevimientos más temerarios del combate. La combinación de calidades contradictorias compone como el fondo natural y sustancialísimo de Siria. Parece que á la franqueza del héroe no puede unirse la doblez del mercader; y, sin embargo, el sirio así ha combatido como ha mercado perpetuamente. Lo mismo sabía él de trampas y disimulos en el consejo que de arrestos y sacrificios en el combate. Colocado entre las cordilleras del altísimo Líbano y las ondas del celeste Mediterráneo, participa también del montañés y del marino. Su hacha derriba el ciprés y el cedro desde los altos riscos para bajarlos á las hondas aguas, y allí hacerlos naves que vuelen como pájaros acuáticos en todas direcciones, cargadas con riquezas que se dirían venidas de misteriosísimos y fabulosos pueblos, según la reserva con que guardaban el secreto de su origen y la dirección de su proveniencia. Podrán las fábulas haber inventado el prototipo de Semíramis en sus mentirosos ensueños; pero no puede, no, dudarse que guarda en el tiempo y en el espacio los caracteres nativos impresos por el Creador á su tierra y á su raza. Ella disimulará como el sirio, mentirá como el sirio, en-

gañará como el sirio, calculará como el sirio, precaverá como el sirio, para levantarse con su doblez de serpiente un día y pelear airada como los héroes mayores hayan podido pelear en el mundo, y constituir luégo, tras tan porfiados combates y tan gloriosas conquistas, un imperio militar inmenso adscrito al fin útil de vigilar un mercado en el cual se descarguen de todas sus mercancías las caravanas del desierto y las escuadras del mar. He ahí el verdadero prototipo representado en el mundo por la figura casi real ó casi legendaria de Semíramis.

Ascalón se llamaba la ciudad en que naciera Semíramis. Este Ascalón tenía un templo consagrado á la diosa Derceto, y esta diosa Derceto un cuerpo con cola de pez y cabeza de mujer. En todos los pueblos de mar existe un culto instintivo á los genios marinos, y todos los genios marinos toman formas ó atributos de peces. No hay sino recordar los tritones que levantan nubes de blancas espumas tirando en los mares griegos del carro de Neptuno; las nereidas y sirenas que atraen, escondidas en los escollos, con sus dulces voces tan melodiosas como las brisas y las ondas, al navegante; los centauros y demás dioses de las aguas, para convencerse de cómo en las orillas armoniosas y placenteras se adora esa comunicación del mar con la tierra y con el hombre, simbolizada por monstruos medio ma-

rinos y medio humanos. Así no es mucho que á la puerta del templo, en el último de los escalones puestos al pie de su vestíbulo, hubiese un estanque donde se prestara culto al animal que puebla las aguas, al mudo y móvil pez. La diosa Derceto levantábase airosísima sobre un altar cargado de ofrendas y servido por jóvenes solícitos sacerdotes. Encastillada en su divinidad, y olvidando un tanto que hay también jerarquías y estirpes en el cielo, adoleció de soberbia é ingratitud imperdonables siempre á los dioses menores en el concepto y en el sentir de los supremos dioses. Afrodites, que debía ejercer un dominio eminente sobre Derceto, irritóse con ella por su orgullo y quiso castigarla cruelmente. A este fin le sugirió lo que más podía perderla, un amor profano por un joven sacerdote, amor en que se mezclaban dos crímenes aborrecibles á todo el mundo antiguo, el crimen de un descenso desde las clases superiores á una clase inferior, y el crimen de un ayuntamiento sacrílego. Bajar una diosa desde su cielo y desde sus aras al tálamo de un mortal resultaba en los conceptos morales antiguos un verdadero atentado á la propia divinidad.

Pero ¿qué hacer? El ara ciertamente debía parecer á los ojos del sacerdote un límite infranqueable para subir, y á los ojos de la diosa un límite in-

franqueable para bajar hasta las efusiones y confusiones del amor. Los goces amorosos necesitan para su completa felicidad de una paz profunda en la cual no se levanten obstáculos, y de una seguridad que les traiga la esperanza continua de duración perpetua. Para esto, en verdad, no tienen bastante con las inclinaciones solas y con el mutuo cariño de los enamorados; como nacen y brotan en una sociedad, necesitan guardar lo que todos hemos convenido en decir consideraciones sociales. De aquí la palabra bien gráfica, usada en todas las lenguas, y que denomina los amores sancionados por la sociedad amores legítimos. Pues no digamos nada de los amores en el seno de una religión brotados y guarecidos á la sombra de un templo. En éstos al mundo el cielo se une. Felices y legítimos no hay amores semejantes, porque todo lo que tienen de divinos los hace perdurables y eternos. Pero, desgraciados, truecan la vida en tormento y el mundo en infierno. La diosa Derceto, á pesar de su divinidad, como tenía mucho de animal, tenía mucho de humana. Y si por su divinidad se podía sobreponer y exentar á las comunes leyes naturales y reirse del amor y de sus exigencias, por mujer, por sirena, estaba sujeta de suyo á todas nuestras pasiones y aun á instintos inferiores á los nuestros. Por consecuencia, nada tan fácil como

caer en los lazos tendidos por un sacerdote joven y hermoso. Amor quiere decir tanto como culto, y culto quiere decir tanto como amor. Quien adora en este mundo hace más, mucho más que amar. Cuando se quiere por nuestra lengua mortal encarcerar á una la pasión que se la profesa, dícese: te idolatro. E idolatría significa devoción á la persona, cuidado por ella, cultivo de todos los afectos que despierta en el pecho, frecuencia de su culto, disipación de la vida en su amor como se disipa la sangre de una víctima, la oración de un labio, la nube de un incensario en el cielo. La idolatría es el culto espiritual y material á un mismo tiempo. Y como es el culto material y espiritual á un mismo tiempo, la idolatría se apega por completo al objeto idolatrado y no puede, ni desasirse de sus brazos, ni apartarse de su sombra, porque la idolatría resulta el amor de todo nuestro sér, la consagración á un objeto solo y único, la vida trocada en culto y disipada en adoracion, la transfusión de alma individual en el alma divina, enrojeciéndose todo cuanto hay de frágil y deleznable dentro de nosotros en todo cuanto hay allá en el sér divino amado de santo y eterno, cual se calienta y enrojece por maravillosa manera hasta llegar á ser fuego el combustible frío arrojado á una voraz llama.

El sacerdote requirió al fin de amores á la diosa.

Empezó su pasión por mística y concluyó por sensual. En los primeros arrebatos creyóla sólo culto, después alcanzó bien pronto su identidad con todo amor propio del hombre y de la naturaleza humana. Verla todos los días y no sentirse cautivado por su divina gracia resultó cosa imposible de toda imposibilidad. No podía prestarle culto sin prestárselo con todos los sentidos. Adscrito á ella le había todo su sér juntado y adherido. Y no debían los dioses culparle si amaba, pues ellos mismos pusieron en el culto un principio de amor. Hincarse ante los altares, plegar las manos, decir las oraciones, ofrecer incienso y otras ofrendas, colgar exvotos, ¡ah! todo esto significa tanto como querer en las humanas lenguas. Se quiere cuando una frecuenta el templo, se quiere cuando asiste á la ceremonia, se quiere cuando se reza, se quiere cuando se comulga por medio de algún recuerdo y de algún rito, se quiere, sobre todo, cuando se pide la muerte para subir al cielo y trastocarse de súbito en el mismo Dios á quien se ama, se adora, se idolatra. Así nada tan fácil al sacerdote de una diosa material y bella como convertir su culto y el ejercicio de su culto en amor. Aquel buen sirio debió ir poco á poco enterándose de que, no solamente se interesaban sus facultades anímicas ó del espíritu en el culto á la diosa Derceto, sino que se inte-

resaban sus sentidos también. Pero cuando le impusieron éstos su mandato, él obedeció de un modo inconsciente. Apenas entraba en su conciencia lo que hacía, pero lo hacía. Mezclar miradas de apetito con miradas de adoración, envolver en suspiros las plegarias, estarse de rodillas absorto ante las aras, tender los brazos á quien todos los pensamientos se tendían por natural impulso, idolatrando amar, nada más fácil. Por su parte las diosas de aquellas religiones y de aquellos tiempos estaban mezcladas y confundidas con el hombre. ¿Qué digo con el hombre? Las diosas de aquellos tiempos estaban mezcladas y confundidas con los demás animales. Sus raíces eran las raíces de los organismos inferiores. Quien tenía cola de pescado, naturalmente debía tener muchos instintos y propensiones de animal. Quien tenía cabeza y pecho de mujer, debía tener en tal pecho amores y en tal cabeza ideas femeniles. De consiguiente, no hay que maravillarnos si, asediada por quien la quería tanto, se deslizó poco á poco del ara en sus brazos y se dejó al fin prender y cautivar en su exaltado amor.

Derceto pudo algún tiempo esconder en la intimidad de su corazón y en el sagrado de su templo el amor. Ó los dioses no la veían, ó los dioses la perdonaban. Lo cierto es que, rendida por completo á los halagos del joven sirio, y subyugada, se

dió á su amor, como si ella y su amado estuvieran solos en el cielo y en el mundo. Habíase resistido mucho, encastillada en su naturaleza de diosa, y creyendo sacrílego aquel comercio amoroso con un mortal, puesto allí, más que para quererla, para respetarla; pero al cabo la pasión hizo naturalmente su oficio, y la diosa bajó del altar al tálamo. Sintióse al poco tiempo madre, y en cuanto se sintió madre comenzaron para ella los dolores propios y los castigos celestes. Las techumbres del templo relampagueaban y tronaban como un cielo tormentoso, doblábanse las columnas como árboles agitados al ímpetu del huracán, estremecíase todo el pavimento á la sacudida de un terremoto, el rayo descendido de lo alto apagaba la hoguera del sacrificio en lo bajo, y voces discordes salían de las cavernas, introduciendo en aquella perturbada conciencia terribles remordimientos. Derceto no podía descansar un minuto, perseguida por furias que nadie sino ella veía, pero que se hallaban en las sombras del templo, en los bramidos del aire agitado, en los dolores del pecho, en los remordimientos y torcedores del espíritu. En su angustia no perdonó al sirio que traicionara su mandato sacerdotal con amores profanos, ni se perdonó á sí misma el haber descendido desde su naturaleza superior y divina en brazos de una pasión desapoderada y terrible, más bajo

que la naturaleza humana y que la misma naturaleza animal. Todos los goces y todos los deleites del amor feliz habíanse trastocado en desdichas horribles durante los meses de aquel su criminal embarazo. Lejos de traerle felicidad y paz la esperanza de ser madre, le trajo una desesperación sin límites, porque hasta tal punto no había sentido el odio de los dioses contra ella ni el propio torcedor en su conciencia. Días sin luz, noches sin sueño, lo pasado con dolores y remordimientos, lo porvenir con desesperación y zozobra: tal fué su estado, el estado de aquella diosa tan serena desde la hora siniestra en que dió sus naturales frutos el amor profano y sacrílego á que había dado su cuerpo y su alma.

En cuanto la diosa parió una hija, decidióse por el castigo de su malvado amante, que la engañara y la divertiera de su alto ministerio y de sus divinas funciones á la triste pasión amorosa en cuyos ardores había consumido su divinidad. Lo primero que hizo para castigarse á sí misma, y aun castigar el fruto inocente de sus amores, fué inquirir un sitio recatadísimo y oculto, y ya encontrado, exponer en él aquella niña tan hermosa como nefasta, dejando su salvación ó su muerte á merced y arbitrio de la implacable naturaleza. Después que hubo expuesto á la niña, citó el engañador amante á los

lugares mismos donde la engañara, y allí, entre las sombras de la noche que habían protegido sus amores y bajo las techumbres del templo sacro, clavóle un puñal en el corazón y dejó correr su sangre con menosprecio y con soberbia en el ara misma por donde corriera tantas veces la sangre de las víctimas. Y expuesta la hija de su amor, y sacrificado el amante, ya sin lazo alguno que la ciñese á esta tierra de dolores, arrojóse al estanque sacro abierto al pie del altar, y allí se ahogó, creyendo, con la pena tremenda que se acababa de infligir á sí misma, desarmar la eterna justicia que la perseguía y agobiaba.

En aquella transformación universal, en aquellas metamorfosis continuas, en aquellos cambios de formas que ya hemos señalado entre los caldeos y los sirios, convirtiéndose la diosa en pez, por lo cual no volvieron á comer allí en su patria las generaciones subsiguientes manjar tan rico como el que dan al paladar la mayor parte de las varias especies pobladoras del agua. Entre tanto la niña tuvo en los riscos y en las soledades su habitación, en las palmas de viejo palmeral su cuna y en las palomas su nodriza. Estos animalejos de tanta dulcedumbre, ligeros y breves en su cuerpo, inofensivos en sus uñas, con melodiosos arrullos en su garganta, con tiernas miradas en sus ojos, vestidos de sedosas plumas y

amantes de nuestros hogares, cuyos tejados pueblan y á cuya sombra viven, representan algo de pródigo y acorren con alguna caridad ó con algún consuelo á los infelices en la tradición universal.

Quien haya visto alguna vez la paloma en celo, el amor y el cuidado por su preferida pareja, la inmovilidad con que se fija en su nido después de haberlo con tanto artificio hecho, el calor que al empollamiento de los huevecillos presta, la solicitud con que acorre á sus polluelos, cómo se priva del propio alimento para distribuirlo entre sus crías, cómo arrastra las alas y endulza los arrullos en sus amores y en sus celos; quien recuerde todo esto, comprenderá por qué aún este animal, adorado como un dios en las viejas teogonías, abre sus blancas alas en los puntos más altos de nuestros templos y se cierne sobre los triángulos y sobre las coronas de la Santísima Trinidad en toda nuestra liturgia. Las palomas, pues, recibieron el encargo providencial de salvar á la hermosa y predestinada niña. Numerosísimas en el sitio donde la expusieran, faltóles tiempo, en cuanto la vieron, para socorrerla primero y luégo para criarla. Unas la tapaban bajo sus alas; otras la bendecían con sus arrullos; las de aquí, le llevaban alimento; las de allá, por su parte, abrigo, acorriéndola todas á una con su inconsciente industria. Cerca de aquel sitio había, como en

casi toda la Caldea, mucho ganado que daba ricas odres de blanca leche. Dejábanlas abiertas los pastores, y allí las palomas iban á escanciar en su pico blancas gotas y llevarlas á los rosados labios de tan hermosa criatura. Cuando ya estuvo algo crecida, cuando llegó á tener un año, viendo que su estomaguillo necesitaba más fuertes alimentos, no robaron, no, como antes la leche, robaron algo más sólido, robaron el sabroso queso, conduciéndolo al nido hermoso, digámoslo así, en que criaran la bella criatura.

Al fin advirtieron los pastores la falta y espionaron á las palomas. Atisbándolas y siguiéndolas con cuidado advirtieron el sitio adonde iban, y escudriñando este sitio encontraron la hermosa niña. Todas las tradiciones hoy mismo se hacen lenguas del hallazgo; todas las tradiciones hoy mismo refieren con asombro el encanto producido en los pastores por aquella increíble aparición. Lo breve de sus manos y de sus piés, lo rosado de sus carnicitas, el brillo de sus ojos llenos ya de alegría, la sonrisa de sus pequeñuelos labios, su fina tez y su melodiosa voz, encantaron á los que acababan de hallarla por aquel modo milagrosísimo, hasta imbuirles la idea muy natural de que habían dado quizá con una diosa niña, la cual recibiría de los cielos el destino providencial de socorrerlos y am-

pararlos en los tiempos sucesivos. Alzáronla, pues, de su cuna, y condujéronla después á sus cabañas. Pero aquellas pobres gentes no podían mucho tiempo conservar este milagroso dón del cielo. Engendrada en el misterio, expuesta en nido de palmas, mantenida por las palomas, criada con una intervención directa del cielo, lucía demasiados testimonios de una predilección celestial para que pudiesen por mucho tiempo guardarla entre sí los pobres pastores que la encontraran en aquel misterioso recinto. Dada la organización de Siria, el personaje más poderoso de cada región era su intendente regional, en quien se depositaban los tributos y la considerable parte que del comercio y de sus rendimientos para sí tomaba en aquellos lugares el fisco. Pasó, pues, la niña expósita de su nido á manos de Simmas, quien, falto de posteridad y descendencia, creyó de su deber adoptarla y le puso en su adopción el nombre de Semíramis, que quiere decir paloma. Cuéntase que los sirios adoran este animal desde que le vieron hacer con Semíramis todos estos prodigios de caridad y llevarle todos estos consuelos que parecían provenientes de un alma.

Caldea se diferencia de todos los demás pueblos asiáticos en que á ella pertenecen la magia y astrología. Por ésta, por la última, el cielo se mezcla

como una especie de levadura en nuestra vida y los astros se tornan compañeros nuestros en las terrestres vías. Por aquélla, por la magia, lo sobrenatural y maravilloso nos rodea, cual si concordara con la débil contingencia nuestra, y todo alrededor del hombre se tornan hechizos y encantamientos. Los caldeos fueron los primeros en leer el destino de los mortales en los astros y los primeros en tener esa especie de sacerdotes ó sicofantas que consultaban las estrellas á cada paso y escribían los horóscopos de los humanos en las hojas de los árboles. La magia, blanca y negra, que ha pasado hasta nuestros tiempos y que ha ejercido una influencia en nuestra Edad Media, proviene de Caldea. Y los caldeos, así como creían en beneficios sobrenaturales, creían en maleficios sobrenaturales también. Y aun creían más, aun creían que ciertas fórmulas maravillosas, que ciertas letras litúrgicas, que ciertos signos cabalísticos, que ciertas rayas misteriosas indicaban el destino de los mortales, y cuando parecía este destino adverso apelaban á una cohorte de iluminados, estáticos, supersticiosos, adivinos, saludadores, excomulgantes, brujas, duendes, los cuales, por medio de filtros, de sortilegios, de combinaciones químicas, de rezos astrológicos, de fórmulas indescifrables, de jeroglíficos trazados con la fosforescencia de los huesos y

con las estelas de los ríos, podían torcer los secretos del destino y trocar la religión, esa fuerza intelectual y moral en una especie de fuerza material. Imaginaos cuántos horóscopos no harían los magos y los astrólogos caldeos acerca del misterioso destino de Semíramis.

La Siria era entonces una satrapía sobre la cual imperaba Nino, hacedor y detentador de innumerables conquistas. En esta satrapía mucho era el intendente á quienes los pastores confiaran la educación de Semíramis; pero más, mucho más era el sátrapa. En las largas distancias, en la carencia de caminos, en la dificultad y rareza de comunicaciones, en la organización de aquellos poderes, el sátrapa equivalía por lo absoluto de su autoridad y lo elevado de su ministerio á un monarca, y á un monarca poderoso. Gobernador de la región, puesto allí por su jefe ó emperador, con frecuencia desataba los débiles lazos aparentes que le ceñían al poder supremo, y, proclamándose soberano, rompía la unidad del Imperio y suscitaba terribles guerras. Pero, aun sometido y obediente, mandaba sobre muchos hombres y ejercía omnímodo poder en amplios territorios. El sátrapa de Siria, por aquella sazón, cuando Semíramis era joven, se llamaba Menón, como ya hemos visto que se llamaba Simmas el intendente. Y cual éste la educó, la desposó

aquél. Y la desposó por tantas maravillas y milagros como le había visto hacer en la intendencia, donde aparecía unas veces administradora experta y otras veces sacerdotisa inspirada, con signos siempre de sobrenatural y divina. Su talento administrativo prosperó la intendencia y su talento político prosperó la satrapía. El sátrapa no fué jefe, sino vasallo de Semíramis. Naturalmente, las múltiples aptitudes le habían sido dadas á ésta para desarrollar múltiples facultades y cumplir, tanto en su persona como en su vida, opuestos innumerables fines. En la intendencia se había Semíramis acostumbrado á la grande administración, en la satrapía se acostumbró á la grande política. Necesitaba para completar las facultades indispensables á un gobierno y á un imperio de aquellos tiempos acostumbrarse también á la guerra. Muy sometida, y con su triste sumisión muy bien hallada, Siria estaba en plena paz y no podía por ello ejercitar allí Semíramis las altas facultades guerreras con que la dotara el cielo. Pero no debían faltarle ocasiones de cumplirlas y ejercitarlas. En Estados tan belicosos como aquellos, los conflictos surgían á cada paso, y de los conflictos se derivaban guerras á cada minuto. Consiguientemente con tal situación sobrevénía, ora la necesidad inmediata de intentar una conquista, ora la necesidad inmediata de guardar

las conquistas alcanzadas. Combatir para comerciar; someter los pueblos á dependencia, como se sometían los individuos á esclavitud; llamar con el puño de la espada, después de haber esgrimido el corte, á la puerta de los mercados, y acaparar los productos del trabajo; he aquí las características que distinguieran en aquellos tiempos tan formidables imperios adscritos al placer, al comercio y al combate.

Reinaba el poderoso Nino por aquellos días y pensó en una expedición á la Bactriana. Para tal expedición debía congregarse á todos sus sátrapas, y entre los mas aventajados y útiles tenía y contaba naturalmente al sátrapa de Siria. Este fué de los primeros llamados. Por tal suerte se presentó la coyuntura que aguardaba Semíramis de lucir sus aptitudes guerreras. Desplególas ya grandes en el reclutamiento difícil y en la organización improvisada de sus tropas. El ejército aquel tenía condiciones muy especiales, de las que apenas podemos allegar un concepto preciso ahora. Parecía una especie de nación andando. Desplomábase así un pueblo sobre otro pueblo, cual en los estremecimientos propios de las altas montañas se precipita un risco sobre otro risco, y un enorme alud sobre un profundo ventisquero. Necesitábase mucho genio de organización y mucha fuerza de autoridad para

sostener por medio de cohesiones poderosísimas los desligados corpúsculos y tenues átomos semejantes á leve polvillo que se llevaba el viento cual se lleva las arenas el simoún en los desiertos. Pues á todo lo que así de organización como de fuerza pedía el movimiento militar aquel, supo Semíramis ocurrir con la grande autoridad que le daba su hábito de mando constante, con el cálculo que le daba su hábito de administración privada, con la fuerza que le daba también su imperio natural sobre los demás, con las múltiples facultades para el mando de que la revistieran los dioses y que aplicaba y ejercía ella en la plenitud entonces de su vida, y con poder omnímodo sobre cuanto le rodeaba, poder debido en parte á la fascinación producida por su presencia y en parte á la fijeza de sus propósitos en lo que concebía y realizaba. En cuanto diera el rey la orden de acudir á su ejército para debelar á la indócil Bactriana, el primero que apareciera fué su gran sátrapa de Siria, el esposo de Semíramis, quien le llevaba, no sólo el contingente de fuerzas, sino el contingente de dinero, indispensable á las guerras y á las conquistas de aquel siglo.

Pocas regiones tenían tanta importancia como la conocida con el nombre de Bactriana en los antiguos tiempos. No podía existir un imperio seguro por las cuencas de los ríos asiáticos, aunque los de

fendiesen y guardasen infinitos arenales, si aquellos fuertes guerreros bajaban en irrupción desde sus mesetas altísimas, propias para descolgarse hacia los cuatro puntos cardinales, y sorprendían en sus lechos de rosas los imperios del Tigris y del Éufrates. Hoy es, hoy, un día de nuestro siglo en que parece predominar la industria sobre la guerra, y todavía nos hallamos expuestos á ver desquiciado el planeta en combates sin término y sin tregua por la posesión de tales predominantes regiones, indispensables á dos imperios, al imperio ruso y al imperio británico. Imaginaos lo que sucedería cuando á los azotes del hambre los pueblos marchaban como los vientos, corriendo en todas direcciones y buscando una satisfacción ó una salida. Cerca del Thibet y de la China; de un lado tendiendo al Cáucaso y de otro lado al Himalaya; en el camino que habían seguido ya y que debían seguir más tarde los jetas y los masijetas para ir á Persia é India; por el Oxo atravesada, que puede llamarse principal arteria del Asia central; esta región de la Bactriana debía parecer á los ojos del imperio caldeo como una especie de sólida nube tempestuosa, en cuyas entrañas iban contenidos muchos diluvios de sangre próximos á descargar sobre las tierras fluviales y las bajas cuencas. Techo del mundo habían llamado los antiguos á esta Mongolia y Tartaria,

pronta siempre á descargar algún azote de alto abajo sobre las familias de pueblos circunstantes. Cuando se penetra en ella con la espada y la tea del combate, parece como una caverna de murciélagos y buhos por cualquier destello de luz sorprendida; y las gentes aquellas, en oscuras legiones, vuelan por todas partes dando alaridos espantosos, arremetiendo con quien perturba en ellas tranquilidad y sueño.

Llamábase Bactrias la capital de región tan codiciable, y asediábala con todas sus fuerzas Nino, sin alcanzar ningún resultado apreciable. En aquellos tiempos se fortificaban, natural ó artificialmente, las ciudades con seguros formidables que las hacían bien pronto inaccesibles á todas las asechanzas é inexpugnables á todos los asedios. Con el escudo fortísimo de sus murallas y de sus torres fácilmente oponían insuperables resistencias al sitiador. Varia la suerte de las armas en estos dificultísimos encuentros. Los ejércitos de la Bactriana, idos en grande número á cerrar el paso á los ejércitos de la Caldea, lograron romperlos en la primer batalla y tendieron por tierra cien mil soldados de Nino. No obstante contrariedad tan fuerte como esta, y tan por todos extremos insuperable, la gente asiria se rehizo, y, readquiriendo vigor en su moral y fuerza en su disciplina, llegó hasta los piés

de Bactrias, donde acababa de refugiarse con gran golpe de gente su rey Oxyartes. No se necesita mucho esfuerzo de memoria para conocer ó recordar los muy largos sitios recordados en los anales antiguos. Cualquier ciudad, la menos ceñuda, la más desguarnecida, defendíase diez años. Muchas veces, no el esfuerzo, el hambre las rendía. Como la idea de patria, mejor dicho, la idea de nación estaba muy poco arraigada, si es que había nacido, pues no merece tal nombre la tribu aunque se lo presten, la especie humana, un tanto vegetativa entonces, ateníase mucho á sus hogares, y se ligaba con ligaduras indestructibles el sér y su vida total á la tierra donde se mecían las cunas de las generaciones recién nacidas y se alzaban los sepulcros de las generaciones acabadas. Por tal razón, cada pueblo asediado se defendía con singular empeño, y cada particular asedio acababa por prolongarse largo tiempo. Así una ciudad se formaba en torno de las ciudades sitiadas al agujijoneo de tantas necesidades como tiene siempre un ejército y al eficaz auxilio del tiempo. Los milites y vasallos de Nino habían acabado por ceñir á la Bactrias de dentro con otra Bactrias de fuera, donde languidecía el monarca general sin asomo alguno de verdadera esperanza.

Corría el tiempo y no lograban el objeto. Nino

había todas sus fuerzas agotado en la titánica empresa. Cuantos artefactos de guerra pudo recabar al trabajo y al cambio, empleólos en el asedio con verdadera tenacidad. Pero estaba escrito que la plaza caería, no al esfuerzo del monarca, sino á una milagrosa intervención del cielo. Nino debía desconocer en aquel entonces la presencia de Semíramis y el grande poder ejercido por ella en sus propios y peculiares dominios. De haberla visto, sojuzgáralo en el momento de verla, que atractiva y hechicera fascinaba como la serpiente y no ponía ojos en hombre alguno sin rendirlo á sus gracias, someterlo á su imperio y sojuzgarlo, tanto con la hermosura de su persona como con la doblez de su carácter, la perfidia de su voluntad y las superioridades incontrastables de su alta inteligencia. El sátrapa de Siria, que sobre todo en el mundo la quería, y no deseaba ni vivir sin ella siquiera, debió con suma destreza y tenacidad esconderla, porque ningún esfuerzo había hecho Nino para ver ó acercarse á la sobrenatural maga en cuyos hechizos todos quedaban presos. De haber adivinado que tan cerca estaba la mujer, luégo señora de su vida, no tardara tanto en procurarse aquella felicidad bien apetecible y granjear á su vida un amor en el cual se transfundió toda su alma. Celoso y receloso el sátrapa, no quiso mostrarla jamás, presin-

tiendo en sus celos cómo Nino debía bajar lleno de amor hasta Semíramis, y cómo Semíramis debía subir llena de ambición hasta Nino. Fácil, facilísimo esconder á estas mujeres en los campamentos asiáticos, porque si todo ejército aparece allí, en aquellas expediciones de los conquistadores caldeos y asirios, como un pueblo en movimiento, el harén, donde las mujeres se hallan recluidas, toma este carácter nómada, y, aunque se mueve, se oculta.

No era Semíramis tan sólo una mujer de intuición é inspiraciones: era una mujer de maduro y reflexivo juicio ayudado por prolijos estudios. Como los presagios le habían señalado ya el ministerio y el destino á que sus ambiciones de consuno la llamaban, no hacía en el campamento sino estudiar materia guerrera, complemento de la materia política y administrativa que otros días ocuparan su actividad en los ensayos hechos para subir de un vuelo á las cimas sociales, cumpliendo así vocaciones indecibles de su conciencia y llamamientos incontrastables de su compleción. Semíramis menospreciaba todas las labores propias de su débil sexo y seguía un verdadero curso militar como cualquiera de los generales que la rodeaban. Otras de las mujeres allí presentes, ó urdían telas, ó bordaban, ó discurrían sobre cuentos y leyendas, muy olvidadas por cierto de cuanto las circuía, y muy propen-

sas á desinterarse y desasirse de los negocios militares por contradictorios con su naturaleza y con su educación. Pero á Semíramis ningún trabajo la fatigaba, ningún cálculo matemático la detenía, ningún obstáculo era parte á desconcertar sus intentos ni á divertirla de sus fines. Reconcentrada la idea en el asedio, la vista en el muro enemigo, todos sus deseos en victoria que pudiera distinguirla y separarla de aquellas muchedumbres, veía ya con el apetecido logro la codiciada corona. Hija del crimen y del sacrilegio, expuesta en los montes, criada por las palomas, socorrida por los pastores, de un intendente sierva, de un sátrapa esposa, no creía bastante satisfecho aquel su inquietísimo deseo, que se hubiera tragado seguramente, dada la intensidad infinita de sus ambiciones, el mundo y quizás el cielo. Así es que supo estudiar el sitio con grande intensidad y salir del sitio con espléndida corona.

Ya uno tras otro los sitiadores de Bactrias habían caído en la mayor desesperación. Todos los indicios les anunciaban que bien pronto habrían de renunciar al asedio y volverse confusos á las orillas del Éufrates, asombradas por el negror de la derrota. Retroceder uno de aquellos semidioses como Nino, engendrados por un dios como Belo, equivalía en el fondo á morir, y á morir sin esperanza, ni

de resurrección en otra vida, ni de gloria en ésta. Las confusas tribus aglomeradas en los desiertos mongólicos podían caer como una inmensa catarata, que todo lo arrastrase, desde las mesetas asiáticas en los ríos caldeos. Casualmente la Bactriana, compuesta de áridos inmensos desiertos, de oasis encantadores, de montes y desfiladeros agrios, de regiones glaciales y regiones encendidas, podía dar de sí razas tan diversas que, impulsadas por un deseo inquietísimo, rompieran á una en irrupción formidable y pasaran de aquel centro al Éufrates y al Tigris, como pasan de un lado á otro los cuervos y los buitres azuzados por el hedor de la matanza. Íbale á Nino el imperio, con el imperio la vida, con la vida la honra, con la honra la suerte de toda su familia, en alcanzar pronto una victoria y detener para siempre dentro de su cauce aquellas razas encrespadas y tormentosísimas que amenazaban á una con desplomarse terriblemente sobre su corte. Un amago y otro amago, un asalto y otro asalto, un corte puesto entre todas las comunicaciones, un apretamiento del hambre y de la sed, un escalo terrible, las hogueras encendidas en torno de la ciudad vanamente para incendiarla, todos los horrores de la guerra empleados, hechas todas las apelaciones á lo extraordinario y á lo milagroso que pueda sugerir la desesperación á un guerrero,

no le trajeron resultado ninguno ventajoso; bien al revés, le consumieron la vida, le devoraron el prestigio, le pusieron en la vía de un retroceso, cuando á la víspera de retirarse, perdida la esperanza, los recursos agotados, el desastre próximo, aparece una mañana sobre la fortaleza más alta, vestida de guerrero, coronada de casco, en una mano el bastón de mando, en la otra mano la espada de los generales, Semíramis, que no contenta con estudiar la brecha y encontrarla se había ido sigilosamente á ella, y, escalándola con arrojo, ofrecía y presentaba la ciudad rendida é inerme su monarca.

Imaginaos un preso extraído de hondo calabozo que vuelve súbitamente al aire y á la luz libres, un moribundo que recobra la salud, un muerto que vuelve á la vida: tal fué Nino, transportado por aquel milagro de la derrota inevitable á una inesperada victoria. Semíramis, venciendo, no le aseguraba tan sólo su corona de monarca, le aseguraba también su naturaleza de dios. Nino, generado por Belo, necesitaba demostrar á razas, muchas de ellas puramente mercantiles, pero muchas otras de suyo belicosas, cómo había heredado todos los dones celestes que se necesitan para pelear con los hombres y vencerlos y sojuzgarlos. Belo había sido el dios de la guerra, y con este carácter pasara desde las orillas del Tigris y del Éufrates á las orillas del Tíber.

Según Plinio nos cuenta, el pintor Apeles había trazado una figura de Belona tirando del carro en que iba Marte asentado. Los déspotas del tiempo no estaban seguros de reinar sino á costa de vencer. La naturaleza de aquella sociedad exigía que no solamente se obedeciese á los reyes, que se los adorase. Un tanto de fetichismo para los dioses y un tanto de idolatría para los reyes necesitaba el grado ínfimo de vida y el término incipiente de la evolución. Y dioses y reyes salían igualmente maltruchos de Bactrias en una retirada irremediable. Belo se caía de su altar y Nino de su trono á su desgracia, porque, materialistas aquellas generaciones incultas, no podían concebir que leyes inmutables rigieran el universo y que un dios omnipotente y un rey absoluto, poseedores de todas las fuerzas y dispensadores de todas las gracias, pudiesen pasar por la humillación y por la desgracia de una irreparable derrota. Semíramis, siguiendo con ojo atento el sitio, y encontrando con inesperada fortuna la brecha, se había puesto á la cabeza de dioses y de reyes por salvarlos de la ruina que los amenazaba y que hubiera de sobrevenir, arruinando en poco tiempo sus templos y sus palacios. El mundo todo sabe con qué facilidad se cambiaban las condiciones sociales en aquellas sociedades asiáticas. Como en la línea equinoccial sucede que no

hay crepúsculo entre la noche y el día, sucedía en esta línea del tiempo histórico que pasaban los reyes y los imperios del súbito poder á la irremisible miseria de un salto y á un golpe. Así lo quería la naturaleza especial de aquellas gentes y de aquellos tiempos.

Colocada Semíramis en la torre, con Bactrias á sus piés vencida, con el ejército en torno suyo aclamándola, no hay para qué decir cómo brillaría. La fascinación imperiosa con que dominaba de suyo á los hombres aumentaría á los prestigios mágicos del triunfo milagroso. La fuerza física se aumenta con la fuerza moral, y la hermosura con la inteligencia y con la virtud. Cuando veis una mala acción en una persona bella, creed que la oscurece y afea tristemente. Cuando veis acción buena en persona fea, creed que la embellece. Pues aquella Semíramis, si recién nacida fascinaba de suyo á las palomas, y recién criada á los pastores, y joven al intendente y al sátrapa de Siria, ¿cómo no fascinaría en este minuto supremo, imperiosa y triunfante, á quien había salvado con su ojo certero y su triunfo inopinado? En todos los afectos que un hombre siente por una mujer se mezcla el amor siempre. No es posible amistar con una persona de otro sexo, admirarla, sin quererla más ó menos castamente, pero entrando en este cariño algún leve matiz y

algún casto influjo del género á que se pertenece. La grande admiración, el increíble pasmo, la solícita sorpresa, la persuasión de que le debía el trono suyo y el altar de su padre, todos estos sentimientos se agolparon á una en el corazón de Nino y le rindieron al imperio de Semíramis, pero al imperio amoroso. No podía verla en su hermosura natural, extremada por su triunfo milagrosísimo, sin verse también captado por ella y sujeto y ceñido como siervo mísero al carro de tanta gloria y al poder de tanta inteligencia. Le había sujetado el amor y ceñíndole con sus cadenas incontrastables á Semíramis tras su primer afecto de natural extrañeza y su segundo afecto de admiración y maravilla. Como el combustible frío echado á la combustión ardiente se vuelve todo fuego, el afecto sencillo y natural echado al corazón varonil en presencia de una mujer así, tan bella como sabia, se vuelve todo amor. Semíramis había conquistado para Nino á Bactrias, mas para sí á Nino, con todo su inmenso imperio.

La esposa del sátrapa debía ser esposa del emperador. En pueblo donde las esposas á pública subasta se compraban por sus novios, no debía ofrecer muchas dificultades el paso de un hogar á otro. Fácilmente mandaríá Nino á Semíramis la prenda que significaba adquisición matrimonial allí, es decir, aquella oliva pendiente de una cadena, la

cual oliya llevaba inscrito el nombre de su esposo con el nombre de los dioses llamados á proteger bajo su divina tutela familia y hogar. De piedra las he visto yo en los museos europeos, de pedrería enviásele Nino á Semíramis. Tampoco ¡ay! los celos debían imperar con mucho imperio allí donde cada mujer iba por obligación litúrgica todos los años al templo de Milytta y entregaba su cuerpo al extranjero que lo pedía, creyendo así ofrecer el más aceptable holocausto á la más severa diosa. Por consiguiente, un esposo nuevo debía, dada esta facilidad en el comercio entre los sexos, allegar la posesión de una mujer casi común á todos, sin herir mucho al antiguo poseedor y marido. Pero en el caso presente, por nosotros historiado, tal como la tradición lo guarda y lo refiere, todo había de resultar excepcional y milagroso, ajeno de lo vulgar y corriente, como los mayores personajes y las escenas sobrenaturales que vamos ofreciendo á quien leyere. Menón, el sátrapa de Siria, esposo de Semíramis, estaba tan enamorado aún de ella en aquel entonces como el día de su boda. Todo amor puesto sobre la belleza pasa con la fugacidad propia de base tan deleznable y cambiante. Pero el amor, que sustituye al natural y pronto hartazgo de los sentidos, afectos de alta estima y admiración, jamás se cansa; bien al revés, crece con la posesión y toma la

profunda intimidad y la perdurable vida de nuestro propio espíritu. Para el sátrapa sirio Semíramis era, no solamente la esposa en el hogar y en el tálamo, era luz en las tinieblas de su ignorancia, consuelo en las aflicciones de su vida, consejo en los deberes de soberano, economía y ahorro en la hacienda de su región y de su hogar, fuerza en las batallas, descanso en las fatigas, poesía en todos los dolores de una triste realidad, esperanza para la vejez, el sol, y el aire, y el suelo, y el jugo, y el calor de su alma.

El ánimo varonil de Semíramis pegábase de suyo, más que al amor, á las grandes ambiciones. Como naciera para reina y no para esposa, como deseara ser madre de pueblos más que madre de individuos, no hacía caso del amor y de sus penalidades. Sensual, como toda la raza caldea, dominaba el sensualismo siempre que lo exigía el cuidado solícito de otras inclinaciones más altas, como la dominación, ó el apetecido logro de otras propensiones más varoniles, como la propensión á guerras y á conquistas. Ella, que había pasado su vida en cálculos matemáticos y en maquinaciones políticas, realmente apreciaba en poco el obstáculo á sus fines opuesto, y tenía en mucho todo lo conducente á imperio y á dominio. Por tanto, los contratiempos de su marido no la embargaban cosa,

y cuando éste iba del ruego á la cólera, y dirigía terribles amenazas, presentábase á sus ojos como instrumento de una voluntad más alta que la voluntad de los hombres, y constreñida, en fuerza de su destino, á pasar, mal de su grado, desde un tálamo de sátrapa sumiso al trono sublime de dios omnipotente. A medida que mayores objeciones, y tras las objeciones más intensas resistencias oponía el sátrapa sirio á los deseos de Nino y á las inclinaciones de Semíramis, con mayor viveza le presentaba la futura emperatriz del Tigris y del Éufrates lo absoluto del poder en Nino y lo inútil de la resistencia en ellos. El esposo la instaba para que lo siguiese á donde quisiera él llevarla, en la seguridad completa de abrirse camino triunfal desde las orillas del Oxo á las orillas del Mediterráneo, levantando en su hermosísima satrapía un imperio tan vasto como poderoso, y quizá con fuerza bastante para tragarse al mismo imperio de Nino. Semíramis no escuchaba tan desvariados propósitos, y no creía sensato apelar á la rebelión para obtener en último resultado aquello que le concediera la fortuna.

Por su parte, Nino instaba también con vivas instancias, y cuando el sátrapa Menón las desoía, en el ardor de sus celos, apelaba resueltamente á las amenazas. Habiendo conservado la corona por

el triunfo de Semíramis en los muros de Bactrias, creía de su deber compartirla con aquella maga vencedora en los territorios del Éufrates. No creía posible la ida indispensable desde las altas mesetas mongólicas á los bajos valles caldeos sino llevando consigo la mujer triunfante, y no creía posible llevar consigo la mujer triunfante sino con la calidad y rango de su esposa, y, por tanto, reina de los mismos resueltos á tributarle toda suerte de homenajes. Dejar á Semíramis en poder de Menón equivalía, realmente, á decretarle á éste la corona de su imperio, pues desde la hora misma en que penetrara por la brecha de Bactrias y subiera en alas de su valor á la torre más alta tendiendo la victoriosa mano sobre la ciudad rendida, Semíramis concluía y remataba con su figura de diosa y su gloria de maga toda la monarquía. Pero no determinaban el proceder de Nino estas razones políticas; determinábalo una fascinación á la cual no había podido resistirse, un mágico encanto á cuyos halagos cayera en hechizo, un sortilegio semejante á los ejercidos por la magia sobre las personas y sobre los objetos, inclinaciones irresistibles, mandatos poderosísimos, en fin, el amor, con todo su imperio, á una mujer dotada por el cielo de fuerzas como aquellas que los astrólogos atribuían á los astros en el cumplimiento de los humanos

destinos. Nino amó á Semíramis, y Semíramis debía ser la señora de su corazón y la soberana de su inteligencia.

Imaginaos un palacio asirio. Altos muros, semejantes á montañas arregladas según concepciones matemáticas, lo cercan. Sobre los muros levántanse, á guisa de diademas, fuertes y amplias terrazas. Sobre las terrazas pintados pensiles, en los cuales, entre los surtidores de fuentes clarísimas, huelen á porfía las flores y á porfía cantan los pájaros. El sitio donde se levantaba fábrica tan maravillosa bien puede llamarse una fortaleza por lo formidable y por lo inaccesible. Abierto por muchas puertas para que llegasen á él con facilidad los productos de la industria en los cambios del comercio y en los movimientos de la navegación traídos, cerrábase á las irrupciones como si estuviese levantado sobre un campamento. Estos fuertes muros, estas altas terrazas, estos jardines colgantes, hallábanse cortados de vez en cuando por torres compuestas de diversos pisos, las cuales así podían servir al estudio de los astros tan claros en aquellos cielos como al atisbamiento de los irruptores tan numerosos en aquellos tiempos. Tenía el palacio la forma de cualquier letra cabalística, y parecíase más bien á una ciudad populosa que á una vivienda personal de cualquier familia, siquier fuese una familia divina. El sitio

por los hombres ocupado, más abierto y más franco al exterior, distinguíase del ocupado por las mujeres, mucho más oculto, y del ocupado por los sirvientes, que constituían un ejército. Y no contamos para nada los alojamientos militares, distribuídos así por los muros como por los torreones y colocados en forma tal que pudieran ejercer una continua vigilancia y prepararse á una perdurable defensa.

Propíleos magníficos guardados por esfinges aladas y ceñidas de coronas murales; patios semejantes á las plazas mayores de nuestras ciudades más populosas; arcos de medio punto geoméricamente trazados sobre portones gigantescos, tras los cuales aparecían pasadizos en forma de cavernas; salas innumerables más ó menos adornadas según el oficio á que las destinaban; porcelanas multicolores incrustadas entre ladrillos grabados y sobre puertas de bronce terminadas unas por garras, otras por pezuñas; observatorios que decían cómo la ciencia se ligaba con la milicia y con la política en estos colosales edificios; harenes muy reclusos en lo más interno y muy recatados para que no pudiese penetrar en ellos la sensualidad allí tan imperiosa disputando los celos del déspota, constituían un palacio de aquellos tiempos y de aquellos pueblos, palacio semejante, ya lo hemos dicho, á cualquier ciudad grandiosa de nuestros tiempos y de nuestros

pueblos. Por todas partes la escultura verdaderamente rudimentaria puebla tan maravillosos edificios. Y esta escultura tiene un carácter principalísimo que, á primera vista, salta de su seno, el carácter de una mezcla confusa entre los animales y los hombres. La esfinge no es otra cosa. Su cuerpo de león ó de toro, sus patas terminadas en pezuñas ó garras, su rostro sereno de mujer ú hombre, sus alas abiertas para subir, no sólo por los aires, sino también por los cielos, caracterizan estas figuras, en las cuales descúbrese todo lo contrario de aquello que vemos en las figuras griegas, descúbrese la sumisión del hombre á la naturaleza.

Y no solamente aquellos asirios tallaban las esfinges sacras, sino que también los desmesurados colosos. En duro granito, en rojas moles de pórfido, véñse gigantes, calzados de sandalias, ceñidos de armaduras, con túnicas semisacerdotales que les caen hasta los piés, con clámides litúrgicas, pulse-
ras en las manos, en la parte superior del brazo brazaletes, alas caídas y alas alzadas en el dorso, las barbas rizadísimas y entrelazadas con joyas de oro, los cabellos sólidos y pesados cayéndoles de las sienas sobre los hombros, en la mano una especie de cetra para escanciar el agua, y en la cabeza una mitra, puntiaguda en los más, esférica en los menos, rematando con insignias diversas y hasta

con órganos de animales todo aquel aparato. Algunas veces el hombre logra desasirse de las especies inferiores. Una túnica sembrada de jeroglíficos lo viste, un peto esmaltado ricamente lo defiende, un arco puesto en la mano derecha lo arma, una mitra circular lo corona, y letras cúficas expresivas de leyendas históricas y de frases religiosas lo ciñen. Por todas partes veíanse bajorelieves trazados en dóciles y brillantes alabastros que relumbraban como espejos. En estos bajorelieves resaltaban, ya nómadas peregrinaciones, ya fantásticos animales, ya figuras de dioses, ya guerreros lanzando sus flechas, ya cautivos conduciendo las moles graníticas á los monumentos colosales. Unas veces el coloso, desceñido por completo de las organizaciones inferiores, personificaba el tributario que iba en busca de animales raros para ofrecerlos al superior; el guerrero que recibía ó daba órdenes; el sacerdote, sentado en su maravillosa litúrgica sede; la canéfora cincelada para sostener los impluvios; aquellos libadores que ofrecían en copas de oro vino á los dioses; hasta los eunucos, recostados muellemente y puestos junto á los cazadores que vencían y domaban en combates titánicos á las fieras del desierto asirio.

Al pie de tales varias estatuas, en estos grandiosos monumentos, celebraban Nino y Semíramis sus

fiestas maravillosas. Bajo las hondas bóvedas, en las vastas naves, sobre mesas de marfil y ébano, embutidas aquéllas en oro y éstas en plata, brillaban copas de lapislázuli ceñidas de rica pedrería, reflejándose todo ello sobre los jaspes y mármoles del pavimento como se refleja los árboles de las orillas en los cristales del sereno lago. Dominándolo todo, levantábase una colosal estatua de Nemrod, fundida en oro, la cual llevaba sobre su cabeza la tiara de los dioses y á sus piés alimañas muertas en las cazas, cautivos presos en los combates. Las columnas y pilares de mármoles y jaspes bruñidos, coronadas por metales preciosos, ofrecían en sus intersticios halagos á la vista con las reverberaciones que producían candelabros gigantes, cuyos candeleros sostenían llamas de todos colores alimentadas y nutridas por olorosos aceites mezclados con blanda cera. Tras las columnas veíanse las paredes polícromas cubiertas con figuras simbólicas y leyendas litúrgicas. Los lampadarios que iluminaban el sitio donde Nino y Semíramis debían colocarse, alimentados por embriagadores perfumes, eran de oro puro de Ophir. A los acordes armoniosos de arpas, flautas, trompetas, entraban los coros vestidos de gasas varias entonando con sus voces melodiosísimas himnos triunfales á los dioses asirios. Tras los coros venían los sacerdotes con sus

clámides riquísimas de seda y sus barbas lustrosas como si fueran de metales. Tras los sacerdotes venían los sacrificadores transportando todos los instrumentos litúrgicos usados en los primeros templos. Tras los sacerdotes los señores asirios, tan brillantes, que semejaban un río de pedrería, como si esas masas de nebulosas fosforescentes prendidas en lo infinito hubiéranse desplomado sobre la tierra para con esplendor inusitado reflejarse allí en aquellos lustrosos pavimentos.

Al pie de la estatua de Nemrod hallábanse Nino y Semíramis: aquél yacía tendido en lecho que mantenían grandes garras de buitre; ésta se hallaba sentada en amplio sillón, frente á frente de su marido. Como todos aquellos que alcanzan la omnipotencia, no creían estos dos seres, cuasi divinos, ejercerla mientras no lo manifestaran así por algún extraño capricho. Y allí, entre tantas magnificencias como convertían la tierra en una especie de verdadero empíreo, al són de tantos instrumentos como tañían y de tantos coros como cantaban, ebrios de vinos ardientes, trastornados por penetrantísimos perfumes, el oído lleno de armonías y la vista deslumbrada por pinturas, puestos en la categoría de dioses por los himnos de unos, por las adulaciones de otros, por los acatamientos y los homenajes de todos ¡ah! debían bastarles á los dos

las complicidades múltiples de tantos genios misteriosos como se conjuraban para sostener su fortuna y las ofrendas de tantos cautivos como les recordaban sus victorias para no desear cosa ninguna más y creerse verdaderas divinidades, con la tierra y el cielo á su merced y arbitrio. Mas como quiera que todos estos poderosos del mundo concluyen siempre por hacer cualquier singular extravagancia, Semíramis y Nino habían ideado una muy especial, á saber, que presenciase Menón, el esposo abandonado, su felicidad conyugal. Y en el momento de mayor exaltación, cuando las copas rebosaban el licor más ardoroso, y las constelaciones de luces relucían con el brillo más deslumbrador, y los coros de ambos sexos cantaban los himnos más triunfales, y las sinfonías derramaban los acordes más armoniosos, abriéronse las puertas de bronce que daban frente al sacro altar donde bebían los dos soberanos, para que Menón entrara y les prestase acatamiento entre los torcedores de sus celos rabiosos. Las puertas se abrieron y sólo se vió un cadáver. El sátrapa sirio se había en aquel minuto ahorcado. Contra los excesos del despotismo aun hay defensa y refugio en el suicidio.

Indudablemente la memoria de poblaciones tales como las asentadas en los territorios vecinos al Éufrates y al Tigris ha quedado por tal modo viva

en la humanidad, que alrededor de cada una, por obra natural del tiempo eterno y de la fantasía humana, se ha como cuajado una brillantísima leyenda. Nino representa la fundación y grandeza de Nínive; Semíramis representa la fundación y grandeza de Babilonia. Siglos y siglos han pasado hasta hoy desde tan fabulosos tiempos, pues aun rielan los nombres aquellos en las áureas arenas del desierto y en las mansas aguas del Éufrates. Como la imaginación hase aquí sustituido con todas sus fantasías á la historia y á sus rigurosas exactitudes, no se han contentado los tiempos legendarios con transmitirnos de Semíramis una leyenda sola; hanos dejado varias. Según unos cuentos Nino tuvo en Semíramis un heredero, y sintiéndose morir al poco tiempo de haber gustado tamaña felicidad, legó en testamento al hijo la corona y á su mujer la regencia. Otro relato dice que las ambiciones desapoderadas de Semíramis pronto se deshicieron de Nino, cual se habían deshecho de Menón. El gran monarca tuvo que huir al trono para libertarse de una muerte cierta que su ambiciosa mujer le hubiera indudablemente infligido sin escrúpulo, de continuar él reinando como antes. Y hay quien refiere una increíble conseja, aun más curiosa. Acostumbraban los asirios un día en el año trastocar los papeles de su casa y hacer á los siervos se-

ñores y á los señores siervos. Semíramis en esta leyenda no es mujer de Nino. Encontrada en el despojo de una batalla, es sierva y sólo sierva. Llegado el día en que, por añeja costumbre, los siervos resultan señores y los señores siervos, ocupó Semíramis el trono de Nino, y ya en el trono, empleó las veinticuatro horas que le tocaban de soberanía en mandar la muerte del monarca y colocarse, soberbia, en su lugar. Fuere lo que fuere de todo esto, en el fondo queda que hubo una mujer, la cual gobernó sobre Asiria, dando margen por sus múltiples hechos y por sus rarísimas facultades á tantas y tan maravillosas leyendas.

Lo cierto es que á su nombre se refieren mil históricos sucesos. Ella construyó en el bajo Éufrates la simpar Babilonia; puso en las encrucijadas múltiples de su imperio factorías adscritas á mantener el comercio; alzó, trayéndolo de Armenia, un obelisco prodigioso, que parecía tocar á los cielos; sometió los medas insumisos; creó un edén por el monte Magistán, cubierto de flores desde la cumbre al pie; talló en los riscos de montañas altísimas su propia estatua, rodeada con las estatuas de sus cien guardias; levantó el palacio interminable de la hermosa Ecbatana, y subió á sus terrazas altísimas las aguas ocultas en los hondos valles; llegó á los desiertos de Abisinia y á las montañas de la negra

Etiopia; pasó desde las arenas del Egipto hasta las selvas de la India, dejando por todas partes en el espacio monumentos colosales que resultaran jalones indicativos de su carrera y testimonios fehacientes de su poder. La tradición ha conservado inscripciones suyas, que se leían hasta en tiempo de Alejandro, y que dicen así á la letra: «Yo he regido el imperio de Nínive, que toca en el Oriente al río Inamanes; en el Mediodía á la tierra del incienso y de la mirra; en el Norte á los sacios y á los sogodios. Antes de mí ningún asirio vió el mar, y yo sola exploré cuatro mares nunca hollados antes: ¡que tan lejos estaban! Los ríos han corrido por donde yo les he mandado y subídose á impulsos de mi mano por los montes más altos para regarlos y convertirlos en verdaderos edenés. Las tierras secas se han trocado en fecundas, los riscos solitarios en fortalezas, las laderas inaccesibles en caminos, merced al hierro de mis arados y al acero de mi espada. Mis carros han ido por donde no iban en otro tiempo ni las bestias feroces. En medio de tantas empresas, no he descuidado los amores y hasta he tenido tiempo suficiente para consagrarme á los placeres.»

Esta mujer, que un sacrilegio había engendrado, un templo recibido el día de su nacimiento, las palomas criado en las montañas inaccesibles, los pas-

tores descubierto al mundo, un severo intendente regio educado, un sátrapa de Siria desposado, el sitio de una ciudad puesto entre los héroes, el amor de Nino alzado á diosa, las correrías desde los etíopes hasta los escitas y desde los nubios hasta los indios colocado entre los conquistadores, la construcción de Babilonia héchola eterna en la historia, sus magias y sus sortilegios convertídola en una especie de bruja ó hechicera, debía educar un príncipe su heredero y sucesor como Ninias, para que perpetuase aquella su autoridad en el trono, hasta convertirse, por último, en paloma, como las que nutrieran su niñez, y, abriendo las alas, ascender á las alturas, trocada por un verdadero milagro en estrella y en estrella luminosísima de los cielos de Asiria, donde cada uno de sus astrólogos le añadía una virtud y cada uno de sus poetas le mandaba una leyenda. En ninguno de los personajes históricos ó legendarios hanse, cual en ella, unido el odio y el amor. Tras largas meditaciones, tras porfiados combates, entre verdaderos estudios referentes unos á las artes militares y otros á las artes plásticas, ya intendente, ya gobernadora, ya generala, ya emperatriz, ya constructora, ya mercadera, sobria y sensual, tan fácil á los placeres ligeros como á las altas empresas, maga, hechicera, bruja, endriago, sortilégica, es á la postre símbolo brillante de toda la civi-

lización asiria, como uno de aquellos colosos que tienen perdidos sus piés en las arenas del desierto y su cabeza en las estrellas del cielo. Y lo cierto es que, no solamente vuela el nombre de Semíramis por las orillas del Tigris y del Éufrates, sino que brilla también sobre las montañas de Asiria.

¿Qué es realmente tal mujer? Pues una personificación y nada más que una personificación de Babilonia. Esta personificación debía resultar múltiple para corresponder á la multiplicidad también de facultades y á las varias manifestaciones de vida que guarda y encierra una ciudad. Podrá todo ser en ella legendario, falsa la cronología que se le asigna, falsos los accidentes de su historia que se refieren, obra de la poesía y de la leyenda; pero no puede negarse, no, que jamás tales nombres en la memoria humana se agrandan y á la corriente del tiempo se mezclan, y en el cielo de la inmortalidad penetran, y el brillo de los astros toman en apoteosis interminable, sin que tengan para todo esto una base histórica sobre la cual se levanten tales gratuitas atribuciones del nacimiento de Babilonia bajo su advocación y del número de victorias alcanzadas en otro tiempo y reunidas por el consentimiento universal en su preclaro nombre. Semíramis resulta una diosa del Olimpo asirio transportada por las leyendas históricas al seno de la realidad

viviente. La diosa Istar es hija de la diosa Derceto como Semíramis; ha nacido, como Semíramis, en Ascalón; se ha criado al pico de las palomas, y puede confundirse con la divinidad grabada en las monedas asirias que aún se conservan en los museos nuestros, la cual divinidad está de pie junto á una quilla, coronada la cabeza de torres, la vibrante lanza en su diestra, las palomas á sus piés y en guisa de antigua esfinge terminada en cola de pescado. Estas divinidades ictioformes, como estas palomas sacras, han obtenido que se las recogiera de la tradición y se las colocara en la realidad; porque si es difícil separar del saber astronómico las viejas astrologías como las alquimias de la química, imposible separar la leyenda de la historia.

Estaba de Dios que debía continuar el carácter mítico y legendario de Semíramis hasta nuestros mismos tiempos. Derceto, su madre, significa, tanto en lengua sanscrita como en asiria, todo aquello que hiere los sentidos y llama la natural atención por su forma externa. Semíramis, en los dos idiomas, en sanscrito y asirio, tiene dos acepciones, las mismas que vemos en sus historias y en sus símbolos, acepción del amor que crea y acepción del combate que destruye ó aniquila. Su nombre, pues, resulta un verdadero nombre simbólico de aquella su vida exaltada que se bifurca entre los afectos

de amor en su palacio y los afectos de guerra y de odio en sus militares y políticas empresas. Semíramis, pues, aparece á los ojos de la historia como un jeroglífico de los entallados en las pirámides y en los conos asirios, como un coloso granítico de los hundidos en las áureas arenas del desierto. Personaje histórico, en torno suyo hase cristalizado una leyenda. Y esta leyenda la reviste de todas cuantas cualidades parecen á la fantasía universal necesarias para representar la mujer, que así domina sobre los corazones como domina sobre los imperios. La tradición universal, reproducida en la pintura, en la estatuaria, en el teatro, quiere que Semíramis haya sido tan poderosa para detener á sus contrarios con el prestigio de su hermosura como con el filo de su espada. Así el escultor antiguo, de tiempo inmemorial, de nombre ignorado, nos la presenta sometiendo una insurrección, sin más armas que sus ojos y sin más autoridad que su belleza. Esta creencia de que Semíramis había sojuzgado á innumerables rebeldes sólo con sus gracias, ha trascendido á las artes y á las letras de nuestro tiempo.

Calderón, el mayor de nuestros poetas dramáticos, al presentarla en escena, pone de bulto estas condiciones capitales de su genio, que parecen á primera vista contradictorias. Así nos la ofrece, pei-

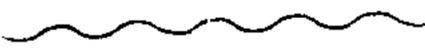
nándose ante su espejo, con la gracia y la ligereza propias de una joven beldad que se huelga y se recrea en la contemplación de sí misma, como si toda la vida no hubiera hecho ninguna otra cosa más que adornarse de femeniles joyas y divertirse con placenteros esparcimientos. Pero así como la suave y licenciosa gata se trueca en tigre cuando la molestan ó la hieren, Semíramis aparta sus esclavas, tira sus ornamentos, quiebra sus lunas, en cuanto un gobernador insumiso y un cortesano audaz la ofenden, y saca debajo de sus gasas y preseas las uñas de leona. En la pintura moderna Mengs ha trazado también con algún vigor esta dramática escena de Semíramis, no obstante sus condiciones de pintor frío y académico. La diosa está circuída de damas que le presentan todos los arreos femeniles; pero las desprecia y las desoye sin parar mientes en sus ofrendas, suspensa del inquieto labio de un guerrero, que le trae belicosas nuevas y despierta en ella su natural militar, muy superior á todo cuanto haya podido darle de la propia y privativa complexión el sexo suyo, la débil naturaleza de mujer. Mas no paran aquí las diversas transformaciones que ha revestido el carácter y el genio de Semíramis en las letras modernas, después de haber tan poderosamente influído sobre las letras antiguas.

Crebillón escribió una tragedia sobre Semíramis, mas falta por completo de sentido y de lógica; para cerciorarse de lo cual no hay sino saber que nos presenta un hermano fantástico en conspiración perpetua contra su hermana, y á ésta enamorada perdidamente de su hijo Ninias, sin que ni las historias ni las fábulas puedan cohonestar tales invenciones. Voltaire, ofendido gravemente de que Crebillón obtuviera sin sus méritos premios á él regateados siempre por la corte aquella, escribe una tragedia sobre Semíramis, en que la pinta matando á su esposo Nino y persiguiendo á su hijo Ninias. Indudablemente no hay drama en la moderna literatura bordado sobre las tradiciones de Semíramis como el drama de Calderón, *La Hija del aire*. Yo conozco muy bien que adolece la pieza de falta en el colorido local y en la propiedad histórica; que los personajes hablan como los argumentadores del siglo décimoséptimo y á veces como sus culteranos; que la hipérbole á cada paso estalla y el mal gusto degenera muchas veces en triste churriguerismo literario; que huele al Manzanares el Éufrates, y á los jardines del Retiro los pensiles de Babilonia; que nuestra teología y nuestra política toman carne, y sangre, y hueso en tipos de apartadas edades poco propios para personificar el alambicamiento de la excesiva cultura española en aque-

lla edad, todavía marcada con el sello de nuestras antiguas grandezas; pero hay tal fuerza creadora en el poeta, intuiciones tan milagrosas, inspiración tan divina, mezcla por tal modo extraña entre las cualidades propias del épico y las cualidades propias del dramático y hasta del cómico, estudio y conocimiento tan profundos del humano espíritu, que jamás habrása podido representar tan de relieve como allí se representa la suma en Semíramis ó la síntesis, diríamos mejor, de las aptitudes y propensiones de una hembra con las aptitudes y propensiones de un conquistador.

Pocas veces la musa trágica tan alto se ha levantado cual se levanta en este drama, cuando Semíramis tolera que Nino saque los ojos á su protector Menón, que le había dado á ella la vida y sólo pedía en cambio su amor. El efecto trágico lega en estas escenas á sus mayores y más intensos escalofríos, cuando Semíramis trueca el amor mutuo con Menón, en el cual se hallaba la felicidad serena y doméstica, por el trono de Nino, donde sólo podía encontrar satisfacciones para su ambición y su codicia. El momento de salir la corte, y al ascender Semíramis y Nino á su trono, colocado en deleitoso jardín, presentarse Menón ciego porque la debilidad increíble de su amada y los celos de Nino le han arrancado los ojos, es un momento de tal

corte dramático y de tanta trágica fuerza, que no se olvida jamás. ¡Cuánta diferencia de los artificiosos amores y de las compasadas escenas en que Crebillón y Voltaire han trazado sus Semíramis, á los sublimes trazos calderonianos representando en la primera y segunda parte de tal drama la incontrastable ambición en toda su intensidad y en todo su terrible desapoderamiento! He ahí lo que Semíramis era ante todo, sobre todo, lo mismo en el tocador de sus afeites que bajo la tienda de sus campañas; lo mismo ante los altares de los dioses que sobre los tronos de los reyes; lo mismo en su cuna de palmas que allá en su brecha de Bactrias; lo mismo cuando acepta el homenaje servil de los cortesanos que cuando dirige y regula el valor de los ejércitos; la mayor ambición quizá que pueda registrar la historia en sus anales hasta la consumación de los tiempos.



ESTHER

Indudablemente no podríamos concluir esta galería de las mujeres orientales, á quienes creemos típicas de sus respectivas civilizaciones, si no pudiéramos aquí, tras las indias, tras las caldeas y asirias, tras las chinas, aquellas mujeres que representan la civilización semita y la civilización irania en toda su plenitud. Hemos, en volúmenes anteriores, presentado, así el carácter general de la mujer hebrea como algunos de sus tipos más bellos en los orígenes de la civilización y en los comienzos de la historia. La madre nuestra, Eva; la mujer de Noé, que mantiene la perpetuidad, tras el diluvio, de nuestro humano linaje; Sara, genuína representante de la sociedad nómada; la hija de Jefté, nos han ofrecido favorables ocasiones de contemplar á la mujer hebrea en los primeros tiempos de su aparición y en los primeros albores

de su historia. No cumpliríamos, ciertamente, con el fin que nos proponemos de contemplar la civilización bajo su aspecto femenino en esta galería histórica de las mujeres célebres, si nos faltase un tipo femenino perteneciente á la época en que la civilización judía llega por completo á su madurez y á su robustecimiento. Por eso hemos escogido un tipo en el cual se vea toda la influencia benéfica por los judíos á sus mujeres atribuída en sus tradiciones y en sus libros hasta el punto de creerlas sus salvadoras y de fundar fiestas conmemorativas consagradas á la celebración y apoteosis de sus innumerables beneficios. Y para esto no hemos encontrado tipo ninguno tan propio como el tipo de la reina Esther, cuyas relaciones con los persas nos permiten adelantar algo respecto de este pueblo, al cual queremos ver en ocasión más propicia, como la célebre de sus guerras médicas, tan profundamente relacionadas con la civilización universal.

No debe perderse de vista jamás en el estudio de una mujer cualquiera los caracteres generales que reviste su sexo en el pueblo á que pertenece. No brilla la civilización hebrea por su originalidad. Nómadas venidos de Caldea sus primitivos fundadores; discípulos del Egipto su primer legislador y sumo sacerdote; poderosamente influídos los reyes de Jerusalén y la tribu de Judá por sirios y feni-

cios; esclavos luégo de Nínive, de Babilonia, de Susa, por todas partes han ido tomando mucho de aquello que podían darles en su contacto con ellos las ajenas civilizaciones. Así hemos visto que la tradición, por ejemplo, del diluvio, resulta una tradición caldea, y que los principales preceptos mosaicos una tradición egipcia. Pero no puede negarse que ciertas leyendas y cierta simbólica religiosa se tiñe del espíritu israelita, el cual queda idéntico siempre á sí mismo, á pesar de todas sus copias, de todas sus traducciones, de todos sus plagios. Y si bien el Paraíso judío está tomado, en parte, de las tradiciones asirias y caldeas, adquiere un carácter distintivo suyo que no puede por manera ninguna desconocerse y olvidarse. En la Biblia mazdea, en la Biblia escrita por Zoroastro, los dioses del mal atacan al primer matrimonio para perderlo y ahuyentar del mundo la inocencia, la felicidad y la virtud; pero en la Biblia hebraica, Satanás, que personifica el mal, tienta y seduce á la mujer para que la mujer pierda con sus protervos consejos al hombre. Así resulta Eva la serpiente de Adán.

A consecuencia de tal drama, en toda la tradición bíblica la sombra del funesto manzano que destiló la triste levadura del mal sobre la tierra oscurece á la mujer. Por ella perdimos el Paraíso, donde no había sombra ninguna de mal; por ella

nos despojamos de nuestra inocencia, que nos hacía tan felices en brazos de la naturaleza; por ella gustamos todas las acerbidades y todas las acedías de nuestra mísera existencia; por ella nos enredamos en el mal y nos caímos en brazos de la muerte. Así por toda la civilización hebraica se conoce como el dejo amarguísimo que transmite al tiempo y al espacio esta primera culpa de la primera mujer. La desestimación del sexo femenino pasa desde las edades hebraicas á las primeras edades cristianas. Los padres de la Iglesia participan un tanto del concepto que les transmite la idea hebraica, madre del cristianismo. Necesitóse un movimiento muy adelantado y progresivo de la civilización para que surgiese poco á poco el tipo sobrenatural de la Virgen Madre y quebrantase bajo sus piés la cabeza de aquella serpiente cuyo áspid ha emponzoñado toda nuestra vida.

Y á pesar de esto no puede negarse que la mujer ejerce grandísima influencia en el pueblo hebreo. Ya lo hemos visto en las mujeres trazadas en otros libros y puestas en otras secciones de nuestra historia. El pueblo donde la hija de Jefté se inmola por todos los suyos, y Ruth traza el idilio que todavía nos hechiza en estos nuestros tiempos, y Débora produce con su acento el cántico belicoso quizá más antiguo en los anales humanos, y Judith salva

con su esfuerzo á Betulia, y brillan mujeres como Esther, no puede, no, decirse que sea un pueblo de todo en todo ajeno al culto que la mujer exige de los pueblos verdaderamente civilizados y espiritualistas. Pero sucede por ley natural que pueblo semita el pueblo hebreo, no tiene de la familia el puro concepto que han tenido nuestros padres, los indohelenos, á quienes llamamos arios. La unidad pura de Dios, el concepto espiritualista de la Providencia no han excluído ciertas propensiones idólatras del pueblo hebreo, y hale sucedido en moral pública y privada cuanto en religión le ha sucedido también. A pesar de los preceptos mosaicos, y del Decálogo, y de aquel mandamiento que le prohíbe codiciar la mujer de su prójimo, el hebreo está demasiado cerca de los pueblos polígamos para no caer un tanto en la poligamia, y lleva demasiada sangre semítica en sus venas para no levantar el harén como parte integrante del palacio. Así la mujer alcanza una grande influencia física más que una grande influencia moral entre los hebreos.

Las gracias de una hebrea perdieron á Sísara. La noche aquella en que Judith acaba con Holofernes, por cualquier lado que se la mire y se la juzgue, resulta una verdadera noche de prostitución. La mujer judía se ha puesto sus joyas más preciadas y se ha vestido con sus trajes más vistosos. El cuerpo

suyo, adobado con toda clase de perfumes, embriaga y enloquece. Zumos bien olientes dan á sus labios y á su respiración atractivos enloquecedores. Hase marchado sola y se ha metido en la tienda del general con provocaciones al vicio y al placer. Ella lo atiborra en babilónica cena, lo emborracha con la mixtura infernal de todos los vinos, y cuando ya le tiene por completo exhausto en su lascivo seno y sobre su voluptuoso tálamo, lo mata, salvando á su pueblo, más que con los esfuerzos de su valor, con los atractivos de sus carnes. Pues algo semejante sucede con Esther, á quien deseamos historiar guardando á su historia todo el respeto que nos hemos propuesto á las tradiciones y sin detenernos á contemplar su realidad mucho más tiempo de aquel que necesitamos para salvar nuestra conciencia de historiadores. Pero lo cierto es que ha instituído el pueblo judío una fiesta por su salvación en cierto instante histórico, y tal fiesta sólo conmemora el influjo ejercido por una mujer muy bella, influjo esencialmente sensualísimo sobre un rey muy comido y devorado por toda clase de vicios.

El criterio histórico moderno tiene que apreciar el verdadero valor de libros tales como el referente á Esther. Y así no puede caer, ni en las admiraciones efusivas de los judíos que lo cuentan entre sus

más gloriosos blasones de tribu, ni en la fe del carbonero con que se han admitido en posteriores tiempos todos estos relatos, encubriendo las contradicciones y las inverosimilitudes que pululan en ellos tras el sacro velo de nuestros santuarios. Primeramente no se conoce rey persa ninguno en la cronología de su imperio con el nombre de Asuero. Los más eminentes críticos del Antiguo Testamento creen que Asuero es Gerges, y se fundan para ello en las consonancias que hay entre un Asuero como el de los libros sagrados y un Gerges como el de los libros helenos, crueles ambos en sus actos, déspotas en sus gobiernos, sensuales en sus propensiones, vengativos en sus rencores. Creen que Asuero sea Gerges por corresponder las asambleas de primates y sátrapas contadas en los libros griegos como preparativos á sus expediciones contra la Hélade y las asambleas contadas en el relato urdido sobre la reina Esther. Los años atribuídos en la historia sacra y en la historia profana de consuno al reinado de Asuero y Gerges concuerdan é inducen á creer en su identidad. Pero, sea de esto lo que quiera, no puede atribuirse un valor puramente histórico á este libro de la reina Esther, por muchas y muy valiosas razones. Primeramente contrasta de tal suerte con todos los otros relatos bíblicos que lo diríais aparte, según lo singular y lo extraño,

como si nada tuviese, no ya de idéntico, de análogo siquiera, con los otros libros sacros.

En estos se oye, más que en ninguna otra, la nota teológica. En el relato de la reina Esther se oye la nota política. Todos los encarecimientos y todos los superlativos se relacionan en las demás obras bíblicas de seguro con el nombre de Dios, y el nombre de Dios parece aquí proscrito. Todos los comentadores, Baumgartem y Kuenen con especialidad, apuntan esta observación, la de que no aparece jamás en el libro de Esther el nombre de Dios, como si la tierra se hubiera al cielo sustituido y el pueblo de Israel al sumo Jehovah. Verdaderamente, la religión que predomina en este libro no parece tanto una religión teológica cual una religión política. La fecha del libro no puede fijarse con exactitud, pero debe deducirse de sus relatos. Y como se haya escrito para narrar el origen de una fiesta litúrgica y religiosa conocida con el nombre de *Purim* y los primeros rastros de tal fiesta encontrados sólo remonten á tres siglos antes de Cristo, quiere decir que tres siglos antes de Cristo debieron estas historias escribirse. Creen algunos que la fiesta de *Purim* no debe considerarse sino como una fiesta de los persas, consagrada por éstos á la primavera y copiada luégo por los judíos. Mas, vista la repugnancia de los últimos á todo cuanto de

suyo trascendiese á idólatra y pagano, hay que repugnar el origen dado por ciertos eruditos como Meyer á la fiesta pública. En tiempo de Josefo y en tiempo de los Macabeos existía ya el relato de la reina Esther, y tal seguridad y certeza nos determina con determinación incontrastable á creerlo nacido en el siglo tercero anterior á nuestra era cristiana.

Deben, además, notarse las grandes interpolaciones que penetran en todos estos escritos y que obligan á examinarlos muy despacio. Una concienzuda meditación de quien los examinara con solícito cuidado llevaríale á creerlos hechura de un judío palestino, muy sabedor de cosas persas, pero hechura más tarde alterada con aditamentos alejandrinos. A lo mejor, en el seco relato judío se tropieza con párrafos mágicos y párrafos religiosos, los cuales apenas se suman al resto de la narración y están allí cual extraños á ella y metidos adrede con escaso artificio en el interpolador. En varios puntos la historia sólo sirve para desenvolvimiento retórico, y se invoca, no como ampliación de lo contado, como materia de discurso. Hay en él ficciones muy groseras, que no solamente carecen de verdad, sino que carecen también de verosimilitud. La lengua no tiene pureza ninguna. Cargada por todas partes de nombres extranje-

ros, huele á relación de cautivo que ha visto á los persas muy alto y se ha visto á sí mismo muy bajo: Pero de cualquier modo que sea, nosotros no podemos exentarnos de copiar el tipo presentado en esta relación. Historia, novela, discurso apologético, narración litúrgica explicatoria de una fiesta ritual antigua, sea lo que quiera, decimos de la reina Esther lo ya dicho de Kumarita, de Damayantia, de Urvasia, de los varios retratos puestos en este libro, la poesía excede muchas veces en verdad á la historia.

Comienza el relato con múltiples noticias de la grandeza que resalta en Asuero. Para encarecerla bástale decir que contaba en su imperio ciento veintisiete provincias, las cuales extendían su territorio desde los calcinados arenales de la seca Etiopia hasta las selvas fecundísimas de la húmeda y próspera India. Como se ve, todos estos caracteres cuadran por completo á un rey, el cual tuviese la gloria de aquellos que habían constituido vastos imperios en las orillas del Tigris, en las orillas del Éufrates, en los valles de Persia, pues apenas podrían reinar si no abrazaban dentro del recinto de su imperio desde la desembocadura del Ganges hasta la desembocadura del Nilo. Aquella inmensa cuenca de Persia, ceñida por todas partes con un anillo de montañas, consistía en espaciosa soledad.

des, sobre las que se había revolcado el mar en otro tiempo, ligeramenté onduladas por colinas de un rojizo color, que les dan el aspecto de nubes caídas desde lo alto y solidificadas por maravillosa manera. No hay aquí aquel Éufrates que baja de los montes armenios y desemboca en los mares, formando una especie de mar abreviado antes de la desembocadura. No hay aquí sino arenales inmensos y montañas áridas, algunas veces en compañía, ya de arroyos, ó ya de torrentes, que, doquier fluyen, esparcen prodigiosa fecundidad. Naturalmente, aridez tan grande obliga de suyo á un expatriamiento. Y como quiera que tal expatriamiento necesario sólo pueda contrastarse con la conquista y con los recursos por la conquista procurados, el persa deberá romper tierras afuera con todo cuanto le circunda y constituirse por necesidad en tirano de sus vecinos. El imperio persa resulta en la historia un imperio á caballo. Su largo cetro no es más que una larga espada.

En aquel clima se recogen á manos llenas los ardores del combate. Por muchas partes se oyen, allá en las hondonadas, mugir los volcanes. Por otras partes sale nafta encendida como hirvientes aguas del infierno. Aquí la Ircania con sus tigres, allá el Macenderán con sus marismas. Alguna vez la montaña filtra un arroyo ó impele un torrente, y en-

tonces el olivo y el granado se juntan á la morera y á la palma. Pero donde no hay agua el calor llega en su intensidad á tales extremos, que da rabia y locura de muerte. Tres zonas tiene Persia: la meridional, seca; la media, cultísima; la septentrional, inculta. El cielo, en cambio, resulta de una incomparable claridad. Los áridos desiertos envían á los horizontes unos esmaltes, y unas reverberaciones, y unos reflejos, de los cuales, ni en Italia, ni en Valencia, ni siquiera en Andalucía, podemos tener idea. La intensa luz allí, no templada como en el trópico húmedo por vegetales de todas clases, recogida en verdaderas planchas metálicas que la rebotan de nuevo arriba, lo penetra todo, lo envuelve todo, lo calienta todo, lo anima todo. El cobre, y el azufre, y el oro, y el lapislázuli, y el zafiro, y las turquesas, y las amatistas, ciñen á Persia como con una diadema de pedrería. El persa se querella con facilidad y con facilidad se apacigua. Pasa del ímpetu á la concordia de un salto. Guerra sin descanso y comercia con cálculo. Monta en su caballo de guerra con la misma facilidad que unce los bueyes y ejercita el arado. Los iranos representan con mayores títulos que los asirios y que los caldeos la familia por excelencia guerrera de nuestras razas arias. En aquel desierto de fuego, en aquellas altiplanicies de verdadera

desolación, donde se tocan los más opuestos climas y en veinticuatro horas se conocen los mayores cambios de temperatura, por necesidad ha de criarse una raza vigorosísima, tentada por su interior compleción á la conquista. Colocados los iránicos entre la India y la Caldea su posición geográfica les lleva naturalmente á su sér como una síntesis real é histórica.

Hales mucho servido para este fin su gran legislador Zoroastro. Los materialistas de la historia dicen que los pueblos se forman en su territorio, arrastrados por animales instintos, cual se forman los enjambres en sus colmenas. Y yo creo que los pueblos se animan á una idea y viven por un libro. Los vedas en la India, los magos y astrólogos en la Caldea, Confucio y Budha en la China y en el Japón, en Judea la Biblia, en Egipto el papiro consagrado á la memoria de los muertos, el Zendavesta en Francia y Persia, representan lo mismo que representan entre nosotros los Evangelios, ora leídos en el hogar de Londres y de Boston, ora cantados en San Pedro de Roma y en San Isaac de Moscou, que razas varias deletrean desde los hielos de Islandia, en el polo Norte, hasta los desiertos de Patagonia, en el polo Sur, sosteniendo las almas y avivando las civilizaciones con su verbo inmortal. Esta Biblia de Zoroastro está inspirada en lo que anima

y enciende todo el Irán, está inspirada en la vivificadora luz. Los genios del bien y del mal empeñan en sus páginas un combate que puede llamarse ideal de la conquista y teología de la guerra. Mas para que todo resulte con una grande consonancia entre lo material y lo intelectual, este libro, de un lado henchido como el Corán por guerrero espíritu, resulta de otro lado el código rural de los labradores pacíficos, y si en ciertas de sus páginas mueve á verter la sangre roja y encendida, en otras de sus páginas adora el agua, tan amada por aquellos terrones sedientos y le ofrece un verdadero culto.

Entre todas las religiones asiáticas, fuera de la judía, es indudablemente la religión de Zoroastro aquella que más se determina por la idea del bien, y donde mayor parte indudablemente aquista y toma la moral. Por eso hanla llamado con fundamento religión de la luz por el principio que adora, y religión de la libertad por el fin á que tiende. Bien al revés de los dogmas budhistas, fundados en el pesimismo, el Zenda persa está fundado en el optimismo. El bien es la sustancia de todas las cosas. La negación del bien, ó sea el mal, está fuera de las cosas mismas. En el dualismo persa combaten los bienes con los males, pero defendiéndose á una con todas sus fuerzas aquéllos y soterrando muchas veces bajo su inmensa pesadumbre á éstos.

La luz resulta la primera y necesaria manifestación de todas las cosas. Todo es luz, hasta en el seno de las tinieblas mismas. Quien adora la luz eterna, impalpable, infinita, universal, adora indudablemente algo que se acerca mucho á Dios. El bien y la luz se identifican en la religión de Zoroastro como la celeridad del pensamiento y la celeridad del éter se identifican casi en las realidades vivientes. Mas no puede negarse que hay oscuridad, y que la oscuridad combate á la luz. De aquí el dualismo, de aquí la oposición, de aquí la guerra. Pero así como siempre vence á las tinieblas la luz, siempre vence al mal el bien. El fuego creador es como el espíritu universal en la religión de Zoroastro. Orzmud aparece la personificación viva de tan sublime ejercicio. Arhman es el principio del mal, el principio de las tinieblas; ambos combaten, y por eso puede llamarse á esta religión, cual ya hemos dicho, la teología de la guerra.

La idea teológica del bien debía trascender al primero de los santuarios donde se adora el bien, debía trascender al hogar é ingerirse como indispensable levadura en la familia. Ya lo hemos dicho muchas veces; los arios, sean iranios, sean indios, sean helenos, sean latinos, profesan á la familia un culto muy diverso del culto que le profesan los semitas. Esencialmente ario Zoroastro debía

fundar una familia muy fuerte y muy unida. El padre dispone de la hija, la entrega por su voluntad al novio, pero adornada con toda clase de joyas y sin decirle una palabra de la dote. La fórmula del matrimonio resulta de una primitiva sencillez, ateniéndose á palabras casi monosílabas que son las más irrevocables. El novio pregunta con dulce interrogación al padre de la novia si quiere darle aquella virgen, su regocijo, el regocijo de los cielos y de la tierra, para formar con ella un cuerpo y un alma, compartiendo el gobierno de la casa. Entonces el mobed pronuncia una oración epitalámica ó nupcial, verdaderamente pura, en la que incita los novios á practicar todos los bienes y desasirse de todos los males, huir de la cólera, de la violencia, del orgullo, de la vanidad y de la envidia, corrigiendo á sus enemigos, amando á sus amigos, para convertirse, después de haber ejercitado en el mundo todas las virtudes, hacia el cielo, y recibir de allí un beso inmortal que divinice, transformándolo, al hombre, y le abra los horizontes de la eternidad. La mujer para Zoroastro aparece como la compañera inseparable del marido, y comparte su propia dignidad. El amor no puede santificarse para Zoroastro sino en el matrimonio. Y los mayores castigos infligen sus leyes á quienes intentan satisfacerlo fuera de tan perfecta y necesaria sociedad.

A pesar de todo esto, veremos en el sacro libro de la reina Esther la poligamia en favor y el rey Asuero en harén. Mas esto debe atribuirse, primero, á perversiones llevadas por todos los sacerdocios á todos los cultos; segundo, á la naturaleza corruptora y sensual de todo imperio; tercero, al contacto de aquellos iránicos con los principados circunvecinos que pervirtieron mucho sus costumbres.

Dadas tales nociones capitalísimas respecto á la religión persa, digamos cómo había degenerado ésta mucho en tiempo de nuestra historia por los males que lleva consigo el despotismo. Para gozar de la paz rural y para obtener el cultivo seguro, necesitaban los reyes antiguos dilatar sus conquistas por todas las fronteras y tener con mayor cuidado en obediencia y en respeto á todos los circunvecinos. Los reyes desgraciados, á quienes una grande adversidad perseguía, conservaban mejor la parte moral de la vida que los reyes felices y descansados en brazos de una paz profunda. En cuanto salían de la guerra y llegaban á encerrarse dentro de su palacio, lo ardiente del clima y lo sensual de la sangre les incitaba vivamente al placer, y consumían los ocios naturales á un estado feliz en holgorios y goces perpetuos. Aquellos palacios de los déspotas persas parecían, como los palacios de los déspotas asirios y egipcios, verdaderas ciudades.

Las ruinas de Persépolis, habitadas hoy por el kurdo y por el turcomán, que abre cavernas en sus dispersos fragmentos, parecen cordilleras de grises mármoles, cortadas en espacioso anfiteatro, á guisa de cuenca ú hoya natural. Sobrepuestas las moles unas á otras, diríais que las habían subido á las alturas ciegas fuerzas de la naturaleza y no el trabajo y la industria nuestra, pues parecen verdaderos montes caídos en masas enormísimas desde lo alto unos sobre otros. Por sus rampas pueden subir legiones de jinetes. Por sus escalones pueden diez visitantes ir en fila. Algunas de las pilastras, aun erguidas hoy, parecen pertenecer por su grosor y por su enormidad á otro planeta, y os impresionan como los montes de la blanca luna vistos por los lentes del escudriñador telescopio. Alternan las columnas cilíndricas con las pilastras cuadradas como en los edificios asirios, y sobre sus estriás, en el superior friso, álzanse cabezas dobles de animales fantásticos, reunidas por sus sendas nuca. Aquellos peristilos inacabables, aquellas terrazas dispuestas á recibir jardines aéreos y colgantes, aquellos coros de gigantescas esfinges puestos en procesión á uno y otro lado, aquellos frescos representativos de combates con animales simbólicos, aquellas inmensas cámaras apercebidas para las asambleas y para los festines, los lotos que todo lo

adornan, los sacerdotes alados llevando candelabros de fuego sacro en sus cabezas unguidas, las miniaturas, las incrustaciones, las riquezas varias, daban á tales palacios asiáticos todo ese lujo del Oriente que ha pasado á proverbio en las lenguas y que representa hoy en el concepto nuestro uno de los caracteres más sobresalientes y más propios del Asia.

En tales palacios comienza el histórico libro de la reina Esther. Corría el tercer año de su reinado, y Asuero lo celebraba con fiestas inenarrables. Todos los príncipes de Persia y Media, esparcidos en las satrapías imperiales, todos acudieron á la cita y se asentaron á la mesa. No lo creeríamos si tantos otros testimonios fehacientes no contaran cómo se sucedían unas á otras estas festividades en aquellos días, interrumpiéndolas tan sólo el tiempo concedido al sueño y al descanso. Ciento ochenta días seguidos duró el banquete. Cumplidos estos ciento ochenta días abrióse otra comida para el pueblo de Susa, capitalidad vastísima de Persia, la cual comida duró siete días. Presencióla el rey Asuero desde alto trono, sito bajo un solio, si queréis pabellón, blanco, verde y cárdeno, pendiente de cuerdas urdidas con lino y púrpura, entrelazadas por sortijas de plata y oro. Las columnas de alabastro tenían por chapiteles preciosos metales;

el reclinatorio regio estaba forjado en oro puro y aparecía erguido sobre pavimento de pórfido incrustrado con jacintos y otras piedras preciosas. Platos enormes, conducidos por siervos envueltos en túnicas multicolores, iban de un lado á otro, y vasos de oro, sembrados de pedrería, rebosaban vinos bien olientes. El rey no puso tasa ni en el comer, ni en el beber, ni en el regalarse, y cada cual hizo aquello que le plugo al són de innumerables sinfonías y á la vista de danzas deleitosas. En otras alas del palacio, la reina, llamada Masthi por el historiador sagrado, celebraba banquetes con sus mujeres y mantenía el universal regocijo. Pero las relaciones entre ambos cónyuges no debían tener una estrecha cordialidad, cuando á un mandato del rey disponiendo que se presentase la reina en su festín vestida con sus arreos regios y coronada con su esplendida diadema, ella se resistió, sin que nos diga el historiador la causa justificativa de su resistencia. En verdad, no pecaría de lince quien desconociera que sólo por achaques de celos femeniles podía explicarse tal negativa de la reina, pues allí donde no se constreñía de modo alguno á nadie, como hemos visto anteriormente, constreñíanla con imperio á ella, mandándole que se presentara donde no quería presentarse. Indudablemente la reina debía en aquella sazón hallarse muy herida

por ciertas preferencias del esposo y resuelta en su interior á no autorizarlas con su consentimiento. Mas Asuero sometió el caso á juicio de los suyos, á juicio de tanto magnate, de tanto sátrapa, de tanto cortesano como allí había, los cuales convinieron en calificar de odioso ejemplo, muy atentatorio á las costumbres públicas y á la santidad tradicional del matrimonio iranio aquella desobediencia. Mas la hicieron saber á todas las provincias, conjurándolas para que no se permitiese por ningún motivo en ellas tal flojedad de los lazos matrimoniales, y todas las mujeres honraran por igual, en obediencia de leyes y costumbres antiguas, á sus respectivos esposos.

Precisaba remediar el mal y traer al regio palacio una compañera digna del rey. Según los ritos iranos no podía el monarca unirse de ningún modo en matrimonio sino con una virgen purísima. Pregonóse por todo el imperio cómo el rey acababa de repudiar á su esposa por inobediente y había menester una doncella con quien vivir en compañía que le asegurase más y más la numerosa indispensable descendencia. Llegaron en legiones las muchachas núbiles al palacio regio, y expuestas en aquellos patios inmensos, á la sombra de aquellos toldos brillantísimos, el rey se fijó en la hermosa Esther. Joven, muy joven ésta en tal sazón, debía

exentarse del tributo común que á la crasitud excesiva suelen pagar, entradas en años, todas las mujeres orientales, y con especialidad las mujeres judías. Pero aparte tal defecto, que suele venir con la edad, y del cual toda florida juventud suele con frecuencia exentarse, reluciría Esther entre aquellas mujeres con brillo singularísimo, como de pura familia semítica. En la mezcla de razas que sus conquistas habían llevado al Irán, donde se confundía muchas veces el negro con el amarillo, y donde se topaban por doquier monstruosas amalgamas de razas sobrepuestas, una mujer típica, de origen puro semítico, debía fijar las miradas del rey, sobresaliendo entre las tártaras, de ojos fijos, las kusitas demasiado fuertes para su sexo, las arias más graciosas que bellas, las negras más lúbricas que agradables, y hasta las mismas circasianas de tan universal y repetido renombre. El tipo femenino judío, con sus formas un tanto redondeadas, solía contrastar tal defecto por tres ó cuatro calidades atractivas y sobresalientes, por la color morena, por los ojos profundos, por las cejas espesísimas y arqueadas, por los labios rojos, por los dientes blancos, por el seno esférico, por la cabeza completamente armoniosa, por las largas y sedosísimas trenzas que le caían hasta los talones y que la realzaban con realce verdadero.

Asuero eligió á Esther, cuya belleza resaltaba sobre todo cuanto la circuía. Una vez decidido por ella pronunció las fórmulas propias de tales decisiones y atrajo sobre su frente la bendición de aquel Dios de la luz, á quien prestaba en sus templos religioso acatamiento. Por una particularidad muy especial ignoraba completamente Asuero á qué familia de pueblos pertenecía la doncella purísima que acababa de cautivar y rendir su duro corazón. Hija de los hebreos, su padre y su madre habían muerto en las tristes asperidades y dolores del viejo cautiverio. Un primo suyo, denominado Mardoqueo, adoptóla por hija, y la educó en el respeto á las viejas tradiciones patrias. Pero este Mardoqueo, sagacísimo como todos los suyos, propenso á la simulación, diestro en maniobras políticas, muy aguzado de sentido, como suelen todos los siervos en todas las servidumbres, díjole á su afortunada prima que disimulara su origen, y, si fuera preciso, callarlo, para que Asuero no pudiera saberlo sino á la hora conveniente y á fines prósperos, según lo necesitase la tribu en donde aquella singular mujer había nacido. Los críticos de nuestro tiempo, que no creen deber exentar los trabajos bíblicos á la jurisdicción soberana de su criterio, extrañan mucho el que Mardoqueo callase así el origen de su Esther y tan por completo lo

ignorase Asuero. «¿Pues qué—dicen—podían ocultarse allí tan fácilmente los orígenes de cada individuo y familia? ¿Podía un rey de Persia, conquistador, desconocer hasta un extremo tal, así las razas sumisas como las razas hostiles? ¿No había censos, no había clasificaciones allí donde la capitación solía estar en uso y donde se contaban desde los ganados hasta las tribus?» Cuando las supersticiones de casta, origen, raza, familia, sangre, religión, prevalecían con tanta fuerza, no parece creíble, no, esa especie de ignorancia extrema en un rey, que le llevaba por camino tan extraño como sustituir una reina que le acompañara en el tálamo y en el trono con una doncella, hermosísima sí, pero de origen ignorado y misterioso. La observación parécenos fundadísima, pero los textos son claros, y hay que atenerse á ellos cuando se quiere pintar á Esther tal como nos la transmitieran la tradición y la historia.

Merecen conocerse las particularidades contadas en los libros santos sobre la representación de todas estas mujeres al rey su señor. En cuanto el rescripto llamándolas hubo de divulgarse, congregáronse las jóvenes y se hizo de ellas lo que ahora llamamos en lengua científica moderna una selección. Escogidas las mejores, guardáronlas en real sitio destinado á las mujeres bajo la custodia del

eunuco Hegai. Seductora de suyo Esther, comprendió cómo necesitaba en aquella muchedumbre de oficiales y guardas que poblaban los viejos palacios asiáticos ganarse la voluntad íntima del más poderoso é influyente, y no perdonó medio de captar á Hegai, el cual distinguióla desde los primeros momentos y la reservó para su rey, indudablemente por haber ya notado en éste soberanas é incontrastables propensiones. Tanto le plugo la moza que recluyóla en lo más selecto del harén, y allí la tuvo rodeada convenientemente por siete doncellas adscritas al palacio real. Después que las mujeres habían recibido lo que llamaban sus atavíos, y estaban varios meses puliéndose con aceites, untándose con mirra para bien adobarse y hacerse así atractivas al regio gusto, pasaban de su harén ó sitio reservado para las mujeres al sitio propio del monarca. Y con el monarca pasaban una noche. Si éste había fijado su voluntad en ellas, quedaban de concubinas, y si no había fijado su voluntad en ellas quedaban como inválidas, encerradas en una especie de claustración tristísima, como ahora llamamos á los encierros irredimibles. Pero si alguna de aquellas jóvenes lograba fijar por completo el regio pensamiento y el soberano deseo de su monarca, y éste la distinguía entre todas y la juntaba consigo, viviendo en su compañía y designándola

como su mujer predilecta, le ceñía corona de reina y asociábala de grado á su altísimo trono. Confusa, muy confusamente, nos dice la Biblia ciertas cosas, pero descúbrese con toda claridad en su contexto que la doncella Esther no libró su fortuna tan sólo á sus gracias, sino que la fió muchísimo al consejo y advertencia de los eunucos.

Bien es verdad que Mardoqueo, su pariente, se desvivía en la obra de acreditarla y ponerla sobre la voluntad altísima del rey. Desde que pasó Esther al imperial harén, ya que no pudo hacer otra cosa, vigiló sus cercanías para enterarse de su estado y saber cómo el destino prosperaba la suerte de aquella mujer, á la cual había ligado, no solamente la propia suerte, sino la suerte de su pueblo. Había tantas veces la belleza material de sus mujeres válidos ventajas á los judíos, que no debe parecernos mucho si en aquellas circunstancias libraba también otro auxilio en la repetición de iguales influencias. Lo cierto es que, atento siempre á su idea, en ella fijo, visitador incansable de aquellos alrededores que al palacio circuían, especie de vigilante ó centinela, ya para saber noticias de su protegida, ya para saber las fases porque pasaba el ánimo de Asuero, pudo prestarle á éste un gran servicio, sorprendiendo y delatando una conjuración de terribles y poderosos eunucos. En los

palacios orientales menudeaban mucho las conjuraciones políticas. Cualquier intrigante urdía una trampa, en la cual cazaba con grande facilidad á un descuidado monarca. Como la oposición está de tal modo en el sér y en el existir nuestro, cuando no halla ningún otro vado toma el de las conjuraciones palaciegas y fía frecuentemente al puñal y al veneno aquellos cambios que los pueblos libres fían al verbo y al derecho. Mardoqueo sorprendió la conjuración, y al día siguiente los eunucos fautores del crimen aparecieron colgados en las puertas del palacio que habían querido perturbar y á la vista del rey que habían querido destruir. Así ganaba el albedrío de Asuero, no tanto para Esther como para su religión y para su tribu.

La cautividad histórica de Israel en Nínive, Susa, Babilonia, aparece desde luégo al resplandor de los principios filosóficos modernos una de las mayores enseñanzas y de las más provechosas que guarda la historia humana en sus instructivos anales. Mientras Israel se mantuvo dentro de aquella liga republicana que Moisés le diera, gobernado por jefes de su elección, dispuesto en familias unidas por lazos federativos, juzgado por jueces que salían del propio seno popular, regido sabiamente bajo leyes en consonancia completa con su compleción y derivadas inmediatamente de] la natura-

leza, mientras esta forma de gobierno democrático mantenía su libertad interior, obró toda suerte de maravillas y preservóse á toda suerte de conquistas. Pero luégo que constituyó la monarquía, y constituyendo la monarquía dió preeminencias á Judá sobre las demás tribus, y sustituyó las estirpes ó jerarquías naturales con estirpes ó jerarquías artificiosas, y á los magistrados electivos los reemplazó con magistrados de casta y de gracia, fuéle imposible mantener el antiguo espíritu propio suyo, y, maculada por los perversos ejemplos circunvecinos, empezó corrompiéndose en sus antiguas costumbres y concluyó precipitándose al pie del extranjero. En vano sus profetas le dijeron cómo debía conservar el Dios de sus padres, el gobierno de su tradición, las confederaciones entre sus tribus, el viejo régimen de sus patriarcas, el juicio de sus jueces, la república de su predilección, para no caer á las tentaciones de una idolatría verdaderamente asesina y no arrastrar por las orillas de los extraños ríos las cadenas rotas al romper su cautiverio en el antiguo Egipto.

Cegáronse los ojos de Judá; la tienda nómada, que había precedido al israelita en los desiertos, aquel templo de las almas, cambióse por la inmensa mole, copiada tristemente de Asiria ó de Caldea y embutida con los marfiles indios y con el oro de

Ophir, más propia para la seducción de los sentidos que para las expansiones de los espíritus; y el despotismo entró allí donde antes había reinado la divina libertad, y al entrar el despotismo, llevó consigo su ministro, el terror, su concubina, la corrupción, abrogando las antiguas sabias leyes y perdiendo á un pueblo, el cual debía tanto como á su Dios á su derecho las maravillas obradas en el mundo. Aquellas tribus mantenidas bajo un solo gobierno por la teocracia republicana se dividieron y separaron en cuanto vino el torpe absolutismo de sus monarcas, y esta separación trajo consigo la debilidad, y esta debilidad trajo consigo la conquista, y esta conquista consigo el cautiverio. Los profetas habían apartado á Israel de todo contacto con los reyes y con los ídolos para que guardase las dos ideas, cuya virtud había constituído su fuerza, la idea de su Dios y la idea de su libertad. Pero Salomón, el rey ya por todo extremo excelso, llamó su mujer á una princesa egipcia de las que desdénaran sus padres en las orillas del Nilo para constituir la república teocrática y la religión ideal; tuvo por amigo á un rey de Fenicia, que le industriaba en las artes idólatras; tuvo por vivienda un harén semejante al harén de Sardanápalo, tras cuyas celosías guardábanse para goce y recreo del déspota, desde las circasianas del Irán

hasta las negras de Abisinia; cultivó una poesía sensualista y una ciencia escéptica; tradujo las liturgias extranjeras en términos de que bajo las encinas del Cedrón humearan los sacrificios fetichistas en verdaderas nubes de mirra é inciencio; y si levantó un templo á su Dios, fué para plagiar el santuario de la Isis tebana, el toro de los desiertos nubios, los querubes de las terrazas babilónicas, las palmeras de Siria como las incrustraban los fenicios en el ara de Mélcar, las gasas de Tiro, los recintos inmensos de Nínive y de Babilonia, los mares de bronce fundido ante las estatuas de Nemrod, los velos de Sidón, toda la idolatría.

El secreto de la grandeza profética, tan opuesta de suyo á las grandezas regias, estaba en todo lo contrario de aquello que hacían los reyes, estaba, en sentir de los que habían recogido la pristina revelación, guardado el organismo de las tribus republicanas, puesto á la cabeza de Israel aquellos magistrados electivos y aquellos jueces populares que Jetró aconsejara con tanto saber á su yerno Moisés, el secreto de la grandeza profética se hallaba en conservar las instituciones republicanas y el Dios espiritual, lejos, muy lejos del doble contacto que podía perderlos, del contacto de todo fetichismo y del contacto de toda monarquía. Leed, leed los grandes reveladores de Israel, y veréis cómo

quieren á toda costa libertar á su pueblo del despotismo y del fetichismo. Por eso le aconsejan todos no contaminarse con ninguna de las cortes despóticas por brillantes que parezcan. En vano la madre de Cádiz y de Cartago se presentará deslumbradora con todas sus preseas á los ojos del profeta Ezequiel; en vano encerrará sus hijos en palacios de mármol incrustados de oro, por cuyas bóvedas vuelan alados tropes de armonías producidas por millares de arpas sobre suelos de jacintos y bajo velámenes de púrpura; en vano los príncipes de Cédar enviarán en tributo sus ligeros caballos, y los reyes del Yemen sus hermosas esclavas; ni los vasos exhalando mirra; ni los tapices bordados con relieves multicolores; ni los muros de jaspe bruñido donde colgaban los guerreros de Lidia sus lanzas de plata y sus escudos de oro; ni el Zodíaco de torres en comunicación perpetua con las estrellas brillando en sus arcos, que parecían, según los multicolores, floridos arbustos; ni las naves talladas en pinos de Sanir con mástiles de cedro, con remos de marfil, con velas de seda, con marinos perfumados por el azahar de la lejana Hesperia, tentaban á los verdaderos sacerdotes de Israel, quienes querían preservar en su austeridad y en su aislamiento la República de su pueblo y el Dios de su libertad. Se necesita llegar al Dante de los siglos medios, al

Víctor Hugo de los tiempos modernos, para oír algo parecido á las maldiciones con que Isaías abrumaba desde sus peladas colinas á la vieja Tiro, henchida con todos los jugos vitales del planeta, cargada con todas las riquezas posibles del comercio, pero ebria en sus cenas orgiásticas y corrupta en sus vicios cancerosos, indigna de la libertad. Las flotas del Océano se acogerán á una en sus puertos, los almacenes del comercio en sus murallas estallarán á los productos de la industria, correrán de sus vasos como torrentes los vinos de Chipre, hartaránla con su nutritivo alimento las cosechas del Nilo, mas bien pronto sus hijos caerán muertos en los espasmos de la borrachera, sus hijas irán á poblar, con los cánticos sensuales en sus labios todavía, los harenes extraños, y la que donaba con sus manos cargadas de pedrería coronas á todos los reyes del mundo, sólo recibirá, en cambio, los hierros del esclavo. Y lo mismo dirán de Nínive, lo mismo de Babilonia. Podrán mirarse á una en las aguas del Tigris y del Éufrates; reunir los sabios conocedores de las cosas del cielo é idos allí de los cuatro puntos del horizonte; alcanzar grandeza material tanta que las haga como naciones antes que ciudades; defenderse tras muros de cien piés, por cuyas cimas corran á la par tres carros de guerra; contar mil quinientas torres de doble altura que los

muros, surgiendo de insondables fosos convertidos en lagos por las aguas del río, y parecer soles de día, estrellas de noche, necesitándose cálculos astronómicos para medirlas; brillar á los reverbeos de los broncees dorados que cubren sus cien puertas y las cimas de sus barbaccanas innumerables; bruñir las paredes prolícomas de sus palacios; levantar á los cielos coros de brillantísimas estatuas forjadas en acero y ceñidas con diademas de pedrería; como grandes macetas de jaspe, unos á otros sobrepone los pensiles colgantes, extendiendo por doquier verdaderos edenes: Israel no se dejará tentar de ningún modo por tales atractivas grandezas, teniendo, como en los íntimos senos tiene, su Dios y su libertad.

La monarquía entregó el alma de Israel á los extraños y rompió aquellos consejos de ancianos. Desorganizando los juicios de populares jueces, disolviendo las asambleas, acabaron los reyes con todos los resortes morales que sostenían al pueblo, y cuando los resortes morales se concluyen de nada sirven los resortes materiales para la común defensa. Lo arbitrario arriba engendró lo anárquico abajo. Tal anarquía sembró la división, tal división sembró la conquista. Jerusalén cayó por fin rendida bajo el cetro de los asirios, como cayera Tiro. Arrancaron los conquistadores de cuajo sus murallas,

incendiaron el sacro recinto de su templo, pusieron á saco el santuario, arrojaron en sus carretas de combates los vasos del altar, no perdonaron en su furor ni á los viejos ni á los niños; las mujeres quedaron profanadas delante del santuario mismo donde habían creído guarecer su pureza; el gran sacerdote cayó apuñalado á los piés del ara ungida por sus manos; arrancáronle al rey Sedecias de sus órbitas los ojos con punzones ardiendo, y, para mayor escarnio, lo pusieron al frente de sus vasallos siervos, de sus hijas cautivas, con las manos atadas á las espaldas y los piés desnudos de sandalias, á fin de que los taladrasen las espinas del camino, mientras ellos, los bárbaros Nabucodonosores de la victoria, semidioses y semibestias como sus esfinges, después de haber hecho mancebía los lugares sagrados y tálamo de prostitución las mesas de ofrendas y holocaustos, ofrecían sacrificios á los dioses del mal en los sitios donde tantas generaciones de patriarcas y de profetas habían adorado á Jeovah. Los reyes, porque llevaban una corona en Judá, uniéronse á los que llevaban una corona en Tiro, en Babilonia, en Siria, en Nínive, sin alcanzar que, destronando á Jeovah, se destronaban á sí mismos, y que tendiéndose á las plantas de los ídolos perdían y frustraban para siempre la providencial misión del cielo recibida por sus tri-

bus. En vez de unir á los reyes, debieron unir á los pueblos; en vez de formar aquella red espesa de monarquías, bajo las cuales agonizaba el Asia, debieron formar las grandes alianzas de las comunidades libres, para dirigir la sociedad, no por las regias arbitrariedades, por las eternas leyes divinas. Moisés había fundado la república teocrática, porque Moisés había maldecido con todas sus fuerzas el infame imperio de Nemrod. La desgracia y la cautividad revelaron á los judíos lo que llevaban escondido en el fondo de su historia y les trajeron á las mientes el recuerdo sacro de sus primitivas grandezas. En los hierros aprendieron cuánto les había valido su Dios y su libertad. El recuerdo vivo de su organización democrática brotó bajo la pesadumbre de sus cadenas. Su inteligencia tomó alas para volar, su voluntad contrajo el vigor indispensable para combatir y para querer. Las tribus, los jueces, la vieja república reaparecieron á sus ojos, y sus labios modularon la maldición espiritual que destruye á los tiranos y eleva á las almas de los pueblos.

Allí los árbitros, nombrados por aquellos infelices, valían más, mucho más que los oficiales de las coronas babilónicas. Allí las diminutas comunidades judías esbozaron el recuerdo perdido de las viejas tribus y apercibieron el espíritu de los suyos á

la esperanza. El esclavo se convertía en señor de sus señores. El escriba esdras podía rehacer á la sombra de los templos del dios Belo toda la teología y toda la organización de Israel. El caldeo necesitaba del israelita para sus cálculos, para su gobierno, para su misma ciencia. Elevábase Daniel á canciller de aquellos imperios, á pontífice de aquellas regiones. Ananías y Anarías entraban en la iniciación de sus escuelas. Llegaron los profetas hebreos á penetrar, entre las alternativas de aquellos imperios, hasta dentro de los triunviratos constituidos para defenderlos. Los sátrapas conspiraban contra ellos y no podían vencerlos. Aquellas gentes, libres en el cautiverio, imponíanse á sus fastuosos señores, ¡pobres y desdichados siervos ceñidos al carro de Nabucodonosor y de sus régulos con cadenas de oro! Una teocracia soberbia, un emperador omnipotente, un ejército innumerable, los sátrapas voluptuosos, los cortesanos serviles, los sabios oficiales, no importaban lo que aquellas pobres gentes gobernadas por sí mismas, con árbitros en sus diferencias, con magistrados elegidos por ellos mismos que los preservan de toda corrupción. Sus meditaciones en el recogimiento llevábanlos á esclarecer cada día más las ciencias antes olvidadas, y su sobriedad, y su conocimiento de las leyes económicas, y su fe viva en la virtud y eficacia del

ahorro, llevábanlos á enriquecerse cuando todos en torno suyo se volvían pobres y misérrimos. Todavía esta larga explicación se necesita para comprender el papel que representa el sagaz Mardoqueo en el drama de la reina Esther.

Continuemos esta historia. Nada más fácil para un déspota que tropezar en sus pasiones y caer en vil é ignominiosa servidumbre. Cuanto más un rey sube, más cerca está de adscribirse á otro amo. Unas veces exagerados afectos de amistad; otras veces perezas é indolencias muy fáciles de contraer allá por las alturas sociales; ya el reconocimiento de una superioridad natural mejor que todas las superioridades heredadas; ya caprichos fáciles de sentir por quien todo lo puede y todo lo intenta; mil otras concausas, forjan cualquier valido en cuyas manos descarga el déspota su insufrible despotismo. Nada más fácil de hallar que un dominador levantado sobre las enormes fuerzas de aquellos que se creen omnipotentes. La historia nos ha guardado larga lista de validos innumerables que han dominado á los reyes y oprimido á los pueblos. Asuero tenía el suyo, que se llamaba de nombre Amán. Contra él conspiró Mardoqueo. Después de haber ido todos los días á instruirse para su consejo en el camino que sus gracias abrían á Esther por el rebelde ánimo de Asuero, en cuanto

supo cómo la prefería éste y lo que importaba tal preferencia, consagróse, astuto, á derribar la organización que revestía el poder supremo en Susa. Demasiado hábil para intentar imposibles, atúvose á lo fácil y convirtió todo el conjunto de sus ideas y de sus fuerzas, no en contra del monarca, en contra del favorito. Nada más fácil, vencido y sojuzgado éste, que sustituirle con creces en la real privanza y poner á servicio del pueblo judío los logros de tan porfiadas ambiciones.

Los favoritos gozan más que los reyes con los homenajes prestados al poder supremo. El hábito embota mucho el sentimiento, y quien desde la niñez recibe públicos homenajes no los estima como suele aquel acostumbrado á vérselos regatear por su dignidad ó por su fortuna. Como el capricho rige los actos de todo verdadero déspota, el privado no alcanza ni crédito alguno, ni verdadera influencia, sino después de haberlos designado á la idolatría pública los caprichosos señores. Y como quiera que haya un espacio, más ó menos largo, entre su oscuridad y su fortuna, los muy oscuros apenas sufren el desdén ajeno en cuanto reciben luz prestada y la toman por propia. Amán gustaba mucho del público y solemne homenaje. Por este motivo los criados de la corte se lo prestaban sin tasa, y en cuanto le veían venir por cualquier lado se hin-

caban de hinojos en el suelo y metían su cabeza entre las rodillas. Pero Mardoqueo, perteneciente á las comunidades judías que levantaban el antiguo ideal de la tribu en Israel, negábase á la universal adulación y no quería degradarse hasta prestar un culto sólo prestable á Dios. Por tal razón, y obedeciendo á semejantes impulsos, erguíase la frente de Mardoqueo sobre todas aquellas frentes que se humillaban y se confundían con la tierra y desafiaba el furor de tan arbitrario tirano. Los vasallos de Asuero, incapaces por los hábitos connaturales al siervo de alzarse hasta la dignidad, reconvenían al judío y le mostraban los peligros á que podían hallarse con frecuencia expuestas su tenacidad indómita y su entereza inflexible. Hábil, muy hábil, Mardoqueo apretaba en sus arrogancias á medida que advertía las preferencias de Asuero por Esther, y contaba con el auxilio de la preciada belleza, no sólo para salvarse á sí mismo, para salvar con él á todo su pueblo.

Pues al pueblo iban dirigidos los desquites de Amán. Israel no estaba concentrado en Susa. Todo lo contrario, su número, y los muchos dominios con que contaba el rey de Persia, teníanlo esparcido y diseminado en varios puntos. Con la fuerza que le daba su idea, con el hábito de gobernarse á sí mismo que tanto de una generación á otra ge-

neración trasciende, con aquellas propensiones nativas á la comunidad municipal, facilísimo acordarse, convenirse, juntar voluntad é inteligencia colectivas en suma de fuerzas grandes y proponerse un resultado no asequible al egoísta y mero aislamiento. Israel se gobernaba, como lo hemos dicho tantas veces, dentro de su cautividad, á sí mismo Elegía los jefes del Estado que debían dirigirlo y los jefes de la magistratura que debían juzgarlo. Regíase por leyes consuetudinarias. Apelaba frecuentemente á supremos árbitros. Revivía con el soplo de sus labios las antiguas creencias. Trazaba los varios libros de su fe. Reconstituía la Jerusalén ideal, en la que habitaban sus almas. Y sobre los ríos de Babilonia, bajo los sauces del Éufrates, en los desiertos de Susa, entre los colosos de Persépolis, avivaba sus viejos ideales y mantenía la fe profunda en el regreso á su patria y en el restablecimiento de su templo. Nada más fácil que mover un tirano contra las gentes libres, enseñarle cómo se desasían de su autoridad y de su poder, atribuir á desprecio de las leyes generales el celo por las costumbres propias, presentarlos como arrogadores de una soberanía usurpada, mezclar los dioses con estas bajas querellas de los hombres, describir al cielo como irritado con quien cohonestaba por debilidad ó por complacencia servil el permiso á tales

atrevimientos con el ejercicio de los poderes supremos, é interesando todo aquello que hay de malo en cada déspota, empeñarlo pronto y con viveza en una de tantas terribles persecuciones como han affligido á los pueblos y han indeleblemente manchado la conciencia y la historia.

En todos los antiguos tiempos solían aparecer los pueblos enteros como responsables de las faltas cometidas por un solo individuo. De consiguiente, á los ojos de Amán, los desacatos de Mardoqueo no eran ofensivos, sí podían tomarse tan sólo como expresión del sentir de un individuo y nada tenían que ver con la voluntad unánime de un pueblo. Así no le importaba que procediese como le pluguiera Mardoqueo, lo que le importaba mucho era el proceder de aquellos judíos, poderosos al extremo de haber dado al imperio de Asiria y de Caldea gran parte de sus primeros magnates. Presentóse, pues, delante de Asuero para exigirle medida ejemplar, que refrenase aquellas arrogancias é infligiese la pena debida y natural á tales desacatos. No se trataba de maniatar, recluir, vender ó ahorcar á cualquier sátrapa poderoso; tratábase de castigar á todo un pueblo, el cual había formado su diminuta república dentro de tan vasto imperio. Los estados caldeos y asirios, á pesar de sus guerras y de sus conquistas, pasaban por grandes hambres y mise-

rias. A lo mejor una sequía, un agotamiento de cualquier arroyo, una de las infinitas plagas á que los pueblos meridionales se hallan sujetos, desolabanlo todo y exigía medidas de salvación excepcionales. Por consecuencia, nada más fácil que tentar la codicia de los Nabucodonosores, ofreciéndoles botín seguro en los frecuentes despojos de razas inferiores ó vencidas. Y nada más fácil, después del despojo, que obtener también una matanza. No podemos detenernos ante los mil decretos de proscripción y exterminio que pululan en las historias antiguas; pero con sólo recordar de los tiempos modernos la guerra de los albigenses y la degollación de los hugonotes, basta para comprender qué medidas tan análogas, por lo crueles, tomarían en tiempos bárbaros aquellos emperadores orientales, confundidos y mezclados con las bestias feroces de sus infinitos desiertos.

Firmado el rescripto, que confiscaba los bienes judíos y condenaba el pueblo de Israel á muerte, comenzó Mardoqueo á dar grandes alaridos por las calles y por las encrucijadas, como solían todas aquellas gentes. Una de las señales mayores, que de negro duelo daba Israel, consistía en rasgar las vestiduras de lujo, y ceñirse los sacos, y revolcarse sobre las cenizas, y abrazar al cuerpo los punzantes cilicios. Mardoqueo salió por las calles en són de

duelo y atronó los aires con sus querellas y quejidos. Llegaron á conocimiento de Esther, y temiendo la joven que cediera en daño de su pueblo aquel espectáculo dado por los suyos, envióles vestidos nuevos para que se ataviasen, y rogóles prudente moderación á fin de no avivar persecuciones crueles. Mardoqueo le respondió notificándole todo cuanto pasaba: el despojo de los bienes, la sentencia capital contra los israelitas. Y notificado esto, díjole á Esther cómo necesitaba intervenir ella en pro de su pueblo, apartando al rey Asuero de los intentos sugeridos por su ministro el malvado Amán. Conjurábala, pues, á que intercediese con todas sus súplicas y con todas sus influencias en favor de sus gentes, y las preservase al azote que las amenazaba. Esther observó cómo, no pudiendo presentarse dentro de palacio sino á un llamamiento del rey, corría grave peligro su vida y su honra de penetrar, sin ser llamada, en aquella especie de inaccesible santuario, reservado á los déspotas por las leyes y las costumbres asirias. Pero Mardoqueo insistió diciéndole cómo le parecía preferible un riesgo de la vida en ella y en él á una matanza de todos sus hermanos.

Los críticos del Viejo Testamento ponen muchas observaciones á este sencillo relato. En primer lugar paréceles cosa difícil tan continuo comercio de

ideas entre fuera y dentro del palacio. En segundo lugar ignoran cómo y por qué había ocultado Esther su origen á los ojos de aquella corte, la cual debía conocerlo por haber recorrido tantos territorios y sojuzgado así tantas razas. Imposible, no digo á una judía distinguida como Esther, á una judía de baja extracción, esconderse así al conocimiento profundísimo que de los pueblos esclavos alcanzaban los reyes conquistadores. Luégo este Mardoqueo, despojado, por rescripto, de sus bienes, por imperial rescripto también sujeto á la pena de muerte, próximo en aquel despótico imperio á verse aplastado por la suma pujanza de un despóta sin freno y un ministro antojadizo ¿cómo rasga sus vestiduras, cual si estuviera en plena patria, y pregonar su dolor y su desgracia con riesgo de atraer sobre su frente la cólera del poderoso y acelerar la ruina del pueblo? Todas estas contradicciones pululan en los viejos relatos de las familias asiáticas. Confiados una gran parte á la tradición oral, recogidos de generación en generación sucesiva con las alteraciones propias de todas estas referencias orales, fijado el texto muy tarde y fijado con múltiples interpolaciones, adolecen de irremediable carácter contradictorio y están plagados por fuerza de graves inexactitudes. Pero no hay otra fuente de histórica verdad fuera de tales relatos y debe

uno atenerse á ellos fielmente, si quiere desviarse lo menos posible de los conceptos y de los principios en que han sido como vaciados todos estos personajes.

Naturalmente, si Esther aguardaba con resignación á que se acordara de su nombre y de su persona el rey, quizás olvidada en el harén, jamás hubiera podido servir á su pueblo. Pero si Esther iba sin llamamiento alguno, por su propia voluntad, conculcando el código de aquellos cortesanos, arriesgábase á morir. Nada más fácil que, dado el desprecio de la vida humana, entonces reinante, arrojar una persona en la espelunca de los brutos feroces. Por consecuencia, si Esther interrumpía una ceremonia cualquiera de la corte, ó incomodaba inoportunamente al déspota, podía sobrevenirle cualquier desventura y pagar muy cara su audacia. Por tal razón dispuso que los suyos dirigieran plegarias al cielo y ayunaran varios días, mientras apercibía ella la celada en que prender al favorito para salvar al pueblo. En efecto, después de haberla designado para su harén, después de haberla recluso entre sus mujeres, después de haberla puesto en su familia, no volvió á recordarla, encontrándose la joven expuesta en aquella ocasión á la terrible alternativa, ó de privar en el tálamo real, ó de caer en las garras de las fieras. Apeló, pues, á

todos sus encantos. Larga túnica, tras la cual se dibujaban sus hermosas formas, ceñía su cuerpo; amplio manto bajaba desde sus hombros al suelo en rozagante púrpura; áureo cinturón sembrado de pedrería ostentaba en su cintura, y alba tiara con un solo zafiro preciosísimo coronaba su cabeza, de la cual caía sobre las espaldas, á manera de poéticas sombras, su larga y negrísima cabellera. Tanta hermosura, ornato tan extraordinario, gracias en tal número, el relumbrar de las piedras preciosas, el centelleo de los ojos profundísimos, el aliento que levantaba su pecho, las palpitaciones mismas de su corazón que se veían tras aquellas preseas, todas sus ventajas ¡oh! debían cautivar al tirano, y difundiendo por sus venas la sutil ponzoña de aquel sensualismo á cuya eficacia no podía resistirse un temperamento gastado por la indolencia y por los vicios, conseguir todo cuanto se propusiera y mandar con tiranía sobre aquel esclavo con corona.

Era uno de los magníficos patios que ornaban el palacio imperial. Velos de púrpura daban arrebolados resplandores á las columnatas de alabastro, incrustadas en oro y en jacintos. Los surtidores esparcían grato frescor y halagaban dulcemente al oído. Escuchábanse los coros de las avecillas en áureas pajareras, mezclados con los acordes suaves de una música deliciosa que parecía exhalada por

los puntos de aquellas líneas convertidos en notas y por los labios de aquellas esfinges modulando indecibles himnos. El aire, la brillante luz, las galerías aquellas del palacio, aromadas por toda clase de perfumes, la voluptuosidad difundida como una especie de savia por todos estos sitios orientales, convidaban al ocio, y el ocio al placer. Había el rey Asuero salido un instante de su cámara, y, sin haber andado ningún trecho, sentíase ya fatigadísimo y acababa de caer, lánguido de puro exhausto, sobre un mullido cojín semejante á cómodo lecho. En esta coyuntura tan propicia, por lo tentadora, presentóse al rey Asuero la hermosa judía Esther. ¡Oh, empeños del acaso! que dirían nuestros clásicos. Inoportuna la presencia, Esther moría; oportuna la presencia, reinaba Esther. A un capricho se libra en la tiranía siempre así la suerte de los individuos como la suerte de los pueblos.

Asuero tendió su cetro de oro sobre la cabeza de aquella hermosísima joven, y esta señal sencilla de su deseo y de su imperio bastó para salvarla, diciéndola cómo había estado de bien inspirada y feliz al presentarse tan deslumbradora en aquel sitio propicio y en aquella coyuntura favorable. Pero no se contentó el déspota con esta señal de su favor, sino que la llamó reina suya. Y después de haberla llamado reina suya, le añadió que dispu-

siese á su arbitrio de la mitad completa del reino. Esther, sagaz como su raza, muy sabiamente calculadora, no quiso de una vez descubrir todo su pensamiento, contentándose con á medias insinuarlo para imponerlo en ocasión mejor. Así redujose á celebrar en espléndido banquete á la usanza persa el título que había recibido y la dignidad que había logrado. É hizo más: con la simulación propia de su raza, que se acrecienta y aguza en los palacios, convidó al banquete de loa y regocijo persona tan detestable y detestada como Amán. Durante la comida el rey le dijo á la reina, para certificación de su poder, que le pidiese cuanto deseara, en la seguridad completa de ser por todos como á soberana obedecida. No quiso Esther, sin duda, en aquel momento, asombrar con demandas más ó menos trascendentales aquella primera festividad regia, y redujose á decir que daría un segundo banquete para formular sus deseos, al cual banquete quería también asociar la presencia de Amán. Salió éste muy regocijado y satisfecho del convite, cuando se dió en la puerta de manos á boca, inopinadamente, con Mardoqueo, empecatado, según sus antiguos hábitos, en rehusarse á todo saludo y mostrarle su enemistad irreconciliable. Contó en familia el privado todo lo bueno que le sucediera con la solícita reina y todo lo malo

que le sucediera con el audaz Mardoqueo. Su familia le aconsejó, unánime, que honrara mucho á Esther, y en cuanto á Mardoqueo, que alzase en su puerta una horca de cincuenta codos y lo colgara en ella sin piedad.

Mientras maquinaban Amán y su familia esto contra Mardoqueo, dormía el rey Asuero. Y algo relativo á este judío soñó aquella noche. Con la influencia ejercida por los sueños en todos los orientales, indagó Asuero lo que debía allá en su fondo al judío, pues de no deberle algo ¡por Dios! que no soñara con él. En Persia existían historias oficiales, y en estas historias constaban los hechos capitalísimos escritos á diario de la vida regia. Y como entre los hechos de primera magnitud allí registrados estaba la conspiración de los eunucos palaciegos contra el rey Asuero y el servicio prestado, cual ya sabemos, en aquella sazón, por Mardoqueo, preguntó qué premio le habían dado. Y como supiera con grande indignación que ninguno, arbitró el medio de resarcirlo. En estas el rey se hallaba cuando entró Amán buscando un rescripto para levantar la horca de cincuenta codos y colgar en ella sin piedad al judío. ¡Cuán diversos los pensamientos del soberbio monarca y del primer ministro en aquella singular ocasión! Mientras el uno meditaba la perdición, el otro meditaba la prosperidad

de Mardoqueo. Mal ceño debía tener Amán, como quien piensa cosas malas, y buen ceño Asuero, como quien piensa cosas buenas. Lo cierto es que, al presentarse con tanto mal humor su criado, y sentirse con tanto regocijo él, díjole Asuero cómo pensaba premiar á un vasallo suyo. Y Amán le respondió no comprender que pudiera darse á otro alguno, fuera de su persona, premio en aquel reino. Y el rey le dijo haber uno tan honorable que se desvestía su traje para que aquél se lo vistiese, descabalgaba su caballo para que lo cabalgase aquél, y se desceñía su corona para que aquél se la ciñese. É hizo más, ordenó al favorito Amán que llevara él mismo en persona vestimenta, diadema y caballo al premiado. Y así lo hizo Amán. Pero al salir, como preguntara el nombre de tan favorecido personaje y le dijeran ser Mardoqueo, quedóse de asombro convertido el privado en una estatua.

Al día siguiente celebró la reina su banquete, y hallóse al banquete presente Amán. A pesar de los honores decretados á Mardoqueo, no había el favorito desistido por completo de sus intentos, y á fin de cumplirlos alzó aquella horca de cincuenta codos que ya hemos en su debida ocasión mencionado. Comieron opíparamente reina, rey, privado, al són de músicas y coros, al olor de pebeteros é incensarios. Y, llegado el vino de los postres, Asuero

dirigióse á su esposa y le dijo que formulara la demanda en otros días hecha, y á cuya satisfacción él se comprometiera. Llegó, pues, el momento propio de que hablara Esther. Y llegado este momento, exclamó: «Vendidos estamos yo y mi pueblo para ser destruídos, muertos y exterminados. ¡Oh! Si para siervos y siervas fuéramos vendidos, callárame yo. Mas no puedo callarme ante la muerte.» El rey preguntó con solicitud quién maquinaba de tal modo contra los mismos á los cuales quería él proteger, y quién atentaba también á todo cuanto él quería honrar. Entonces la reina Esther, alentada por aquellas palabras, y persuadida en su interior de que ningún peligro corrían ella y su pueblo, señaló al favorito Amán, y lo delató por su nombre y por sus títulos al monarca. Airado éste, creyó morir de cólera y de furor al peso de su vergüenza, y no pudiendo respirar en aquel aire encendido por el calor de tantos candelabros y viciado por el olor de tantos perfumes, salióse al huerto del palacio, para respirar mejor y esparcirse un poco. Entonces Amán se arroja de súbito á los piés de la reina Esther, arrastrándose como una culebra por el suelo. Su pecho no se cansaba de pedir gracia. Ceñíanse sus brazos á los piés de la reina. Sus labios estampaban suplicantes en aquellas manos, que lo habían arrojado al abismo, besos continuos.

Todas cuantas invocaciones puede sugerir la desesperación, todas salieron de aquella desapoderada boca. Cuando el rey volvió, Amán estaba tendido en el mismo lecho donde asentada la reina. Indignadísimo el monarca de verlo en aquella irreverente actitud, preguntóle si quería también atreverse á su mujer. Uno de aquellos eunucos destinados á representar papeles tan tristes en los palacios orientales, queriendo congraciarse con el poderoso y perder más al perdido, contó cómo había levantado una horca de cincuenta codos por mandato de Amán. Y al punto el rey dijo que ahorcaran á éste súbito en tal horca. Y lo ahorcaron.

La crítica histórica encuentra mucho que reprochar á estos pasajes. Primeramente no comprende cómo el rey había olvidado los servicios que le prestara en la conjuración de los eunucos Mardoqueo, y lo recuerda sólo en sueños. Luégo los procedimientos de que se valen los judíos para ganar el ánimo de Asuero parécenles reprobables de toda reprobación. Los embustes en tropel saltan á cada paso. El pueblo judío se salva, pero á costa de que su más hermosa doncella entre de grado en el más pervertido harén. ¡Qué diferencia entre esta prostitución voluntaria y la castidad hermosísima de Lucrecia! ¡Qué abismo entre las complacencias del primo de Esther y la sublime austeridad del padre

de Virginia! Una diadema forjada por los apetitos de un déspota para ponerla sobre las sienes de una joven ¡ah! no puede levantar ni á la mujer ni al pueblo que la recibe. Además, ¿cómo Amán, que tanto celaba el proceder de Asuero y tanta necesidad tenía de seguirlo á todas partes, de vigilarlo en sus menores afectos, de averiguar cuanto pasaba en aquella conciencia y en aquel corazón ¡ah! no sabe que la reina Esther de suyo pertenece á un pueblo contra el cual siente un cúmulo tan horrible de odios él? No hablemos del olvido en que cayeran los servicios de Mardoqueo. No hablemos de los honores prestados á éste: ¡vestido del rey, caballo de gala, diadema de ceremonia cuando ya su pueblo ha sido condenado á confiscación y á muerte! Un favorito como Amán, un hombre de su grandeza y de su poder, se humilla delante de Mardoqueo cuando éste no ha ganado su favor nuevo ni aquél perdido su vieja privanza. Tiene Amán un rescripto en la mano condenatorio del pueblo judío y no lo usa, cuando con aquel rescripto ha podido fácilmente desasirse de todos sus enemigos y exterminarlos á mansalva. Todo esto resulta por tal manera contradictorio, que da lugar á muchas y muy fundadas críticas.

En realidad, lo más terrible de tal historia es la parte última, aquella en que las venganzas de Mar-

doqueo y Esther llegan á saciarse. Asuero ahorca por súbito mandato al privado á quien antes exaltara y subiera de grado hasta su trono. Su casa, la casa en que los cortesanos del poder se congregaban cuando no podían ir al palacio del rey mismo, es traspasada, caliente aún el cadáver de Amán, á manos de Esther; la tumbaga con que solía sellar el favorito las órdenes reales entra en el dedo de Mardoqueo, puesta por la mano de Asuero; revócanse las órdenes de confiscación y exterminio dadas contra los judíos, y los escribanos reales se reúnen y trazan en cien lenguas diversas las órdenes conducentes al rescate de los judíos que volvieron á su libertad doquier se hallaron, en ciento veinte provincias extendidas desde los arenales etiópicos á las selvas indias. Correos salieron en todas direcciones á caballo, á pie, ora en dromedarios, ora en yeguas, con intimación de que los judíos pudieran reunirse á su grado y estar á la defensa de su vida, levantándose, como les pluguiera, y concluyendo con cualquier pueblo, incluso los niños y las mujeres, para tomar, después de aniquilados, sus bienes y sus haciendas por despojos. É hizo más, designó un día, el 13 del mes duodécimo, llamado mes de Adar, para que pudiesen los judíos á una satisfacer su venganza y saciar su sed hidrópica de sangre. Dada la ley en Susa, los correos cabalga-

ron noche y día, constreñidos por las ordenes del rey, así como apresurados por la urgencia del caso, desde la capital á los últimos extremos del reino.

Mardoqueo recogió las insignias del poder supremo, rizó barba y cabello á la manera persa, enlazó en sus rizos las joyas usuales. Vistióse de blanca túnica y manto morado. Púsose la esclavina de púrpura en los hombros con la diadema de oro en las sienes. Mucho se regocijaron los judíos y muchos banquetes dieron en celebridad y en loor de semejantes hechos. Y sus enemigos, tan soberbios en otro tiempo, se les pasaban á su partido y les consagraban toda suerte de zalamerías orientales. Los partidarios de Amán el favorito no pudieron enseñorearse de los partidarios de Mardoqueo el esclavo. Bien al revés, Mardoqueo persiguió á los de Amán allende la horca y el suplicio de este último. Los que antes denostaban á los judíos hicieronse lenguas después para loarlos. Aquellos sátrapas que se apercebían á perseguirlos bajaron la cabeza en su presencia, cual si fuesen los esclavos señores. Y el pueblo de Israel mostró crueldades tan atroces como las mostradas por otros pueblos con ellos. Y esgrimió su espada en los enemigos como si nunca la esgrimieran otros en él. Dentro de Susa, la capital, pasaron á cuchillo quinientos partidarios de Amán. Diez hijos de éste perecieron

en aquella matanza. Y el rey se presentó delante de su Esther, y después de haberla referido todo lo que acababa de suceder con los judíos, y cómo habían éstos asesinado quinientos vasallos suyos, añadió que si aun quería ella mayores matanzas, lo dijese, pues mayores matanzas habría. Y, en efecto, mataron, á consecuencia de tal conversación, trescientos hombres más, después de los quinientos en días anteriores exterminados. En cuanto á los otros judíos, que andaban por las provincias del rey, juntáronse todos en propia defensa para perseguir á sus enemigos. Y tanto persiguieron que llegaron á inmolarse setenta y cinco mil.

Con una ferocidad sin ejemplo refiere, como puede verse por la historia trazada, el sacro libro, que al día siguiente hubo grande número de banquetes celebrados por los vencedores, quienes se dieron á holgorio todos. Y no se contentaron con esto, sino que instituyeron una festividad nacional denominada hoy aún de *Purim*, en la que suele mandar cada judío una porción de vianda ó carne á su vecino. Mardoqueo dió la orden de tal conmemoración, y una matanza tan terrible quedó como una fecha loable allá en la liturgia y en la historia judías. *Pur* quiere decir suerte. Y como los hubieran sorteado á los judíos para matarlos antes de que se revocara el rescripto dado por Asuero á instancias de Amán,

diéronle tal nombre al aniversario de todo esto, nombre de *Purim*, que vale tanto como suertes. Así conmemoraron el fin de sus tribulaciones y el comienzo de las tribulaciones ajenas. «Y el rey Asuero—dice la Biblia—impuso tributo sobre la tierra firme y sobre las islas del mar. Y toda obra de su fortaleza fué la obra que acabamos de mencionar. Y por ella, por esta venganza terrible, le declararon grande y le pusieron entre los salvadores del pueblo escogido. Porque Mardoqueo, judío, fué segundo después del rey Asuero. Y también fué grandísimo entre los suyos, procurando el bien de la raza, en cuyo real obsequio intentara tan terrible holocausto.» Véase, pues, cómo cuanto Amán había pensado hacer contra Mardoqueo lo hizo Mardoqueo contra el favorito Amán, y cómo nos encontramos, al subir tan lejos en la historia, con la época terrible del ojo por ojo y diente por diente, con la época del talión.

Asombra verdaderamente al ánimo todo este relato. La influencia sensual de la reina Esther sobre aquel déspota cuesta mares de sangre y nefastos días de matanza. Compréndese muy bien que aquella mujer empleara sus gracias en salvar á su pueblo; que por su pueblo, vejado y oprimido, ingresara en el harén; que, deseosa de salvar á su pueblo, recibiera el título de concubina primero, de esposa

más tarde; pero no contentarse con la salud propia, con la propia libertad, sino pedir venganza y esgrimirla, olvidada por completo de que pocos minutos antes los suyos se hallaban en el mismo caso y hubieran caído víctimas de la misma injusticia, es un desvarío de crueldad tan grande que apenas cabría el creerlo si no lo contase autorizadamente un libro puesto por los mismos judíos entre los sacros suyos y expresivo de su genio nacional. Entra mucha parte, no hay que dudarlo, en todos estos hechos de la barbarie propia del tiempo, de aquellos períodos en que la guerra parece un estado natural, y la conquista da sus bases á los imperios, y el comercio y el cambio se parecen á expediciones militares, y cada colonia necesita un muro que la guarrezca y defienda contra las enemigas asechanzas, y el sacerdote resulta un carnicero, según la sangre que lo mancha en aquellos holocaustos cruentísimos, y cada Estado, grande ó pequeño, tiene que armarse hasta los dientes, y la esclavitud está en la base de las sociedades y el despotismo en las cimas, servido todo ello por la teocracia, por la casta, por la leva, por los cautivos, por los esclavos, pues entra mucho el estado general de la tierra y de la humanidad en estos hechos particulares que acabamos de referir y que atañen á personajes bíblicos tan importantes como Asuero y Esther.

Hacemos de grado esta reflexión para que no se caiga en el error histórico de poner fuera de la humanidad, por ponerlos sobre la humanidad, á ciertas colectividades y á ciertos individuos. Si los miráis dentro de las condiciones connaturales á nuestra humana complexión y al ministerio ejercido por la humanidad en este mundo, no hay nada, pero absolutamente nada que decir, sino que se hallan todos ellos sujetos á las leyes universales de nuestro desarrollo humano y al imperio del mal común á la tierra. Es más, vistos dentro de las evoluciones históricas ciertos personajes del mundo y ciertos períodos del tiempo, merecen todos nuestros plácemes. Las tribus de Israel, su gobierno electivo, su organización republicana, sus jueces populares, su administración patriarcal, su independencia, su libertad, resultan gérmenes de humano derecho, los cuales nosotros debemos cultivar y amar como raíz de nuestros progresos, como término primero y, aunque imperfecto, sublime de nuestra graduada emancipación. Por consecuencia, nosotros creemos la federación de Israel frente á Nínive y Babilonia y Susa, como creemos á los griegos frente á Darío y á Gerges, un elemento de progreso tal para la humanidad y una fuerza tal de exterior expansión para nuestras libertades, que nos hallamos junto á ellos en la historia y sentimos como propios sus

cautiverios y cantamos sus cánticos del Sinaí ó del mar Rojo cual si entonáramos el himno triunfal de nuestra redención. Pero no hay que sacar esto de las condiciones humanas y de la contingencia universal, no hay que ponerlo allá donde las manos nuestras no alcanzan y donde comienzan otros mundos y otros horizontes, porque así no resulta muchas veces el pueblo, á que la reina Esther y todos los suyos pertenecen, superior siempre á la humanidad, sino inferior muchas veces á lo que puede aguardarse y prometerse de nuestra misma especie, casi divina cuando sube al bien y menos que humana cuando en el mal se revuelca.

Figuras como esta figura de la reina Esther se idealiza con facilidad en el arte, idealizada ya por la religión. La pintura llamada con razón arte cristiano ha recogido muchas inspiraciones en la intercesora por el pueblo judío. No está un artista en el caso de ver en la historia de tal hermosa joven lo mucho que nosotros hemos visto de reprobable, mirándola con los ojos escudriñadores propios de una severa crítica. El sol saca de las aguas amargas del mar, elevándolas á las alturas, sus nubes de rocío dulcísimo, y el arte saca de la historia impura, por la virtud de transfiguración que hay en sus inspiraciones, prototipos é ideales de una grande pureza. La pintura se ha verdaderamente apro-

vechado para sus tablas y sus lienzos de una escena tan pictórica cual esta en que intercede la reina Esther con el rey Asuero por su pueblo. Nosotros tenemos entre las joyas principales de nuestros museos y de nuestros templos, tan ricos en obras artísticas, dos ó tres ejemplares de primer orden que pintan esta intercesión, de suyo verdaderamente pictórica. Si no estoy trascordado, los principales cuadros nuestros relativos á tal episodio dimanarían de Venecia y su escuela. Por consiguiente, no hay que buscar en ellos la histórica propiedad á que aspiran los pintores modernos, y mucho menos la corrección de dibujo porque resplandecen las antiguas escuelas florentinas y romanas. Los cuadros del Veronés, los cuadros del Tintoretto, que nos presentan la reina Esther intercediendo por los suyos, no pasan de Venecia. Asuero es un dux que acaba de casarse con la espléndida laguna en el áureo Beloferonte; Esther una dama veneciana que baja por la escalera de mármol, airosa y luciendo las preseas más bellas del siglo décimosexto; los cortesanos persas están reproducidos con arreglo á los grupos que acaba de ver el pintor en la *piazzeta* de San Marcos y en el muelle de los Esclarones, pues no iban más allá las arqueologías de aquel tiempo.

Pero esto de que haya pintado á Esther la escue-

la holandesa con ese mago de la luz que se llama Rembrandt; y con Claudio Lorena también háyala pintado la escuela francesa; y con Rubens los flamencos; y con Lucas de Leiden los alemanes; y con el Dominiquino los boloneses y con tantos y tantos otros pintores difíciles de nombrar por su número las escuelas diversas, no quiere decir otra cosa en puridad sino que tal personaje, tal escena, pertenecientes á la simbólica cristiana, se prestan mucho, por haberlos extendido entre las muchedumbres la tradición bíblica y la elocuencia sacra con sus grandes resonancias, á ejercer verdadero influjo y á herir, como ha de pretender siempre por fuerza el arte, la universal atención. Muchas veces habréis visto los astros rozando, siquiera fingidamente, con la tierra, en su nacer, para luégo subirse á su cenit y desde allí brillar con desusado brillo. Pues bien, algo de todo esto pasa con los personajes históricos elevados desde la realidad á la poesía y á la leyenda. Rozan en la tierra por medio de la historia, y luégo van subiendo sobre las alas del arte al cenit eterno, con sus plantas puestas sobre la cabeza del mal, convirtiéndose poco á poco en una especie de sublime idealidad. ¿Ha vivido Esther en el arte pictórico? Pues también vivirá en las artes literarias, que un mismo asunto y un mismo personaje pasa por metamorfosis y trans-

formaciones sucesivas del pintor al poeta, como del poeta al sacerdote, llegando á revestir á la postre, más que un carácter verdaderamente real, un carácter simbólico.

Lo cierto es que la realidad podrá conllevar cuantas impurezas arrojen sobre su seno los errores humanos y las humanas pasiones. Pero surge constantemente de todos estos pueblos y de todas estas razas, capaces de servir un ideal relativamente progresivo, cierto vapor, impeliendo con sus fuerzas las naciones adelante y condensando nubes cargadas de pensamientos inspiradísimos y destinados á rociar la conciencia humana y hacerla por todo extremo fecunda. Estas mujeres hebreas de la cautividad ejercieron un ministerio por cuya virtud las han bendecido mil generaciones. Ellas conservaron la fidelidad incontrastable al culto de un Dios que superaba todos los dioses del Oriente, ofuscándolos en el éter de sus revelaciones. Bajo el techo maldecido á la continua por las teocracias enemigas, sobre la piedra del hogar levantada por sacudimientos eternos, entre tantas iras como se conjuraban allí contra el pueblo de Israel cautivo, ellas, las animosas mujeres, guardaban su familia como ciertas aves que, sorprendidas por inopinada inundación, van sobre su nido cuidando solícitas de sus pequeñuelos entre las corrientes que las impelen hacia el

abismo. Nerviosas, inspiradas, inquietas, con esas neurosis de que la mujer se halla en su debilidad crónicamente aquejada, gentil profetisa que á modo de ave agorera presagia las tormentas, sobreponíase á todos estos achaques, y concentrando su alma en la defensa del hogar siervo y en la conservación de las generaciones destinadas á rescatarlo de su vieja servidumbre, atisbaba con sus ojos y escudriñaba con sus orejas, siempre vigilante, los peligros para salvar á su pueblo por virtud y eficacia de aquella mezcla entre la inspiración y el cálculo, entre la grande actividad y la reflexión lenta, entre las sumisiones externas y las arrogancias íntimas que constituyen como las características del antiguo cautivo hebreo.

Sus perseguidores tendrán ejércitos, tronos, dominio, nubes de cortesanos que los inciensen, haces de armas que los sostengan; pero ella, la mujer hebrea, sabrá que una inteligencia despierta, una voluntad enérgica, la fe mantenida por tenacidad incontrastable, la resignación aparente que no excluye la indómita perseverancia, resultaran, tarde ó temprano, armas tan aceradas y fuertes, que habrán contra su filo de mellarse todas las tiranías. Así tomaba una especie de facultad sacerdotal con otra especie de facultad política que le servían para enseñar, sin ciencia casi, á los suyos, el verdadero

camino de la libertad, y para conservar el fuego sacro de una bendita esperanza en las tribulaciones mayores. El culto era, no solamente un desahogo del alma, sino una escuela práctica de moral pública y privada en que adquirirían las generaciones apercibidas á procurar el rescate cuantas ideas podrían ser necesarias al bien y á la libertad común. La maternidad en aquellas mujeres no se contenta con haber parido y criado el cuerpo de sus hijos: quiere también parir y criar el alma, nutriéndola con sus ideas. La esposa no se une tan sólo con el marido que ha de acompañarla y defenderla en el hogar: se une con el repúblico que acompaña en su cautiverio á la patria infeliz y se apercibe á defenderla y á salvarla. Así enseña la mujer á su familia, no sólo el amor al Dios Padre que reina en los altos cielos, sino el respeto al magistrado electivo y al juez popular, en cuyo patriotismo libra el rescate de su pueblo. Cuanto más profundizamos en la historia más claro vemos que las autoridades republicanas y democráticas han menester para ejercitar sus poderes é influir benéficamente sobre su pueblo y sobre su tiempo hallarse circuídas de un gran respeto.

Por eso la mujer hebrea, ejerciendo el ministerio educatriz que le compete por su naturaleza y por su historia, enseña con acierto á sus hijos: primero,

el respeto al sacerdote; después, el respeto al sabio y al profeta, y, por último, el respeto al magistrado que gobierna y al magistrado que juzga. Y después de haber sugerido todos tales respetos á lo que podríamos llamar la forma del Estado y el templo de las almas, desciende á cosas menores, que no por útiles dejan de tener su grande importancia y trascendencia, como la economía doméstica, que luego llega por derivaciones sucesivas á la misma economía social. Y cuando el judío, que ha estado unas veces en sus fatigosos trabajos campestres y otras veces en sus factorías buscando el pan diario con el sudor y con el cálculo de su frente, vuelve al hogar, encuéntralo henchido por las fiestas religiosas; el candelabro de siete brazos puesto en su lugar y encendido, los salmos y cánticos de sus profetas entonados en suaves coros, los libros y los recuerdos sacros bendecidos hasta el punto de que la cabaña, ó la caverna, ó el hogar de los cautivos, donde sólo debían habitar el dolor y el duelo, se cambian en una especie de divino santuario del alma, todo lleno de resplandores, al cual baja en espíritu y en verdad el vivo y eterno Dios de los cielos. Solamente por esta constitución de la familia y por este atavismo secular, manteniendo unos y otros, los muertos y los vivientes, las generaciones que la eternidad guarda y las generaciones que

apercibe ó llama el amor, pueden sustituirse y guardarse todas estas libertades que han creado el espíritu universal y que han opuesto á las viejas tiranías los progresivos principios del humano derecho.

He aquí todo cuanto nosotros vemos realmente de grandioso en la historia más ó menos simbólica de la reina Esther. Los viejos tiranos asirios, caldeos, egipcios, persas, llámense Nemrod, Sesostris, Nabucodonosor, Sardanápalo, Baltasar, Gerges ó Asuero, han de representar por fuerza el viejo principio despótico, que mantiene las sociedades humanas ó por la corrupción ó por el terror en la más vil servidumbre y no las deja marchar adelante, mientras Esther, la reina sierva, sublimada caprichosamente al trono, después de haber pasado por la ergástula y por el harén, representa con toda su debilidad, con todas sus humillaciones, con todas las impurezas de que la vida real se halla en ella maculada, el principio imperecedero de la libertad de un pueblo, que devora muchas escorias y que presta luz y calor á muchos y muy necesarios progresos. Aquellos histriones coronados, ebrios de sangre y de vino, los cuales pasaban de todos los excesos de la muerte allá en los combates á todos los excesos del amor en los festines, aunque disponían á su antojo de todas las fuerzas y de todas las riquezas

materiales, agotábanse bien pronto y consumíanse hasta faltarles por completo la médula de sus huesos. Y flacos, y febriles, y epilepticos, á guisa de prostitutas, cansadas pero no hartas, circuíanse de luminarias caprichosas, de pebeteros embriagadores, de pedrerías preciosas, de arpas voluptuosísimas, de danzas lascivas, cuando, á lo mejor, en aquella orgía que pegaba su sensualidad á los aires mismos, una mano misteriosa é invisible trazaba un anatema inapelable, seguidamente cumplido, pues en medio de la cena, chocándose los labios y las copas entre sí, aparecían los bárbaros, como si los hubieran llovido apocalípticas nubes ó los hubieran abortado litúrgicos infiernos, y ponían fuego al palacio abrasando en las llamas á los Baltasares y á los Sardanápalos, cuyas cenizas esparcía luégo el simoún por los cuatro puntos del desierto.

Y mientras esto pasaba con la fuerza, con la tiranía, con la guerra, con la conquista, unas pobres mujeres conservaban el ideal republicano de Israel. No debe maravillarnos, pues, que cerrando los ojos el humano espíritu á los errores y las faltas de los judíos, abriéranlos al ideal y al idealismo que sus tribus cautivas despiden allá en el cautiverio y que las mujeres más ilustres suyas condensan en su vida y en su historia. Así como la pintura sagrada

cien veces ha reproducido el grupo de Asuero y Esther, cien veces lo han reproducido la elocuencia y la poesía cristianas. Con abrir cualquiera de los sermonarios y leer cualquiera de los autos, encuéntrase á cada paso este nombre por tantos títulos ilustre y resonante. Las alusiones á Esther pululan en tal número que nos encontraríamos perplejos si las citáramos después de haberlas escogido y clasificado. Por eso nos detendremos tan sólo ante alguna de las obras maravillosas que, reproduciendo el semblante y figura de la reina Esther, ha creado la poesía moderna. Un apellido inmortal está ligado á las mujeres hebreas, griegas y romanas, el apellido célebre de Racine. Todos estos grandes poetas clásicos del siglo décimoséptimo creían tan sólo dignos del coturno aquellos personajes envueltos ya en los recuerdos de la vieja historia y alejados en los horizontes del antiguo tiempo. Atenas, Roma, Jerusalén, algunas veces nuestro Burgos ó nuestro Toledo servíanles de teatro, y narraciones arrancadas á los poemas homéricos y á los libros sacros servíanles de asunto. Así, el Cid, Asuero, Esther, Atalia, Ifigenia, eran los personajes capitales de sus obras, permitiéndose por todo extremo, y á lo sumo, algunas alusiones más ó menos veladas á sus más ó menos ilustres contemporáneos. No podía, pues, faltar en el teatro cristiano, como no había faltado

en la pintura cristiana, un argumento de suyo tan dramático cual estas escenas referidas ya y pasadas entre Asuero, Amán, Mardoqueo y Esther. El interés que despertaban era vivísimo y el teatro buscará siempre por principal incentivo á sus creaciones el indispensable interés.

Había, para que tal asunto prevaleciese, una razón circunstancialísima. El poeta estaba entre los ornamentos y preseas de la corte. Imposible que un rey absoluto dejara crecer grandeza ninguna lejos de su mano. El primero de los predicadores, Bossuet, era su predicador; el primero de los cómicos, Molière, era su cómico; el primero de los trágicos, Racine, era su trágico. Y muchas veces daba, según sus caprichos, argumentos y temas á estos excelsos autores. Allá, en los días de su vejez, habíase dejado el propio albedrío en manos de una señora que representaba con perfidia y destreza la reacción religiosa en Francia. Necesitado siempre de amar Luis XIV, amaba en sus postrimerías á esta señora, unida con él por aquella especie de matrimonio denominado en jerga cortesana matrimonio morgagnático. Madame de Maintenón realmente no ceñía la corona ni llevaba el cetro, pero dirigía la política de Versalles, como no la dirigieron jamás en las mocedades del rey, asaz lejanas entonces, ni sus innumerables queridas ni su modesta mujer. Viuda

la Maintenón de un poeta, que si bien paralítico en sus últimos años, retozaba mucho con las musas juguetonas, habíase de negro duelo vestido, y parecía envuelta en manteos y hábitos eclesiásticos. Si nuestro Ignacio de Loyola no repugnara tanto las mujeres en su orden, si hubiese admitido las jesuítas junto á los jesuítas, como junto á los franciscanos admitió la orden seráfica las franciscanas, indudablemente la Maintenón mereciera el excelso nombre de generala, como los más ilustres varones ascendidos al generalato. La misma suma de creencias místicas y fines utilitarios, los resortes mecánicos moviendo las acciones morales, la doblez y el disimulo, tantos ejercicios religiosos unidos á tantos ejercicios políticos, hacían de la regia esposa una jesuíta perfecta.

Nadie ignora cómo en el jesuitismo las representaciones materiales tienen una grande influencia religiosa. Aquellos célebres ejercicios de Loyola, precedidos por ayunos larguísimos, acompañados de maceraciones y penitencias, dispuestos para producir lo que hoy llamamos en el moderno lenguaje hipnotismo, redúcense á evocar de relieve el Evangelio, á poner como de bulto los personajes de la Pasión y creerse con ellos en una especie de comercio material é íntimo, cual sucede á un espectador con los actores dramáticos y con los dramas viva-

mente representados. Pues bien, así como Port-Royal significaba el seminario masculino de los varones ilustres opuestos al jesuitismo, Saint-Syr significaba el seminario femenino de jóvenes y hermosas mujeres consagradas al jesuitismo, dóciles instrumentos de la orden. Y en el jesuitismo alcanzaban mucha boga las representaciones materiales y hasta los modelos y los estudios clásicos. Sabido es que una parte considerable de la escuela ultramontana, indispuesta con los inmortales autores de Grecia y Roma, rechaza los estudios clásicos é imputa su extensión y valimiento entre las familias católicas al influjo en esta parte dañosísimo de los padres jesuítas. Por consecuencia, las célebres colegialas de Saint-Syr habían representado algunas obras clásicas, muy especialmente aquella célebre Andrómaca, modelo acabadísimo de viudas y esposas, admirablemente destacado en relieve de los viejos tiempos homéricos. Pero, dadas las escrupulosidades é hipocresías de la orden, este mismo personaje de Andrómaca les pareció profano y este mismo amor legítimo les pareció dañoso. Querían y necesitaban un drama sin amor. ¿Pues qué drama y qué personaje buscaron para esto? ¡Parece imposible! No lo creyéramos á no verlo acreditado en relaciones y autores de aquellos tiempos; el drama y el personaje de la reina Esther, es decir, uno

de los más peligrosos que podían presentarse, porque todo el argumento estribaba, ó debía estribar, en las seducciones materiales de la reina Esther sobre su tirano el rey Asuero.

Sabido es cómo el clasicismo había exagerado las reglas y las convenciones. Los discursos más elocuentes, las piezas dramáticas más inspiradas en aquel tiempo, debían calcarse á una sobre principios aristotélicos más ó menos exactos por poéticas artificiales traducidos luégo en francés ó latín. Así, un argumento donde no hay catástrofe resueltamente al final y desenlace cruentísimo, no resultaba trágico en tantas artificiosas combinaciones como prevalecían á granel por aquella época. Muchos varones literarios, pues, de los que á la sazón abundaban, creían la Esther de Racine completamente fuera del género trágico y completamente falta de los caracteres pedidos por griegos y romanos á la tragedia. Ni el fatal destino de Amán, ni las carnicerías perpetradas por los judíos parecíanles cosa bastante trágica, por la muy sencilla razón de que no le pasaban todos estos duelos á los primeros protagonistas. El favorito Amán y sus partidarios persas, aun ahorcado el uno y los otros perseguidos y exterminados á puñal, no constaban en la regia estirpe donde iban reclutándose los antiguos personajes trágicos. Las

desgracias del vulgo no les parecían desgracias á los empingorotados legisladores de aquella literatura. Para que la desgracia interesara debía representarse, como en su teatro, en un trono, y caer como un rayo exterminador sobre la corona y sobre la cabeza de los reyes. Como aquí los personajes desgraciados eran un favorito y sus partidarios, como las escenas luctuosas de suyo se referían á individuos de orden secundario y no á reyes, aquellos artificiosos sastres literarios desechaban el género á causa de no atenerse con rigor á los recorres y trazos del patrón.

Sin embargo, Racine había puesto en tal obra toda su ternura. La nota dulce y melodiosísima levantábase dominándolo todo. Como hay ciertos climas favorables á las lluvias, hay ciertas almas favorables á las lágrimas. Madame de Maintenón se burlaba del poeta diciendo que le gustaba mucho asistir á las tomas de velos en los conventos para encontrar un pretexto de lloro por las pobres y sacrificadas muchachas. Pero lo cierto es que aquel Condé, á quien tantas veces la victoria se rindiera, lloró en la primera célebre representación de la reina Esther, demostrando así cuánto de ternura y de poesía pusiera en su obra el tierno y poético Racine. Para no darle ningún aspecto sombrío y para no desconcertar lo armonioso de su

gusto, Racine prescinde nada menos que de cosa tan especial y característica como el banquete de los ciento y tantos días y de tan trágicos episodios como el degüello de los persas por mano de los judíos. Sólo á un genio empeñado en falsearlo todo para ponerlo consonante con su melancólica ternura puede ocurrírsele cosa tan extraña cual convertir los palacios de Oriente, los déspotas asiáticos, los festines babilónicos, las intrigas de los eunucos, las mujeres de los harenes, las horcas de los Amanes y las matanzas de los persas en tranquilos y tiernos idilios. Como la espontaneidad no estaba en el genio de tales poetas, completamente sometidos á lo convencional y artificioso, más retóricos que inspirados y originales, Racine había copiado los coros para la Esther alegre suya de la Hécuba triste. Por manera que sacado el fondo en su teatro de las narraciones bíblicas, y sacada la forma de los autores clásicos, poco le quedaba, en suma y en último término, á él. No tenía remedio. Imitar á los antiguos en sus obras, en sus leyes obedecerlos, en sus modelos copiarlos, en sus convenciones seguirlos, resultaba una especie de imperiosa necesidad para quienes habían venido al mundo en tiempos bien serviles y estaban destinados por el cielo á plantas parásitas de un trono, abrigadas entre las cuatro paredes asfixiantes de las regias estufas.

Racine reina é impera, porque hay en él una calidad bien distintiva y bien alta, la grande modificación que ha llevado á la lengua francesa. El francés no alcanzó en los poetas y en los tiempos anteriores la suavidad y la melodía conseguidas en los tiempos de Racine. Este poeta representa en el siglo décimoséptimo algo de lo que representa entre nosotros Garcilaso en el siglo décimosexto. Habrá volado éste del Tajo á Sicilia y seguido las imitaciones clásicas propias del Renacimiento; su musa reproducirá la musa de Teócrito y de Virgilio; las églogas pastoriles antiguas pasarán á sus églogas dulcísimas sin perder ni coma ni tilde; pero empleará una lengua tan suave y melodiosa, un verso de tal rima, un estilo de tanta placidez, que los españoles nos holgaremos á la continua con oirlo, y su nombre quedará de luminar fijo en el cielo esplendoroso de nuestras letras y de nuestras artes. Lo mismo, exactamente lo mismo Racine. Aquel su francés resulta una tan viva melodía, que la oreja se goza en escucharlo y en seguir el compás de sus suaves cadencias. Todos los autores antiguos, tanto poetas como prosistas, tienen una superior energía que acaso priva más en las voluntades fuertes y en los ánimos varoniles; ninguno tiene, pero ninguno, sus melodiosas consonancias y su ritmo dulcísimo. Unción, piedad, belleza, todo esto se halla

en la tragedia raciniana, muy discordante con la verdad histórica, pero muy concordante con la naturaleza y compleción del poeta. Poned su corte artificiosísima en el escenario convencional de un palacio versallés, entre jardines cortados á tijera y estatuas rematadas por pelucas, dentro de sitios donde sufren hasta las aguas el martirio de la etiqueta y hacen hasta los árboles litúrgicas cortesías, y decidme si no tuviera Racine, después de haber pasado por estas convenciones y después de haberse adscrito á estas caprichosidades violentas del despotismo, si no tuviera la melodiosa voz de sus versos y la cadencia música de sus ritmos y aquellas deliciosas armonías, cómo hubiéramos podido colocarlo en los altares donde rinden los tiempos y las generaciones culto verdadero al genio.

Dícese que, además de las cualidades externas, lucía en estos libros Racine por alusiones continuas á la política y á los personajes de su tiempo. En efecto, cierta noche hallábase presente á la representación de aquella tragedia raciniana un hijo de reyes, Jacobo II, nacido en el trono y lanzado al destierro, vuelto al trono segunda vez y después de haberse colocado en las sienes la corona de su padre muerto en el cadalso, nuevamente caído y aplastado bajo la pesadumbre de una inmensa fatalidad. En obras de aquel tiempo, en la sublime

oración pronunciada por Bossuet honrando sobre su cadáver amortajado la memoria de Enriqueta de Inglaterra, se hallan acentos quizás mucho más patéticos para expresar las desgracias trágicas de los reyes que en los versos convencionales de la reina Esther. La tierra embebe muchas lágrimas y mucha sangre, y sus espacios en alto grado se prestan á la tragedia; todos nacemos á una con peso abrumador sobre las espaldas y con espesísimas nubes de tristeza en la frente, víctimas propiciatorias del universal fatalismo. ¡Ah! Lo que realmente hay de grandioso en Racine es la repetición suya del habla de los profetas. Estos grandes hombres fueron los primeros en advertir que todo despotismo canceraba las entrañas de nuestro suelo y atraía la cólera de Dios. Sobre aquellos palacios de mármol, sobre aquellos colosos de granito, sobre aquellos altares donde se adoraba la fuerza mecánica, sobre aquellas castas en que los sacerdotes y los guerreros se juntaran, habían los profetas lanzado el relámpago de su palabra, y con la virtud y con la eficacia espiritual de cosa tan etérea é impalpable derribaron cosas tan materiales y tan fuertes como la idolatría y el despotismo. 3

En los tribunos modernos difícilmente hallaréis invectivas tan sublimes como las lanzadas por Isaías sobre la frente de los déspotas caldeos, en

ninguno de los políticos vías tan seguras para salir de todos los cautiverios como en las sublimes visiones del profeta Ezequiel. Desgraciados, hacen de su desgracia la piedra donde se toca el oro y donde se afila el acero; cautivos, hacen de su cautiverio el preciado altar de su derecho. Con las manos atadas á la espalda y con los piés taladrados por los abrojos del camino, convierten su faz radiante hacia los déspotas que caen á una con sólo verlos y llenan el aire de las cortes paganas é idólatricas con un soplo que no pueden ellas resistir porque no respiran esos monstruos allí donde se dilata el aire puro de las ideas progresivas. Cae Tiro, cae Babilonia, cae Nínive, cae Persépolis, á pesar de que todas las escuadras y todas las legiones del mundo se habían puesto en derredor suyo para defenderlas y para salvarlas, mientras los tribunos, de sayal vestidos, de cilicio taladrados, con sus piés ensangrentadísimos, con sus manos atadas á las espaldas, el grillete al tobillo, la ceniza y el polvo en la cabeza, levantan sobre tantas ruinas un Dios que prevalece, triunfando con él un principio por excelencia humano, el principio de libertad. No se pueden aglomerar más fuerzas que las aglomeradas por aquellos imperios asiáticos; no se pueden esgrimir más armas que las por ellos esgrimidas; no se pueden levantar muros más altos y

sobre tales muros no se pueden poner torres tan fuertes y ceñudas. Cuando aquello no ha resistido, cuando aquello no ha triunfado, nada resiste al ideal y nada tampoco del ideal triunfa. Los profetas y los sabios hebreos oponían el reino de Dios al reino de los hombres, el ideal á la realidad. Cier- to que todas estas oposiciones, en la vida real esta- llando, solían teñirse de las impurezas congénitas á la realidad, como hemos visto en la historia de Asuero y Esther; pero cierto también que allí don- de un pueblo libre se levanta y un derecho nuevo se aquista, después de largos combates, con ellos está, suceda lo que quiera, el espíritu de Dios.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Urvasia	5
Natalikia	59
Damayantia	79
Kumarita	127
Kouanyin	203
Semíramis	241
Esther	319

